

AMOS OZ

Judas



*Judas*, el regreso de Amos Oz a la novela, género que no había frecuentado desde *Una historia de amor y oscuridad*, plantea una audaz y novedosa interpretación de la figura de Judas Iscariote en el contexto de una angustiosa y delicada historia de amor.

En el invierno de 1959, el mundo del joven Shmuel Ash se viene abajo: su novia lo abandona, sus padres se arruinan y él se ve obligado a dejar sus estudios en la universidad. En ese momento desesperado, encuentra refugio y trabajo en una vieja casa de piedra de Jerusalén, donde deberá hacer compañía y conversar con un anciano inválido y sarcástico. A su llegada, una atractiva mujer llamada Atalia advertirá a Shmuel de que no se enamore de ella; ese ha sido el motivo de la expulsión de sus predecesores. En la aparente rutina que se crea en la casa, el tímido Shmuel siente una progresiva agitación causada, en parte, por el deseo y la curiosidad que Atalia le provoca. También retoma su investigación sobre la imagen de Jesús para los judíos, y la misteriosa y maldita figura de Judas Iscariote, la supuesta encarnación de la traición y la mezquindad, va absorbiéndole sin remedio.



Amos Oz

# Judas

**ePub r1.1**

**Titivillus** 30.01.2019

Título original: הבסודה על פי יהודה / *Evangelio de Judas*

Amos Oz, 2014

Traducción: Raquel García Lozano

Diseño de cubierta: Burt Glinim/Magnum Photos

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



*A Deborah Owen*

El traidor corre por el borde del campo.  
No el vivo sino el muerto le lanza la piedra.

Natan Alterman, «El traidor»,  
de *Alegría de los pobres*

# 1

Esta es una historia del invierno de finales del año cincuenta y nueve y principios del sesenta. En esta historia hay error y pasión, hay amor no correspondido y cierta cuestión religiosa que queda aquí sin resolver. En algunos edificios aún se aprecian las señales de la guerra que dividió la ciudad hace diez años. De fondo, puede oírse al atardecer una lejana melodía de acordeón o los nostálgicos sonidos de una armónica detrás de una contraventana cerrada.

En muchas casas de Jerusalén pueden verse en la pared del salón los remolinos de estrellas o la ebullición de cipreses de Van Gogh, esteras de paja extendidas aún en las pequeñas habitaciones, y *Los días de Ziklag*<sup>[1]</sup> o *Doctor Zhivago* abierto bocabajo sobre un sofá cama de espuma cubierto por una tela de estilo oriental y un montón de cojines bordados. Una estufa de queroseno con una llama azul permanece encendida toda la tarde. De la carcasa de un proyectil, en una esquina de la habitación, brota una especie de ramo de cardos decorativo.

A principios de diciembre, Shmuel Ash dejó sus estudios en la universidad y se dispuso a marcharse de Jerusalén debido a un fracaso amoroso, a un trabajo de investigación estancado y, sobre todo, porque la ruina económica de su padre le obligó a buscarse un trabajo.

Era un chico corpulento, con barba, de unos veinticinco años, tímido, emotivo, socialista, asmático y con tendencia a entusiasmarse fácilmente y a decepcionarse enseguida. Tenía los hombros fuertes, el cuello corto y grueso, al igual que los dedos: gruesos y cortos como si a cada uno le faltase una falange. De todos los poros de la cara y del cuello de Shmuel Ash salía sin control una barba encrespada que parecía un estropajo de aluminio. Esa barba se le juntaba con el pelo rizado y rebelde de la cabeza y con la maraña de rizos del pecho. De lejos, parecía que siempre, en verano y en invierno, estaba completamente acalorado y empapado de sudor. Pero la sorpresa era mayúscula, porque, de cerca, resultaba que de la piel de Shmuel no emanaba un olor agrio a sudor, sino un delicado aroma a polvos de talco. Las nuevas ideas lo embriagaban al instante, siempre y cuando esas ideas estuviesen recubiertas de ingenio y conllevasen alguna paradoja. Pero también tendía a cansarse enseguida, tal vez por tener el corazón dilatado y también por los efectos nocivos del asma.

Sus ojos se llenaban fácilmente de lágrimas, y eso le ponía en situaciones muy embarazosas: a los pies de una cerca, una noche de invierno, un gatito maullaba, tal vez había perdido a su madre; el gatito dirigía a Shmuel una mirada desgarradora mientras se refregaba suavemente contra su pierna, y los ojos de Shmuel se enturbiaban al instante. O al final de una película mediocre sobre la soledad y la desesperación en el cine Edison, resultaba que precisamente el personaje más duro

de todos era capaz de dar muestras de generosidad, las lágrimas empezaban al instante a hacerle un nudo en la garganta. Si veía a la salida del hospital Shaarei Tzedek a una mujer delgada y a un niño, completamente desconocidos, abrazados y sollozando, de inmediato también él se echaba a llorar.

En aquellos tiempos era habitual considerar que el llanto era propio de mujeres. Un hombre empapado de lágrimas provocaba recelo, e incluso cierta aversión, más o menos como una mujer con pelos en la barbilla. A Shmuel le avergonzaba mucho esa debilidad suya y hacía grandes esfuerzos por superarla, pero no lo conseguía. En el fondo de su corazón, él mismo se unía al desprecio que provocaba su emotividad y también compartía la idea de que su hombría estaba algo defectuosa, y, por eso, seguramente pasaría por la vida sin pena ni gloria y sin alcanzar ningún objetivo.

Pero ¿qué haces?, se preguntaba a veces con desprecio, en el fondo no haces más que compadecerte. ¿No habrías podido, por ejemplo, meter a ese gato debajo de tu abrigo y llevártelo a tu habitación? ¿Quién te lo impedía? Y la mujer que lloraba con el niño, sencillamente podrías haberte acercado a ellos y preguntarles en qué podías ayudarles. O dejar al niño con un libro y unas galletas en la terraza, mientras la mujer y tú os sentabais juntos sobre la cama de tu habitación para aclarar en voz baja qué le ocurría y qué podías intentar hacer por ella.

Unos días antes de dejarle, Yardena le dijo: «Tú o eres una especie de perrito inquieto, ruidoso, juguetón y mimoso, hasta cuando estás sentado en una silla corres todo el rato persiguiendo tu cola, o todo lo contrario, te pasas días enteros clavado en tu cama como una manta de invierno sin ventilar».

Por una parte, Yardena se refería con eso al constante cansancio de Shmuel y, por otra, a algo frenético que se apreciaba en su forma de caminar, en la que siempre había una carrera latente. Se zampaba las escaleras con ansia, de dos en dos. Cruzaba calles bulliciosas en diagonal, precipitadamente, distraído, sin mirar a derecha ni a izquierda, como lanzándose al centro mismo de la pelea, con la encrespada cabeza barbuda dirigida hacia delante como un pendenciero, con el tronco echado hacia el frente. Siempre parecía que sus piernas perseguían con todas sus fuerzas al tronco que perseguía a la cabeza, como si las piernas temieran retrasarse y que Shmuel desapareciera a la vuelta de la esquina y las dejase atrás. Se pasaba el día corriendo, jadeando, febril, no porque temiese llegar tarde a una clase o a una reunión política, sino porque a cada momento, mañana o tarde, estaba ansioso por terminar de una vez todo lo que debía hacer, por borrar todo lo que estaba anotado en su lista diaria de tareas. Y regresar por fin al silencio de su habitación. Cada día de su vida le parecía una agotadora carrera de obstáculos en el camino circular desde el sueño del que era arrancado por la mañana hasta volver a estar bajo la manta de invierno.

Le gustaba mucho dar discursos ante quien fuese, sobre todo ante sus compañeros del círculo para la renovación socialista: le gustaba aclarar, sentenciar, refutar, contradecir, innovar. Hablaba largo y tendido, con placer, con vehemencia y con visión. Pero cuando le respondían, cuando llegaba su turno de escuchar las ideas de los demás, Shmuel enseguida se impacientaba, se distraía y se cansaba tanto que hasta se le cerraban los ojos y la desgreñada cabeza caía hacia la alfombra del pecho.

También ante Yardena le gustaba dar todo tipo de discursos impetuosos, eliminar prejuicios y rechazar convencionalismos, sacar conclusiones de hipótesis e hipótesis de conclusiones. Pero,



cuando ella le hablaba, normalmente se le cerraban los párpados al cabo de dos o tres minutos. Ella lo acusaba de que no le prestaba ninguna atención, él lo negaba, ella le pedía que repitiese lo que acababa de decir, y él cambiaba de tema y hablaba con ella del error de Ben Gurión. Era bueno, generoso, estaba lleno de bondad y era suave como un guante, buscaba la forma de ser siempre útil a los demás, pero también era impaciente y distraído: olvidaba dónde había dejado exactamente uno de los calcetines, qué quería de él el dueño de la casa o a quién le había prestado el cuaderno donde anotaba sus discursos. Sin embargo, jamás se equivocaba cuando se ponía en pie para citar con absoluta precisión lo que había dicho Koprotkin sobre Nechayev tras su primer encuentro y lo que había dicho de él dos años después. O cuál de los discípulos de Jesús hablaba menos que el resto.

Aunque le gustaba su espíritu nervioso, su indefensión y lo que ella calificaba como un carácter de perro amigable, bullicioso e impetuoso, un perro grande siempre pegado a ti, que se refriega y te pringa las piernas de babas, Yardena decidió separarse de él y aceptar la proposición de matrimonio de su anterior novio, un hidrólogo diligente y taciturno llamado Nesher Shereshevski, un experto en recogida de aguas pluviales que casi siempre solía adivinar cuál iba a ser el siguiente deseo de Yardena. Nesher Shereshevski le compró un bonito pañuelo para el cuello por el día de su cumpleaños, según la fecha del calendario gregoriano, y después le compró también una alfombra oriental verdosa según la fecha del calendario hebreo, dos días después. Recordaba hasta los cumpleaños de los padres de Yardena.

## 2

Unas tres semanas antes de la boda de Yardena, Shmuel dejó de manera definitiva su trabajo de fin de máster «Jesús a ojos de los judíos», un trabajo que había comenzado con enorme entusiasmo, totalmente electrificado por la potencia de la audaz intuición que brilló en su cerebro cuando eligió el tema. Sin embargo, cuando empezó a analizar los detalles y a rastrear las fuentes, enseguida descubrió que en su brillante idea no había nada nuevo, que ya se había publicado antes de que él naciera, a comienzos de los años treinta, en una nota a pie de página de un pequeño artículo escrito por su gran maestro, el profesor Gustav Yom-Tov Eisenschloss.

También en el círculo para la renovación socialista estalló la crisis: el grupo se reunía todos los miércoles a las ocho de la tarde en un renegrido café de techo bajo situado en una de las callejuelas traseras del barrio de Yegia Kapaim. Artesanos, fontaneros, electricistas, pintores y tipógrafos se reunían allí de vez en cuando para jugar al *backgammon* y, por eso, aquel café les parecía a los miembros del grupo un lugar más o menos proletario. Es cierto que los albañiles y los que arreglaban radios no se acercaban a la mesa de los miembros del grupo, pero, a veces, alguno de ellos preguntaba algo o hacía algún comentario a dos mesas de distancia, o al revés, a veces alguno de los miembros del grupo se levantaba y se acercaba sin miedo a la mesa de los jugadores de *backgammon* para pedir fuego a la clase obrera.

Después de continuas objeciones, casi todos los miembros del círculo coincidieron con lo manifestado en la vigésima sesión de la Asamblea del Partido Comunista Soviético respecto al régimen de terror de Stalin, pero entre ellos había un grupo muy obstinado que exigió a los demás que reexaminaran no solo su adhesión a Stalin, sino también su actitud hacia los propios fundamentos de la dictadura del proletariado tal y como Lenin la había concebido. Dos de los miembros del círculo fueron aún más lejos y utilizaron las ideas del joven Marx para cuestionar la doctrina acorazada del Marx adulto. Cuando Shmuel Ash intentó detener el desgaste, cuatro de los seis miembros del grupo anunciaron una escisión y la formación de una célula independiente. Entre los cuatro disidentes estaban las dos chicas del grupo, sin las cuales aquello no tenía sentido.

Ese mismo mes, después de varios años luchando en distintas instancias judiciales contra su viejo socio en una pequeña empresa de Haifa (Gaviota S. L., Cartografía y Fotografía Aérea), el padre de Shmuel perdió la apelación. Los padres de Shmuel se vieron obligados a dejar de entregarle la asignación mensual con la que se mantenía desde que había empezado la carrera. Por tanto, bajó al patio, buscó detrás del cuarto de los cubos de basura tres o cuatro cajas de cartón usadas, las subió a su habitación alquilada en el barrio de Tel Arza y cada día, sin orden ni

concierto, fue metiendo en ellas parte de sus libros, de su ropa y demás pertenencias. Aunque aún no tenía ni la menor idea de adónde podía ir.

Shmuel, un oso aturdido al que habían sacado de su hibernación, se pasó varios días deambulando por las calles lluviosas hasta bien entrada la noche. Caminando pesadamente casi a la carrera, surcaba las calles del centro de la ciudad, que estaban casi vacías debido al frío y al viento. A veces, tras caer la noche, se quedaba plantado bajo la lluvia en una callejuela del barrio de Nahalat Shivá, mirando embobado el portón de hierro del edificio en el que ya no vivía Yardená. Con frecuencia, sus pasos le llevaban a perderse por alejados barrios invernales que no conocía, por Nahlaot, Bet Israel, Ahva o Musrara, pisando charcos, sorteando cubos de basura tirados por el viento. Dos o tres veces, con la desgreñada cabeza dirigida hacia delante como si fuese a embestir, estuvo a punto de estamparse contra el muro de hormigón que separaba la Jerusalén israelí de la Jerusalén jordana.

Distraídamente, se paraba a leer los letreros abombados que le advertían desde las bobinas de alambre de espino oxidadas: ¡ALTO! ¡FRONTERA! ¡ATENCIÓN, MINAS! ¡PELIGRO, TIERRA DE NADIE! Y también: ¡QUEDA ADVERTIDO, ESTÁ A PUNTO DE ATRAVESAR UN ÁREA EXPUESTA A FRANCOOTIRADORES ENEMIGOS! Shmuel dudaba entre esos letreros como si tuviese delante un menú variado del que debía elegir lo más apetecible.

Se pasaba casi todas las tardes así, deambulando hasta bien entrada la noche, calado hasta los huesos por la lluvia, con la barba de salvaje chorreando, temblando de frío y desesperado, hasta que al fin llegaba arrastrándose de cansancio otra vez a su cama y se acurrucaba allí hasta la tarde siguiente: se cansaba con facilidad, tal vez por culpa de su corazón dilatado. Volvía a levantarse pesadamente al atardecer, se ponía la ropa y el abrigo, que aún no se habían secado desde el vagabundeo del día anterior, y sus pasos insistían en llevarlo hasta las afueras de la ciudad, hasta Talpiot, hasta Arnona. Solo cuando se topaba con la barrera del portón del kibutz Ramat Rahel y el receloso vigilante lo iluminaba con una linterna de bolsillo, reaccionaba, daba media vuelta y retornaba a casa con pasos nerviosos, apresurados, que parecían una carrera a la fuga. De regreso, se comía rápidamente dos rebanadas de pan con requesón, extendía la ropa mojada, volvía a escarbar y a cavar en la manta y durante un buen rato intentaba en vano entrar en calor. Se quedaba adormilado y al final dormía hasta la tarde siguiente.

Una vez soñó con un encuentro con Stalin. El encuentro acontecía en la habitación trasera del renegrido café del círculo para la renovación socialista. Stalin ordenaba al profesor Gustav Eisenschloss que librase al padre de Shmuel de sus apuros económicos, mientras que Shmuel, por alguna razón, desde el lejano puesto de observación sobre la azotea del monasterio de La Dormición, ubicado en lo alto del monte Sion, le mostraba a Stalin la esquina del Muro de las Lamentaciones, que había quedado aprisionado al otro lado de la frontera, en territorio de la Jerusalén jordana. No fue capaz de ninguna manera de explicarle a Stalin, que se reía bajo su bigote, por qué los judíos habían rechazado a Jesús ni por qué aún seguían obstinados en darle la espalda. Stalin llamó Judas a Shmuel. Al final del sueño, también centelleó por un instante la enjuta figura de Neshé Shereshevski, que le entregaba a Stalin un perrito lloroso dentro de una caja de metal. Por culpa de esos gemidos, Shmuel se despertó con la turbia sensación de que sus enrevesadas explicaciones habían empeorado aún más la situación, ya que habían despertado las burlas y las sospechas de Stalin.

El viento y la lluvia golpearon la ventana de su habitación. Un barreño metálico, que estaba colgado por fuera en las rejas del balcón, empezó a dar unos golpes secos en la balastrada al amanecer, cuando arreció la tormenta. Dos perros que estaban lejos de su casa, y tal vez también alejados el uno del otro, no pararon de ladrar en toda la noche y, de cuando en cuando, esos ladridos se convertían en un débil gemido.

Por tanto, se le ocurrió alejarse de Jerusalén e intentar encontrar un trabajo sencillo en un lugar remoto, tal vez de vigilante nocturno en las montañas de Ramon, donde, por lo que había oído, se estaba levantando una nueva ciudad de desierto. Pero, entretanto, le llegó la invitación para la boda de Yardena: al parecer ella y Nesher Shereshevski, su obediente hidrólogo, el experto en recogida de aguas pluviales, tenían mucha prisa por contraer matrimonio. No podían esperar ni siquiera a que acabara el invierno. Así pues, Shmuel decidió sorprenderlos, y sorprender también a todos los asistentes, y aceptar la invitación: en contra de todas las convenciones sociales, simplemente aparecería allí de pronto, alegre y bullicioso, derrochando sonrisas y palmadas en el hombro, un invitado inesperado, irrumpiría justo en medio de la ceremonia a la que estaba previsto que asistiese solo el círculo íntimo de familiares y de amigos más cercanos, y después se uniría encantado a la fiesta posterior, e incluso compartiría la alegría y contribuiría al espectáculo con sus gloriosas imitaciones del acento y de los gestos del profesor Eisenschloss.

Pero la mañana de la boda de Yardena, Shmuel Ash tuvo un fuerte ataque de asma y él mismo se arrastró hasta el ambulatorio, allí intentaron ayudarle con un inhalador y diversas pastillas contra la alergia, pero fue inútil. Cuando empeoró, lo trasladaron al hospital Bikur Holim.

Shmuel pasó en urgencias todo el tiempo que duró la boda de Yardena. Después, durante toda su noche de bodas, no dejó ni por un instante de chupar oxígeno de la mascarilla. Al día siguiente, decidió abandonar sin demora Jerusalén.

### 3

A comienzos del mes de diciembre, el día en que empezó a caer aguanieve en Jerusalén, Shmuel Ash informó al profesor Gustav Yom-Tov Eisenschloss y al resto de sus maestros (de los departamentos de Historia y de Ciencias de las Religiones) de que dejaba los estudios. Fuera, en el wadi, flotaban jirones de niebla que a Shmuel le recordaron a algodón sucio.

El profesor Eisenschloss era un hombre pequeño y estrecho con unas gruesas gafas de culo de botella y unos movimientos bruscos y secos que recordaban a un pájaro saliendo de repente por la puertecilla de un reloj de cuco. Se quedó completamente atónito al oír las intenciones de Shmuel Ash.

—Pero ¿cómo? ¿Qué pasa? ¿Qué mosca nos ha picado? ¡Jesús con una perspectiva judía! ¡Seguro que se abrirá ante nuestros ojos un terreno fértil nunca visto! ¡En el Talmud! ¡En la Tosefta! ¡En el Midrash! ¡En la tradición popular! ¡En la Edad Media! ¡Vamos a hacer importantes innovaciones en este campo! ¡Bueno! ¿Qué? ¿Y si seguimos avanzando poco a poco en la investigación? ¡Sin lugar a dudas, nos vamos a arrepentir de esta malísima idea de desertar a la mitad!

Dicho lo cual, echó el aliento con furia en los cristales de la gafas y los limpió enérgicamente con un pañuelo arrugado. De pronto, mientras le daba un apretón de manos casi violento, dijo con otro tono de voz, algo retraído:

—Pero, en el caso de que tengamos algunas dificultades económicas, ¿es posible que haya algún modo discreto de reunir poco a poco alguna ayuda modesta? —Volvió a apretar con tanta rabia la mano de Shmuel que le crujieron los dedos, y sentenció con ira—: ¡Nosotros no renunciamos tan pronto! ¡Ni a Jesús, ni a los judíos ni tampoco a ti! ¡Nosotros te encauzaremos de nuevo para que afrontes tu deuda interna!

En el pasillo, al salir del despacho del profesor Eisenschloss, Shmuel sonrió sin darse cuenta, porque se acordó de las fiestas de estudiantes en las que él siempre era la estrella en el papel de Gustav Yom-Tov Eisenschloss, saliendo de repente como un pájaro con resorte por la puertecilla de un reloj de cuco y dirigiéndose, como de costumbre, en primera persona del plural y en tono didáctico incluso a su mujer en la alcoba.

Esa misma tarde, Shmuel Ash mecanografió un anuncio en el que ponía a la venta a bajo precio, por una inesperada marcha de la ciudad, una pequeña radio (de baquelita) de la marca Phillips, una máquina de escribir Hermes Baby, un tocadiscos usado junto con decenas de discos: música clásica, *jazz* y canciones de autor. Colgó el anuncio en el tablón de corcho situado junto a las escaleras de la cafetería del sótano de la Fundación Kaplan. Debido a la acumulación de

anuncios y de publicidad, tuvo que ponerlo encima de otro anuncio, más pequeño: era un papel azulado en el que, mientras lo sepultaba, Shmuel pudo comprobar que había cinco o seis líneas escritas a mano con una delicada y precisa caligrafía de mujer.

Después, casi al galope, con la cabeza encrespada de carnero dirigida hacia delante como si intentase escapar del grueso cuello del que salía, se dirigió hacia la parada de autobuses situada delante de las puertas del campus. Pero cuando había dado cuarenta o cincuenta pasos, al pasar ante la escultura de Henry Moore, la figura de una mujer de hierro, ancha, verdosa, tumbada y cubierta por entero con una especie de sudario de tela basta, dio media vuelta de repente y echó a correr de nuevo hacia la Fundación Kaplan, hacia el tablón de anuncios situado junto a las escaleras de la cafetería. Sus dedos gordos y cortos se apresuraron a levantar su propio anuncio de liquidaciones para leer y releer lo que él mismo acababa de ocultar de su vista hacía dos minutos:

### SE BUSCA ACOMPAÑANTE

Estudiante soltero de Humanidades, conversador sensible a quien le guste la historia, podrá obtener alojamiento gratis, así como un modesto salario mensual, a cambio de hacer compañía durante unas cinco horas cada tarde a un inválido de setenta años, un hombre ilustrado, de gran cultura. Por lo general, el inválido es capaz de valerse por sí mismo y sobre todo necesita conversación, no cuidados. Para una entrevista personal, se ruega presentarse de domingo a jueves entre las 4 y las 6 de la tarde en el callejón Rabbi Elbaz 17, en el barrio de Shaarei Hesed (preguntar por Atalia). Por circunstancias especiales, al candidato se le exigirá firmar de antemano un documento de confidencialidad.

## 4

El callejón Rabbi Elbaz, en la pendiente de Shaarei Hesed, daba hacia el Valle de la Cruz, Emek Hamatzlava. La casa número diecisiete era la última al final del callejón, donde por aquellos días terminaba el barrio y la ciudad y empezaban los campos rocosos que se extendían hasta los restos del pueblo árabe Sheikh Badr. La destrozada carretera se convertía, justo después de la casa del final del callejón, en un camino pedregoso que se deslizaba titubeante hacia el valle y empezaba a serpentear de acá para allá como si lamentase continuar hacia aquella desolación y quisiese dar media vuelta y regresar a lugares habitados. Y entretanto dejó de llover. Sobre la cima de las colinas occidentales ya se había desplegado la luz del crepúsculo, una luz suave y seductora como una fragancia. A lo lejos, entre las rocas de la ladera de enfrente, se veía un pequeño rebaño de ovejas con un pastor cubierto por un manto oscuro que, al escampar, se había sentado a la luz del nublado atardecer y desde la colina desierta miraba inmóvil hacia las últimas casas del extremo occidental de Jerusalén.

La casa en sí le pareció a Shmuel Ash un semisótano, estaba por debajo del nivel de la calle, casi clavada hasta las ventanas en la pesada tierra de la ladera. Vista desde el callejón, esa casa parecía un hombre rechoncho, de anchas espaldas, con un sombrero oscuro, que se había arrodillado para buscar algo perdido en el barro.

Las dos hojas del portón de hierro oxidado se habían deformado hacía tiempo sobre sus goznes y se habían clavado por su propio peso en la tierra como si hubiesen echado raíces. Así estaba la puerta, ni abierta ni cerrada. El espacio entre las hojas hundidas del portón daba apenas para pasar sin rozarte los hombros. Encima del portón había un arco de hierro oxidado, coronado por una estrella de David, con letras hebreas insertadas que decían:

VENGA A SION  
EL REDENTOR DE JERUSALÉN  
EN NUESTROS DÍAS 5674 (1914)

Desde el portón, Shmuel bajó por seis escalones de piedra lisos y agrietados, de distintos tamaños, a un pequeño patio que lo fascinó nada más verlo y le produjo una punzada de nostalgia por un lugar del que de ningún modo lograba acordarse. La sombra de un vago y engañoso recuerdo flotaba en su mente, un reflejo velado de otros patios interiores, de hacía mucho tiempo, patios que no sabía dónde estaban ni cuándo los había visto, pero tenía la vaga certeza de que aquellos no eran patios invernales como ese, sino todo lo contrario, eran patios rebosantes de

verano y de luz. Ese recuerdo le produjo una emoción a medio camino entre la melancolía y el placer: como un único acorde de violonchelo en mitad de la noche.

Todo el patio estaba rodeado por un muro de piedra de la altura de una persona y enlosado con baldosas de piedra a las que los años habían pulido hasta conferirles un resplandor rojizo enrejado por filamentos grises. Sobre las baldosas de piedra brillaban algunos medallones de luz. Una pequeña higuera y un emparrado tupido daban sombra al patio entero. Tan gruesas eran las ramas, y tan pegadas estaban, que incluso en esa época, tras la caída de las hojas, solo un puñado de haces de luz lograban filtrarse a través del palio y centellear sobre algunas baldosas. Era como si no se tratase de un patio de piedra, sino de un estanque oculto con miles de pequeñas ondas recorriendo la superficie de sus aguas.

A lo largo del muro del patio, a los pies de la casa y también sobre los alféizares de las ventanas ardían pequeñas hogueras de geranios rojos, blancos, rosas, violetas y granates. Los geranios crecían en cazuelas oxidadas y viejas cacerolas en desuso, brotaban por agujeros de hornillos, se entrelazaban entre cubos, cuencos, latas y un váter rajado. Todas esas cosas habían sido rellenas de tierra y promovidas al rango de macetas. Las ventanas de la casa estaban protegidas por rejas y cubiertas por contraventanas verdes de hierro. Las paredes estaban construidas con piedra de Jerusalén que te mostraba su lado salvaje, el no pulido. Y detrás, al otro lado de la casa y del muro del patio, se extendía una pantalla compacta de cipreses de un color que con esa luz de la tarde no era verde, sino casi negro.

Cubriéndolo todo se tendía el silencio de una fría tarde de invierno. No era uno de esos silencios transparentes que te invitan a unirte a ellos, sino un silencio indiferente, ancestral, un silencio que se tendía dándote la espalda.

La casa tenía una cubierta de teja inclinada. En medio del faldón frontal surgía una pequeña buhardilla de estructura triangular que le recordaba a Shmuel la forma de una tienda truncada. También la buhardilla tenía una pequeña cubierta de tejas descoloridas. De pronto, le entraron muchas ganas de vivir en esa buhardilla, de acurrucarse allí con un montón de libros, una botella de vino tinto, una estufa, una manta gruesa, un tocadiscos y varios discos, y no salir de ella. Nada de conferencias, nada de debates, nada de amores. Quedarse allí y no salir nunca, al menos mientras fuese invierno.

Por toda la fachada se extendía una pasionaria trepadora que se aferraba con sus tallos lisos a las rugosidades de la piedra. Shmuel cruzó el patio, se detuvo a captar con la mirada los medallones de luz que temblaban sobre las baldosas del suelo y la red de venas grises que se ramificaba por la piedra rojiza. Llegó hasta una puerta de hierro de dos hojas, pintada de verde, sobre la que destacaba una cabeza de león ciego tallada a modo de aldaba. Las fauces del león se cerraban en torno a un gran aro de hierro. En el centro de la hoja de la derecha ponía en letras en relieve:

CASA DE JOAQUÍN ABRAVANEL,  
DIOS LE DÉ FUERZAS PARA DECIR  
QUE EL SEÑOR ES JUSTO

Debajo de esa inscripción en relieve había también una pequeña nota, práctica, pegada a la puerta con dos finas tiras de papel celofán, escrita con una caligrafía que Shmuel ya conocía por



el anuncio de la Fundación Kaplan, el anuncio donde se buscaba acompañante: una letra femenina, precisa y delicada, y sin conjunción copulativa entre los dos nombres, que estaban separados por un gran espacio:

Atalia Abravanel Gershom Wald  
Atención, escalón roto justo detrás de la puerta.

## 5

«Por favor, siga todo recto. Luego gire a la derecha. Avance hacia la luz y llegará hasta mí», le dijo desde el fondo de la casa una voz de hombre mayor. Era una voz profunda, de cierta satisfacción, como si de antemano aguardara la llegada de esa visita, de esa y no otra, y a esa hora y no a otra, y estuviese celebrando su acierto y disfrutando de ver cumplidas sus expectativas. La puerta de la casa no estaba cerrada con llave.

Nada más entrar, Shmuel Ash estuvo a punto de caerse, porque esperaba un escalón de subida y no de bajada. Y, de hecho, allí no había ningún escalón, sino un sustitutivo, una especie de taburete de madera endeble. En el momento en que el pie del invitado se posó en el borde, el taburete se izó como una palanca y estuvo a punto de tirar al que había puesto sobre él todo su peso. Fue la agilidad lo que salvó a Shmuel de una mala caída, porque mientras el taburete se izaba y se inclinaba, el invitado ya había aterrizado de un salto en el suelo de piedra, y los encrespados rizos de su cabeza se precipitaron hacia delante, lanzándolo tras ellos hacia dentro, hacia el pasillo, que estaba casi completamente a oscuras, porque todas las puertas que daban al corredor estaban cerradas.

A medida que Shmuel continuaba adentrándose en la casa, abriéndose camino con la frente como la cabeza de un bebé penetrando por el canal del parto, más fuerte era la sensación de que el suelo del pasillo no era recto, sino que iba serpenteando con una ligera inclinación: como si fuera el curso de un río seco y no un pasillo oscuro. Entonces, su nariz captó un olor agradable, un olor a ropa recién lavada, a limpieza, a almidón y al calor de una plancha de vapor.

Del fondo del pasillo salía otro pasillo, más corto, de cuyo extremo procedía la luz, esa luz que le había prometido la voz alegre cuando entró en la casa. Aquella luz condujo a Shmuel Ash a una acogedora biblioteca de techo alto, con las contraventanas de hierro bien cerradas y calentada por una estufa de queroseno en la que ardía una agradable llama azulada. La única luz eléctrica procedía de una lámpara de mesa que se curvaba sobre montones de libros y de papeles y que los enfocaba como prescindiendo del resto del espacio de la biblioteca.

Tras el cálido círculo de luz, entre dos carritos de metal atestados de libros, informes, expedientes y gruesos cuadernos, estaba sentado un anciano que hablaba por teléfono. Tenía una manta de lana sobre los hombros, como si estuviese cubierto por un *talit*. Era un hombre feo, largo, ancho y torcido, chepudo, con la nariz afilada como el pico de un ave sedienta y una barbilla curvada que recordaba a una guadaña. Una mata de pelo fino y canoso, un pelo casi femenino, caía desde su cabeza como una gran cascada de agua plateada y le cubría la nuca. Sus ojos estaban ocultos tras unas crestas de espesas cejas canosas que parecían de escarcha lanosa.

También su tupido bigote, un bigote a lo Einstein, era un cúmulo de nieve. Sin dejar de hablar por teléfono, examinó al invitado con una mirada penetrante, con su puntiaguda barbilla dirigida en diagonal hacia su hombro izquierdo, con el ojo izquierdo cerrado y el derecho abierto de par en par, un ojo azul, redondo y de un tamaño casi antinatural. Eso hacía que su cara tuviese una expresión que podía ser de jocosa sagacidad o de mordaz desaprobación, como si en un soplo hubiese calado al chico que tenía delante y hubiese adivinado sus intenciones. Al cabo de un rato, el inválido apagó el foco de su mirada, aceptó con un ligero movimiento de cabeza la presencia del invitado y apartó la vista de él. Entretanto, como si estuviese en medio de una discusión, no dejó de hablar ni un instante por teléfono:

—Quien sospecha siempre, quien cree que todos le están mintiendo constantemente, quien lleva una vida que no es más que una sucesión infinita de trampas sorteadas... Discúlpame un momento, ha aparecido aquí un mensajero, o puede que sea un artesano al que yo no he llamado.

Y entonces tapó el auricular con la mano, cuyos dedos se volvieron rosas a la luz de la lámpara hasta verse casi transparentes, unos dedos de fantasma. Entonces, la rugosa cara de tronco de olivo se iluminó con una sonrisa traviesa bajo la espesura de su bigote canoso, como si ya hubiese conseguido hacer caer en la trampa a su invitado sin que él se percatara de nada.

—Siéntate. Ahí. Espera.

Apartó la mano del auricular y, con la cabeza coronada por la mata canosa aún dirigida hacia su hombro izquierdo, continuó:

—Un hombre perseguido, ya sea perseguido porque él mismo ha convertido a todos en sus perseguidores, o porque en su atormentada imaginación bullen legiones de enemigos intrigantes, sea como sea, un hombre así, además de una desgracia, también tiene una tara moral: toda manía persecutoria es completamente irracional. Por cierto, como es natural, el sufrimiento, la soledad, las desgracias y las enfermedades aguardan a alguien así más que a los demás, es decir, que a nosotros. Por su carácter, el receloso está destinado y marcado para la tragedia. El recelo, al igual que el ácido, corroe el recipiente que lo contiene y devora al receloso mismo: protegerse día y noche de todo el género humano, estar tramando sin cesar cómo escapar de las intrigas y cómo evitar las conspiraciones y qué treta utilizar para olisquear de lejos una red tendida a sus pies, todo eso causa por fuerza daños irreparables. Y esas cosas son las que dejan al hombre fuera del mundo. Perdona un segundo, por favor...

Volvió a tapar el auricular con sus dedos de cadáver. Y se dirigió a Shmuel Ash en tono irónico, en voz baja, algo cascada:

—Por favor, si no te importa, espera unos minutos más. Entretanto, estás autorizado a escuchar lo que digo. Aunque un muchacho como tú seguro que vive en otro planeta, ¿no es así?

Sin esperar respuesta, el anciano quitó la mano del auricular y retomó su sermón:

—Aunque, en el fondo, el recelo, la manía persecutoria e incluso el odio a todo el género humano son cosas mucho menos mortíferas que el amor a todo el género humano: el amor a toda la humanidad desprende un olor ancestral a ríos y ríos de sangre. El odio gratuito, en mi opinión, es mucho menos malo que el amor gratuito: los que aman a toda la humanidad, los paladines de la justicia social, esos que generación tras generación se nos echan encima para salvarnos sin que nadie pueda librarnos de ellos, acaso no son de hecho... Bueno. Bueno. Llevas razón. No entremos en eso ahora. Mientras tú y yo discutimos sobre salvaciones y consuelos, se ha presentado aquí, en mi casa, un chico desgreñado con una barba de hombre de las cavernas, un

chico corpulento con un abrigo militar y puede que también con botas militares. ¿Habrá venido a reclutarme también a mí? Así pues, vamos a dejarlo aquí. Tú y yo volveremos a hablar de todo esto mañana y pasado mañana. Hablaremos, amigo mío, claro que hablaremos. Es necesario que hablemos. ¿Qué haría la gente como nosotros si no hablase? ¿Cazar ballenas? ¿Conquistar a la reina de Saba? Por cierto, a propósito de conquistar a la reina de Saba, tengo una interpretación personal, una interpretación antirromántica, una interpretación bastante criminal de hecho, del versículo «todas las faltas cubrirá el amor<sup>21</sup>». Mientras que el versículo «aguas caudalosas no podrán apagar el amor, ni ríos extinguirlo<sup>31</sup>» me recuerda siempre al sonido de la sirena de los bomberos que anuncia desgracias. Saluda a la querida Genia, dale un abrazo y un beso de mi parte, abraza y besa a tu Genia a mi manera, no la beses de esa manera burocrática que lo haces tú. Dile que echo mucho de menos el brillo de su rostro. No, el brillo de tu rostro, no, querido mío, tu rostro es como el de esta época. Sí. Adiós, hasta pronto. No. No sé cuándo volverá Atalia. Ella hace su vida y yo también hago la mía. Sí. Adiós. Gracias. Amén, como tú dices, que así sea.

Y entonces se dirigió a Shmuel, que mientras se había sentado con cautela, después de mucho dudar, en una silla de mimbre que le pareció algo enclenque, como si se tambaleara bajo el peso de su fornido cuerpo. Y de pronto el hombre gritó:

—¡Wald!

—¿Disculpe?

—¡Wald! ¡Wald! ¡Me llamo Wald! ¿Y tú qué? ¿Un pionero?

¿Un pionero de un kibutz? ¿Has bajado hasta nosotros directamente desde las montañas de Galilea? O al revés, ¿has subido desde las llanuras del Néguev?

—Soy de aquí, de Jerusalén, bueno, de Haifa, pero estudio aquí. Bueno, no estudio, estudiaba. Hasta ahora.

—Decídete, joven amigo: ¿estudias o estudiabas?, ¿de Haifa o de Jerusalén?, ¿de la era o del lagar<sup>41</sup>?

—Perdón. Enseguida se lo explico.

—Y además de todo eso, seguro que eres un tipo positivo. ¿No? ¿Un tipo ilustrado? ¿Progresista? ¿Abanderado de la justicia social y de los valores de la moral y la justicia? ¿Ideólogo idealista como todos vosotros? ¿No es así? Habla, ilústrame con tus sabias palabras.

Dicho lo cual, aguardó humildemente una respuesta, con la cabeza inclinada hacia el hombro izquierdo, un ojo cerrado y el otro abierto por entero, como quien espera pacientemente la subida del telón y el inicio de una representación en la que, de hecho, no tiene puesta ninguna esperanza y solo le queda aguardar con paciencia a ver todo lo que los personajes van a hacerse unos a otros: cómo se arrojarán mutuamente al fondo de la desesperación, si es que la desesperación tiene fondo, y de qué forma cada personaje va a ser el causante de su propia tragedia.

Por tanto, Shmuel empezó de nuevo, y esta vez con sumo cuidado: dijo cuál era su nombre y su apellido, no, no, por lo que él sabía no tenía ningún parentesco con el famoso escritor Shalom Asch, su familia era una familia de funcionarios y agrimensores, de Haifa, y él estudiaba, bueno, había estudiado en Jerusalén, Historia y Ciencias de las Religiones, aunque él no era creyente, en absoluto, se podía decir incluso lo contrario, pero de algún modo la figura de Jesús de Nazaret... y de Judas Iscariote... y el mundo espiritual de los sacerdotes y de los fariseos que rechazaron a

Jesús, y cómo precisamente a ojos de los judíos el Nazareno pasó rápidamente de ser una figura perseguida a convertirse en el símbolo de la persecución y la represión..., y eso de algún modo se relacionaba en su opinión con el destino de los grandes defensores de la justicia social en las últimas décadas..., bueno, era una historia un poco larga, esperaba no estar molestando, él había venido por lo de su anuncio, ¿sí?, ¿el anuncio ese de «se busca acompañante» que había descubierto por casualidad en el tablón de la Fundación Kaplan? ¿En la entrada de la cafetería de estudiantes?

Al oír aquello, el inválido se enderezó de pronto, tiró al suelo la manta escocesa, irguió su larga y retorcida figura en la silla, curvó con algunos complicados movimientos la parte superior de su cuerpo, agarrándose con fuerza a los brazos de la silla, y entonces se levantó y se quedó de pie en un ángulo extraño sobre sus piernas, aunque se notaba que eran sus fuertes brazos aferrados a la silla los que sujetaban con la fuerza de sus músculos el peso de su cuerpo, y no sus piernas. Decidió no tocar las muletas que estaban apoyadas en una esquina de la mesa. Era fuerte y encorvado, chepudo, alto, su cabeza casi daba con la lámpara que colgaba del techo; de pie, el hombre se veía deforme como el tronco de un viejo olivo. Era corpulento, fornido, orejudo y, sin embargo, casi majestuoso con la mata de pelo canoso cayéndole por la nuca, con los montículos de nieve de las cejas y el tupido bigote de un blanco resplandeciente. Cuando los ojos de Shmuel se encontraron por un instante con los del anciano, a este le sorprendió que, contrastando con su voz alegre y su tono irónico, sus ojos azules estuvieran nublados y como golpeados por la pena.

Luego, el hombre apoyó las dos manos sobre la superficie del escritorio, volvió a dejar caer todo el peso de su cuerpo sobre los músculos de sus brazos y así empezó a avanzar lentamente a lo largo del escritorio, con un inmenso esfuerzo, como un gran pulpo arrojado a tierra que luchara por arrastrarse por la arena para volver al agua. Así se movía el hombre, con la fuerza de los músculos de sus brazos desde la silla y a lo largo de la mesa hasta llegar a un diván de mimbre acolchado, una especie de sillón reclinable que lo aguardaba junto al escritorio, bajo la ventana de la biblioteca. Ahí, fuera del círculo de luz de la lámpara, empezó a hacer una complicada serie de inclinaciones, contorsiones, cambios de puntos de apoyo bajo sus manos, hasta que logró tumbar su gran cuerpo en esa cuna suya. Y de inmediato sentenció con su voz guasona:

—¡Ah! ¡El anuncio! ¡Conque hay un anuncio!, y dije en mi apresuramiento<sup>151</sup>... Bueno, de hecho, todo esto es entre tú y ella. Yo no tengo nada que ver con sus intrigas. Mientras tanto, si te parece bien, por mí puedes esperarla aquí sentado. ¿Qué tesoro ocultas ahí? Quiero decir, ¿debajo de tu barba? Bueno. Solo estaba bromeando. No te molestarás conmigo si ahora, con tu permiso, me voy a dormir un poco. Como puedes ver, se trata de una enfermedad degenerativa: camino hacia la degeneración total. Bueno, degeneración sí, pero ya no camino. Pero, por favor, tú siéntate, muchacho, siéntate, no temas, aquí no te ocurrirá nada malo, siéntate, también puedes elegir un libro o dos para leer hasta que ella regrese, a no ser que también prefieras dormir un poco. Vamos, siéntate. Siéntate, siéntate de una vez.

Entonces se quedó callado. Y puede que también cerrara los ojos, tendido en su diván y envuelto como un gigantesco gusano de seda en una manta de cuadros, idéntica a la anterior, que lo esperaba en su nuevo sitio. Y al instante se convirtió en una borrosa e inanimada cadena montañosa.

Shmuel se sorprendió un poco por las repetidas veces que el señor Wald le había pedido que se sentase, pese a que le hubiese bastado solo con echar un vistazo para darse cuenta de que había

permanecido todo el rato sentado en su sitio, sin levantarse ni moverse ni una sola vez. Un valle, colinas, olivos, ruinas y un camino montañoso serpenteante se veían en el dibujo del pintor Reuven Rubin reproducido en el calendario que estaba colgado, ligeramente torcido, en la pared de enfrente del escritorio, entre hileras de estanterías llenas de libros. Shmuel no pudo refrenar el impulso de levantarse y enderezar el cuadro. Luego volvió a sentarse en su sitio. Gershom Wald permaneció callado: a lo mejor se había dormido y no lo había visto. O a lo mejor aún no había cerrado del todo los ojos bajo las tupidas cejas canosas y lo había visto, pero le había parecido bien. Por tanto, lo dejó pasar sin decir nada.

## 6

Ella apareció por otra puerta, una puerta de la que Shmuel ni se había percatado. De hecho no era una puerta, sino una entrada secreta que estaba oculta por una cortina de cuentas orientales detrás de los armarios de los libros, en una esquina de la habitación. Nada más entrar, alargó el brazo y encendió las luces del techo y, en un instante, toda la biblioteca se llenó de una luz clara. Las sombras retrocedieron y desaparecieron tras las hileras de libros.

Era una mujer estirada, de unos cuarenta y cinco años, que se movía por la habitación muy consciente de la fuerza de su feminidad. Llevaba un vestido claro y liso, hasta los tobillos, y un jersey rojo y liso. Su largo cabello oscuro caía suavemente y descansaba sobre el montículo de su pecho izquierdo. Bajo la cascada de pelo se balanceaban dos grandes pendientes de madera. El vestido se le ajustaba al cuerpo. Unos zapatos de tacón acentuaban la ligereza de sus pasos al avanzar flotando desde la entrada hacia la cama de mimbre del señor Wald. Allí se detuvo con una mano en la cintura, como una resuelta campesina esperando a una cabra rezagada. Cuando dirigió sus rasgados ojos castaños hacia Shmuel, que la estaba mirando, no sonrió, pero su rostro mostró cierta simpatía curiosa con un ligero toque de desafío. Como preguntando: ¿Y tú? ¿Qué quieres? ¿Qué sorpresita nos traes hoy? Y también como queriendo decirle que, efectivamente, ella aún no sonreía, pero que su sonrisa por supuesto era posible y por supuesto era probable.

Al entrar, dejó una ligera ráfaga de perfume de violetas, pero también un vago eco del agradable olor a ropa recién lavada, a almidón y al calor de una plancha de vapor que él había captado anteriormente, cuando avanzaba por el pasillo junto a las puertas cerradas.

Shmuel se disculpó:

—¿Parece que no he llegado en un buen momento?

Y se apresuró a añadir:

—¿He venido por lo del anuncio?

Ella volvió a posar en él sus ojos castaños, seguros de su poder, observó su figura con interés y también con agrado, y lo miró tan fijamente a los ojos que Shmuel se vio obligado a bajar la vista. Examinó su barba desgreñada con la calma que se mira a un animal adormilado. Y asintió, no dirigiéndose hacia él, sino hacia el señor Wald, como confirmando absolutamente las primeras conclusiones que había sacado. Shmuel Ash, por su parte, la miró un par de veces y se apresuró a apartar la vista, pero en ese breve intervalo pudo apreciar el marcado surco que bajaba desde su nariz hasta el centro de su labio superior. Ese surco le pareció inusualmente profundo y, aun así, delicado y seductor. Ella retiró un montón de libros de una de las sillas, se sentó, cruzó las piernas y se colocó el bajo del vestido.

A la pregunta de si había llegado en un mal momento, no se apresuró a contestar, como si hubiese decidido analizar la cuestión desde todos los ángulos para poder dar una respuesta responsable y autorizada. Al final dijo:

—Llevas mucho tiempo esperando. Seguro que ya habéis estado conversado los dos.

A Shmuel le sorprendió su voz, que sonaba saturada y desganaada, aunque, pese a todo, era una voz práctica. Segura. No hablaba como preguntando, sino como exponiendo sucintamente los resultados de algunos cálculos que entretanto había estado haciendo en su fuero interno.

Shmuel dijo:

—Su marido me ha sugerido que la esperase. Por el anuncio, entiendo que...

El señor Wald abrió los ojos e intervino. Se dirigió a la mujer:

—Dice que se llama Ash. Ash con álef. Esperemos que sea así<sup>61</sup>.

Y se dirigió a Shmuel para corregirlo, como un maestro paciente corrigiendo a un alumno:

—Pero yo no soy el marido de la señora. No tengo el honor ni el placer. Atalia es mi compradora.

Tras dejar que Shmuel se debatiera un momento en su sorpresa, el hombre se dignó a explicar:

—Pero no en el sentido de cliente o consumidora, sino en el sentido de dueña y señora: como se utiliza en «señor de cielo y tierra<sup>71</sup>», o también en «conoce el buey a su amo<sup>81</sup>».

Atalia dijo:

—Vale seguid los dos con esto todo lo que queráis. Creo que os estáis divirtiendo.

Sin sonreír dijo esas frases, y también sin pausa entre «vale» y «seguid». Pero también en esa ocasión su voz cálida parecía asegurarle a Shmuel que todo era posible aún si no se excedía ni un ápice y no se ponía en ridículo. Le hizo a Shmuel cuatro o cinco preguntas breves y una de ellas la repitió con énfasis y con palabras más sencillas, porque no había quedado satisfecha con la respuesta. Luego se quedó callada un momento y, a continuación, consideró conveniente añadir que todavía quedaban varias preguntas más por aclarar.

El señor Wald dijo en tono jocoso:

—¡Seguro que nuestro invitado tiene hambre y sed! ¡Nos ha llegado directamente desde las cumbres del Carmel! ¡Dos o tres naranjas, un pedazo de tarta, un vaso de té, podrían hacer aquí maravillas!

—Vosotros seguid haciendo maravillas y yo iré a poner agua a calentar. —La sonrisa que se resistía a llegar a sus labios, apareció ahora en su voz.

Dicho lo cual, dio media vuelta y desapareció por la entrada por la que había llegado, esa de la que Shmuel Ash ni se había percatado hasta su llegada. Pero ahora, al salir, sus caderas se zambulleron en la cortina de cuentas de estilo oriental que cubría la entrada. La cortina no se calmó enseguida, nada más desaparecer ella, sino que continuó formando ondas y produciendo una especie de borboteo o murmullo que Shmuel deseó que no cesase.



## 7

A veces el curso de la vida se ralentiza, vacila como el agua de un canalón que corre y abre un estrecho surco en la tierra del patio. Ese flujo se detiene en un montículo de tierra, se paraliza, se acumula por un instante en un pequeño charco, titubea, intenta roer el montículo de tierra que le obstruye el camino o pasar por debajo. Ese obstáculo hace que el agua se divida y prosiga su correr formando tres o cuatro hilos muy finos. O que ceda y sea tragada por la tierra del patio. Shmuel Ash, cuyos padres habían perdido de golpe todos los ahorros de su vida, cuyo trabajo de investigación estaba estancado, cuya carrera universitaria se había interrumpido y cuya amada se había casado con su antiguo novio, decidió aceptar el trabajo que le ofrecieron en la casa del callejón Rabbi Elbaz. Incluidas las condiciones de alojamiento e incluido el salario mensual, que era muy modesto: dedicaría unas cuantas horas al día a hacer compañía al hombre inválido, y el resto del tiempo lo tendría libre. Y también estaba Atalia, que casi le doblaba la edad y, a pesar de todo, cada vez que se iba de la habitación suponía una pequeña desilusión para él. A Shmuel le parecía captar una especie de distancia, o de diferencia, entre sus palabras y su voz. Sus palabras eran escasas y, con frecuencia, también punzantes, pero su voz era cálida.

Dos días más tarde, dejó su habitación en el barrio de Tel Arza y se trasladó a la casa del patio enlosado y cubierto por la sombra de la higuera y el emparrado, a esa casa que le había encantado nada más verla. En cinco cajas de cartón y un petate viejo llevó su ropa, sus libros, su máquina de escribir, y también carteles enrollados con las imágenes de Cristo agonizante en brazos de su madre y con los héroes de la revolución popular de Cuba. Cargó el tocadiscos bajo el brazo y, en la mano, la pila de discos. Esta vez no tropezó con el taburete de la puerta de entrada, sino que tuvo la precaución de pasar por encima con una gran zancada.

Atalia Abravanel le fue explicando por orden sus obligaciones y las costumbres de la casa. Le enseñó las escaleras de caracol de hierro que subían desde la cocina hasta su buhardilla. De pie, junto a esas escaleras, lo instruyó sobre su trabajo y sobre la rutina de la cocina y la colada, con una mano bien abierta en la cintura mientras la otra revoloteaba sobre el jersey del joven, quitándole de la manga una brizna de paja o una hoja seca que se había enganchado a la lana. Precisa con las palabras, práctica, y, aun así, con una voz que hacía pensar a Shmuel en una habitación oscura y cálida, dijo:

—Mira. Así funcionan las cosas. Wald es un animal nocturno: duerme siempre hasta el mediodía, porque se pasa las noches en vela y permanece despierto hasta primeras horas de la mañana. Cada tarde, de cinco a diez, once como mucho, conversarás con él en la biblioteca. Y

ese, más o menos, es todo tu cometido. Cada día, a las cuatro y media, irás allí a rellenar el queroseno y a encender la estufa. Darás de comer a los peces del acuario. No tienes por qué esforzarte demasiado en inventar temas de conversación, ya se encargará él de buscaros un gran surtido de temas, pues enseguida te darás cuenta de que es de esos que hablan sobre todo porque no pueden soportar ni un minuto de silencio. A ti no te dé miedo discutir con él, al contrario, él revive precisamente cuando le llevan la contraria. Es como un perro viejo que aún tiene ganas de que alguna vez llegue algún extraño, porque así tiene un motivo para ponerse en guardia y empezar a ladrar, e incluso, muy de cuando en cuando, para morder un poco. Solo jugando, claro. Por otra parte, podréis tomaros todo el té que queráis: aquí hay una tetera, aquí, té y azúcar, y aquí, una caja de galletas. Cada tarde, a las siete, calentarás en la cocina la papilla que te estará esperando siempre sobre la placa eléctrica, cubierta de papel de plata, y la colocarás delante de él. Normalmente devora la comida con apetito y rapidez, pero, si se queda satisfecho con un poco o se niega por completo a probarla, tú no lo obligues. Solo pregúntale si ya se puede retirar la bandeja y ponla tal cual en la mesa de la cocina. Hasta el servicio es capaz de llegar él solo, con las muletas. A las diez, recuérdale siempre que se tome los medicamentos. Y a las once, o incluso un poco antes, le dejas sobre el escritorio un termo lleno de té caliente para la noche, y con eso ya puedes marcharte. Después de despedirte de él, ve un momento a la cocina y friega el plato y la taza y que se quede todo en el escurridor que hay encima del fregadero. Por las noches normalmente lee y escribe, pero casi siempre por la mañana hace pedazos cuanto ha escrito por la noche. Cuando está solo en su habitación, a veces le gusta hablar consigo mismo. Dictarse a sí mismo en voz alta o incluso discutir consigo mismo. O hablar durante horas por teléfono con alguno de sus tres o cuatro viejos enemigos. Tú, si por casualidad lo oyes alzar la voz fuera de tus horas de trabajo, no hagas caso. Muy de cuando en cuando se echa a llorar por la noche. No te acerques a verlo. Déjalo tranquilo. Y en cuanto a mí... —Por un instante se abrió en su voz una pequeña brecha de duda que al instante se cerró—. No importa. Ven aquí. Mira: aquí está el gas. Aquí, el cubo de la basura. La placa eléctrica. Aquí, café y azúcar. Galletas. Pastas. Frutos secos. En el frigorífico hay leche, quesos y también algo de fruta y hortalizas. Aquí arriba hay latas de conservas, carne, sardinas, guisantes y maíz. Algunas llevan aquí desde la época del asedio de Jerusalén. Este es el armario de los cacharros. Este es el cuadro de luces. Aquí está el pan. Tenemos una vecina enfrente, una mujer de mediana edad, Sara de Toledo, que al mediodía trae una comida vegetariana para el señor Wald y al atardecer deja sobre nuestra placa eléctrica una papilla hecha en su cocina. Es un arreglo pagado. La papilla, que ella lleva hasta la cocina por la tarde, puede alcanzar también para ti. Al mediodía arréglatelas por tu cuenta: hay un pequeño restaurante vegetariano por los alrededores, en la calle Ussishkin. Aquí está el cesto de la ropa sucia. Todos los martes viene la asistenta. Bella. Si te va bien, Bella puede lavar también tu ropa y limpiar un poco tu habitación sin que tengas que pagar nada. Por alguna razón, uno de tus predecesores tenía mucho miedo de Bella. No tengo ni idea de por qué. Tus predecesores al parecer se estaban buscando a sí mismos. Qué encontraron, no lo sé, pero uno de ellos no permaneció aquí más de unos cuantos meses. Las horas libres arriba, en la buhardilla, al principio los fascinaban, pero después los agobiaban. Seguramente tú también has venido aquí a aislarte para buscarte a ti mismo. O tal vez para escribir un nuevo tipo de poesía. Es posible que el asesinato y las torturas ya se hayan acabado y es posible que el mundo ya esté cuerdo y libre completamente de sufrimientos y que solo esté esperando con impaciencia a que por fin llegue un

nuevo tipo de poesía. Aquí siempre hay toallas limpias. Y esta es mi puerta. A ti ni se te ocurra venir a buscarme. Nunca. Si necesitas algo, si surge algún problema, simplemente me dejas una nota aquí, sobre la mesa de la cocina, y yo con el tiempo satisfaré todas tus necesidades. Pero no empieces a venir corriendo a verme por soledad o lo que sea, como los que estuvieron aquí antes que tú. Esta casa al parecer provoca soledad. Pero, por supuesto, yo no entro en ese terreno. No tengo nada que ofrecer. Y otra cosa... Cuando está solo, no habla únicamente consigo mismo, sino que también grita a veces: me llama por las noches, llama a personas que ya no están, les suplica, les implora. Puede que también te llame a ti. Eso le pasa especialmente por las noches. Tú no le hagas caso: simplemente intenta darte media vuelta y seguir durmiendo. Tu único cometido en esta casa es muy específico, de cinco de la tarde a once, los gritos nocturnos de Wald no están incluidos en el sueldo. Tampoco otras cosas que puede que ocurran aquí algunas veces. De todo lo que no sea asunto tuyo, simplemente mantente lejos. Toma, casi se me olvidaba, coge estas llaves. No las pierdas. Esta es la llave de la casa y esta, la de tu habitación. Puedes entrar y salir cuando quieras fuera de las horas de trabajo, por supuesto, pero tienes completamente prohibido traernos invitados. O invitadas. Eso no. Esta no es una casa de puertas abiertas. ¿Y tú, Ash? ¿Gritas a veces por las noches? ¿Deambulas por la casa dormido? ¿No? No importa. Olvida la pregunta. Y otra cosa: también me firmarás aquí que te comprometes a no hablar de nosotros. Bajo ningún concepto. A no dar ningún detalle. Tampoco a tus parientes. Tú simplemente no le cuentas a nadie cuál es tu trabajo aquí y ya está. Si no te queda más remedio, puedes decir, por ejemplo, que eres el vigilante de la casa y que por eso te alojas aquí gratis. ¿He olvidado algo? ¿O tal vez tú? ¿Quieres pedir algo? ¿O preguntar algo? A lo mejor te he asustado un poco.

En dos o tres ocasiones, mientras ella le estaba hablando, Shmuel había intentado mirarla fijamente a los ojos. Sin embargo, cada vez que lo hacía se encontraba con una brasa de seca advertencia que lo obligaba a apartar la vista al instante. Esta vez decidió no ceder. Él sabía sonreír a las mujeres con una juvenil y adorable ingenuidad, y también sabía dar a su voz un tono de timidez, de indefensión, un tono que chocaba sensiblemente con su cuerpo grande y su barba encrespada de neandertal. Con frecuencia, ese tono tímido, mezclado con una vehemencia arrolladora y una especie de constante tristeza, lograba allanarle el camino hacia las chicas.

—Solo una pregunta. Una pregunta personal, ¿puedo? ¿Qué parentesco, relación o conexión tiene usted con el señor Wald?

—Él ya te ha respondido a eso: estoy a cargo de él.

—¿Y otra pregunta? ¿De verdad que no tiene por qué contestarme?

—Pregunta. Pero será la última pregunta por hoy.

—¿Abravanel? ¿Un nombre tan regio? No tengo derecho a indagar, pero ¿no tendrá por casualidad alguna relación con Shaltiel Abravanel? Recuerdo que aquí, en Jerusalén, había un tal Shaltiel Abravanel en los años cuarenta, ¿no? ¿Miembro de la dirección de la Agencia Judía? ¿O del Consejo Nacional? Creo que fue el único de ellos que se opuso a la fundación del Estado, ¿no? O que se opuso únicamente a la línea de Ben Gurión, ¿no? Recuerdo algo, vagamente. ¿Jurista? ¿Arabista? ¿Oriundo de Jerusalén por novena generación? ¿O séptima? Era, creo, ¿una especie de oposición de una sola persona? ¿Al que después Ben Gurión echó de la cúpula directiva para que no lo molestase? ¿Puede ser que lo esté confundiendo con otra persona?

Atalia no se apresuró en responder. En vez de contestar, le indicó que subiese por las escaleras de caracol y ella lo siguió hasta la entrada de la buhardilla que se le había asignado, y

entonces se detuvo, apoyada en un lado de la barandilla, con la cadera izquierda un poco levantada y redondeada, el brazo estirado y sujeto al otro lado de la barandilla, cerrándole con su cuerpo el camino de retirada desde la buhardilla hacia la espiral de las escaleras. Y como despuntando por detrás de una nube baja, desde las comisuras de sus ojos y extendiéndose alrededor de sus labios, surgió una sonrisa contenida, dolorida, pero, eso le pareció a Shmuel en aquel instante, puede que también hubiese en ella algo de sorpresa y de agradecimiento. Y al instante, la sonrisa se cerró y su rostro se apagó como por un portazo.

A él le parecía hermosa y atractiva y, a pesar de todo, había en su rostro algo extraño, como un rictus de ofensa, algo que le recordaba a una pálida máscara teatral o a la cara pintada de blanco de un mimo. Por algún motivo, en aquel momento brotaron lágrimas de los ojos de Shmuel y, como se avergonzaba de ellas, se apresuró a girar la cabeza.

De espaldas a él, cuando se disponía a bajar por las escaleras de hierro, dijo:

—Era mi padre.

Y pasaron unos cuantos días hasta que volvió a verla.

## 8

Así se inició un nuevo capítulo en la vida de Shmuel Ash. A veces le entraban unas ganas terribles de salir corriendo a buscar a Yardena, de quitársela durante una hora o dos a ese marido suyo recolector de aguas pluviales, Neshher Shereshevski, y de hablarle con vehemencia sobre su situación actual, monástica, tan distinta a su vida anterior, como si hubiese vuelto a nacer en una nueva reencarnación: estaba ansioso por demostrarle a Yardena que ahora ya había logrado superar todos sus defectos, su ansiedad, su verborrea, su tendencia nada masculina a llorar y su constante impaciencia, que por fin también él se estaba convirtiendo en un hombre tranquilo, en un hombre hecho y derecho igual que el marido que se había buscado.

O no contarle nada, sino traer a Yardena del brazo, arrastrarla hasta aquí y mostrarle el patio de piedra invernical con baldosas de piedra pulida y la casa sombría, cubierta por los cipreses, la higuera y la parra, y enseñarle la pequeña buhardilla donde vivía ahora una vida de aislamiento y reflexión a la sombra de los viejos retratos de los líderes barbudos de la revolución popular de Cuba, y la biblioteca del señor Wald, donde nosotros conversamos durante varias horas al día y yo voy aprendiendo poco a poco a ser un hombre paciente y atento. También sería estupendo mostrarle a Yardena a su inválido didáctico, de alta estatura, encorvado, con la mata de canas a lo Einstein y el espeso bigote de nieve, y a la hermosa y distante mujer cuyos ojos penetrantes se burlan de ti, pero cuya voz cálida surge, lentamente, desde el fondo del pecho en contradicción con esa burla.

¿Cómo podría Yardena no querernos?

Hasta puede que de pronto le entrasen ganas de abandonar a su contenedor de aguas pluviales y unirse a nosotros.

Pero Atalia le había hecho firmar una hoja donde se comprometía a no traer invitados y también a no hablarle a nadie de lo que hacía en esa casa.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Y como se enfadó por esas lágrimas y esas fantasías tuyas, decidió quitarse los zapatos y meterse vestido en la cama. Son tantas las horas libres. Y fuera solo hay viento y lluvia. Querías absoluta soledad, querías inspiración, espacios vacíos de tiempo de silencio, pues todo eso lo tienes aquí. Todo está en tus manos. Y en el techo de tu buhardilla, justo encima de tu cama, se te dibujan mares y continentes en el yeso que se va resquebrajando: horas y horas podrás estar tumbado así, de espaldas, con los ojos clavados en archipiélagos de pintura descascarillada, islas, arrecifes, bahías, volcanes, fiordos. Y, de cuando en cuando, un pequeño insecto pasará serpenteando entre ellos. ¿No será precisamente aquí donde consigas volver a Jesús a ojos de los judíos? ¿A Judas Iscariote? ¿O al profundo denominador

común del fracaso de todas las revoluciones? ¿No será aquí donde realices una investigación seria? O al revés, ¿donde empieces a escribir una novela? Y cada noche, después del trabajo, podrás tomarte un vaso de té con Gershom Wald y con la sorprendida Atalia y leerles algunos capítulos.

Cada día, poco después de las cuatro de la tarde, Shmuel se levantaba, se lavaba, se espolvoreaba la espesa barba con un poco de polvos de talco, bajaba por las escaleras de hierro que se enroscan sobre sí mismas, encendía la estufa de queroseno de la biblioteca y se sentaba frente al escritorio negro de Gershom Wald, en el sillón de mimbre cubierto de cojines bordados de estilo oriental. A veces clavaba la vista en un par de peces de colores que, con pena y casi sin moverse, lo miraban boquiabiertos desde detrás del cristal iluminado del acuario redondo, y escuchaba atentamente los sermones que le daba el señor Wald. De cuando en cuando se levantaba para servir té para los dos. O para colocar la mecha de la estufa de modo que la llama siguiese ardiendo azul y constante. A veces abría la ventana, solo una pequeña ranura detrás de las contraventanas cerradas, para que entrara una fina ráfaga de aire de pinos cargado de lluvia.

A las cinco, y de nuevo a las siete y a las nueve de la tarde, el anciano escuchaba los boletines de noticias en la pequeña radio que estaba sobre su escritorio. En algunas ocasiones se sumergía en la lectura del periódico *Davar* y le explicaba a Shmuel lo que había detrás de las noticias. Ben Gurión volvía a formar coalición. Tanto si participaba o no en ella el partido marxista-sionista. «Ben Gurión no tiene parangón», decía Wald. «El pueblo judío jamás ha tenido a un dirigente con más amplitud de miras que Ben Gurión. Pocos comprenden como él que “un pueblo que habitará apartado y no será contado entre las naciones<sup>[9]</sup>” es una maldición y no una bendición».

Entre un boletín y otro de noticias, Gershom Wald le hablaba, por ejemplo, de la insensatez de Darwin y de sus fieles: «¿Cómo se puede ni siquiera pensar que el ojo, o el propio nervio óptico, se fueron formando gradualmente, como respuesta a la necesidad de ver, mediante lo que ellos llaman selección natural? ¿Si no hay en todo el mundo entero ni ojo ni nervio óptico, nadie tiene ninguna necesidad de ver, y tampoco hay nadie ni hay nada que imagine el hecho mismo de la necesidad de ver! En modo alguno se puede pensar que de la no visión, de un infinito de oscuridad eterna que no tiene ni idea de que es oscuridad, surja de pronto una célula, o un grupo de células que, de la nada, empiecen a desarrollarse y a ver formas, colores y dimensiones. ¡Un preso necesita un estímulo exterior para buscar la libertad! Bueno. Además, la teoría de la evolución no tiene de ninguna manera ni la más mínima explicación para la aparición de la primera célula viva surgida de la quietud eterna y fosilizada del mundo inanimado. ¿Quién pudo surgir de pronto, de la nada, y empezar a enseñar a una molécula perdida de una materia inerte cómo debía despertar de repente de su quietud perpetua y empezar a crear fotosíntesis, es decir, empezar a transformar la luz del sol en carbohidratos y también a utilizar esos carbohidratos para poder crecer y desarrollarse?

»Bueno, y tampoco hay ni puede haber ninguna justificación darwiniana ni siquiera para el hecho extraordinario de que el gato, casi desde el día en que nace, sepa que tiene que excavar un pequeño agujero para hacer sus necesidades y luego cubrirlo de tierra. ¿Se puede pensar siquiera que eso se debe a una selección natural? ¿Todos los gatos incapaces de realizar esa compleja operación higiénica fueron aniquilados del mundo sin tener descendencia, y solo los vástagos de los gatos que enterraban sus excrementos merecieron ser fecundos y multiplicarse? ¿Y por qué precisamente el gato salió de los engranajes del mecanismo de la selección natural con esa

herencia genética que lo capacita para una limpieza tan ejemplar, y no el perro, y no la vaca o el caballo? ¿Por qué no se molestó la selección natural de Darwin en seleccionar y en dejar en el mundo no solo a un gato sino también, supongamos, a un cerdo capaz de lamerse y limpiarse a sí mismo? Bueno, ¿y quién enseñó de pronto al padre de los padres de los padres de los gatos amigos de la higiene, el primer enterrador de excrementos, cómo debía excavar la primera cloaca y cómo tapparla con tierra? ¿Acaso no nos enseñaron nuestros antiguos sabios que nada surge de la nada?».

Shmuel observaba los labios del anciano que se movían debajo de su espeso bigote canoso, y siempre se percataba del contraste entre la sarcástica guasa de las palabras del hombre y la profunda tristeza que nublaban sus ojos de color azul grisáceo: unos ojos trágicos insertados en medio de un rostro de sátiro.

Y en ocasiones, como de costumbre, el anciano hablaba largo y tendido con impetuoso placer sobre el miedo irracional que la figura del judío errante provocaba desde tiempos inmemoriales en la imaginación cristiana: «Y es que no todo el mundo puede levantarse un día, así sin más, tranquilamente por la mañana, cepillarse los dientes, tomarse un café y ¡matar a Dios! Para matar a una divinidad, el que mata debe ser mucho más fuerte que Dios y también debe ser infinitamente malvado y perverso. Quien asesinó a Jesús de Nazaret, una divinidad cálida e irradiante de amor, sin duda era más fuerte que él y también astuto y despreciable. Esos malditos asesinos de Dios estaban capacitados para ser asesinos de Dios solo si contaban con monstruosos recursos de poder y de maldad. Y, efectivamente, así son los judíos en las catacumbas de la imaginación de los que odian a los judíos. Todos somos Judas Iscariote. Incluso tras ochenta generaciones, todos somos Judas Iscariote. Pero la verdad, mi joven amigo, la pura verdad la tenemos aquí, en Eretz Israel, justo delante de nuestros ojos: exactamente igual que el viejo judío, también el nuevo judío, que aparentemente ha surgido aquí, no es en absoluto fuerte ni perverso, sino codicioso, astuto, escandaloso, asustadizo y reconcomido por la desconfianza y el miedo. Bueno. Hayim Weizmann dijo una vez, desesperado, que jamás podría existir un Estado judío porque en ello había una contradicción inherente: si hubiera un estado, no sería judío y, si fuera judío, entonces no sería un estado. Como está escrito en el Talmud: un pueblo semejante a un asno».

A veces empezaba a hablar sobre la migración de los pájaros y el movimiento de los bancos de peces del mar; unos y otros tenían un misterioso poder de orientación que la lógica científica no era capaz ni siquiera de alcanzar a adivinar.

Por lo general, los brazos del inválido descansaban sobre la superficie acristalada de su escritorio, sin apenas moverse mientras le hablaba a Shmuel, con la mata canosa iluminada por el halo de luz de la lámpara de mesa. El hombre enfatizaba alguna de sus opiniones alzando la voz o bajándola hasta el umbral del murmullo. De vez en cuando sus dedos agarraban un bolígrafo, o una regla, y su fuerte mano dibujaba en el aire toda clase de trazos y formas. Cada hora u hora y media, se levantaba pesadamente de su sitio y con la fuerza de los músculos de sus brazos arrastraba su encorvado cuerpo por el borde del escritorio, cogía las muletas y se dirigía renqueando hacia el servicio o hacia alguna estantería. A veces no usaba las muletas y, con la fuerza de sus brazos, tiraba de su cuerpo desde la mesa hasta su cuna de mimbre. De ningún modo permitía que Shmuel lo ayudara. Cuando andaba renqueante y encorvado, el señor Wald se asemejaba a un insecto herido o a una gigantesca mariposa nocturna con el borde de las alas chamuscado retorciéndose y luchando inútilmente por alzar el vuelo.

Shmuel, por su parte, servía té para los dos, echaba un vistazo de vez en cuando a su reloj para llevarle puntualmente la papilla de la tarde, que aguardaba, calentándose a fuego lento, sobre la placa eléctrica de la cocina. Alguna vez intentó despertar el interés de su anfitrión con el debate que había provocado la presentación de *La visita de la vieja dama*, o con las «Reflexiones sobre la poesía de Alterman», un sensacional artículo, publicado por aquellos días por el poeta Natan Zach, en el que se criticaba sin piedad lo que él consideraba artificiosidad ornamental dominante en el universo metafórico altermaniano. El señor Wald, por su parte, consideraba que en esas palabras había una dosis nada despreciable de acritud, pero también una buena cantidad de maldad, de fanfarronería y de inmadurez, por lo que zanjó el tema sirviéndose de la frase desde Natan hasta Natan no ha existido nadie como Natan. Sin embargo, el anciano no dijo nada cuando Shmuel empezó a leerle tres o cuatro poemas de Dalia Ravikovich que habían aparecido unas semanas antes. Solo inclinó mucho su cabeza nevada, escuchó atentamente y guardó silencio.

Por culpa de su cuello, que de pronto se curvó en un ángulo recto, el rostro del señor Wald mientras escuchaba esos poemas quedó oculto en el suelo de la habitación. Hasta tal punto que, por un instante fugaz, el hombre le pareció a Shmuel el cuerpo de un ahorcado desnucado.



## 9

Flavio Josefo, llamado Yosef Ben Matitiahú, la primera fuente judía de la que disponemos que se ocupó de mencionar la existencia de Jesús, nos cuenta la historia del Nazareno en dos versiones distintas. En su libro *Antigüedades judías*, Ben Matitiahú dedica unas cuantas líneas, unas líneas claramente cristianas, a «Jeshua, un hombre sabio, si se le puede llamar hombre, que realizó actos milagrosos... y atrajo a muchos judíos y también a muchos helenos. Él era el Mesías, y cuando Pilatos dictó su sentencia de crucifixión... se les apareció al tercer día y de nuevo estaba vivo». Flavio concluye inocentemente este breve retrato considerando conveniente citar que «... hasta el día de hoy no se ha perdido la estirpe de los mesiánicos, así llamada por él». Sin embargo, algunos investigadores actuales, entre ellos el profesor Gustav Yom-Tov Eisenschloss, opinan que es completamente imposible pensar que un judío como Yosef Ben Matitiahú escribiera algo así sobre Jesús, y que lo más probable, en opinión de Eisenschloss, es que todo ese fragmento fuese reescrito años después por unas manos cristianas e insertado más tarde, como una falsificación, en las *Antigüedades*.

Una versión completamente distinta de lo dicho por Yosef Ben Matitiahú sobre Jesús aparece en los escritos de Agapio, un escritor árabe cristiano del siglo X. Según Agapio, Yosef Ben Matitiahú no considera a Jesús un mesías ni habla de su resurrección tres días después de la crucifixión como un hecho que ocurriera realmente, tan solo describe con objetividad la fe de los seguidores de Jesús.

El propio Ben Matitiahú nació solo unos pocos años después de la crucifixión, y lo más interesante de lo que escribió sobre Jesús, ya sea según la versión de las *Antigüedades judías*, ya sea según la versión ofrecida por Agapio, posiblemente radique en lo insignificante, casi desdeñable, que resulta todo el episodio de la aparición de Jesús a ojos de ese historiador que casi fue contemporáneo suyo: en las dos versiones, la de las *Antigüedades* y la de Agapio, Ben Matitiahú dedica menos de una docena de líneas al episodio de la vida de Jesús, sus mensajes, sus milagros, su crucifixión, su resurrección y la nueva religión de sus fieles.

También a ojos de los judíos de las generaciones posteriores a Yosef Ben Matitiahú, la figura de Jesús ocupa un lugar minúsculo, casi ridículo: en la época rabínica hay solo un pequeño puñado de sabios que se preocuparon por lanzar, por algunos rincones perdidos, algunas veladas alusiones que tal vez estén destinadas a difamar a Jesús de Nazaret y que tal vez no tengan relación alguna con él y pretendan mofarse de otra persona completamente distinta o de varias personas diferentes: por lo general los rabinos evitan mencionar el nombre de Jesús. En una época más tardía, a modo de escarnio y de rechazo, se le puso el apodo de «ese hombre».

En dos o tres escritos, entre las palabras de los rabinos resplandece una especie de desprecio que se puede interpretar de varias formas, como el tanaíta Simón ben Azai, que cita el libro de las genealogías, el *Sefer Yuhasin*, que encontró en Jerusalén y en el que se dice: «cierto hombre bastardo de una mujer casada». Quizá se oculte aquí un dardo atemorizado hacia los fieles de la religión rival, o quizá no sea más que una pizca de chismorreos jerosolimitanos cuyo protagonista puede ser fulano o zutano, de ese tipo de chismorreos anónimos que corren también en estos tiempos por Jerusalén y que salen también de los pasillos de la universidad.

En la Tosefta, en el tratado Sanhedrín, aparece una vez alguien llamado Ben Stada que fue condenado en Lod por incitar a la idolatría, y hay comentaristas que se empeñan en ver también aquí una alusión a Jesús de Nazaret. En otro lugar de la Tosefta, en el tratado Holin, se menciona a un médico que curaba picaduras de serpiente invocando el nombre de Yeshu Ben Pandera. Pero ¿quién era ese tal Yeshu y quién era Pandera? Ese asunto está abierto a interpretaciones que no son más que conjeturas. Solo en una época más tardía, en *Yalkut Shimoni al libro de Números* aparece una advertencia palmaria contra uno, nacido de mujer, que «pretende fingir que es Dios, engañar al mundo entero».

Sin embargo, en tres lugares distintos del Talmud de Babilonia aparecen en un momento dado explícitas palabras difamatorias contra Jesús, que es descrito como un alumno aventajado desviado del camino, o como un brujo que incitaba a la idolatría, o también como un libertino que quería volver al judaísmo y no se lo permitieron. Pero con el paso del tiempo, esos tres fragmentos fueron eliminados por completo de casi todas las versiones impresas del Talmud de Babilonia, ya que los judíos tenían un miedo mortal a lo que les pudiesen hacer sus vecinos cristianos al leerlos.

El poeta Yannai, que vivió en la tierra de Israel en el siglo V o VI, compuso un poema litúrgico acróstico anticristiano, todo él burla y escarnio contra esos «que al taimado llaman noble / que eligen a un ídolo abominable / ... que se dirigen al colgado hasta el alba», y cosas por el estilo.

Cuando Shmuel llevó las hojas de su trabajo abandonado sobre Jesús a ojos de los judíos a la biblioteca y empezó a leerle ese poema a Gershon Wald, el anciano sonrió y se tapó los ojos con su ancha y horrenda mano, como quien se niega a mirar algo infame, y dijo furioso:

—Basta, basta, quién es capaz de oír estúpidas ocurrencias como esas. Te he pedido que me cuentes qué es Jesús a ojos de los judíos y no qué es a ojos de simplones de toda calaña. Este té está demasiado flojo, y también demasiado dulce, y para colmo está templado. Por favor, eres capaz de comprimir todos los defectos del mundo en un solo vasito y encima removerlos y mezclarlos bien. No, no, no hace falta, no te molestes en prepararme otro té. Solo tráeme un vaso de agua del grifo, por favor, y luego quedémonos un rato en silencio. Ben Stada o Ben Pandera, ¿qué nos importan a nosotros? Dejémoslos descansar en paz. Nosotros únicamente tenemos lo que ven nuestros ojos. E incluso eso, solo muy de vez en cuando. Ahora oigamos las noticias.

## 10

Su buhardilla era baja y acogedora, como una especie de guarida invernal. Era un espacio alargado con el techo inclinado como la lona de una carpa. La única ventana daba a la parte delantera de la casa, al muro del jardín, a la pantalla de cipreses de detrás y al patio enlosado con baldosas de piedra a la sombra de la parra y de la vieja higuera. Un gato callejero, seguro que un macho, pasaba por allí de vez en cuando, despacio, regio, con la cola levantada, caminando de un lado a otro con pasos aterciopelados, como si sus delicadas patas no pisaran sino que, lentamente, con placer, fueran lamiendo las baldosas de piedra pulida que resplandecían y brillaban con la lluvia.

La ventana era profunda, porque las paredes de la casa eran gruesas. Shmuel arrastró su manta de invierno hasta el alféizar de la ventana y se hizo una especie de asiento donde le gustaba anidar de vez en cuando algo más de media hora y mirar el patio desierto. En un rincón del patio, desde su puesto de observación, descubrió un pozo de agua cubierto por una tapa metálica oxidada. Pozos de agua como esos fueron excavados en los patios de la vieja Jerusalén y utilizados para recoger el agua de lluvia antes de que llegasen los británicos y tendieran una red de tuberías por Jerusalén desde los estanques de Salomón y los manantiales de Rosh Haayin. Esos viejos pozos de aguas pluviales salvaron a los judíos de Jerusalén de morir de sed en el año 1948, cuando la Legión Árabe del Reino de Transjordania sitió la ciudad y explotó todas las bombas de agua de Latrun y de Rosh Haayin para someter a sus habitantes. ¿Todavía era Shaltiel Abravanel, el padre de Atalia, uno de los dirigentes del *yishuv* judío en los días de la invasión de los ejércitos árabes, o ya había sido expulsado por Ben Gurión de todos sus cargos en la cúpula directiva? ¿Y por qué fue expulsado? ¿Y qué hizo después de su expulsión? ¿Y qué año, de hecho, falleció Shaltiel Abravanel?

Un día de estos, decidió Shmuel, pasará varias horas en la Biblioteca Nacional investigando e intentando aclarar qué se esconde detrás de esta historia.

Pero ¿qué sacarás con eso? ¿Es que saber lo que ocurrió te va a acercar a Atalia? O justo lo contrario, ¿hará que se encierre aún más de lo que está en su concha de secretos?

Entre el rincón del café y el cuarto con el váter y la ducha, que estaban separados por sendas cortinas, se encontraba la cama de Shmuel. Junto a la cama, una mesa, una silla y una lámpara<sup>[10]</sup> y, enfrente, una estufa y una estantería donde había un diccionario hebreo-inglés, un diccionario arameo-hebreo, una Biblia encuadernada en tela negra con grabados dorados que incluía también el Nuevo Testamento, un atlas mundial, y también el libro *Historia de la Haganá* y algunos

volúmenes de *Pergaminos de fuego*<sup>[11]</sup>. A su lado había unos diez libros de alta matemática o lógica matemática en inglés. Shmuel sacó uno de su sitio, lo hojeó y no entendió ni las primeras líneas de la introducción. En otro estante, debajo de esos libros de la casa, Shmuel colocó los pocos libros que había traído con él, así como el tocadiscos y los discos. Detrás de la puerta sobresalían unas puntas metálicas en las que Shmuel colgó su ropa. Y con tiras de cinta adhesiva pegó en la pared los retratos de los héroes de la revolución cubana, los hermanos Fidel y Raúl Castro y su amigo, el médico argentino Ernesto Che Guevara, rodeados de un grupo compacto de hombres, también ellos con barbas casi tan pobladas como la del propio Shmuel, todos con uniformes descuidados; parecían un grupo de poetas visionarios vestidos con ropa de combate y pistolas al cinto. La figura desgreñada y ruda de Shmuel podría integrarse muy bien en ese grupo. Del hombro de cada uno de ellos colgaba también un fusil. Algunos de los revolucionarios llevaban el polvoriento fusil colgado al hombro con una tosca cuerda y no con una tira de cuero.

Y Shmuel también encontró en esa buhardilla, en un rincón, un carro de metal muy parecido al que había visto en la biblioteca del señor Wald, en la planta baja. Solo que aquí, en su carro, ordenados a conciencia y formando ángulos rectos, como soldados preparados para pasar revista, había bolígrafos, lapiceros, cuadernos, archivadores, carpetas vacías, un puñado de clip y un montoncito de gomas, dos borradores y también un sacapuntas brillante. ¿Es que esperaban que se sumergiera aquí en la copia de libros sagrados, como un antiguo monje en su celda? ¿O que se zambullera en las profundidades de un trabajo de investigación? ¿Sobre Jesús? ¿Sobre Judas Iscariote? ¿Sobre los dos? ¿O tal vez sobre la extraña brecha que se abrió entre Ben Gurión y Shaltiel Abravanel?

Estuvo tumbado de espaldas sobre la cama, esforzándose por aislar y combinar formas complejas en las grietas de la pintura del techo hasta que se le cerraron los ojos. Y también cuando se le cerraron, siguió viendo bajo sus párpados el techo inclinado de la buhardilla que le había sido asignada, medio celda de preso medio habitación de aislamiento de un hospital destinada a pacientes con alguna rara enfermedad infecciosa.

Un objeto más apareció ahí, un objeto para el que Shmuel Ash no encontró ninguna utilidad. Ese objeto no lo descubrió nada más entrar a vivir en la buhardilla, sino pasados cuatro o cinco días con sus noches, cuando se agachó y miró debajo de la cama persiguiendo un calcetín que había desertado y se había escondido en la oscuridad. Y resulta que, en vez del calcetín evadido, salieron de la penumbra de debajo de la cama unos colmillos afilados que brillaban en las fauces de un malvado zorro tallado en el mango de un bastón negro y muy elegante.

## 11

Cada día, Gershom Wald se acomodaba en su silla tras el escritorio o en su diván y soltaba a sus interlocutores mordaces sermones por teléfono. Aderezaba sus opiniones con versículos y citas, con pullas y agudos juegos de palabras cuyos dardos iban dirigidos tanto contra sí mismo como contra su adversario. A veces le parecía a Shmuel que el señor Wald pinchaba y hería a quien conversaba con él con una aguja muy fina, con ese tipo de ofensas con las que solo las personas letradas pueden ser heridas. Decía, por ejemplo: «Pero querido, ¿por qué tienes que profetizar? Desde el día que se destruyó el Templo, la profecía ha recaído sobre tus hombros y sobre los míos<sup>[12]</sup>». O: «Aunque me machaques en un mortero no cambiaré de opinión<sup>[13]</sup>». Y una vez dijo: «Bueno, querido, sin duda alguna ni tú ni yo nos parecemos a ninguno de los cuatro hijos<sup>[14]</sup> de los que se habla en la Hagadá de Pésaj, pero a veces creo que sobre todo no nos parecemos al primer hijo». En esos momentos, el feo rostro de Gershom Wald se cubría de mordacidad y malicia, y su voz adquiría una alegre tonalidad de triunfalismo infantil. Pero sus ojos azules grisáceos bajo las espesas cejas canosas contradecían esa ironía y se cubrían de desapego y tristeza, como si no participasen en absoluto de la conversación y estuviesen fijos en algo terrible e insoportable. Shmuel no sabía nada de esos interlocutores que estaban al otro lado de la línea telefónica, excepto el hecho de que, al parecer, estaban dispuestos a soportar con paciencia los dardos de Wald y a perdonarle cosas que para Shmuel llegaban al límite de la mofa y la malicia.

Pensándolo bien, era bastante probable que esos interlocutores, a los que Wald se dirigía siempre como «querido» o «querido amigo», no fueran más que una persona, alguien no muy distinto al propio Gershom Wald, quizá también él un anciano inválido aislado en su despacho, y quizá también acompañado de un estudiante pobre que se ocupaba de él y que, exactamente igual que Shmuel, intentaba adivinar quién era el supuesto doble que estaba al otro lado de la línea telefónica.

Y a veces, el señor Wald se envolvía en silencio y tristeza, se tumbaba en el diván cubierto con la manta de cuadros escoceses, meditaba, se quedaba adormilado, se despertaba, le pedía a Shmuel que fuera tan amable de servirle un té y volvía a aislarse. Emitía una especie de sonido continuo e indeterminado, algo intermedio entre un retazo de canción y un carraspeo incontrolable.

Cada tarde, a las siete y cuarto, después del boletín de noticias, Shmuel le calentaba al anciano la papilla que había hecho la vecina Sara de Toledo. Shmuel añadía a la papilla un poco de azúcar moreno y canela en polvo. Había suficiente papilla para los dos. A las nueve y cuarto,

después del segundo boletín de noticias de la tarde, ponía delante del anciano la bandeja de los medicamentos con seis o siete píldoras, cápsulas de varios tipos y un vaso lleno de agua del grifo.

Una vez, el anciano alzó la vista y examinó el cuerpo de Shmuel de arriba abajo y de abajo arriba, sin ningún tacto, como si estuviera observando un objeto sospechoso, o palpando con dedos rudos a su interlocutor, durante un buen rato, con avidez, hasta que posiblemente encontró lo que estaba buscando. Y entonces empezó a preguntarle sin miramientos:

—Pero, a pesar de todo, parece razonable suponer que tienes alguna chica en algún sitio, ¿no? ¿O algo parecido a una chica? ¿O que al menos la has tenido? ¿No? ¿Ninguna mujer? ¿Ninguna chica? ¿Nunca?

Y entonces se echó a reír, como si le hubiesen contado un chiste verde.

Shmuel murmuró:

—Sí. No. He tenido. He tenido ya varias. Pero...

—¿Y por qué te dejó la señora? No importa. Da igual. Te dejó. Pues, que le aproveche. Entonces, nuestra Atalia ya te está conquistando. Sin mover un dedo tiene el poder de conquistar a los desconocidos. Aunque le gusta mucho su individualidad. Atrae hacia ella a hombres a los que tiene fascinados y luego los aleja pasadas unas semanas, a veces incluso al cabo de una semana. Hay tres cosas que son incomprensibles para mí, y una cuarta que no entiendo, y la que menos es el camino del hombre en la doncella<sup>[15]</sup>. Una vez ella me dijo que los desconocidos la atraen mientras son más o menos desconocidos. Un desconocido que deja de serlo de inmediato empieza a agobiarla. ¿Sabes, por casualidad, lo que significa *leratek*, atraer? ¿No? Pero ¿qué es esto? ¿Es que ya han dejado de enseñaros en la universidad el origen y la evolución de las palabras?

—Yo ya no estoy en la universidad.

—No. Por supuesto. Tú ya has sido enviado desde allí hacia la oscuridad exterior, hacia el aullido y el chirriar de dientes. Pues el origen se encuentra en el Talmud de Jerusalén, en el arameo de la tierra de Israel, donde aparece la palabra *ritka*, que hace referencia a una parcela rodeada por un cercado, y de ahí viene el verbo *leratek*, es decir atar, amarrar con grilletes, inmovilizar con ataduras. Esas ataduras pueden ser sogas o correas. ¿Y padres? ¿Qué? ¿Tienes padres? ¿O los tuviste alguna vez?

—Sí. En Haifa. En Hadar Hacarmel.

—¿Hermanos?

—Una hermana. En Italia.

—Y el abuelo del que me hablaste, ese que sirvió en la policía del Mandato y al que nuestros fanáticos asesinaron porque llevaba uniforme inglés, ¿también ese abuelo procedía de Letonia?

—Sí. La verdad es que entró en la policía británica para pasar información a la resistencia. De hecho, era una especie de agente doble, un espía de la misma resistencia que lo asesinó. Decidieron que era un traidor.

Gershom Wald reflexionó un instante sobre eso. Pidió un vaso de agua. Pidió abrir un poco la ventana. Después señaló con tristeza:

—Cometió un gran error. Un grande y terrible error.

—¿Quién? ¿La resistencia?

—La chica. Esa que te abandonó. Eres un chico conmovedor. La propia Atalia me lo dijo hace unos días, y yo, como siempre, sé que tiene razón, porque es imposible que Atalia no tenga razón. Nació teniendo razón. Toda ella está hecha de razón. Pero la sempiterna razón es de hecho tierra quemada, ¿no?

## 12

Cada mañana, Shmuel Ash se despertaba entre las nueve y las diez, a pesar de que siempre se prometía a sí mismo que al día siguiente se levantaría antes de la siete, se prepararía un café bien cargado y se pondría a trabajar.

Se despertaba, pero no abría los ojos. Se acurrucaba bien en la gruesa manta y empezaba a discutir consigo mismo en voz alta: «Levántate de una vez, holgazán, ya es mediodía». Y cada mañana se convencía a sí mismo diciendo: «Solo diez minutos más. No pasa nada. Has venido aquí para alejarte de la actividad frenética que hay fuera, no para estar otra vez atormentado».

Al final se estiraba, suspiraba dos o tres veces, se obligaba a levantarse de la cama y en ropa interior, temblando de frío, se acercaba a la ventana a ver en qué se diferenciaba ese día invernal del día invernal anterior. El patio de la casa con las baldosas pulidas por la lluvia, las hojas secas corriendo por el suelo, la oxidada tapa de hierro del pozo y la imagen de la higuera desnuda, todo eso le producía tranquilidad y tristeza. La higuera desnuda le recordaba a la higuera del Nuevo Testamento, del Evangelio de Marcos, esa higuera en la que Jesús, al salir de Betania, buscó un fruto que comer y, al no encontrarlo, empezó a maldecirla con ira haciendo que al instante se secara y muriera. Pero Jesús sabía perfectamente que ninguna higuera podía dar frutos antes de la fiesta de la Pascua. En lugar de maldecir, ¿no podría haberla bendecido, obrar un pequeño milagro, hacer que de la higuera brotase un fruto para él en ese mismo instante?

La tristeza, por su parte, conllevaba una especie de extraña alegría oculta: como si alguien en su interior se alegrara de su tristeza. Esa alegría le daba la suficiente energía como para meter la rizada cabeza y la barba debajo del grifo y dejar que el chorro frío como el hielo desprendiese de él los últimos restos de sueño.

En ese instante se sentía lo bastante despierto como para afrontar el nuevo día, entonces agarraba la toalla y se secaba con furia, como arrancando el frío de su carne, se cepillaba los dientes con entusiasmo, hacía gárgaras y escupía con fuerza desde lo más profundo de su garganta. Luego se vestía y se abrigaba con un jersey gordo, encendía la estufa, ponía agua a calentar y se preparaba un café turco. Mientras el café hervía, echaba un vistazo a los líderes de la revolución cubana, que lo miraban desde las paredes inclinadas de la buhardilla, y decía con emoción: «Buenos días, camaradas».

Con la taza de café en la derecha, cogía del rincón el bastón con la cabeza de zorro tallada y volvía a asomarse unos instantes más a la ventana en compañía del zorro. Si veía pasar un gato por la niebla entre los setos congelados, golpeaba con el bastón el cristal de la ventana, como azuzando al zorro de brillantes colmillos a salir en busca de la presa, o como enviando señales de



socorro al mundo exterior para que los viera a los dos, al zorro y a él, y enviara a alguien a rescatarlos de la prisión de la buhardilla. A veces se le llenaban los ojos de lágrimas porque se imaginaba a Yardena en la cafetería de la universidad con una suave falda de pana, el cabello claro recogido con un prendedor, y esparciendo monedas de risa a su alrededor porque alguien junto a su mesa se había burlado de la forma en que Shmuel aparecía por las escaleras, con la cabeza barbuda siempre por delante del cuerpo, con las piernas persiguiendo al tronco, mientras jadeaba y resoplaba.

Después del café, Shmuel se entretenía en espolvorearse talco perfumado para bebés en la barba y en el pelo encrespado, como si en los rizos revueltos le hubiesen salido canas tempranas, y bajaba las escaleras de caracol que conducían desde su buhardilla a la cocina. Tenía cuidado de no hacer ruido para no sobresaltar a Gershom Wald, que estaba inmerso en su sueño matinal. Y sin embargo, sin contradicción alguna, lanzaba cuatro o cinco toses fingidas con la incansable esperanza de atraer con ellas a Atalia, que tal vez, por él, accediera a salir de su habitación y a brillar durante unos minutos en la cocina.

Normalmente ella no estaba allí, aunque su nariz parecía captar el sutil eco de su perfume de violetas. Volvía a darle un ataque de tristeza matinal, pero en esa ocasión su tristeza no se traducía en alegría por la propia tristeza, sino que se convertía en unos pitidos asmáticos, y entonces se apresuraba a aspirar dos veces del inhalador que llevaba siempre en el bolsillo. Luego abría el frigorífico y se quedaba ensimismado durante tres o cuatro minutos mirando el interior sin tener la menor idea de lo que estaba buscando.

La cocina estaba siempre ordenada y limpia, la taza y el plato de Atalia estaban fregados y puestos bocabajo sobre el escurridor, su pan envuelto en papel y metido en la panera, no había ni una sola miga sobre el hule, solo su silla estaba un poco alejada de la mesa y apuntando ligeramente hacia la pared, como si se hubiese marchado con prisas.

¿Se habría ido de la casa?, ¿o volvería a estar encerrada en el silencio de su habitación?

En varias ocasiones no había logrado contener su curiosidad y, desde la cocina, se había dirigido a hurtadillas hacia el pasillo para acercar la oreja a la puerta de su habitación. Ningún sonido llegaba de dentro, pero tras unos momentos de escucha concentrada le parecía captar al otro lado de la puerta cerrada una especie de zumbido o de fricción, un sonido constante y monótono. Intentaba imaginarse qué había dentro de esa habitación a la que jamás había sido invitado a entrar y a la que jamás había tenido la oportunidad de echar ni un rápido vistazo, pese a que varias veces había estado acechando durante un buen rato en el pasillo a la espera de que se abriera la puerta.

Al cabo de un minuto o dos ya no tenía forma de saber si la fricción o el zumbido procedía del otro lado de la puerta o tan solo estaba dentro de su cabeza. Tenía la tentación de acercar la mano al tirador, pero se contenía y regresaba a la cocina, olfateando como un perrillo en busca de algún rastro lejano de su olor. Volvía a abrir el frigorífico y, en esa ocasión, encontraba un pepino y se lo comía con piel y todo.

Permanecía unos diez minutos sentado a la mesa de la cocina ojeando los titulares de *Davar*: El nuevo gobierno prestará juramento dentro de dos o tres días. Su composición aún no está clara. Begin, el jefe de la oposición, declara que el problema de los refugiados no tiene solución en las fronteras del Estado de Israel, pero tiene una solución positiva y real en el Gran Israel, cuando todo el país esté de nuevo reunificado. El alcalde de Safed se ha salvado milagrosamente de la

muerte tras caer su coche por un precipicio. Se prevén más lluvias en todo el país y no se descarta que en Jerusalén caiga una ligera nieve.

## 13

A veces volvía a subir a su habitación, pasaba dos o tres horas leyendo, primero junto a la mesa y luego tumbado de espaldas en la cama, hasta que el libro se le caía sobre la espesa barba y los ojos se le cerraban con el sonido del viento en la ventana y de la lluvia en los canalones de la casa. Le agradaba pensar que la lluvia caía y caía a poco más de unos centímetros de su cabeza, ya que el tejado de la buhardilla estaba tan inclinado que, desde la cama, podía tocarlo con los dedos.

Al mediodía se espabilaba, se ponía el ajado abrigo de estudiante, una trenca que se abrochaba con unas presillas parecidas a cuerdas y grandes botones de madera. Se calaba una especie de gorro llamado *shapka*. Refugiados de Europa del este habían traído con ellos sombreros rusos de ese tipo. Salía a caminar un rato cuando escampaba. Rodeaba el nuevo edificio del Bet Haam o continuaba hacia el este por la calle Shmuel Hanaguid, a lo largo del muro de piedra del monasterio de Ratisbona, pasaba por delante de la sinagoga Yeshurun y volvía hacia el barrio de Shaarei Hesed por la calle Keren Kayemet y la calle Ussishkin. Algunas veces, sin pedirle permiso a Atalia, se llevaba el bastón de zorro y caminaba golpeando con él los adoquines o los portones de hierro. Confiaba en no encontrarse por el camino con algún conocido de su época de estudiante, para no tener que dar explicaciones, ¿por qué había desaparecido de pronto como si se le hubiese tragado la tierra? ¿Dónde se había metido? ¿Qué hacía exactamente ahora? ¿Y por qué deambulaba de esa guisa por las calles invernales, vestido como un fantasma? ¿Y qué hacía con ese espléndido bastón con un zorro de plata en el mango?

No tenía ninguna explicación. Tampoco ninguna excusa. Y además había firmado un papel en el que se comprometía a no contar a nadie nada sobre su nuevo lugar de trabajo.

Pero, de hecho, ¿por qué no? Al fin y al cabo él acompañaba a un anciano inválido varias horas al día, es decir, hacía una especie de trabajo social a media jornada a cambio de alojamiento gratis, comida gratis y un pequeño estipendio mensual. ¿Qué era exactamente lo que Gershom Wald y Atalia tenían que ocultar al mundo exterior? ¿Qué sentido tenía ese secretismo? En más de una ocasión, movido por la curiosidad, había deseado hacerles un montón de preguntas, pero la pena contenida del señor Wald y la actitud fría y distante de Atalia habían acallado sus preguntas aun antes de formularlas.

Una vez vio o le pareció ver en la calle King George, junto al Bet Hamaalot, a Neshher Shereshevski, el experto en recogida de aguas pluviales. Mientras se bajaba su *shapka* para taparse media cara, Shmuel se sonrió y pensó que ese invierno le estaba proporcionando al querido Neshher Shereshevski muchas aguas pluviales que recoger. Puede que un día de estos

Nesher Shereshevski venga también a la casa del callejón Rabbi Elbaz para comprobar el agua acumulada en el pozo con la tapa de hierro del patio.

Otra vez, en la calle Keren Hayesod, casi se da de bruces con el profesor Gustav Yom-Tov Eisenschloss, y solo gracias a la corta vista del profesor tras sus gafas con cristales de culo de botella, consiguió Shmuel Ash escabullirse hacia uno de los patios.

Al mediodía se sentaba en un pequeño restaurante húngaro de la calle King George y pedía siempre *goulash* caliente y picante con dos rebanadas de pan blanco y, de postre, macedonia de frutas. A veces cruzaba rápidamente el parque Gan Haatzmaut, corriendo como un fugitivo, con la cabeza encrespada persiguiendo a la barba, el cuerpo inclinado en diagonal hacia delante y persiguiendo a la cabeza, y las piernas aceleradas detrás del tronco como si temiesen quedarse atrás. Se metía sin darse cuenta en los charcos, las ramas de los árboles le rociaban la frente con gotas afiladas y punzantes, y él seguía avanzando casi a la carrera, como si le estuviesen persiguiendo. Hasta que llegaba a la calle Hillel y, desde allí, continuaba hacia Nahalat Shiva, se detenía jadeando y resoplando delante de la casa donde vivía Yardena antes de casarse, y miraba con el cuello del abrigo levantado hacia la entrada, como si Atalia y no Yardena fuese a aparecer de repente por allí. Entonces se sacaba el inhalador del bolsillo y aspiraba profundamente tres veces.

Jerusalén estaba tranquila y pensativa aquel invierno. De cuando en cuando repicaban las campanas de las iglesias. Un suave viento del oeste atravesaba los cipreses, agitaba las copas y agitaba el corazón de Shmuel. A veces un francotirador jordano aburrido lanzaba un disparo solitario hacia los campos de minas o hacia la tierra de nadie que separaba la ciudad israelí de la ciudad jordana. El solitario disparo parecía acrecentar aún más el silencio de las callejuelas y el peso grisáceo de los altos muros de piedra que encerraban zonas inaccesibles donde Shmuel no sabía lo que se ocultaba, monasterios, orfanatos o tal vez instalaciones militares. En lo alto de aquellos muros brillaban fragmentos de cristal, a los que muchas veces se añadían también bobinas de alambre de espino oxidado. Una vez, pasando por la sombra del muro que rodeaba la leprosería del barrio de Talbiya, se preguntó cómo sería la vida detrás de ese muro y se respondió que tal vez no fuese muy distinta a su vida de recluso en la buhardilla de techo bajo de la última casa al final del callejón Rabbi Elbaz al final de Jerusalén junto a los pedregales abandonados.

Al cabo de unos quince minutos, daba media vuelta, atravesaba el barrio de Nahalat Shiva y regresaba a casa dando un rodeo, por la calle Agron, hasta que por fin aterrizaba junto al portón de hierro caído de la casa de piedra baja y llegaba, jadeando y resoplando, con un ligero retraso, a su turno de trabajo en la biblioteca del señor Wald. Llenaba y encendía la estufa de queroseno, daba de comer a la pareja de peces de colores de la esfera de cristal, y preparaba el té para los dos. Y se intercambiaban las páginas del periódico *Davar*. Debido a las lluvias del invierno, un viejo edificio de Tiberíades se había desplomado y dos inquilinos habían resultado heridos. El presidente Eisenhower advertía de las intrigas de Moscú. En Australia se había descubierto un pequeño pueblo de indígenas que no habían oído nada de la llegada del hombre a la luna. Y Egipto estaba llenando sus arsenales de moderno armamento soviético.

## 14

Una mañana bajó a la cocina y encontró a Atalia sentada junto a la mesa cubierta con un hule y leyendo un libro. Con las dos manos y con los diez dedos rodeaba una taza de café humeante. Shmuel tosió levemente y le dijo:

—Perdón. No quería molestar.

Atalia dijo:

—Ya lo has hecho. Siéntate.

Sus fascinantes ojos castaños lo observaron con cierto sarcasmo, como si estuviese muy segura de sus armas de mujer, pero dudase un poco del carácter del chico que tenía delante. O como preguntándole sin palabras, ¿entonces?, ¿tienes por fin alguna sorpresita para mí?, ¿o de nuevo has venido solo para resguardarte?

Shmuel bajó la mirada y vio la punta de sus zapatos negros de tacón debajo de la mesa de la cocina. El borde de la falda de lana verdosa que le llegaba casi hasta los tobillos. Respiró profundamente y el olor a violetas lo mareó un poco. Luego sopesó cómo actuar, cogió con la mano izquierda el salero y con la derecha el pimentero y dijo:

—No he venido por nada en especial. He bajado a la cocina simplemente a buscar un cuchillo para el pan, o...

—Ya te has sentado. No tienes por qué inventarte excusas.

Y lo miró, aún sin sonreír, pero sus ojos radiantes aseguraban que su sonrisa era más que probable: solo hacía falta un pequeño esfuerzo por parte de él.

Dejó el pimentero y el salero, arrancó una hoja de la libreta que estaba sobre el hule de la mesa y la dobló en dos. En la hoja doblada hizo dos picos, uno a un lado y otro a otro. Luego dobló los bordes, y tiró y volvió a doblar y así hizo primero la forma de un triángulo y luego la de un rectángulo, y volvió a doblarla en dos triángulos equiláteros, y volvió a doblarla en un rectángulo, y tiró de aquí y de allá. Le ofreció un barco de papel y dijo:

—Una sorpresa. Para ti.

Ella cogió el barco de su mano y, pensativa, lo desplazó por el hule hasta que encontró un puerto seguro entre el salero y el pimentero. Y asintió como conviniendo consigo misma. Shmuel miró y vio el profundo y marcado surco que le bajaba desde la pequeña nariz hasta el centro del labio superior. Entonces se dio cuenta también de que llevaba los labios ligeramente pintados, de un rojo casi imperceptible.

Como si estuviese encantada de que la mirase, Atalia levantó la taza y se tomó lo que quedaba del café. Después, como sacando una conclusión de sus observaciones, le dijo con su voz

saturada, que sonaba casi con pereza, como acariciando cada sílaba antes de dejarla salir:

—Viniste aquí para aislarte y parece que, transcurridas solo tres semanas, la soledad empieza a agobiarte un poco.

No lo dijo como preguntando, sino como diagnosticándolo. En esas palabras, Shmuel notó algo que le hizo pensar en una habitación cálida y medio a oscuras, con las contraventanas cerradas y una lámpara de mesa con una luz tenue tras una pantalla oscura. De pronto deseó con todas sus fuerza tocar la fibra sensible de aquella mujer, despertar su curiosidad, su admiración, su compasión maternal o aunque solo fuese su sarcasmo, daba igual, lo importante era evitar que se levantara y se encerrase en su habitación. O peor aún, que se fuera de la casa: y es que a veces salía y no regresaba hasta bien entrada la noche. Algunas veces salía y no volvía hasta el día siguiente.

—Pasé una época algo difícil antes de venir aquí —dijo Shmuel—. Y aún no se ha resuelto del todo. Tuve una crisis. O mejor dijo, un fracaso personal.

La sonrisa de Atalia tembló ahora en las comisuras de sus labios, como rogándole que se detuviese y no se lo contase. Como si estuviese incómoda.

—Yo ya me he terminado el café —dijo—. ¿Y tú? ¿No buscabas un cuchillo para el pan?

Del cajón de la mesa que estaba a su lado, Atalia sacó un cuchillo largo y afilado y se lo ofreció con cuidado a Shmuel. Entonces por fin despuntó su sonrisa. Esta vez no era una sonrisa irónica, sino una sonrisa que iluminó su cara con la luz del afecto y la compasión. Y dijo:

—Habla, si quieres. Te escucho.

Shmuel cogió el cuchillo de su mano, distraídamente, y se olvidó del pan. La sonrisa de Atalia le produjo vértigo y, con siete u ocho frases, empezó a hablarle de su novia Yardena que de repente, sin darle ninguna explicación, había decidido casarse con su anterior novio, el hidrólogo seco ese que se había buscado. Luego se cambió el cuchillo de mano, lo agitó un poco, comprobó el filo de la hoja con la uña y añadió:

—Pero ¿qué podemos saber nosotros de las misteriosas preferencias de las mujeres?

Con eso, Shmuel esperaba echar leña al fuego para avivar la conversación, o tal vez solo lanzar un dardo.

Atalia borró la sonrisa de su cara y decidió concluir con estas palabras:

—¿Qué es eso de las misteriosas preferencias de las mujeres? ¿Dónde has oído semejante estupidez? Yo no tengo ni la menor idea de por qué se separan las parejas, ya que no tengo ni idea de cómo se juntan. Ni de por qué se juntan. En otras palabras, a mí no puedes preguntarme nada sobre las preferencias femeninas. O masculinas. No tengo ninguna intuición femenina que ofrecerte. A lo mejor Wald... ¿Por qué no hablas también con él de esto? Él es un experto.

Y entonces recogió del hule cuatro o cinco migajas, las dejó dentro del barco de papel de Shmuel, lanzó el barco con delicadeza hacia él y se levantó: una hermosa mujer de unos cuarenta y cinco años, con sus pendientes de madera balanceándose suavemente, su cuerpo acariciando por dentro su vestido, pasó delante de él dejando una ligera fragancia de delicado aroma a violetas. Pero junto a la puerta se detuvo, con una mano en la cintura:

—Poco a poco tal vez aquí te vayamos anestesiando, para que te duela menos. Estas paredes están habituadas a absorber el dolor. Pero no toques mi taza. Más tarde volveré a la cocina y la fregaré. Pero tú no me esperes aquí. O sí. Espérame, por qué no, si no tienes nada mejor que hacer. Wald seguramente diría: Dichoso el que espere y llegue<sup>[16]</sup>. No sé cuánto tiempo.

Shmuel acercó el cuchillo del pan al hule, no encontró nada que cortar, cambió de idea, dejó el cuchillo con cuidado junto al salero y dijo:

—Sí.

Y tras un instante se corrigió y dijo:

—No.

Pero ella ya se había esfumado. Lo dejó con el cuchillo, cortando en pedacitos el barco de papel que le había hecho.

Hacia mediados del siglo IX, o puede que un poco antes, un judío cuyo nombre desconocemos se puso a escribir un texto que se burlaba de Jesús y de la fe cristiana. No hay ninguna duda de que el autor que escribió ese texto en lengua árabe vivía en un país musulmán, pues de no haber sido así no se habría atrevido a mofarse de ese modo del cristianismo. La obra se llama *Qissat muyadalat al-Usqut*, es decir, *Relato de la disputa del sacerdote*. En ella se habla de un sacerdote que se convirtió al judaísmo y, después de convertirse, se dirigió a los cristianos para explicarles por qué su fe era falsa. Parece evidente que el autor anónimo era versado en cristianismo y entendido en las Sagradas Escrituras, así como en varias interpretaciones cristianas tardías.

A lo largo de la Edad Media, los judíos tradujeron ese texto del árabe al hebreo y lo llamaron *El libro de Néstor el sacerdote* (en alusión a la iglesia nestoriana o a la palabra *stirá* «refutación», o a la palabra *nistar* «oculto», o tal vez simplemente porque Néstor era el nombre del sacerdote que se convirtió). Con el paso de los años se hicieron diversas versiones del texto, en algunas de ellas se insertaron glosas en griego y en latín, y algunas de ellas, al parecer, fueron desde Sefarad hasta Ashkenaz y llegaron hasta Bizancio.

La finalidad principal de *El libro de Néstor el sacerdote* es señalar las evidentes contradicciones existentes en los relatos de los Evangelios, refutar la idea de la Trinidad y negar la divinidad de Jesús. Para lograr esos objetivos, el libro elige diversos medios que en algunos casos se contradicen: por una parte, Jesús es descrito como un judío de pies a cabeza, un judío piadoso que en absoluto pretendía fundar una nueva religión o ser considerado Dios, y fue solo tras su muerte cuando el cristianismo, por propio interés, falseó su figura y lo elevó al rango de divinidad. Por otra parte, el texto no evita utilizar alusiones groseras, e incluso abominables, sobre las peculiares circunstancias del nacimiento de Jesús. El escritor también se burla de la pasión y de la muerte solitaria de Jesús en la cruz. Y por otro lado, en el libro se dan argumentos lógicos y argumentos teológicos destinados a refutar los dogmas de la fe cristiana.

Shmuel Ash analizó con sumo cuidado esas contradicciones y, en una nota que adjuntó al borrador de sus anotaciones, escribió que el autor judío anónimo de ese cuestionable *Libro de Néstor* argumentaba que Jesús fue un judío recto y piadoso, que Jesús fue un bastardo nacido de las infidelidades de su madre y que, como cualquier embrión de carne y hueso del mundo, a la fuerza tuvo que corromperse en las impuras entrañas de la madre, y al mismo tiempo decía que fue el primer hombre no nacido de mujer y que, a pesar de todo, nadie lo veía como una divinidad, y que Enoc y Elías tampoco murieron, sino que fueron conducidos al cielo, y pese a eso no eran



considerados hijos de Dios. Aún más: el profeta Eliseo y el profeta Ezequiel hicieron más milagros y resucitaron a más muertos que Jesús, por no mencionar los milagros y prodigios de Moisés. Para acabar, el escritor se burla y se mofa del hecho de la crucifixión, menciona cómo ridiculizó la plebe a un Jesús agonizante en la cruz e hizo escarnio de él diciendo: «Sálvate a ti mismo y baja de la cruz». Y al final Néstor concluye, citando las Escrituras, que cualquier hombre colgado comporta una maldición, como está escrito: «porque maldito por Dios es el colgado<sup>17</sup>».

Cuando Shmuel le habló a Gershom Wald de todos esos argumentos de Néstor el sacerdote, así como de otros textos judíos populares de la Edad Media, *Historia de Jesús, Hechos de Cristo* y otros escritos difamatorios por el estilo, Gershom Wald golpeó con sus dos grandes manos en la mesa y sentenció:

—¡Es repugnante! ¡Es absolutamente repugnante!

Gershom Wald opinaba que no había existido ningún Néstor ni ningún sacerdote convertido al judaísmo, sino que habían sido judihuelos miedicas y de corto entendimiento los que habían escrito esos textos abominables porque tenían miedo de la fuerza de atracción del cristianismo y porque querían auspiciarse bajo el amparo del poder musulmán y lanzar su lengua viperina contra Jesús mientras se ocultaban entre los pliegues del manto de Mahoma.

Shmuel discrepaba: «¿Acaso no se apreciaba en *El libro de Néstor el sacerdote* un gran conocimiento del cristianismo, de los Evangelios y de la teología cristiana?».

Pero Gershom Wald negó tajantemente ese conocimiento, qué conocimiento, ningún conocimiento había ahí salvo tal vez un puñado de clichés abominables en boca del populacho. El lenguaje de esos judíos, esos que aborrecen así a Jesús y a sus fieles, y el lenguaje inmundo de todos esos antisemitas que aborrecen a los judíos y al judaísmo se parecen como dos gotas de agua.

—Para discutir con Jesús de Nazaret —dijo Wald apenado—, el hombre debe elevarse un poco, y no descender a las cloacas. Claro que es posible, e incluso necesario, discrepar con Jesús, por ejemplo en la cuestión del amor universal: ¿realmente es posible que todos sin excepción podamos amar todo el tiempo a todos sin excepción? El propio Jesús, ¿realmente amó a todos todo el tiempo? ¿Amó, por ejemplo, a los cambistas que estaban junto a las puertas del Templo cuando lo dominó la ira y volcó con furia sus mesas? O cuando declaró «no he venido a traer paz a la tierra, sino espada<sup>18</sup>», ¿acaso en ese momento olvidó el mandamiento del amor universal y el mandamiento de poner la otra mejilla? ¿O cuando ordenó a sus discípulos ser astutos como las serpientes e inocentes como las palomas<sup>19</sup>? ¿Y sobre todo cuando, según Lucas, ordenó que sus enemigos que se negaban a aceptar su reino fueran conducidos ante él y ejecutados ante sus propios ojos<sup>20</sup>? ¿Dónde quedó en aquel momento el mandamiento de amar también, y sobre todo, a nuestros enemigos?

¿No es cierto que quien ama a todo el mundo, en el fondo, no ama a nadie? Bueno. Así puede una persona discutir con Jesús de Nazaret. Así, y no con invectivas de cloaca.

Shmuel dijo:

—Los judíos que escribieron esas cosas, sin duda lo hicieron influidos por el profundo sufrimiento que les causaron las persecuciones y represiones a manos de los cristianos.

—Esos judíos —dijo Wald con una sonrisa de desprecio—, si hubieran tenido en sus manos el poder y la fuerza, sin duda habrían perseguido y torturado a los seguidores de Jesús igual que los cristianos enemigos del pueblo de Israel persiguieron a los judíos. El judaísmo y el cristianismo, y también el islamismo, predicán las mieles de la bondad, la caridad y la piedad, siempre y cuando no tengan en sus manos los grilletes, las rejas, el mando, las cámaras de tortura y los patíbulos. Todas esas creencias, incluidas las que han surgido en las últimas décadas y que hasta hoy continúan fascinando, todas ellas llegaron para salvarnos y rápidamente empezaron a derramar nuestra sangre. Yo, por mi parte, no creo en la redención del mundo. Bueno. No creo en ninguna forma de redención del mundo. No porque considere que el mundo está redimido, por supuesto que no, el mundo es perverso y lúgubre y está lleno de sufrimiento, pero todo el que ha venido a redimirlo enseguida se ha visto inmerso en ríos de sangre. Ahora vamos a tomarnos juntos un vaso de té y dejemos las obscenidades que me has traído hoy. Si un día desaparecieran del mundo todas las religiones y todas las revoluciones, todas sin excepción, te lo digo yo, habría muchas menos guerras en el mundo. La humanidad, escribió una vez Emmanuel Kant, no es más que madera torcida y áspera. Y nosotros no debemos intentar pulirla para que la sangre no nos llegue hasta el cuello. Escucha cómo llueve. Enseguida oiremos las noticias.

## 16

Al otro lado de las contraventanas cerradas de la biblioteca se calmó de pronto el viento y cesó la lluvia. Un silencio profundo, húmedo, llenó la ciudad que iba oscureciéndose. Solo dos pájaros obstinados se empeñaban en puntear ese silencio. Gershom Wald, anguloso y jorobado, se tumbó en su sofá de mimbre, se tapó con una manta de lana y empezó a hojear despacio un volumen en lengua extranjera en cuya cubierta Shmuel distinguió unos ensortijados grabados dorados. La luz de la lámpara del escritorio proyectaba alrededor del inválido un círculo amarillento y cálido que dejaba fuera a Shmuel. El anciano ya había discutido largamente aquella tarde por teléfono con uno de sus interlocutores habituales: le espetó a su adversario que ciertamente la coherencia no siempre era una cualidad de la que se podía presumir, en absoluto, pero que la incoherencia sin duda era algo de lo que avergonzarse.

Wald y Shmuel se tomaron un té tras otro, Shmuel dio de comer a la pareja de peces de colores de la esfera de cristal, y hablaron un rato sobre la decisión del gobierno jordano de Jerusalén Este de impedir el paso del convoy israelí hacia la sede de la Universidad Hebrea, ubicada en el sitiado monte de Har Hatzofim. Hablaron de la oleada de ataques perpetrados por jóvenes antisemitas por toda Alemania y de la decisión del Senado de Berlín de declarar ilegales a las organizaciones neonazis. En el periódico se decía que el doctor Nahum Goldmann, presidente de la Organización Sionista Mundial, había declarado que los nazis estaban detrás de la nueva oleada de ataques contra las instituciones judías de Europa. Después, Shmuel se fue a la cocina, llevándose de paso el plato de galletas vacío, y regresó con las pastillas de la tarde, para que el anciano se las tomase con los últimos sorbos del té.

De repente dijo el hombre:

—Bueno, ¿y tu hermana? ¿Esa que me contaste que se fue a estudiar Medicina a Italia? ¿Ya la has informado de tu situación?

—¿Mi situación?

—¿Acaso no has venido aquí para esconderte de la vida y resulta que has caído en el amor?: como cuando uno huye del león y se topa con el oso<sup>[21]</sup>. Mi joven amigo, ¿has pensado alguna vez lo acertados que estuvieron los ingleses cuando crearon en su idioma la fantástica expresión «caer en el amor»?

—¿Yo? —Se sorprendió Shmuel—. Pero yo...

—Y cuando los ingleses aún vivían en las copas de los árboles, aquí el más sabio de los hombres ya sabía que todas las faltas cubrirá el amor<sup>[22]</sup>, es decir, sabía perfectamente que el amor conlleva situarse en lo más bajo, en las profundidades del mundo del crimen. Y justo en el

mismo libro se dice también: espera prolongada enferma el corazón<sup>[23]</sup>. ¿Tu hermana es menor que tú? ¿Mayor que tú?

—Mayor. Cinco años. Y ella no...

—Si ella no, ¿quién entonces? ¿Es que un alguien como tú no tiende las manos hacia sus padres en una caída así? ¿Tampoco hacia sus maestros? ¿O son tus amigos quienes te sujetan? ¿Tienes amigos?

A lo que Shmuel respondió que quería cambiar de tema de conversación al instante, ya que sus amigos se habían alejado de él, o más exactamente, él se había alejado de ellos, porque todo el movimiento socialista había sufrido una fuerte conmoción tras el descubrimiento de las aberraciones del régimen de Stalin, y entre sus amigos y él había estallado una controversia. Para evitar que el señor Wald volviese a hablar con él sobre el amor y la soledad, Shmuel se embarcó en dar toda clase de detalles sobre el círculo para la renovación socialista que se reunía todas las semanas en un renegrido café del barrio de Yegia Kapaim, hasta que recientemente se había disuelto debido a una escisión. Luego continuó hablando del legado que dejó Lenin y de lo que había hecho Stalin con él, y de ahí pasó a reflexionar en voz alta sobre la cuestión de qué tipo de legado había dejado Stalin a sus herederos, Malenkov, Molotov, Bulganin y Jrushchov. «¿Acaso tenemos que enterrar una idea colosal y perder para siempre la esperanza en la justicia social solo porque el partido allí, en la Unión Soviética, se haya corrompido y se haya desviado del camino? ¿Acaso tenemos que juzgar negativamente la magnífica figura de Jesús solo porque la Inquisición fingiera actuar en su nombre?».

Greshom Wald dijo:

—Y además de tu hermana, y además de Lenin y de Jesús, ¿no tienes a nadie cercano en el mundo? No importa. No tienes por qué responderme a estas preguntas. Tú eres un valiente soldado del ejército de los que quieren arreglar el mundo y yo solo soy parte del miasma del mundo. Cuando prevalezca el nuevo mundo, cuando todas las personas sean honestas, sencillas, productivas, fuertes, iguales y rectas, se derogará por ley el derecho a existir de seres deformes como yo, que comen y no hacen nada y encima lo afean todo con ocurrencias y chanzas sin fin. Bueno. Incluso ella, quiero decir Atalia, será prescindible en el mundo puro que surja tras la revolución, un mundo que no tendrá ningún interés en viudas solitarias que no se movilizan para arreglar el mundo sino que deambulan por ahí haciendo cosas buenas y cosas malas, rompiendo corazones ingenuos a su paso, y que encima se benefician de la asignación que les llega por la herencia de sus padres, además de la pensión de viudedad que reciben del ministerio de Defensa.

—¿Atalia? ¿Viuda?

—Y ni siquiera de ti, querido, tendrán necesidad, ni pizca de necesidad, cuando se materialice por fin la gran revolución del futuro. Porque ¿qué les importa a ellos la cuestión de Jesús a ojos de los judíos? ¿Qué les importan a ellos todos esos soñadores como Jesús? ¿O como tú? ¿Qué les importa a ellos la cuestión de los judíos? ¿Qué les importan a ellos todas las cuestiones del mundo? Ellos mismos son la respuesta a todas las preguntas, ellos son el signo de exclamación final. Querido, escucha bien, te lo digo yo: si tengo que elegir mil veces entre nuestra basura, nuestros sufrimientos ancestrales, los tuyos, los míos y los de todos nosotros, y sus salvaciones y redenciones, o todas las salvaciones y redenciones del mundo, es mejor que nos dejen todo el dolor y la pena y se guarden para ellos sus mundos perfectos, que siempre llegan con matanzas, con cruzadas, con yihad, con gulag o con la guerra de Gog y Magog. Y ahora, amigo mío, ahora,

con tu permiso, vamos a hacer contigo un pequeño experimento. Te pediremos tres favores: cerrar las contraventanas, añadir queroseno a la estufa, preparar otro té para los dos. Te lo pediremos y ya veremos lo que ocurre con esos tres deseos.

Por la noche, en la cama, se acurrucaba con la manta, apagaba la luz, veía el resplandor de los relámpagos en la pared de enfrente y oía los puñetazos de la lluvia y las ondas de truenos como golpeando con cadenas de hierro el tejado cercano a su cabeza. Y es que su cama estaba situada en la parte más baja de la buhardilla, de modo que podía alargar el brazo, tocar el techo inclinado y saber que las yemas de sus dedos y las fuerzas de la naturaleza estaban separadas solo por cuatro o cinco centímetros de yeso y tejas.

La cercanía del frío, el viento y la lluvia lo sumergía en un profundo sueño, pero al cabo de media hora, una hora a lo sumo, se despertaba porque le parecía haber oído abajo el chirriar de una puerta o el sonido de pasos en el patio. Al instante saltaba hacia la ventana, atento como un ladrón, y miraba por las ranuras de la persiana para ver si ella estaba saliendo hacia la noche. O al contrario, si estaba cerrando la puerta tras regresar a casa. ¿Sola? ¿O no?

Esa posibilidad provocaba en Shmuel un arrebató de ira ciega mezclada con compasión por sí mismo y amarga animadversión hacia ella: ella y sus secretos. Ella y sus misteriosos juegos. Ella y los hombres desconocidos que tal vez deambulaban por la casa, que entraban y salían en noches de viento y lluvia. ¿O era ella la que salía a hurtadillas hacia ellos?

Pero ¿es que te debe algo? ¿Es que, porque tú le hayas contado todas esas historias desdichadas sobre tus desengaños, sobre tus abandonos y sobre pusilánimes hidrológicos, ella debe contarte a cambio la historia de su vida o los detalles de sus relaciones? ¿Por qué? ¿Qué tienes tú que ofrecerle? ¿Y qué derecho tienes a esperar de ella algo más que el sueldo convenido y que los acuerdos sobre la cocina y la colada a los que llegaste con ella el día en que viniste aquí?

Entonces volvía a la cama, se acurrucaba, escuchaba la lluvia o el profundo silencio entre chaparrón y chaparrón, se quedaba dormido unos minutos, se despertaba decepcionado o furioso, encendía la luz de la cabecera, leía tres o cuatro páginas sin entender lo que ponía, apagaba, daba vueltas, luchaba a oscuras por sofocar los tormentos de su deseo debajo de la manta, encendía, se incorporaba, oía el ruido de una moto nocturna a lo largo de las callejuelas vacías, lo inundaba una ola de furioso odio hacia ella, y también en cierta manera hacia su mimado anciano, se levantaba, caminaba por la habitación, se sentaba junto al destartado escritorio o sobre el ancho alféizar de piedra de la ventana, como si la tuviera justo delante, veía su figura mientras se quitaba lentamente las botas y las medias, con el vestido un poco subido, con la línea de sus pantorrillas blanqueando en la oscuridad y sus ojos dirigidos hacia él y riéndose con sarcasmo: ¿Sí? ¿Perdón? ¿Querías algo de mí? ¿Qué es exactamente lo que necesitas esta vez? ¿La soledad agobia un poco?

¿O los remordimientos? Y de nuevo él corría hacia la ventana, hacia la puerta, hacia su pequeña cocina, se servía medio vaso de vodka barato y se lo bebía de un trago, como una amarga medicina, volvía a la cama, maldecía su deseo y la sonrisa irónica de Atalia, odiaba el destello verdoso de sus ojos castaños que se burlaban de él, completamente seguros de su poder, y su cabello oscuro que le caía sobre el pecho izquierdo, odiaba sus pies descalzos y sus rodillas que blanqueaban justo enfrente de él después de quitarse las medias. De nuevo la lluvia golpeaba las tejas justo encima de su cuerpo febril, y el viento torturaba las copas de los cipreses delante de su ventana, y Shmuel tenía que vaciar su deseo entre sus dedos y, al instante, lo inundaba una ola turbia de vergüenza y de asco y juraba que abandonaría esa casa, al anciano loco y a la mujer viuda, si es que realmente era viuda, que lo torturaba sin piedad. Se iría mañana o pasado. O como muy tarde a principios de la próxima semana.

Pero ¿adónde iría?

A las nueve o diez de la mañana se despertaba de nuevo, espeso y destrozado por haber dormido mal, con los ojos llenos de lágrimas de compasión por sí mismo, maldecía su cuerpo y su vida, discutía consigo mismo, levántate de una vez, desgraciado, levántate o la revolución empezará sin ti, e imploraba otros diez minutos, o cinco, se daba la vuelta, se dormía de nuevo, volvía a despertarse y ya era casi mediodía. Y a las cuatro y media tienes que estar ya en tu puesto en la biblioteca, y ella, la viuda negra, si por casualidad ha ido a la cocina a tomarse un té y se ha quedado allí un cuarto de hora, tú has vuelto a perdértela. Ahora por qué no te vistes ya de una vez y sales de la casa a por la comida que hará también las veces de desayuno, y de hecho también de cena, porque por la noche no cenarás nada salvo dos gruesas rebanadas de pan con mermelada y los restos de la papilla que la vecina Sara de Toledo le trae a Gershom Wald cada tarde, cumpliendo con el acuerdo modestamente remunerado al que llegó con ella Atalia Abravanel.

## 18

Una tarde, Gershom Wald le habló de un batallón de cruzados que salió a mediados del siglo XI de la región de Aviñón hacia Jerusalén, para redimirla de los infieles y encontrar en ella el perdón de los pecados y la paz espiritual. Ese batallón pasó por bosques y llanuras, por aldeas y pueblos, montañas y ríos. Diversas calamidades les ocurrieron a los portadores de la cruz por el camino, enfermedades, disputas, hambre y luchas sangrientas con bandas de salteadores de caminos y con otros batallones armados que también habían emprendido el camino a Jerusalén en nombre de la Cruz. En más de una ocasión se equivocaron de ruta, en más de una ocasión fueron golpeados por las epidemias, los hielos y las privaciones, en más de una ocasión tuvieron una desgarradora añoranza del hogar, pero en todo momento tuvieron presente la imagen de la prodigiosa Jerusalén, una ciudad que no era de este mundo, una ciudad en la que no había maldad ni sufrimiento, sino una eterna paz celestial con un amor profundo y diáfano, una ciudad bañada por una luz perpetua de compasión y caridad. Así prosiguieron su viaje, pasaron por valles desérticos, subieron por montañas nevadas, atravesaron llanuras azotadas por vientos y deprimentes regiones de colinas peladas y abandonadas. Poco a poco fueron perdiendo el ánimo. La desilusión, el agotamiento y el desconcierto empezaban a devorar el campamento; algunos huyeron por las noches y cada uno se encaminó hacia su casa, algunos perdieron el juicio y a otros los atacó la desesperación y la desidia a medida que iban comprendiendo que la añorada Jerusalén no era una ciudad, sino un puro anhelo. Y a pesar de todo, aquellos cruzados continuaron avanzando hacia el este, hacia Jerusalén, caminando por el barro, el polvo y la nieve, arrastraron sus pies cansados siguiendo el curso del río Po y hacia la costa norte del mar Adriático hasta que una tarde de verano, cuando se estaba poniendo el sol, llegaron a un pequeño valle rodeado de altas montañas en una de las regiones interiores de la tierra conocida hoy como Eslovenia. Aquel valle les pareció el oasis de Dios, su santa morada; estaba lleno de manantiales, de campos y praderas verdes, coronado por bosques frescos, por viñedos y huertos frondosos. Y allí había un pequeño pueblo construido alrededor de un pozo, con una plaza pavimentada con baldosas de piedra, y con silos y graneros de tejados inclinados. Rebaños de ovejas descendían por la pendiente y había ocas deambulando entre vacas que soñaban relajadamente diseminadas por la pradera. Tranquilos y pacíficos les parecieron los campesinos del pueblo, y las jóvenes, de cabello negro, eran sonrientes y de prominentes curvas. De modo que aquellos portadores de la Cruz debatieron y, al final, decidieron llamar Jerusalén a ese valle bendito y terminar allí su agotador viaje.



Por tanto, levantaron un campamento en una de las laderas, frente a las casas del pueblo, dieron de beber y de comer a sus cansados caballos, se sumergieron en las aguas del arroyo y, después de descansar en aquella Jerusalén de las penalidades del viaje, empezaron a construirla con sus propias manos: levantaron unas veinte o treinta cabañas modestas, entregaron una parcela de tierra a cada hombre, pavimentaron caminos, construyeron una pequeña iglesia con un bonito campanario. Con el tiempo, desposaron a jóvenes del pueblo situado en el valle, engendraron hijos que, cuando crecieron, chapoteaban a placer en las aguas del Jordán, correteaban descalzos por los bosques de Belén, subían al monte de los Olivos, bajaban a Getsemaní, al valle de Cedrón y a Betania o jugaban al escondite entre los viñedos de En Gedi. «Y así viven hasta el día de hoy», dijo Gershom Wald, «una vida de pureza, una vida de libertad en la ciudad santa y en la tierra prometida, y todo sin derramar más sangre inocente y sin luchar sin tregua con infieles y enemigos. Viven en su Jerusalén en paz y tranquilidad cada uno bajo parra y su higuera<sup>[24]</sup>. Hasta el fin de los tiempos. ¿Y tú? Si te marchas de aquí, ¿adónde piensas ir?».

—Me está proponiendo que me quede —dijo Shmuel sin tono interrogativo al final de la frase.

—Acaso no la amas ya.

—Quizá un poco, solo su sombra, no a ella.

—Tú vives siempre entre sombras. Como esclavo que anhela una sombra<sup>[25]</sup>.

—Sombras. Quizá. Sí. Pero no tan esclavo. Aún no.

## 19

Una mañana, Atalia subió a la buhardilla y encontró a Shmuel sentado junto a la mesa garabateando en los papeles de la época en que aún esperaba terminar su trabajo sobre Jesús a ojos de los judíos y entregárselo al profesor Gustav Yom-Tov Eisenschloss. Se quedó en la entrada con una mano en la cintura, como una pastora de ocas en la pradera de la historia de Gershom Wald, una pastora de ocas plantada junto al río para vigilar a su rebaño. Llevaba un vestido de algodón liso de color melocotón con una fila de botones grandes por delante. Había decidido no abrocharse ni el primero ni el último botón. Llevaba un pañuelo de seda al cuello atado con un lazo y alrededor de las caderas un cinturón oscuro con una hebilla de nácar. Preguntó, como burlándose, qué le ocurría, porque ese día se había levantado antes de que despuntara el sol (eran las once y cuarto). Shmuel dijo que los corazones rotos no dormían. A lo que Atalia respondió que lo cierto era lo contrario, era bien sabido que los de corazón roto huían siempre hacia el regazo del sueño. Shmuel dijo que también el sueño, como las mujeres, le daba con la puerta en las narices. Atalia dijo que precisamente por eso había subido ella hasta ahí, para abrirle una puerta, es decir, para informarle de que ese tarde venían a recoger al viejo en coche para llevarle a casa de sus amigos en el barrio de Rehavia y que, por tanto, Shmuel podía disponer de una tarde libre.

—¿Y tú? ¿También estás liberada esta tarde?

Ella giró la cabeza y fijó en él sus ojos castaños con un destello verdoso hasta que Shmuel se vio obligado a bajar la vista hacia el suelo. Atalia estaba muy pálida y su mirada, como si lo hubiese atravesado, parecía clavada en algo situado detrás de él, pero su cuerpo estaba vivo y latía y su pecho subía y bajaba al ritmo pausado de la respiración. Entonces precisó:

—Yo estoy liberada siempre. Y esta tarde también estoy libre. ¿Tienes alguna sugerencia? ¿Alguna sorpresa? ¿Algo tentador a lo que no me pueda resistir?

Shmuel propuso un paseo. Y después, ¿un restaurante? ¿O alguna película en el cine?

Atalia dijo:

—Tres propuestas aceptables. No precisamente en el orden que has dicho. Te invito al cine a la primera sesión, tú me invitas al restaurante, y lo del paseo, ya veremos. Estas noches son frías. Puede que solo volvamos andando a casa. Es decir, que nos acompañaremos el uno al otro. A Wald probablemente lo traerán de vuelta entre las diez y media y las once, y nosotros volveremos un poco antes para recibirlo. Baja esta tarde a la cocina a las seis y media. Estaré preparada y esperándote en la cocina. Y, si por casualidad me retraso, no te importará esperarme un rato, ¿verdad?

Shmuel murmuró gracias. Unos diez minutos estuvo asomado a la ventana intentando contener su alegría. Sacó del bolsillo el inhalador y aspiró dos veces profundamente, porque con tanta emoción le costaba respirar. Luego se sentó en su silla frente a la ventana y miró el patio, al que los pálidos rayos del sol daban un brillo mojado. Se preguntó de qué hablaría esa tarde con Atalia. En el fondo, ¿qué sabía de ella? Que era una viuda de unos cuarenta y cinco años, hija de Shaltiel Abravanel, el que intentó contradecir a Ben Gurión durante la guerra de la Independencia y fue expulsado de su puesto, y que ahora estaba ahí, en esa casa vieja y cerrada, con el inválido Gershom Wald, que decía de ella que era «su compradora». Pero ¿qué relación había entre ellos? ¿A cuál de los dos pertenecía ahora esa casa que tenía grabadas en el portón de hierro las palabras «Casa de Joaquín Abravanel, Dios le dé fuerzas para decir que el Señor es justo»? ¿Acaso Atalia, igual que él, no era más que una inquilina de Gershom Wald? ¿O Wald era el inquilino de Atalia? ¿Y quién era Joaquín Abravanel? ¿Y qué unía al anciano inválido y a esa mujer fuerte que se colaba por las noches en sus sueños? ¿Y quiénes fueron sus predecesores en la buhardilla y por qué desaparecieron? ¿Y por qué le hicieron firmar el compromiso de mantener su trabajo en secreto?

Shmuel decidió investigar todas esas cuestiones una por una y, con el tiempo, encontrar una respuesta clara a cada una de ellas. Y entretanto se duchó, se espolvoreó por la cara talco para bebés, se cambió de ropa e intentó en vano peinar un poco su encrespada barba. Esa barba siguió rebelde y salvaje incluso después de peinarla. Shmuel se dijo en voz baja: «Déjalo. Para qué. No tiene sentido».

Ya en la Edad Media se oían algunas voces judías que se oponían a la crudeza de las historias que degradaban a Jesús, como la de Rabbi Gershom ha-Cohen en la introducción a su libro *Helkat Mehokek, La parcela del legislador*, donde dice que los ultrajes a Jesús no son más que «palabras necias y vanas que el hombre ilustrado se avergüenza en pronunciar» (aunque también el libro *La parcela del legislador* pretende poner en duda la validez de los libros del Nuevo Testamento). Rabbi Yehuda ha-Levi, en su libro *El Kuzari*, escrito en el siglo XII, pone en boca del sabio cristiano el relato del origen divino de Jesús, los principales hechos de su biografía y la idea de la Trinidad. Todo eso lo dice el sabio cristiano ante el rey de los jázaros, que no queda convencido y no adopta la fe cristiana, ya que todo el relato le parece alejado de la más sencilla lógica. Hay que señalar que ahí, en *El Kuzari*, Yehuda ha-Levi plasma lo esencial de la biografía de Jesús sin distorsiones, sin burlas y con una importante dosis de fuerza de convicción.

Por su parte, Maimónides, también él del siglo XII, en *Mishné Torá* describe a Jesús como un falso profeta y, sin embargo, opina que el cristianismo representa un paso acertado en el camino de la humanidad desde el paganismo hacia la creencia en el Dios de Israel. En su *Carta a los judíos del Yemen*, Maimónides afirma que el padre de Jesús era extranjero y su madre israelita, y que el propio Jesús no tuvo arte ni parte en todo lo que dijeron e hicieron sus discípulos, ni en todas las leyendas que rodearon su figura después de su muerte. Maimónides también afirma que, al parecer, los sabios de Israel contemporáneos a Jesús tomaron parte en su muerte.

A diferencia de los escritores que atacaron la memoria de Jesús al establecerse en tierras musulmanas, Rabbi David Qimhi actuó en la Provenza cristiana. En *El libro de la Alianza*, un texto atribuido a David Qimhi, se encuentran ecos de las polémicas teológicas que tuvieron lugar en el propio mundo cristiano: entre los sabios cristianos hubo quienes pensaban que Jesús era la encarnación de la divinidad, mientras que otros opinaban que Jesús no era cuerpo, sino espíritu y que, por tanto, estando en el vientre de su madre no comió ni bebió nada. Rabbi David Qimhi se burla de ese argumento y se ocupa extensamente de la paradoja que implica la existencia de un embrión que no es de carne y hueso dentro del cuerpo de una mujer de carne y hueso: «... [Jesús] salió del consabido lugar, pequeño como todos los pequeños, y defecaba y orinaba como todos los niños, y no realizó ningún prodigio hasta que bajó con su padre y con su madre a la tierra de Egipto, y allí aprendió muchas ciencias [= hechizos], y después de subir a la pura tierra de Israel realizó los prodigios descritos en vuestros libros, y todo ello con el poder de los hechizos que aprendió en Egipto...», escribe Rabbi David Qimhi en *El libro de la Alianza*. Además: si Jesús no hubiese sido de carne y hueso, opina Qimhi, no habría podido morir en la cruz.

Es extraño, anotó Shmuel en una hoja de papel aparte, que cuanto más luchan esos judíos con las historias sobrenaturales que rodean el origen y nacimiento de Jesús, su vida y su muerte, más se empeñan en evitar cualquier confrontación espiritual y moral con su mensaje. Es como si les bastara con negar los prodigios y rechazar los milagros, como si así desapareciese completamente el propio mensaje. Y es extraño que en ninguno de esos escritos haya la menor mención a Judas Iscariote. Pues sin Judas tal vez no habría habido crucifixión y sin crucifixión no habría habido cristianismo.

## 21

El aire de la tarde era frío y seco y las callejuelas estaban desiertas, cubiertas de una fina capa de vapor lechoso que se condensaba alrededor de las farolas. De cuando en cuando se cruzaba con ellos algún gato que corría entre las sombras. Atalia iba completamente tapada por un abrigo oscuro y solo se le veía su delicada cabeza. Mientras que Shmuel llevaba su abrigo de estudiante, una trenca rústica con presillas de cuerda y bastos botones de madera, y su gorro *shapka*, que le cubría la cabeza y le daba sombra sobre la frente. Solo la espesa barba salía sin control hacia delante. A Shmuel le costaba refrenar su paso enloquecido y acompañarlo con el de Atalia. De cuando en cuando se adelantaba, se avergonzaba de sus prisas y se detenía un instante a esperarla.

—¿Adónde vas tan corriendo? —dijo ella.

Shmuel se apresuró a disculparse:

—Perdón. Estoy acostumbrado a caminar solo y, cuando camino solo, siempre voy deprisa.

—¿Deprisa adónde?

—No lo sé. No tengo ni idea. Persiguiendo mi cola.

Atalia lo agarró del brazo y dijo:

—Esta tarde no persigues nada. Y tampoco te persiguen a ti. Esta tarde caminas conmigo. Y caminas a mi ritmo.

Shmuel sintió que debía entretenerla o divertirla, pero la imagen de la callejuela vacía con tenderos vacíos y balcones vacíos flotando encima y una solitaria farola iluminándola con una luz turbia le produjo una sensación de pesadez y no encontró las palabras. Apretó contra sus costillas el brazo de Atalia, como asegurándole que todo era posible aún. En ese momento supo que ella tenía un control absoluto sobre él y que podía conseguir que hiciese casi cualquier cosa que le pidiese. Pero no sabía cómo iniciar en ese instante la conversación que en su mente llevaba entablando con ella desde hacía semanas. Cuando le dijo que esa tarde debía caminar a su ritmo, supuso que era mejor esperar hasta que ella considerase oportuno empezar a hablar. Atalia guardó silencio, y solo una vez o dos rompió su silencio para señalar a un ave nocturna que pasó justo encima de sus cabezas o para advertirle de un montón de chatarra que había sobre la acera y con el que, por sus prisas, estuvo a punto de tropezar.

Y entretanto cruzaron la calle Ussishkin, atravesaron la explanada desierta del Bet Haam y prosiguieron hacia el centro de la ciudad. Pasaron a su lado algunos transeúntes completamente tapados, parejas abrazadas, y también dos ancianas lentas que parecían estar heladas. El frío era seco y cortante y Shmuel giró la cabeza e intentó aspirar el vaho de la respiración de Atalia, aunque temía acercarse tanto a ella por si le olía el aliento. Sus brazos estaban entrelazados y

Shmuel sintió de pronto un agradable escalofrío en la espalda. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que una mujer lo había tocado. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que un ser vivo lo había tocado. Las paredes de los edificios de piedra de Jerusalén devolvían las luces de los coches y parecía que irradiaran desde dentro una gélida palidez.

Atalia dijo:

—Tienes tantas ganas de hacerme preguntas. Estás lleno de preguntas. Mírate: pareces casi un signo de interrogación andante. Está bien. Deja de atormentarte. Pregunta. Ahora te adjudico tres preguntas.

Shmuel dijo:

—¿Qué película vamos a ver? —Y de repente, con un impulso que no pudo reprimir, siguió preguntando—: ¿Wald dice que eres viuda?

A lo que Atalia respondió en tono mesurado, y casi con delicadeza:

—Estuve casada durante un año y medio con Mija, que era el único hijo de Gershom Wald. Después, Mija murió en la guerra. Mija murió en la guerra y nosotros nos quedamos solos. Wald es mi antiguo suegro. Yo antes era su nuera. Ahora tú y yo vamos a ver una película francesa. Una película de suspense con Jean Gabin en el cine Orion. ¿Algo más?

Shmuel dijo:

—Sí.

Pero no añadió nada, sino que de pronto soltó su brazo y la rodeó por los hombros por encima de los dos abrigos. Ella se lo permitió, pero no hizo lo propio ni tampoco se apoyó en él. A Shmuel se le salía el corazón, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

En el cine Orion hacía mucho frío y ninguno de los dos se quitó el abrigo. La sala estaba medio vacía, porque la película llevaba tres semanas en cartel. Antes de la película proyectaron un noticiario donde aparecía Ben Gurión, enérgico, saltarín, vestido con ropa sencilla de color caqui, trepando con agilidad a un tanque. Luego salía un barrio pobre de las afueras de Tel Aviv con las casas anegadas de agua debido a las inundaciones del invierno. Al final se mostraba la ceremonia de elección de Miss Carmel y Shmuel volvió a posar su brazo cubierto por el abrigo sobre los hombros del abrigo de Atalia. Que no reaccionó. Cuando terminaron los tráileres y los avances de la siguiente semana, ella cambió de postura y, como si tal cosa, aprovechó para apartar el brazo de Shmuel. Jean Gabin era perseguido por sus enemigos y parecía que no le quedaba ninguna esperanza, pero ni por un momento perdió los nervios ni la compostura. Había en él una severidad irónica, una severidad escéptica mezclada con una imperturbable tenacidad que provocó la envidia de Shmuel y lo hizo inclinarse y preguntarle a Atalia en voz baja si querría para ella a un hombre como Jean Gabin. A lo que Atalia respondió que no quería nada de eso para ella: ¿Para qué? Los hombres le resultaban casi siempre infantiles y totalmente dependientes de un constante flujo de éxitos y triunfos sin los cuales se amargaban y se debilitaban. Shmuel guardó silencio y se desilusionó completamente, porque comprendió que la mujer que estaba a su lado era inaccesible para él. Dejó a un lado esos pensamientos y se centró en seguir la trama de la película, aunque, de vez en cuando, advertía que Jean Gabin se relacionaba con las mujeres, y sobre todo con la protagonista de la película, con cierta sorna paternal, aunque no carente de ternura. Esa sutil sorna era lo que necesitaba Shmuel, pero sabía que aquello no iba con su carácter ni estaba a su alcance. De pronto, en la oscuridad, sus ojos se llenaron de lágrimas de compasión por él, por Atalia, por Jean Gabin, por los hombres infantiles, por la compleja existencia de dos sexos

distintos en el mundo. Se acordó de lo que le dijo Yardena cuando lo dejó y decidió casarse con Nesher Shereshevski, su obediente hidrólogo: «Tú», eso le dijo, «o eres un perrillo inquieto, ruidoso, alborotador, pegajoso, hasta cuando estás sentado en la silla es como si de algún modo estuvieras todo el rato dando vueltas alrededor de tu cola, o todo lo contrario, días enteros metido en la cama como una manta de invierno sin ventilar».

Después de la película, Atalia lo llevó a un restaurante no muy caro, un pequeño restaurante oriental donde había pocos clientes. Las mesas estaban cubiertas con manteles de hule. En las paredes del restaurante destacaban fotografías de Herzl apoyado en la barandilla de la terraza de Basilea, del presidente Ben Zvi y de David Ben Gurión. También había un dibujo irreal del Templo, que se parecía un poco al casino de Montecarlo que Shmuel había visto una vez en una postal en color. En los cristales de esas fotografías había montones de marcas de moscas. El reflejo de la luz amarilla de la lámpara del mostrador daba de lleno en la barba negra de Herzl. Del techo del restaurante colgaban tres ventiladores grandes y uno estaba cubierto de telarañas. Shmuel sacó de su bolsillo el inhalador porque de súbito notó que le costaba respirar. Tras dos o tres inhalaciones se sintió mejor. En vez de sus grandes pendientes de madera, esta vez Atalia llevaba un par de delicadas estalactitas de plata. Hablaron durante un rato sobre el cine francés frente al cine americano y sobre las noches de Jerusalén frente a las noches de Tel Aviv. De repente dijo Shmuel:

—Antes, de camino al cine, me has permitido hacer tres preguntas y ya las he gastado. ¿Me dejarías hacer una pregunta más?

Atalia dijo:

—No. Tu cuota de preguntas ya está completa por hoy. Ahora es mi turno. Dime, ¿a que tú fuiste un niño muy mimado?

Y al instante respondió ella misma:

—No tienes por qué contestarme. La respuesta sería inútil.



Pero Shmuel empezó a hablarle de su infancia. Primero contó poco y titubeando, como si temiese cansarla, y después volvió al principio y habló con emoción, casi sin respirar, con frases amontonadas, como quitándose a sí mismo la palabra en medio de la frase y empezando todo de nuevo, solo para interrumpirse una y otra vez y retomar desde otro ángulo lo que estaba diciendo. Nació y creció en Haifa, en el barrio de Hadar Hacarmel, mejor dicho, nació en Kiryat Mutzkin y, cuando tenía dos años, la familia se trasladó a un piso alquilado en Hadar Hacarmel, de hecho, no se trasladó, sino que se vio obligada a mudarse porque el barracón de Kiryat Mutzkin se incendió. Ardió por completó a las dos de la madrugada a causa de una lámpara de queroseno que se volcó. De hecho, aquel incendio era su primer recuerdo, aunque no había forma de saber lo que era exactamente un recuerdo y lo que tan solo era el recuerdo de un recuerdo, es decir, un recuerdo vago y borroso que había ido aumentando y fortaleciéndose con las historias que le fueron contando sus padres y su hermana a lo largo de los años. Quizá habría que empezar por el principio: ese barracón lo construyó su padre con sus propias manos cuando inmigró desde Letonia en el año treinta y dos. Era de la ciudad de Riga, allí estudió en el Instituto de Cartografía, es decir, de dibujo de mapas. «Cuando tenía unos veintidós años, mi padre inmigró con su padre, con el abuelo Antek, que ya había cumplido los cuarenta y cinco, pero, a pesar de todo, los británicos lo admitieron, al abuelo, en la policía británica porque era un gran experto en la falsificación de documentos. Ese era el abuelo que después fue asesinado por los miembros de la resistencia, que pensaron que era un traidor y que no sabían que, de hecho, él también falsificaba documentos para ellos. Pero cómo hemos llegado al abuelo Antek, estábamos hablando del incendio del barracón. Siempre me pasa lo mismo. Empiezo a contar algo y un instante después llegan otras historias y toman el control de la historia y también esas otras historias se introducen entre los temas anteriores, es como si cada asunto explicase el anterior hasta que todo se difumina. ¿Por qué no hablamos un poco de ti?».

Atalia dijo:

—Te mimaron.

Sus padres no lo mimaron en absoluto de pequeño, tal vez solo los tenía asombrados. Pero Shmuel no lo negó. Dobló una servilleta de papel haciendo un triángulo y luego otro y volvió a doblarla en dos e hizo dos picos iguales y dobló y tiró y volvió a aparecer entre los pliegues un pequeño barco de papel que deslizó por la mesa hasta que llegó junto al tenedor de Atalia. Ella cogió un palillo del montón que había en el centro de la mesa y lo clavó en medio de la vela a moto de mástil, luego deslizó el barco mejorado de vuelta por la mesa hasta que rozó ligeramente,

casi de forma imperceptible, la mano de Shmuel. Entretanto llegó el camarero, un chico un poco encorvado, con un espeso bigote, cejijunto, y sin que se lo pidieran dejó delante de ellos pan de pita, humus, aceitunas, encurtidos, hojas de parra rellenas de carne y una ensalada cortada muy fina y aliñada con aceite de oliva. Atalia pidió brochetas de pollo. Shmuel dudó un poco y también pidió brochetas de pollo. A la pregunta de si ella también tomaría vino, Atalia respondió con una sonrisa burlona: por aquellos días no era habitual pedir vino en los restaurantes orientales de Jerusalén. Ella pidió solo agua fría. Shmuel dijo «lo mismo para mí», e intentó hacer una gracia sobre sus gustos en común. El chiste le salió insulso y lo repitió con algunos cambios hasta que Atalia le lanzó una sonrisa que empezó en las comisuras de los ojos y se extendió con efecto retardado hacia sus labios, y le dijo que no se esforzase, no era necesario, también así se lo pasaba muy bien.

Después de que se mudaran a Hadar Hacarmel, cuando él tenía dos años, el padre empezó a trabajar en la Oficina Gubernamental de Cartografía. Al cabo de unos años, junto con un húngaro delgado llamado Laszlo Vermesh, abrió una oficina privada de cartografía y fotografía aérea. El piso del Hadar Hacarmel era pequeño, dos habitaciones estrechas y una cocina con el techo siempre ennegrecido por el humo del hornillo y del infiernillo. Cuando su hermana Miri cumplió doce años, sacaron a Shmuel de la habitación que compartían y trasladaron su cama al pasillo. Allí se pasaba horas tumbado de espaldas y mirando embobado las telarañas de encima del armario. No se podía invitar a amigos allí porque el pasillo era oscuro y porque, de hecho, casi no tenía amigos. Tampoco en estos momentos, añadió sonriendo desde la espesura de su barba, tenía apenas amigos, salvo la novia que lo había dejado y se había casado de repente con un hidrólogo de éxito llamado Neshher Shereshevski y los seis componentes del círculo para la renovación socialista que se habían escindido en dos facciones, una mayoritaria y otra minoritaria. Tras la escisión ya no tenía ningún sentido, sobre todo porque las dos chicas del grupo habían decidido irse con la facción mayoritaria.

Vio la mano de Atalia sobre la mesa frente a él y, como en un sueño, dirigió los dedos hacia ella. A medio camino se arrepintió. Era muchos años mayor que él, y le dio vergüenza y también miedo de provocarle una sonrisa burlona. Pensó que Atalia, con su edad, podía ser su madre. O casi. De repente se quedó paralizado. Como si de pronto se hubiese dado cuenta de que había ido demasiado lejos. Su madre, de pequeño, solo lo tocaba muy de vez en cuando. Normalmente no escuchaba lo que él decía, porque sus pensamientos vagaban hacia otros lugares. Atalia dijo:

—Ahora dudas de cómo continuar. No dudes. Y tampoco hables todo el rato. No es necesario. No voy a huir de ti esta tarde aunque de vez en cuando dejes de hablar un poco. De hecho, estoy muy a gusto contigo precisamente porque no eres un cazador. ¿Quieres un café?

Shmuel iba a explicar que no tomaba café por la tarde, luego no podía dormir, pero a mitad de la frase cambió de idea y dijo que sí, por qué no, si ella quería un café, también él se tomaría uno. Su hermana mayor, Miri, la que estudiaba Medicina en Italia, le había lavado el cerebro con eso de que no se debía tomar café por la tarde y, de hecho, tampoco por la mañana. Cuando era pequeño, ella lo controlaba, porque siempre sabía lo que estaba bien y lo que estaba mal. Sabía incluso más que su padre. Siempre llevaba razón en cualquier discusión. «Pero ¿cómo hemos llegado de repente a hablar de Miri? Sí. Tomemos café, y yo incluso me voy a tomar una copita de arak. ¿Te apetece una?».

Atalia dijo:

—Tomemos café. Por favor, dejemos el arak para otra ocasión.

Shmuel cedió. Mientras él rebuscaba en su bolsillo, Atalia pagó la cuenta. Después, de camino a casa, un gato asustado atravesó la callejuela corriendo y desapareció en un patio. Turbios vapores de niebla rodeaban las farolas. Shmuel dijo que a veces hablaba sin sentido en vez de decir lo que realmente pretendía decir. Atalia no respondió, y él se armó de valor, la rodeó con el brazo y apretó su hombro contra el suyo. Ambos llevaban abrigos gruesos, por lo que ese contacto apenas fue un contacto. Atalia no le apartó el brazo, sino que ralentizó un poco la marcha. A Shmuel no se le ocurrió qué más podía decirle. En la oscuridad, escudriñó su rostro con la mirada para intentar descifrarlo, pero no logró ver nada salvo una silueta delicada que de pronto, a la luz de la farola, le pareció inmersa en una taciturna tristeza. Finalmente dijo:

—Mira qué vacío está todo. Jerusalén en una noche de invierno es una ciudad abandonada.

Atalia dijo:

—Basta. No estés todo el rato esforzándote por encontrar algo que decirme. También podemos caminar juntos sin hablar. Casi puedo oírte incluso cuando estás callado. Aunque no es muy frecuente que lo estés.

Y después, cuando llegaron a casa, añadió:

—Ha sido una tarde muy agradable. Gracias. Buenas noches. La película no ha sido mala.

## 23

Gershom Wald sonrió y dijo:

—En épocas pasadas, los jóvenes preguntaban al novio después de la noche de bodas: ¿ha encontrado o he encontrado? Si decía «ha encontrado», ellos participaban de su pena, y, si decía «he encontrado», ellos compartían su alegría.

Shmuel preguntó:

—¿Es decir?

Gershom Wald le explicó:

—Las palabras «he encontrado» se refieren al versículo «he encontrado que la mujer es más amarga que la muerte<sup>[26]</sup>», mientras que «ha encontrado» alude al versículo «quien ha encontrado mujer, ha encontrado la dicha<sup>[27]</sup>». ¿Y tú? ¿He encontrado o ha encontrado?

Shmuel dijo:

—Yo aún sigo buscando.

Wald lo miró inclinando la barbilla, como escuchando palabras que no habían sido dichas, y dijo:

—Escúchame, por favor. Si es posible, no te enamores de Atalia. No tiene sentido. Aunque, de hecho, tal vez sea demasiado tarde.

Shmuel dijo:

—¿Por qué se preocupa usted por mí?

—Quizá porque hay en ti algo que nos conmueve: un aspecto de hombre de las cavernas con un alma expuesta como un reloj al que alguien le ha quitado la tapa de cristal. Por favor, si eres tan amable, sirve té para los dos. Luego pon en marcha el gramófono y escucharemos el Cuarteto de Mendelssohn. ¿Te has dado cuenta de que a veces se cuele entre los acordes de Mendelssohn una especie de eco agri dulce, un eco sobrecogedor de una vieja melodía judía?

Shmuel reflexionó un poco sobre esas palabras de Gershom Wald. No se apresuró a darle la razón. Entre los discos que él había traído no había nada de Mendelssohn. Tenía varias obras de Bach, y otros tres o cuatro discos más del Barroco, el *Réquiem* de Mozart, el *Réquiem* de Fauré, siete u ocho discos de *jazz* y de la *chanson*, y un disco de canciones revolucionarias de la Guerra Civil española. Dijo:

—Mendelssohn. Sí. Una música demasiado emotiva para mi gusto.

Gershom Wald sonrió:

—¿Acaso no eres tú un chico emotivo?

A lo que Shmuel no respondió, sino que se levantó y se dirigió a la cocina a calentarle al anciano la papilla que había preparado la vecina, Sara de Toledo. Encendió la placa eléctrica, puso encima la cacerola de la papilla, la removió un poco con una cuchara, esperó tres o cuatro minutos, metió la punta de la cuchara en la papilla y la probó, añadió una cucharada de azúcar, la removió un poco más, espolvoreó un poco de canela, apagó la placa, vertió la papilla en un plato y llevó el plato a la habitación. Allí extendió un paño de cocina sobre el escritorio situado delante del anciano, le acercó la papilla y esperó. El señor Wald comió sin ganas y, entretanto, ambos escucharon las noticias de la tarde. El comandante de los paracaidistas franceses en Argelia, un general llamado Jacques Massu, había sido emplazado a regresar de inmediato a París. Había rumores en la capital francesa de que el general De Gaulle iba a hacer una impactante declaración sobre el futuro de Argelia. El general Massu dijo a los periodistas en el aeropuerto que posiblemente el ejército había cometido un error al decidir confiar en De Gaulle tras el golpe de estado de la derecha dos años antes en Argelia.

Gershom Wald dijo:

—Cualquiera que tuviese ojos en la cara podía saber de antemano cómo iba a acabar todo allí. De tal palo, tal astilla.

Shmuel dijo:

—Morirán miles de personas.

A lo que el anciano no respondió. Observó a Shmuel, con el ojo izquierdo guiñado y el derecho abierto de par en par, como si de pronto hubiese descubierto algo distinto en él.

De repente, Shmuel se sorprendió de que en toda la biblioteca, con tantas estanterías y cientos de libros, no hubiese ni una sola fotografía de Mija, el hijo muerto de Gershom Wald, su único hijo, el que fuera marido de Atalia. ¿Le habría elegido Atalia porque se parecía en algo a su padre? ¿Atalia y su marido habrían vivido juntos aquí, en la habitación de ella, antes de la tragedia? Sin duda antes también habría una madre. Tanto Mija como Atalia tendrían una madre. De pronto, Shmuel se armó de valor y preguntó:

—Su hijo, ¿Mija?

El anciano se encogió en su silla, sus feas manos, que estaban sobre el escritorio, se recogieron de golpe hacia su pecho, su rostro se nubló y cerró los ojos.

—¿Me permite preguntar cuándo murió? ¿Y cómo?

Wald no se apresuró a responder. Sus ojos permanecían cerrados como si tuviese que hacer un gran esfuerzo por recordar, como si la respuesta le exigiese una enorme concentración. Sobre el escritorio, delante de él, había un vaso de té vacío, y él lo cogió con sus fuertes dedos, lo movió de un lado a otro y, al cabo de un rato, lo reconsideró y, muy lentamente, volvió a dejarlo en su sitio. Habló con un tono de voz seco y plano:

—La noche del dos de abril del cuarenta y ocho. Cerca de Shaar Hagai, en la carretera Tel Aviv-Jerusalén.

Dicho lo cual se calló. Y continuó callado durante un buen rato. Hasta que repentinamente se estremeció, sus hombros se agitaron, y habló con un hilo de voz, casi un murmullo:

—Ahora tienes que dar de comer a los peces del acuario. Es la hora. Luego, déjame. Por favor, sube a tu habitación.

Shmuel retiró el plato de la papilla, que el anciano apenas había probado, y el paño de cocina, pidió perdón por la pregunta, deseó buenas noches, se entretuvo en la cocina comiendo su ración

de papilla, que ya estaba casi fría, fregó los platos y subió a la buhardilla. Allí se quitó los zapatos, se sentó un rato en la cama, con la espalda apoyada en la pared, y se preguntó por qué no recogía mañana mismo sus escasas pertenencias y se iba a un lugar completamente distinto: quizá encontrara trabajo de vigilante nocturno en el monte Ramon, en el Néguev, donde ahora se estaba levantando una nueva ciudad. Esa casa situada al final del callejón Rabbi Elbaz le pareció de pronto una prisión donde se iba cubriendo de moho día tras día. El anciano inválido con sus ocurrencias, sus versículos bíblicos y su solitaria agonía y la mujer que le doblaba la edad le parecían aquella noche dos carceleros que lo retenían como con cuerdas mágicas, y de esa magia solo podría liberarse si se levantaba y desgarraba la invisible telaraña con la que lo habían atrapado. ¿Es que veía en ellos una especie de sustitutivo tardío de sus padres? ¿Acaso no se había marchado a Jerusalén para alejarse de una vez por todas de sus padres? Hacía ya varias semanas que no intercambiaba ni una palabra con ningún joven de su edad. Y que no se acostaba con una mujer.

Se levantó, se desnudó, se duchó, pero en vez de tumbarse en la cama, se volvió a sentar una media hora en el alféizar de la ventana tapizado con cojines, se tapó con su manta y se quedó mirando fijamente el patio enlosado con baldosas de piedra. El patio estaba helado y desierto. Ni un gato pasaba por allí. Tan solo una débil luz procedente de la farola que iluminaba la tapa de hierro del pozo y las macetas de geranios. Shmuel se dijo que ya era hora de acostarse y dormir, y efectivamente, al cabo de diez minutos, se metió en la cama en ropa interior, pero no consiguió dormirse. En vez de entrarle sueño, le asaltaron imágenes de su infancia que se mezclaron con pensamientos sobre Yardená y Atalia. Aquellas dos mujeres le provocaron ira y tristeza, y también una intensa punzada de deseo. Dio vueltas y vueltas en la cama y no encontró descanso.

Shmuel recibió una carta de sus padres. El agua de lluvia se había colado por el buzón de Gershom Wald y Atalia Abravanel y algunas líneas de la carta estaban algo borrosas, porque la tinta se había disuelto a causa de la humedad. Su padre escribió:

«Querido Shmuel: Me apena mucho que hayas dejado la carrera. ¡Qué gran desperdicio de esfuerzo y de talento! Durante los primeros años en la universidad nos trajiste muy buenas notas y también la promesa (ciertamente no irrevocable) del profesor Eisenschloss, que te dijo que, si eras constante en tu trabajo y si introducías en él algunos elementos innovadores, había posibilidades de que, al terminar el máster, consiguieras un puesto de ayudante, es decir, el primer paso para iniciar la carrera académica. Y ahora, de un plumazo, lo has echado todo por tierra. Querido Shmuel, ya sé que yo soy el culpable de todo. Si la empresa no hubiese quebrado (algo que ocurrió debido a la vileza de mi socio, pero también por mi estupidez y ceguera), habría seguido financiando tus estudios, tu alojamiento y tus gastos, y lo habría hecho con generosidad, como he estado haciendo desde que llegaste a la universidad, igual que he costado los estudios de tu hermana en Italia. Pero ¿no hay ninguna posibilidad de que compagines tu trabajo actual con los estudios? ¿No hay vuelta atrás... (y ahí había dos o tres líneas borrosas a causa del agua)... los estudios? ¿No podrías de ninguna manera costearte los estudios y la manutención con tu sueldo? Miri, a pesar de todo, continúa con sus estudios de Medicina en Italia, no ha dejado la carrera pese a que nos hemos visto obligados a dejar de financiársela. Ahora tiene dos trabajos, de ayudante en una farmacia por las tardes y de telegrafista en la oficina central de correos por las noches. Nos ha contado que le basta con cuatro o cinco horas de sueño al día, pero no ha dejado los estudios, se aferra a ellos con uñas y dientes. ¿No podrías tomar ejemplo de Miri? Nos has contado que trabajas cinco o seis horas al día. No nos has dicho cuánto te pagan, pero sí que el alojamiento y la manutención los cubren los que te han contratado. Tal vez, si hicieses un esfuerzo, podrías completar esas cinco o seis horas con algunas más en otro trabajo, y así tendrías la posibilidad de costearte lo que te queda de carrera. No te resultará fácil, pero ¿desde cuándo alguien tan tenaz como tú huye de las dificultades? ¡Tú eres un socialista convencido, un proletario, un obrero! (Por cierto, no nos has contado qué relación tienen el señor Wald y la señora Abravanel. ¿Son pareja? ¿O padre e hija? Todo está envuelto en un gran secretismo, como si trabajases en alguna instalación secreta de alta seguridad). En tu única carta hasta la fecha eras tan parco en detalles. Únicamente nos contabas que te pasas las tardes conversando con un anciano inválido y que, a veces, le lees algún libro. Esa actividad, si me permites decirlo, no me parece nada difícil ni agotadora. En Jerusalén, podrías encontrar fácilmente otro empleo

remunerado, y con esos ingresos... (Ahí volvía a haber varias líneas borrosas a causa del agua). Permíteme añadir una cosa, con toda la precaución del mundo: es posible que en los próximos meses también nosotros podamos volver a ayudarte con algunas pequeñas sumas de dinero. Evidentemente no sería comparable con el soporte económico que te prestábamos antes de la quiebra, pero algo es algo. Te lo ruego, querido Shmuel, te lo suplico incluso: hasta ahora solo has perdido una cuantas semanas del curso. Con un esfuerzo, que tú por supuesto eres capaz de hacer, puedes recuperar lo perdido y retomar la carrera. El tema que has elegido para tu trabajo de fin de máster, "Jesús a ojos de los judíos", me resulta ajeno e incluso extraño. En mi ciudad natal, Riga, los judíos solíamos apartar la vista cada vez que pasábamos delante de la imagen de Cristo. Una vez me escribiste contándome que, en tu opinión, Jesús era carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Me cuesta mucho aceptar eso. ¡Cuántos edictos, cuántas persecuciones, cuánto sufrimiento, cuánta sangre inocente han derramado nuestros enemigos en nombre de ese hombre! Y tú, Shmuel, de pronto, quién sabe por qué razón, cruzas la línea y te sitúas al otro lado de las barricadas, precisamente del lado de ese hombre. Pero yo respeto tu decisión, aunque no comprendo qué sentido tiene. Del mismo modo que respeto tu labor de voluntariado en un grupo socialista, aunque yo estoy muy lejos del socialismo y lo considero un intento atroz de imponer a las personas la igualdad. Yo creo que la igualdad va en contra de la naturaleza humana, por el simple hecho de las personas no nacen iguales, sino diferentes las unas a las otras y, de hecho, incluso bastante extrañas las unas a las otras. Tú y yo, por ejemplo, no nacimos iguales. Tú eres un chico de gran talento y yo un hombre sencillito. Piensa, por ejemplo, en la diferencia que hay entre tu hermana y tú: ella es tranquila y reservada y tú, temperamental y sensible. Pero quién soy yo para discutir contigo de política y todo eso. El entusiasmo y la abnegación no los has heredado de mí. Sin duda harás lo que quieras. Siempre has hecho todo lo que has querido. Por favor, querido Shmuel, escríbeme lo antes posible diciendo que has buscado otro trabajo para poder retomar tus estudios. Estudiar es tu verdadera vocación. No debes traicionarla. Sé perfectamente que no es fácil trabajar, mantenerte y costear tus estudios, todo al mismo tiempo. Pero si nuestra Miri puede, sin duda también tú podrás. Tienes tenacidad para dar y tomar, y al parecer la has heredado de mí, no de tu madre. Concluyo aquí con gran cariño y profunda preocupación, tu padre que te quiere.

»P. D.: Por favor, escríbenos más a menudo y cuéntanos algo más sobre tu vida cotidiana en la casa donde vives y trabajas ahora».

La madre de Shmuel añadió al final de la carta:

«Querido Muli: Te echo mucho de menos. Hace ya meses que no vienes a Haifa a vernos y apenas escribes cartas. ¿Por qué? ¿Qué te hemos hecho?... (Ahí volvía a haber varias líneas borrosas a causa del agua que mojó la carta). El revés sufrido por papá casi le rompe el corazón. De repente se ha convertido en un anciano. Apenas habla conmigo. Siempre le ha costado hablar conmigo, también antes de lo ocurrido. Ahora tienes que intentar estar a su lado, al menos por carta. Desde que has dejado la carrera, se siente un poco traicionado. También Miri nos ha escrito diciendo que desde hace semanas no ha recibido carta de ti, que no das señales de vida. ¿No te irá mal por allí? Dinos la verdad.

»P. D.: Voy a cerrar este sobre y a meter en él, sin que tu padre lo sepa, cien libras. No es mucho, ya lo sé, pero ahora no tengo más. Me uno al ruego de papá: por favor, retoma los estudios, si no, te arrepentirás durante el resto de tu vida.

»Con cariño. Mamá».



Gershom Wald dijo:

—Yo estoy muy lejos de todos esos que pretenden arreglar el mundo, pero ese hombre no es así, él es un gran realista. Él fue el único que percibió a tiempo la pequeña brecha de la historia y, en el momento oportuno, logró hacernos pasar a través de ella. No él solo. Claro que no. De no ser por mi hijo y sus compañeros, estaríamos todos muertos.

Shmuel dijo:

—Con la Operación Sinaí, su Ben Gurión ató a Israel a la cola de dos potencias colonialistas condenadas a la decadencia y la degeneración, Francia e Inglaterra, y así solo consiguió hacer más profundo el odio árabe hacia Israel y convencer definitivamente a los árabes de que Israel era un cuerpo extraño en la región, un instrumento en manos del imperialismo mundial.

Wald dijo:

—Tampoco antes de la Operación Sinaí tus árabes le tenían mucho cariño a Israel, e incluso...

Shmuel interrumpió al anciano:

—¿Y por qué iban a querernos? ¿Por qué cree que los árabes no tienen derecho a enfrentarse con todas sus fuerzas a unos extraños que llegaron aquí de pronto como de otro planeta y les quitaron su tierra, campos, pueblos y ciudades, las tumbas de sus antepasados y la heredad de sus hijos? Nosotros nos decimos que solo vinimos a esta tierra para reconstruirla y reconstruirnos a nosotros mismos, para redimir la heredad de nuestros antepasados, etcétera, etcétera, pero dígame si existe un solo pueblo en el todo mundo que habría recibido con los brazos abiertos una invasión repentina de cientos de miles de extranjeros, y luego de millones, que aterrizaron aquí desde lugares lejanos con el extraño argumento de que los libros sagrados que traían con ellos les prometían a ellos y solo a ellos toda esta tierra.

—Por favor, ¿serías tan amable de servirme ahora otro vaso de té? ¿Podrías de paso servirte otro a ti? Tú y yo no vamos a hacer cambiar a Ben Gurión de opinión tanto si nos tomamos un té como si no. Shaltiel Abravanel, el padre de Atalia, intentó en vano convencer a Ben Gurión, en el año cuarenta y ocho, de que aún era posible llegar a un acuerdo con los árabes sobre la marcha de los británicos y el establecimiento de un condominio para árabes y judíos si aceptábamos renunciar a la idea del Estado judío. Bueno. Por eso fue expulsado de la Ejecutiva Sionista y de la dirección de la Agencia Judía, que de hecho era el gobierno judío oficioso a finales de la época del Mandato británico. Algún día, tal vez Atalia se apacigüe y te cuente toda esa historia. Yo mismo, lo confieso y no me avergüenzo, me puse en ese debate del lado del implacable realismo de Ben Gurión y no del lado de las ideas infundadas de Abravanel.

—Ben Gurión —dijo Shmuel mientras iba a la cocina a poner agua a calentar—, Ben Gurión tal vez fuera de joven un líder de los obreros, una especie de tribuno popular, pero hoy está a la cabeza de un Estado nacionalista y santurrón, y no deja de esparcir a su alrededor una especie de fraseología bíblica vacía sobre la restauración y la materialización de las profecías.

Y desde la cocina, mientras preparaba el té, alzó la voz y añadió:

—Si no hay paz, algún día los árabes nos vencerán. Es solo una cuestión de tiempo y de paciencia. Y los árabes tienen tiempo hasta decir basta y también una paciencia infinita. Ellos no olvidarán la humillante derrota del cuarenta y ocho, ni tampoco las intrigas que urdimos contra ellos con Inglaterra y Francia hace tres años.

Shmuel le acercó el té y Gershom Wald se lo tomó enseguida, casi hirviendo, mientras que Shmuel esperó pacientemente a que se enfriara un poco.

—Hace un año o dos —dijo Shmuel—, leí un artículo titulado «Los límites de la fuerza o el soldado número once». He olvidado el nombre del autor. Pero aún recuerdo lo que se decía en el artículo: cuando Stalin invadió Finlandia, a finales de los años treinta, el comandante finlandés, el mariscal de campo Von Mannerheim, se presentó ante el presidente de Finlandia, Kallio, e intentó tranquilizarlo: cada soldado finlandés puede vencer a diez *mujiks* rusos. Somos diez veces mejores que ellos, diez veces más cultos que ellos, y también estamos diez veces más motivados para proteger nuestra patria atacada. El presidente Kallio reflexionó un instante sobre eso. Al parecer se encogió de hombros y dijo, quizá a sí mismo y no al mariscal: Quién sabe, tal vez sea así, tal vez realmente cada soldado finlandés valga como diez soldados soviéticos, todo eso por supuesto está muy bien, pero ¿qué haremos si Stalin envía contra nosotros a once y no a diez? Y ese, decía el artículo, ese es el problema silenciado del Estado de Israel. Los árabes llevan ya más de diez años hablando encendidamente todo el día de nuestra aniquilación, pero hasta la fecha no han invertido en nuestra aniquilación ni una décima parte de sus fuerzas. En la guerra de la Independencia lucharon menos de ochenta mil soldados de los cinco ejércitos árabes contra ciento veinte mil judíos, hombres y mujeres, movilizados entre una población total de seiscientos mil. ¿Y qué haremos si un día de estos llega el soldado árabe número once? ¿Qué haremos si los árabes lanzan contra nosotros a un ejército de medio millón? ¿O de un millón? ¿O de dos millones? ¿Acaso Nasser no está bien equipado ahora con abundante armamento soviético y hablando abiertamente de un nuevo enfrentamiento? ¿Y nosotros qué? Ebrios de victoria. Ebrios de fuerza. Ebrios de retórica bíblica.

Gershom Wald dijo:

—¿Y qué nos propone su señoría? ¿Ofrecer la otra mejilla?

—Ben Gurión se equivocó al abandonar la política de no alineamiento y dejar a Israel en una relación de vasallaje y servidumbre con las potencias occidentales, y no precisamente con la más fuerte de las potencias occidentales, sino con las que están en clara decadencia: Francia y Gran Bretaña. En el periódico de hoy se habla otra vez de decenas de muertos y heridos en Argel. Resulta que el ejército francés emplazado allí se niega tajantemente a abrir fuego contra los ciudadanos franceses que se han sublevado. Francia se precipita en estos momentos hacia una guerra civil y Gran Bretaña, avergonzada, está acabando ahora de replegar los restos de su imperio. Ben Gurión nos ha embarcado en una alianza con barcos que se hunden. ¿Le apetece que, en vez de otro té, sirva para los dos una copita de coñac? ¿En honor a su Ben Gurión? ¿No? ¿Le apetece entonces tomarse ya su papilla? ¿Aún no? Dígamelo cuando le apetezca y se la calentaré.

Gershom Wald dijo:

—Gracias. Me ha gustado mucho todo eso que has dicho sobre el soldado número once. Si aparece de repente en el campo de batalla, sencillamente tendremos que repelerlo también. Si no, no seguiremos aquí.

Shmuel se levantó y empezó a caminar por la habitación entre las estanterías de libros:

—Hasta cierto punto, se puede comprender a un pueblo que durante miles de años ha conocido bien el poder de los libros, el poder de las oraciones, el poder de los mandamientos, el poder del estudio y el de la memorización, el poder del fervor religioso, el poder del comercio y el poder de la intermediación, pero que solo ha conocido el poder de la fuerza en su espalda golpeada. Y resulta que, de pronto, tiene en la mano una fuerte maza. Tanques, cañones y aviones a reacción. Es natural que se embriague de poder y tienda a creer que con el poder de la fuerza podrá lograr todo lo que se le pase por la mente. En su opinión, ¿qué es lo que no puede lograrse por la fuerza?

—¿Cuánta fuerza?

—Toda la fuerza del mundo. Imagínese la fuerza conjunta de Estados Unidos, la Unión Soviética, Francia y Gran Bretaña. ¿Qué no podría lograrse con una fuerza así?

—Creo que con una fuerza así se puede conquistar todo lo que a uno se le pase por la mente. Desde la India hasta Etiopía<sup>[28]</sup>.

—Eso es lo que usted cree. Eso mismo creen los judíos de Israel, porque no tienen ni idea de cuáles son los límites de la fuerza. Lo cierto es que toda la fuerza del mundo no podría convertir a un enemigo en aliado. Se puede convertir a un enemigo en esclavo, pero no en aliado. Con toda la fuerza del mundo no podría convertir a una persona fanática en una persona tolerante. Y con toda la fuerza del mundo no podría convertir a quien está sediento de venganza en un amigo. Y resulta que justamente esos son los problemas actuales del Estado de Israel: convertir a un enemigo en aliado, a un fanático en moderado, a un vengativo en amigo. ¿Con esto quiero decir que no necesitamos el poder militar? Ni mucho menos. Algo tan simplista como eso no se me pasaría por la mente. Yo sé igual que usted que la fuerza, nuestro poder militar, es lo que a cada instante, también en este instante en el que estamos discutiendo, nos separa de la muerte. El poder de la fuerza puede evitar de momento nuestra aniquilación. Siempre y cuando recordemos siempre, a cada instante, que en nuestro caso la fuerza solo puede evitar. No arreglar ni solucionar. Solo evitar el desastre por un tiempo.

Gershom Wald dijo:

—¿Perdí a mi único hijo solamente para retardar un poco el desastre que, según tú, no hay forma de evitar?

De repente, Shmuel deseó levantarse y acercarse hacia su pecho la cabeza grumosa, a medio pulir, del hombre que estaba sentado enfrente de él, e incluso decirle una palabra de consuelo. Pero no hay consuelo en el mundo. Se contuvo y decidió guardar silencio para no añadir más dolor al dolor. En vez de responder, se aproximó a dar de comer a los peces de colores del acuario. Y luego se dirigió hacia la cocina. Esta vez, en vez de papilla, Sara de Toledo había llevado ensalada de patatas con mayonesa y hortalizas. Gershom Wald comió en silencio, como si hubiese agotado por ese día todos sus tesoros de versículos y citas. Continuó callado hasta cerca de las once, momento en que Shmuel sirvió una copita de coñac para cada uno sin esperar la aprobación del anciano. Entonces se despidió de él, se comió la ensalada de patatas con mayonesa sobrante, fregó los platos y subió a la buhardilla. El padre se quedó sentado junto a su escritorio,

anotó algo en un pedazo de papel, arrugó el papel, lo arrojó con rabia a la papelera y volvió a escribir. Un profundo silencio envolvía en ese momento la casa. Atalia había salido. O tal vez no. Tal vez estaba sentada en completo silencio en su habitación, en la que Shmuel jamás había puesto un pie.

## 26

Al día siguiente, a las once y media de la mañana, Shmuel se puso su ajado abrigo, cubrió su mata de rizos desgredados con el *shapka*, que parecía una especie de gorro de carretero con visera, cogió el bastón con el mango de cabeza de zorro persiguiendo una presa y se fue a pasear por las calles de Jerusalén. Aquella mañana no llovía, tan solo algunos nubarrones procedentes del mar pasaban por el cielo de la ciudad de camino hacia el desierto. La luz de la mañana que tocaba las paredes de piedra era devuelta desde esas paredes suave y dulce, una luz de miel; era esa luz que acaricia Jerusalén los días claros de invierno entre chaparrón y chaparrón.

Shmuel subió por el callejón Rabbi Elbaz hacia la calle Ussishkin, pasó por delante del Bet Haam, que tiene las paredes recubiertas de una piedra lisa semejante al mármol, y continuó hacia el centro de la ciudad. Llevaba la cabeza dirigida hacia delante, como cortando el aire, o como abriéndose paso entre los obstáculos, el cuerpo inclinado hacia delante y las piernas apresurándose para no quedarse detrás de la cabeza. Era una forma de andar que parecía a una carrera lenta. Había algo gracioso en esa forma de andar, era como si el caminante se apurase por llegar a tiempo a un lugar donde lo estaban esperando desde hacía mucho tiempo, pero donde no lo esperarían siempre y, si se retrasaba, sería demasiado tarde.

Seguro que Yardena ya se ha ido a la oficina de envío de recortes de prensa donde trabajaba ya antes de casarse, y ahora estará sentada allí, en el segundo piso de un viejo edificio de la calle Rav Kook, en un cuarto en penumbra, marcando con un lápiz los nombres de los clientes de la oficina que se mencionaban en los periódicos. Puede que se tope una o dos veces también con el nombre de su Neshher Shereshevski, y puede que el propio Neshher Shereshevski esté ahora sentado a su mesa, en el instituto de investigación de mares y lagos, redactando con diligencia algún informe y, como siempre, con una expresión de moderada satisfacción en el rostro, como si estuviese chupando un caramelo. Solo tú deambulas por las calles de Jerusalén sin hacer nada. Los días pasan, el invierno acabará, después llegará el verano, y de nuevo otro invierno, y tú te irás atrofiando entre los recuerdos de Yardena y las fantasías con Atalia. Por las noches, Yardena duerme en brazos de Neshher Shereshevski, y su cálido y castaño olor envuelve su cama de matrimonio. ¿Todavía la amas? ¿Con un amor rechazado y escarnecido, con el amor de los abandonados y despreciados? ¿O ya no la amas a ella, sino a Atalia? ¿Con un amor que no reconoces y que, de hecho, te parece completamente irracional?

Se imaginó el cabello largo y suave de Atalia cayéndole por el hombro izquierdo sobre su vestido bordado. Sus pasos con esa especie de danza interior contenida, como si sus caderas estuviesen más despiertas que ella. Una mujer decidida, llena de secretos, que se dirige a ti unas

veces con sarcasmo y otras con fría curiosidad, una mujer que no deja de darte órdenes y que te observa siempre con cierto desprecio mezclado tal vez con un toque de compasión. Tú te aferras a esa compasión, como si para ella solo fueses un perrito abandonado.

¿Qué ve en ti Atalia desde las alturas de su superioridad burlona? Sin duda ve en ti a un estudiante que ha dejado sus estudios, a un chico asilvestrado, desgreñado, confuso, que se siente atraído hacia ella, pero que jamás se atreverá a intentar expresar con palabras sus sentimientos, que no son sentimientos sino emociones como las de un niño. ¿Tu presencia la molesta algunas veces? ¿O la divierte? ¿O la molesta y la divierte al mismo tiempo?

Sobre una tapia gris de hormigón rugoso había una gran rata inmóvil, o puede que fuera una rata de cloaca. La criatura clavó unos pequeños ojos negros en Shmuel, como si quisiera hacerle una pregunta. O quizá ponerlo a prueba. Shmuel se detuvo y observó durante un minuto o dos a la rata como diciendo no tengas miedo de mí, mis manos están vacías y no tengo nada que ocultar. Uno de los dos, comprendió Shmuel, debía ceder. Ceder en ese mismo instante. Y por tanto, cedió y prosiguió su camino sin mirar atrás. Apenas había dado cinco pasos cuando lo reconsideró, se avergonzó de sí mismo y dio media vuelta. Pero la criatura había desaparecido y la tapia estaba vacía.

A las doce y veinte entró Shmuel Ash en su pequeño restaurante de la calle King George y se sentó en su sitio de siempre, junto a la mesa del rincón. En ese lugar se tomaba cada día la comida que hacía también las veces de desayuno. El camarero, que también era el dueño del restaurante, un húngaro gordo y de baja estatura con la cara roja y la frente, incluso en invierno, cubierta de gotas de sudor, por lo que Shmuel suponía que tenía alta la presión arterial, le llevó sin preguntarle un plato hondo de *goulash* caliente y picante. Siempre, sin excepción, comía allí *goulash* especiado, con varias rebanadas de pan blanco, y cada día tomaba de postre macedonia de frutas.

Una vez, el invierno pasado, estuvo allí con Yardena, ambos comieron y él habló con ella sobre el creciente aislacionismo de la facción más de izquierdas del partido marxista-sionista. De repente ella lo miró como atónita, lo agarró del brazo. Lo levantó bruscamente de la silla, pagó la cuenta con precipitación, lo sujetó con fuerza, con las uñas, como si en un instante se hubiese llenado de una furia incomprensible, y lo arrastró casi a la fuerza a su habitación en el barrio de Tel Arza. Durante todo el camino no le dijo ni una palabra y él, sorprendido, la obedeció y la siguió. Nada más entrar en la habitación de Shmuel, lo empujó por los hombros, lo arrojó sobre la cama y, sin decir ni media, se quitó el vestido, se montó sobre él y le hizo el amor violentamente, lo sometió como vengándose de él y no se apartó de él hasta que terminó dos veces. Él tuvo que taparle la boca con la mano para silenciar sus gritos y no alarmar a la casera, que estaba en la habitación de al lado. Después, ella se vistió, se tomó dos vasos de agua del grifo y se marchó.

¿Por qué lo había abandonado? ¿Qué le había hecho él? ¿Qué tenía ese Neshher Shereshevski que él no tuviese? ¿Qué había visto en ese razonable hidrólogo suyo cuyo cuerpo cuadrado parecía un cajón de embalaje y al que le gustaba hablar con frases complejas y enrevesadas sobre temas que aburrían siempre a todos los presentes? A veces decía frases como: «Tel Aviv es una ciudad mucho menos antigua que Jerusalén, pero, por otra parte, es más moderna», «Hay una gran diferencia entre los ancianos y los jóvenes», o «Así son las cosas: la mayoría decide y la minoría simplemente debe aceptar la opinión de la mayoría». «Perrito inquieto», así llamó Yardena a

Shmuel durante su última conversación. En su interior, él estaba de acuerdo con ella, sin embargo, a pesar de eso, de pronto se sintió avergonzado, ofendido y humillado.

Se levantó, pagó el *goulash* y la macedonia, se entretuvo un instante junto al mostrador para echar un vistazo a los titulares del periódico vespertino. Las fuerzas del Ejército israelí estaban limpiando el sector sur de la frontera entre Israel y Siria. Nasser, el presidente de Egipto, volvía a amenazar, mientras que Ben Gurión advertía. ¿Por qué las advertencias de Nasser se denominaban siempre amenazas, mientras que las amenazas de Ben Gurión se denominaban advertencias?

Luego se dispuso a salir a la calle jerosolimitana inundada de una agradable luz invernal, una luz de cipreses y piedra. De pronto tuvo la extraña e intensa sensación de que todo era posible y de que lo que estaba perdido solo parecía perdido pero de hecho nada estaba completamente perdido y de que lo que estaba por venir dependía únicamente de su osadía. Y decidió cambiar en ese mismo instante. Cambiar en ese instante toda su vida. Ser a partir de ese instante un hombre tranquilo y audaz que sabe lo que quiere y va a hacerlo realidad sin reticencias ni titubeos.

Atalia encontró a Shmuel sentado en su silla delante del escritorio, inclinado sobre un viejo libro que había sacado en préstamo de la Biblioteca Nacional. Llevaba una falda clara y un jersey azul que le quedaba grande y le daba un cálido aire hogareño. Por su rostro no parecía tener cuarenta y cinco años, solo en sus manos se apreciaban los signos de la edad. Atalia se sentó en el borde de la cama de Shmuel, apoyó la espalda en la pared, cruzó delicadamente las piernas, se estiró un poco la falda y, sin disculparse por su repentina irrupción en su territorio, dijo:

—Estás estudiando. Te molesto. ¿Qué estás estudiando?

Shmuel dijo:

—Sí. Por favor te lo pido. Moléstame. Estoy deseando que me molestes. Ya estoy cansando de este trabajo. Bueno, estoy cansado siempre. Hasta cuando duermo estoy cansado. ¿Y tú? ¿No estarás libre? ¿Te gustaría que saliésemos a dar un paseo? Hace un día claro de invierno de esos que solo hay en Jerusalén. ¿Vamos?

Atalia, obviando la invitación que le acababa de hacer, dijo:

—¿Aún estás indagando en las historias de Jesús?

—Jesús y Judas Iscariote. Jesús y los judíos —dijo Shmuel—, cómo han visto los judíos a Jesús a lo largo del tiempo.

—¿Y por qué te resulta tan interesante precisamente eso? ¿Por qué no cómo han visto los judíos a Mahoma? ¿O a Buda?

—Pues porque comprendo perfectamente por qué los judíos rechazaron el cristianismo —dijo Shmuel—. Pero resulta que Jesús no era cristiano. Jesús nació judío y murió judío. Jamás se le pasó por la cabeza fundar una nueva religión. Pablo, Saúl de Tarso, fue quien inventó el cristianismo. El propio Jesús dijo explícitamente: «No he venido a cambiar ni una sola letra de la Torá». Si los judíos lo hubiesen aceptado, la Historia en su totalidad habría sido completamente distinta. La Iglesia no se habría erigido en absoluto. Y tal vez toda Europa habría adoptado una especie de versión suave y refinada del judaísmo. Así nos habríamos ahorrado el exilio, las persecuciones, los pogromos, la Inquisición, los libelos de sangre, los decretos de expulsión y el Holocausto.

—¿Y por qué se negaron los judíos a aceptarlo?

—Atalia, esa es precisamente la pregunta que llevo tiempo haciéndome y para la que aún no he encontrado respuesta. Él era, en términos actuales, una especie de judío reformista. O más que un judío reformista, un judío fundamentalista, no en el sentido fanático del término fundamentalista, sino en el sentido de vuelta a las raíces más puras. Él deseaba purificar la



religión judía de todos esos apéndices ceremoniosos y vanidosos que se le habían adherido, de todos esos forúnculos que la casta sacerdotal produjo y que los fariseos engordaron. Como es natural, los sacerdotes lo consideraban un enemigo. Yo creo que Yehuda Ben Simon Ish Cariot era uno de aquellos sacerdotes. O puede que solo estuviese cerca de ellos. Puede que fuera enviado por la casta sacerdotal de Jerusalén para adherirse a la comunidad de seguidores de Jesús con el fin de seguirlos e informar a Jerusalén sobre sus actos, pero él se unió a Jesús y le profesó un amor sincero, hasta el punto de convertirse en el más devoto de todos sus discípulos y de ser incluso el tesorero del grupo de los apóstoles. Algún día, si quieres, te contaré cuál fue en mi opinión el mensaje de Judas Iscariote. Pero lo que me sorprende es el pueblo llano. ¿Por qué ellos no aceptaron a Jesús? ¿Ellos, que lucharon bajo el yugo de la rica y opulenta casta sacerdotal de Jerusalén?

—No me gusta la expresión «el pueblo llano». El pueblo llano no existe. Existen un hombre y una mujer y otra mujer y otro hombre, y cada uno de ellos tiene conciencia, sentimientos, inclinaciones y juicios morales del tipo que sean. Aunque los juicios morales del varón, si es que es posible tal cosa, son posibles solo cuando sus instintos están momentáneamente satisfechos.

—Cuando has entrado, estaba leyendo lo que Ramban escribe sobre Jesús. Ramban, Rabbi Moshé Ben Nahman, a quien los cristianos llaman Nahmánides, uno de los más grandes sabios judíos de todos los tiempos, vivió en el siglo XIII, nació en Gerona, en España, y murió aquí, en Acre. Él habla de la disputa a la que fue forzado por parte del rey Jaime I de Aragón, una controversia pública que duró cuatro días seguidos entre Ramban y un judío converso llamado Pablo Cristiani, apodado también Fray Paul. Había algo aterrador que helaba la sangre en aquellas controversias públicas a las que eran forzados los judíos en la Edad Media: si vencía el cristiano, los judíos estaban obligados a pagar con sangre el precio de su derrota, porque en la controversia había quedado probado que su doctrina era falsa. Y si vencía el judío, una vez más los judíos estaban obligados a pagar con sangre el precio de su insolencia.

»El sacerdote intentaba demostrar, mediante citas extraídas del Talmud —recuerda que era un judío converso—, que en el Talmud había invectivas contra el cristianismo y también claras alusiones a que el cristianismo era la religión verdadera y a que Jesús era efectivamente el Mesías, que ya había estado en este mundo y que iba a volver a él algún día. Ramban afirma en sus escritos que obtuvo una gran victoria en aquella disputa, pero realmente parece ser que la disputa terminó sin que la balanza se inclinase hacia ninguno de los dos lados. Tal vez Ramban tenía tanto temor a vencer como a perder en la disputa. El intelecto y la naturaleza, afirmó Ramban en aquella controversia, conocida también como la Disputa de Barcelona, no pueden tolerar la historia de la Inmaculada Concepción, como tampoco pueden aceptar la historia de la muerte de Jesús en la cruz y su resurrección al tercer día. El principal argumento de Ramban fue el siguiente: en las Sagradas Escrituras se dice explícitamente que con la llegada del Mesías acabará el derramamiento de sangre en la tierra y no alzaré espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra<sup>[29]</sup>. Estas son las palabras del profeta Isaías. Y desde los tiempos de Jesús hasta la actualidad no han cesado ni un instante los derramamientos de sangre por todas partes. Además, en el libro de los Salmos se dice explícitamente que el Mesías dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra<sup>[30]</sup>. Y Jesús no tuvo ningún reino en vida, y tampoco después de su muerte. Roma fue quien dominó esa tierra y el mundo entero, y también en estos

momentos los siervos de Mahoma tienen más poder que los cristianos. Y los propios cristianos, concluye Ramban, derraman mucha más sangre que el resto de las naciones.

Atalia dijo:

—Esas palabras me resultan bastante convincentes. Creo que quizá, a pesar de todo, tu Ramban venciera en la controversia.

Shmuel dijo:

—No. Esas palabras no son convincentes, porque no hay en ellas ni el más mínimo intento de confrontación con el mensaje de Jesús, con el mensaje del amor universal, el perdón, la caridad y la compasión.

—¿Tú eres cristiano?

—Yo soy ateo. El niño Yosi Siton, de tres años y medio, que sufrió ayer un atropello mortal cuando corría detrás de su pelota verde no muy lejos de aquí, en la calle Azza, es suficiente prueba de que no existe ningún Dios. Nunca he creído ni por un instante que Jesús fuese Dios o el Hijo de Dios. Pero yo lo amo. Amo las palabras que utilizaba, como por ejemplo «si la luz que hay en ti es oscuridad, cuán grande será la oscuridad<sup>[31]</sup>», o «mi alma está muy triste hasta la muerte<sup>[32]</sup>». O «deja que los muertos entierren a sus muertos<sup>[33]</sup>», o «vosotros sois la sal de la tierra, pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué será salada?»<sup>[34]</sup>. Lo he amado desde el día que leí su mensaje en el Nuevo Testamento, cuando tenía quince años. Y yo creo que Judas Iscariote era el más fiel y el más devoto de todos sus discípulos y que jamás lo traicionó, sino todo lo contrario, él quiso mostrar al mundo entero su grandeza. En algún momento te lo explicaré, si quieres oírlo. Tal vez, si te parece bien, tú y yo podríamos salir otra tarde y sentarnos juntos en algún sitio tranquilo donde podamos charlar.

Dicho lo cual, miró y vio las piernas cruzadas de Atalia, con las medias de nailon, se preguntó si esas medias de nailon terminarían bajo la falda en unas ligas o en un ligero, y se encogió en la silla para que no percibiese su miembro tenso hacia ella sin ninguna esperanza.

Atalia dijo:

—Vuelves a sonrojarte bajo tu barba de neandertal. Esta tarde, tú y yo iremos al cine a la primera sesión. Hay una película italiana neorrealista. Yo te invito.

Shmuel, sorprendido y completamente agitado, murmuró:

—Sí. Gracias.

Atalia se levantó y se colocó detrás de él. Rodeó la cabeza encrespada de Shmuel con sus manos frías y por un instante la apretó contra su pecho. Luego salió de la habitación sin cerrar la puerta. Él escuchó el sonido de sus pasos al bajar las escaleras, hasta que cesó. Un profundo silencio reinó en toda la casa. Se sacó del bolsillo el inhalador y aspiró dos veces.

## 28

Al atardecer, le pidió permiso a Gershom Wald para marcharse a las siete y media.

—Vamos a salir, Atalia y yo —dijo, radiante como un niño al que la chica más guapa de la clase acabara de dar un beso.

Y Wald dijo:

—La miel se comerá al oso. —Y añadió—: Bueno. Corazón roto. Solo ten mucho cuidado de que no te chamusque la barba.

La esperó con impaciencia en la cocina. No se atrevió a llamar a la puerta de su habitación. Sobre el hule de la mesa de la cocina estaban las migas de pan de la cena de Atalia. Shmuel se mojó la yema del dedo con saliva y fue recogiendo las migas una a una y echándolas al fregadero, luego limpió el fregadero y se lavó las manos. Como si Atalia fuese a convencerse así de que él llevaba razón. ¿Llevaba razón en qué? Para eso no tenía respuesta. Y mientras la esperaba, observó una vieja reproducción que estaba colgada en la pared sobre la mesa de la cocina, una reproducción en color de un póster del Keren Kayemet donde se veía a un pionero fornido y musculoso con la camisa perfectamente remangada. El primer botón estaba desabrochado y dejaba al descubierto un pecho bronceado y peludo. El pionero sujetaba en sus fuertes manos la esteva de un arado de hierro tirado por un caballo o una mula parda que caminaba hacia el horizonte, donde se veía el sol besando la cima de las colinas. ¿Orto u ocaso? El dibujo no daba ninguna pista para responder a esa pregunta, pero Shmuel supuso que se trataba del orto y no del ocaso, como en la canción «en las montañas nuestra luz despuntó,/ nosotros subiremos a la montaña,/ el ayer tras nosotros quedó,/ pero es largo el camino hasta el mañana». Reflexionó sobre el hecho de que tras ese orto llegaría el ocaso, como siempre, o puede que el ocaso ya hubiese llegado. ¿Mija Wald estaría fornido y bronceado? ¿Igual que el pionero del póster? ¿Querría Ben Gurión que todos nos pareciésemos a ese pionero?

En varias ocasiones, Shmuel le había redactado mentalmente una carta airada a David Ben Gurión, y una vez incluso llegó a escribir un borrador lleno de tachaduras donde le explicaba a Ben Gurión que su alejamiento del socialismo de su juventud había supuesto una tragedia para el Estado de Israel, y añadía que la política de represalias era una política infecunda y peligrosa, porque la violencia engendra violencia y la venganza engendra venganza. Shmuel destruyó aquella carta antes incluso de terminarla. A veces entablaba en su cabeza fuertes discusiones con el primer ministro, discusiones parecidas a las que tenía en el círculo para la renovación socialista, pero en las discusiones que entablaba en su cabeza no solo esperaba vencer y convencer a Ben Gurión, sino también ganarse de algún modo su admiración e incluso su afecto.

Atalia apareció con un ajustado vestido invernal de color naranja. Llevaba los ojos discretamente maquillados. Una fina cadena de plata colgaba de su cuello. En sus labios no se dibujaba una sonrisa, sino algo así como una secreta promesa de sonrisa. Dijo con asombro:

—Seguro que me llevas esperando aquí desde esta mañana. O desde ayer por la noche.

De pronto le pareció hermosa y dolorosamente atractiva. Sabía perfectamente que esa mujer era inaccesible para él y, a pesar de eso, todo su cuerpo estaba tenso, como si la tuviese entre sus brazos. Se sentó enfrente de él, junto a la mesa de la cocina, y dijo:

—No. Esta noche no iremos a ver ninguna película. El cielo está despejado y hay luna llena. Tú y yo nos pondremos los abrigos e iremos a deambular un rato por las calles y a ver lo que les hace la luz de la luna.

Shmuel accedió al instante. Atalia añadió:

—No sé si me gusta Jerusalén o únicamente la soporto. Pero cuando me voy de Jerusalén más de dos o tres semanas, empieza a aparecer en mis sueños, y siempre bañada por el claro de luna.

Shmuel se armó de pronto de un valor impropio de él y preguntó:

—¿Con qué más sueñas?

Atalia respondió sin sonreír:

—Con chicos jóvenes y guapos.

—¿Como yo?

—Tú no eres un chico. Tú eres un niño viejo. Dime, ¿no habrás olvidado calentarle a Wald su papilla?

—Y también he espolvoreado encima azúcar y canela. Ya se la ha comido. No toda. Ha quedado algo en el plato y el resto me lo he comido yo. Ahora está escribiendo. No tengo ni idea de lo que escribe. Jamás me lo ha contado y yo no me he atrevido a preguntárselo. ¿Lo sabes tú? ¿O adivinas lo que lo mantiene ocupado?

—Abravanel. Mija. La guerra. Lleva ya años escribiendo un artículo, o puede que un libro, sobre la historia de Shaltiel Abravanel, y también unas memorias sobre la vida de su hijo. Puede que relacione la expulsión y el ostracismo de Abravanel con la muerte de su hijo. Puede que crea que hay cierta conexión entre las dos cosas.

—¿Conexión? ¿Qué conexión?

A lo cual no respondió. Se levantó, se sirvió un vaso de agua del grifo y se lo bebió a grandes tragos, como un campesino sediento, sin preguntarle a Shmuel si le servía uno. Luego se secó la boca con esa mano suya algo arrugada, esa mano que era más vieja que su rostro.

—Vamos. La luna está a punto de salir. Me gusta ver cómo despunta por las montañas y se cuela entre los tejados.

Salieron de la casa hacia el patio en penumbra, que estaba oscurecido por las copas de los árboles y también por la hilera de altos cipreses de detrás de la casa. Shmuel apenas pudo distinguir la tapa metálica del pozo de agua. Atalia lo agarró del codo y lo condujo a lo largo del camino pavimentado con piedra tallada de Jerusalén. A través de la manga de su ajado abrigo, Shmuel sintió el cálido contacto de su mano, cada uno de sus cinco dedos, y deseó con todas sus fuerzas posar su mano en esa mano arrugada que lo guiaba por las escaleras. Pero temió sus burlas. En vez de tocarla, sacó de su bolsillo el inhalador, porque le faltaba el aire. Tras una profunda inhalación, se sintió mejor y volvió a metérselo en el bolsillo.

El callejón Rabbi Elbaz estaba desierto. Una farola inserta en pequeños rectángulos de cristal, una farola de la época del Mandato británico, se balanceaba con el viento sobre un cable que atravesaba el callejón. Esa farola proyectaba sobre los adoquines sombras en constante movimiento, un movimiento nervioso semejante a pequeñas olas. Soplaban viento del oeste, un viento ligero y suave, como si tuviese que enfriar un vaso de té.

Shmuel dijo:

—Cuéntame qué clase de hombre era tu padre.

Atalia respondió en voz baja, casi susurrando:

—No hablemos ahora. Caminemos un rato sin hablar. Escuchemos los sonidos de la noche.

Al final del callejón Rabbi Elbaz, la luna saltó de pronto sobre los tejados, roja y gigantesca, como un sol que hubiese perdido la razón y hubiese resurgido de la oscuridad, en medio de la noche, contraviniendo las leyes de la naturaleza. A Shmuel no le gustó aquella luna culpable de que lo hubiesen mandado callar. Atalia se detuvo, agarrándolo aún del codo como si temiera que fuese a tropezar, y se quedó un buen rato mirando la luna, o al pálido halo que la rodeaba y que parecía fluir desde arriba para blanquear las paredes de piedra con un desvaído brillo fantasmal. De pronto dijo:

—En hebreo a la luna la llamamos Blanca, pero no es en absoluto blanca. Está empapada de sangre.

Después caminaron en silencio por las callejuelas del barrio de Nahlaot, Atalia guiaba y Shmuel andaba como medio paso por detrás de ella. Ya había soltado su manga, pero de cuando en cuando le tocaba suavemente el hombro para dirigirlo a derecha o izquierda. Un chico y una chica, abrazados y pegados el uno al otro, los adelantaron y continuaron calle arriba. El chico dijo:

—No me lo creo. No puede ser.

La joven respondió:

—Espera. Ya lo verás.

El chico le dijo algo que Shmuel y Atalia no pudieron oír, pero captaron el tono de turbación y resentimiento de su voz. Atalia dijo:

—Escucha qué profundo silencio. Casi puede oírse respirar a las piedras.

Shmuel abrió la boca para responderle, pero cambió de idea, porque consideró que ella le estaba pidiendo que no rompiera el silencio. Por tanto, permaneció callado y siguió caminando como medio paso por detrás de ella. De pronto, su mano se alargó y sus dedos acariciaron precipitadamente la nuca de Atalia y se deslizaron por la cadena de plata por debajo de su cabello. Entonces sus ojos se llenaron de lágrimas porque, mientras le acariciaba la nuca, intuyó que ella y él no tenían ninguna posibilidad. Atalia no pudo ver sus ojos llorosos en la oscuridad y tan solo aminoró un poco el paso. Shmuel pensó: Qué imbécil eres. Un miedica y un imbécil. Ahora habrías podido atraer su cuerpo hacia ti, rodear sus hombros con tus brazos y besar sus labios. Pero una voz interior lo previno: No, no lo intentes, te pondrás en ridículo.

Unos cuarenta o cincuenta minutos estuvieron paseando por las callejuelas. Cruzaron la calle Agripas, pasaron por el mercado Mahané Yehuda, que estaba cerrado y desierto, solo unos olores mareantes a fruta, basura, hortalizas demasiado maduras, a carnicería, especias y cierta putrefacción emanaban de los puestos oscuros. Shmuel y Atalia salieron a la calle Yafó por la plaza que está enfrente del reloj de sol que lleva allí, en lo alto de uno de los edificios, desde la

época del dominio turco. Ella se detuvo un momento frente a ese reloj y de repente respondió a Shmuel a la pregunta que le había hecho varios minutos antes, la pregunta sobre su padre:

—Él no pertenecía a su tiempo. Puede que estuviese adelantado. Puede que estuviese atrasado. Pertenecía a otro tiempo.

Luego, se dispuso a volver a casa, y Shmuel la siguió, esta vez por otras callejuelas. Durante todo el camino apenas cruzaron una palabra excepto «Cuidado, aquí hay un escalón» o «La ropa que está tendida atravesando la calle gotea justo encima de nuestras cabezas». A Atalia le gustaba ese silencio y Shmuel no se atrevió a contrariarla, pese a estar tan agitado y lleno de deseo que estaba a punto de desbordarse. Entretanto, la luna perdió su tonalidad sanguínea, subió por encima del muro del museo Betzalel e iluminó toda la ciudad con una luz fantasmagórica. Cuando regresaron, Atalia se quitó el abrigo y ayudó a Shmuel a desprenderse del suyo (cuando intentó quitarse el abrigo, su brazo se metió por el forro, que estaba rasgado). Atalia dijo:

—Gracias por esta noche. Me ha gustado mucho. A veces se está muy a gusto contigo, sobre todo cuando no hablas. Ahora no, gracias, no quiero comer nada. Si quieres, puedes prepararte algo de lo que hay en el frigorífico y, de paso, puedes hablar contigo mismo cuando te plazca. Estás lleno de palabras que no te he dejado decir. Yo me voy a mi habitación. Buenas noches. No te preocupes, no han sido unas horas desperdiciadas. Cuando subas, no olvides apagar la luz de las escaleras.

Y con eso se marchó con sus zapatos planos, con el cabello cayéndole sobre el hombro; su vestido naranja resplandeció un instante más en el marco de la puerta y se apagó. Dejó tras ella una ligera ráfaga a perfume de violetas y Shmuel inhaló ese olor a pleno pulmón. Su corazón, que ya de joven dijeron los médicos que lo tenía demasiado dilatado, palpitaba con fuerza y él le rogó que se calmase.

Por tanto, decidió untarse dos rebanadas de pan con mantequilla y queso, abrir un tarro de yogur, y tal vez incluso hacerse un huevo frito. Pero sin más perdió el apetito y le entró una especie de angustia. Subió a su habitación, se tumbó en ropa interior sobre la cama y se quedó un buen rato contemplando la luna que estaba en medio de la ventana. Al cabo de unos veinte minutos cambió de idea, bajó y se abrió una lata de granos de maíz y una lata de carne en conserva y se lo comió todo allí de pie, delante del frigorífico abierto, porque le había vuelto a entrar apetito.

Pensó en el pequeño piso de sus padres en una callejuela de Hadar Hacarmel, el piso al que se mudó su familia cuando se incendió el barracón de Kiryat Mutzkin. El piso tenía dos habitaciones, la habitación grande, que hacía las veces de salón, de comedor y también de dormitorio de sus padres, y la habitación pequeña, donde vivía su hermana Miri, que era cinco años mayor que él. Su cama estaba en el pasillo, entre la entrada de la diminuta cocina y la entrada del servicio. En la cabecera de su cama había una caja pintada de marrón que le servía de armario para la ropa, de escritorio para hacer los deberes y también de mesilla de noche. A los once años, Shmuel era un niño delgado, algo encorvado, con unos ojos grandes y asombrados, piernas de cerilla y rodillas siempre magulladas. Solo con el paso de los años, después de licenciarse del servicio militar, se dejó crecer la mata desgreñada de pelo y la barba de hombre de las cavernas bajo la que se ocultaba su cara fina y alargada. No le gustaban ni la mata de pelo, ni la barba, ni la cara infantil de debajo, pero creía que la barba de salvaje ocultaba algo de lo que un hombre debía avergonzarse.

De pequeño contaba con tres o cuatro amigos, de los más pusilánimes de la clase, uno era un recién llegado de Rumanía y otro era un poco tartamudo. Shmuel tenía una gran colección de sellos, y le gustaba enseñársela a sus amigos mientras les hablaba del valor de los sellos, sobre todo de los más raros, y también de los diferentes países de los que procedían. Era un niño sabiondo y parlanchín, pero, cuando los demás hablaban, apenas era capaz de escuchar y se cansaba a las tres o cuatro frases. Presumía sobre todo de los sellos de los países que ya habían dejado de existir, Ubangui-Chari, el Imperio austrohúngaro, Bohemia y Moravia. Podía darles largas charlas a sus amigos sobre las guerras y las revoluciones que habían borrado a esos países del mapamundi, aquellos que habían sido invadidos primero por los nazis y luego por Stalin, y aquellos que pasaron a ser regiones de nuevos países que surgieron en Europa tras la Primera Guerra Mundial, como Yugoslavia y Checoslovaquia. Los nombres de países remotos como Trinidad, Tobago, Kenia, Uganda y Tanganica le producían cierta nostalgia. Se imaginaba zarpando hacia esas regiones lejanas y participando en las guerras de las valerosas resistencias que lucharon para liberarse del yugo del invasor extranjero. Hablaba ante sus amigos con fervor y pasión y, lo que no sabía, se lo inventaba. Leía cuanto caía en sus manos: libros de aventuras, libros de viajes, novelas policíacas, novelas de terror, y también historias de amor que no comprendía, pero que le producían un extraño placer. Además, cuando tenía unos doce años, decidió leer completa la Enciclopedia Hebrea, tomo tras tomo, entrada tras entrada, por orden

alfabético, porque le interesaba todo y, hasta las cosas que no entendía, lo fascinaban. Pero cuando llegó hacia la mitad de la letra Álef se cansó y lo dejó.

Una vez se fue con su amigo Menahem, el joven cuya familia procedía de Transilvania, a deambular un sábado por la mañana por uno de los barrancos llenos de vegetación de las laderas occidentales del monte Carmel. Se calzaron unas botas, se calaron unas gorras y se pertrecharon cada uno de un bastón, una cantimplora y una mochila que contenía mantas para levantar una tienda, pan, huevos duros y patatas para asarlas en una hoguera. A las cinco y media, poco antes del amanecer, ambos se pusieron en camino, atravesaron el barrio, bajaron al barranco, y hasta cerca de las once estuvieron subiendo por la ladera escarpada y enumerando pájaros cuyos nombres ninguno de los dos sabía. Excepto los cuervos, que daban vueltas graznando entre las grietas de la montaña y que les eran conocidos. Shmuel lanzó varios gritos estridentes hacia el barranco y aguardó la respuesta del eco, porque en su casa estaba prohibido alzar la voz.

A las once, tras varias horas caminando bajo el ardiente sol, ya se habían puesto rojos y estaban empapados de sudor salado. Shmuel señaló un repecho entre dos encinas y propuso hacer un alto, descansar y luego levantar allí una tienda, encender una hoguera y asar patatas. Por los libros, conocía las encinas de grandes copas de los países europeos, pero ahí, en las laderas del Carmel, las encinas ni siquiera eran árboles, sino unos matorrales que apenas daban sombra. Estuvieron un buen rato luchando con las estacas y las mantas, intentando levantar una tienda, pero los palos se negaban a clavarse en la tierra, a pesar de que utilizaron una piedra a modo de martillo y fueron alternándose, uno sujetaba el palo y el otro golpeaba con la piedra. Shmuel se agachó para coger una piedra grande y, en ese mismo instante, salió de su pecho un grito desgarrador. El escorpión le había picado en la mano, en la muñeca. El dolor era punzante, atroz, y también el pánico. Y como, al principio, Shmuel y Menahem no comprendieron lo que ocurría, Shmuel creyó que tal vez se le había clavado una esquirla de un cristal roto, y Menahem le cogió la mano, que empezaba a hincharse, e intentó encontrar y extraer la espina o la esquirla de cristal. Luego vertió agua de la cantimplora sobre el lugar de la picadura, pero el dolor, en vez de cesar, fue en aumento y, como Shmuel se retorció y gritaba de dolor, Menahem le propuso que lo esperase sentado sobre la manta mientras él iba corriendo a pedir ayuda. De repente, Shmuel vio un escorpión amarillo reptando lentamente entre las hojas secas, el escorpión que le había picado, o puede que fuese otro escorpión. Empezó a temblar de arriba abajo porque estaba seguro de que se iba a morir. Una ola de terror y desesperación lo envolvió e hizo que empezara a correr barranco abajo, sujetándose la mano ardiente con la otra, corría y se caía, corría y sus pies tropezaban con montones de piedras y con ramas secas. Una o dos veces quedó tendido en el suelo y al instante se levantó y siguió corriendo con todas sus fuerzas, con la respiración muy acelerada, y su amigo Menahem corría tras él y no lograba alcanzarlo, porque el miedo y el dolor dieron alas a Shmuel.

Y como Menahem no sabía cómo podía ayudar, de pronto empezó a pedir socorro, gritando con voz aterrada, como si él fuese el herido, y así siguieron corriendo los dos por la pendiente rocosa, Menahem corriendo y gritando y Shmuel corriendo delante, aumentando la distancia entre ellos y temblando de arriba abajo, pero sin gritar.

Al final llegaron a una carretera nueva que no conocían y se detuvieron, jadeantes y conmocionados. Al cabo de unos minutos pasó por allí una mujer que los recogió en su coche y los llevó a urgencias, y allí los separaron, a Shmuel le pusieron una inyección y a Menahem le



dieron un vaso de agua fría. Shmuel se desmayó con la inyección y, cuando se despertó, vio a su padre y a su madre inclinados sobre él con las caras casi pegadas, como si por fin reinase entre ellos una calma efímera. Y se sintió orgulloso de sí mismo por haberles procurado esa calma.

Ambos le parecieron de pronto débiles y confusos, no dejaban de mirarlo con ojos aterrados, como si ahora ellos dependiesen de él y como si fuese él quien tuviese que ocuparse de ellos en aquel preciso instante. Tenía la mano vendada, el dolor había cesado un poco y su lugar lo ocupó una especie de amable arrogancia que lo llevó a murmurar: «No es nada, solo es una picadura de escorpión, nadie se muere por eso». Cuando salieron de su boca las palabras «nadie se muere por eso», sintió como una leve decepción, porque ya se había imaginado a sus padres de duelo por él y arrepintiéndose amargamente por todo el daño que le habían hecho desde que era pequeño. Unas horas más tarde, el médico de turno le dio el alta y le prescribió que descansase en casa, que comiese poco y bebiese muchos líquidos. Sus padres llamaron a un taxi, llevaron a Menahem a su casa y continuaron hasta la suya.

En casa lo acomodaron en la habitación pequeña, en la cama de su hermana, y trasladaron a Miri al rincón de Shmuel en el pasillo, entre la puerta de la cocina y la puerta del servicio. Durante dos días lo colmaron de sopa de pollo caliente, higaditos de pollo con puré de patata y arroz blanco y pudín con sabor a vainilla, y pasados dos días le dijeron «Ya está, basta de mimos, esta noche volverás a tu cama y mañana regresarás a la escuela». Y también llegó el turno de las reprimendas y los reproches. Su amigo Menahem fue a visitarlo, se sentía culpable, avergonzado, como un gusano, como si él hubiese picado a Shmuel, y hasta le regaló un sello muy raro y muy caro, un sello que Shmuel llevaba mucho tiempo deseando, un sello nazi con la cruz gamada y un retrato de Hitler. Al cabo de unos días desapareció la inflamación, le quitaron la venda, pero Shmuel no olvidaría jamás el cálido gozo que lo embargó junto con el miedo a morir, ni el secreto placer que le produjo la imagen de sus padres y de su hermana llorando sobre su tumba y arrepintiéndose por todo el mal que le habían causado desde su más tierna infancia. Recordaría siempre también a las dos guapas chicas de su clase, Tamar y Ronit, de pie junto a su lápida y abrazadas entre lágrimas. Y recordaría el contacto de la mano de su hermana Miri sobre su frente y su cabello. Ella se inclinó y lo acarició cuando estaba tendido en su cama y en su habitación como no lo había acariciado nunca antes ni volvería a acariciarlo jamás. En su familia se tocaban poco los unos a los otros. A veces recibía de su padre un fuerte bofetón y muy rara vez su madre posaba por un instante sus fríos dedos sobre su frente. Puede que solo para comprobar si tenía fiebre. Jamás había visto a sus padres tocarse, ni siquiera para quitarse una miga del chaleco, sin embargo, durante toda su infancia había sentido que su madre cargaba constantemente con una especie de resentimiento contenido, mientras que su padre ahogaba un tenso rencor. Sus padres apenas hablaban entre ellos y, cuando hablaban, lo hacían únicamente sobre aquello que había que solucionar. Fontanero. Formularios. Compras. Cuando su padre le hablaba a su madre, su boca se crispaba hacia abajo como si tuviese dolor de muelas. No sabía cuáles eran las causas del resentimiento de su madre y del rencor de su padre y, en el fondo, tampoco quería saberlo. Desde que tenía uso de razón, desde los dos o tres años, sus padres ya estaban alejados el uno del otro. Aunque casi nunca alzaban la voz ni reñían en su presencia. Algunas veces vio a su madre con los ojos rojos. A veces, su padre salía a la terraza a fumarse un cigarro y permanecía allí solo durante quince o veinte minutos y, cuando volvía, se sentaba en su silla y se ocultaba detrás del periódico. Sus padres eran personas educadas que sabían controlarse y no alzar la voz. Durante toda su

infancia y su juventud, Shmuel se había avergonzado de ellos, y siempre estaba enfadado con ambos sin saber por qué: ¿por su debilidad? ¿Por su constante resentimiento?, ¿ese resentimiento de los inmigrantes que se dejan la piel por agradar a gente desconocida? ¿Por el cariño con el que no lo colmaban porque carecían de él? ¿Por la hostilidad contenida que reinaba casi siempre entre ellos? ¿Por su tacañería? Es cierto que siempre se ocuparon de cubrir todas sus necesidades: a pesar de su afán de ahorro, nunca le habían faltado ropa ni libros, un álbum ni un catálogo para su colección de sellos, una bicicleta por su bar mitzvá, incluso le costearon la carrera universitaria hasta que se arruinaron. Y, a pesar de todo, no podía querer ni a su padre ni a su madre. Lo asqueaba la mezcla de sumisión y amargura que mostraron durante toda su vida. El pasillo bajo y opresivo en el que lo instalaron durante toda su infancia y juventud. La mansedumbre de su padre, que siempre estaba recitando eslóganes del partido en el poder y los angustiosos silencios de su madre. Se pasó toda su infancia traicionándolos a los dos una y otra vez e inventándose unos padres completamente distintos, unos padres cariñosos y fuertes, sensibles, profesores de la universidad politécnica o intelectuales acomodados de la parte alta del Carmel, unos padres ingeniosos y llenos de afecto y de encanto, unas personas capaces de despertar en él, y también en los demás, respeto, amor y veneración. Jamás habló de eso con nadie, ni siquiera con su hermana. Ella lo llamaba de pequeño niño adoptado, niño abandonado, y decía: «A ti te encontramos en los bosques del Carmel». A veces su padre la corregía: «Pero qué bosques ni que bosques, lo encontramos en una callejuela junto al puerto». Su madre murmuraba tímidamente: «No fue así. Lo que pasó fue que los cuatro nos encontramos por pura casualidad». Shmuel estaba siempre enfadado consigo mismo por estar enfadado con ellos y siempre se culpaba a sí mismo de una oculta deslealtad. Como si perpetuamente hubiese sido un espía infiltrado en su familia.

Respecto a su hermana Miri, una joven bella, esbelta y castaña, desde que cumplió catorce o quince años estuvo rodeada de montones de chicas risueñas y de chicos altos, algunos eran dos o tres años mayores que ella y uno era oficial de infantería.

La picadura del escorpión la llevó Shmuel en su memoria como uno de los pocos recuerdos dulces de su infancia. Se pasó todos aquellos años encerrado siempre entre las paredes del lúgubre pasillo donde dormía, unas paredes renegridas por culpa de la lámpara de queroseno, que ardía allí cuando se iba la luz, y un techo bajo y enmohecido. Y durante dos o tres días fue como si se hubiese abierto una grieta en una de las paredes y por esa grieta hubiese aparecido algo que Shmuel no dejaría de añorar durante su adolescencia; e incluso ahora, de adulto, al acordarse de la picadura del escorpión, le embargaba un nebuloso deseo de perdonar al mundo entero y de amar a todo aquel que se encontrase por el camino.

El martes, un día que la lluvia dio una tregua, Shmuel madrugó, se levantó a las nueve de la mañana, metió su desgredada cabeza debajo del grifo y dejó que el chorro de agua fría eliminase los restos del sueño. Luego se vistió, bajó a la cocina, se untó una rebanada de pan con queso y se tomó dos vasos de café solo. Antes de las diez, se fue a la parada de la calle Keren Kayemet y tomó un autobús hacia la Biblioteca Nacional de Givat Ram. En esa ocasión, dejó el bastón con mango de cabeza de zorro enseñando los dientes en su habitación. Una bibliotecaria diminuta, con gafas, con un semblante compasivo y bondadoso, aunque sobre el labio superior tenía un fino bigote, le indicó la dirección de la sala de lectura de la hemeroteca. Allí pidió nueve volúmenes mensuales de diario *Davar*: desde junio de 1947 hasta febrero de 1948. Se acomodó en su silla, puso sobre la mesa varias hojas que había llevado consigo y un bolígrafo que había cogido del escritorio de Gershom Wald, y empezó a revisar con paciencia los volúmenes de los periódicos, ejemplar tras ejemplar, hoja tras hoja.

Además de él, en la sala de lectura solo había otra persona, un hombre mayor y afilado, con perilla, orejas de soplillo y quevedos con montura dorada. Shmuel se percató de que ese hombre apenas tenía cejas. Estaba hojeando un grueso volumen de un semanario cuyo nombre Shmuel no pudo distinguir, pero observó que se trataba de un viejo semanario extranjero y también que el hombre estaba tomando notas frenéticamente en pequeñas hojas de papel mientras se mordía sin cesar el labio inferior.

Al cabo de una media hora, Shmuel encontró por fin una pequeña noticia relacionada con el miembro de la Ejecutiva Sionista y de la dirección de la Agencia Judía Shaltiel Abravanel. La noticia estaba escondida en la parte baja de una página interior de *Davar* y en ella se decía que, el dieciocho de junio de 1947, Abravanel pidió comparecer ante la Comisión Especial que la Organización de las Naciones Unidas había enviado para aclarar la cuestión del futuro de Palestina. El deseo de Shaltiel Abravanel era exponer ante la Comisión una opinión minoritaria, de hecho, una opinión individual, sobre el conflicto entre judíos y árabes. Ofrecer una solución original para alcanzar la paz. La dirección de la Agencia Judía rechazó su petición argumentando que la Agencia Judía y la Ejecutiva Sionista debían hablar ante la Comisión Especial para Palestina con una sola voz y no con varias voces contradictorias. En la noticia se decía también que Abravanel sopesó la idea de pedir comparecer ante la Comisión a pesar de la decisión de la Agencia Judía, pero que decidió acatar la disciplina impuesta por la mayoría, tal vez porque le insinuaron que, si se atrevía a comparecer ante la Comisión por su cuenta, no volvería a formar parte de las principales instituciones de la sociedad judía.

Shmuel Ash copió esa noticia en una hoja de papel que dobló y se guardó en el bolsillo de la camisa. Luego continuó hojeando los ejemplares de septiembre y octubre, se detuvo a leer los detalles referentes a la Comisión que había sido enviada por la ONU para dividir Palestina en dos estados, uno judío y otro árabe, y siguió adelante buscando otras referencias a la historia de Shaltiel Abravanel. Sin embargo, no encontró ninguna publicación que constatará que hubiera un debate público o que Abravanel apelara a la opinión de la comunidad judía o árabe.

Al cabo de unas tres horas, de repente le entró hambre, pero decidió que, mientras el hombre de la perilla siguiese trabajando con tanto ahínco en la mesa de enfrente, tampoco él dejaría sus pesquisas. Se mantuvo firme en su determinación unos veinte minutos. Al cabo de veinte minutos desistió y se fue a la cercana cafetería de la Fundación Kaplan, la cafetería donde solía matar el hambre cuando aún era estudiante. Esperaba no encontrarse allí con ninguno de sus antiguos compañeros. Si le hacían preguntas, ¿qué podría decirles?

Ya era la una y media de la tarde y pidió un bocadillo de queso curado, un yogur y un café. Luego, como seguía teniendo hambre, pidió otro bocadillo y otro yogur y otro café de postre y, esta vez, se compró también un bollo para acompañar el café. Cuando terminó, le entró un sopor que le hizo relajarse en la silla, parpadear y cerrar los ojos. Permaneció así unos quince minutos en un rincón de la cafetería, con el mentón barbudo caído sobre el pecho, y entonces, luchando contra el sueño y reuniendo la poca fuerza de voluntad que le quedaba, se levantó, regresó a la sala de lectura de la hemeroteca y se sentó en el mismo sitio de antes. El hombre sin cejas de la perilla y los quevedos dorados aún seguía allí sin moverse, tomando notas febrilmente sobre pequeños pedazos de papel. Al pasar junto a él, Shmuel observó que el título del volumen de los semanarios del hombre estaba en letras cirílicas y que también las notas que había tomado estaban al parecer en ruso. Pero no se detuvo, sino que volvió a pedir los volúmenes de *Davar* que aún no le había dado tiempo a revisar, regresó a su sitio y siguió hojeando los periódicos página a página.

Cuando llegó a las semanas anteriores a la resolución de la Asamblea de las Naciones Unidas del 29 de noviembre casi olvidó el propósito que lo había llevado hasta allí y devoró los periódicos con pasión, ejemplar tras ejemplar, artículo tras artículo, como si el resultado de la trascendental votación de la Asamblea de las Naciones Unidas todavía pendiese de un hilo y cada voto fluctuante pudiese decantar la balanza de un lado o de otro. Reflexionó sobre la visión que tenía Wald de la grandeza histórica de Ben Gurión y, en ese momento, le pareció que era una visión multilateral. A las cuatro y media recordó las obligaciones que tenía, devolvió los volúmenes de *Davar* a la bibliotecaria, recogió sus papeles, olvidó el bolígrafo y corrió, jadeando, hacia la parada del autobús para poder estar antes de las cinco en su puesto junto a Gershom Wald. Cuando estaba corriendo hacia la parada del autobús, tuvo un ataque de asma y dejó de correr, sacó del bolsillo de su abrigo el inhalador, aspiró profundamente varias veces y llegó a la parada menos de un minuto después de que se hubiera ido el autobús. Tenía que esperar al siguiente autobús.

Desde el autobús corrió casi sin fuerzas hacia la casa.

Sudoroso y jadeante llegó a las cinco y veinte a la casa del patio enlosado del callejón Rabbi Elbaz, encontró a Gershom Wald inmerso en una de esas mordaces y sarcásticas conversaciones telefónicas que entablaba a veces con sus amigos, esperó a que terminase la conversación y se disculpó por haber llegado tarde.

—Yo —dijo el inválido—, como ya sabes, no me voy a escapar a ninguna parte. Como está escrito, dichosos los que moran en tu casa<sup>[35]</sup>. Bueno. Y tú, si se me permite preguntarlo, ¿has estado persiguiendo a alguna de las gacelas o cervatillas del campo? A juzgar por tu cara, creo que la gacela ha logrado escapar.

Shmuel preguntó:

—¿Un té? ¿Un trozo de pastel?

—Muchacho, siéntate. El oso por naturaleza camina despacio, y tú has corrido solo para complacerme. No había ningún motivo para correr. El profeta Amós dice en un poema de Bialik: «A caminar despacio he enseñado a mi ganado<sup>[36]</sup>». Estoy contento contigo aunque llegues tarde. Los soñadores siempre se retrasan. Pero, como está escrito, no anuncian sueños ilusorios<sup>[37]</sup>.

Después, el anciano volvió a hablar durante un buen rato por teléfono con uno de sus interlocutores, citó, bromeó, se burló y volvió a citar. Cuando terminó de hablar, volvió a dirigirse a Shmuel y le preguntó por sus profesores de la universidad. Estuvieron unos quince minutos charlando sobre uno de los profesores de la universidad que se enamoró de una joven estudiante cuyos padres eran viejos amigos del profesor. A Wald le gustaban los cotilleos y Shmuel tampoco les hacía ascos. Después, Shmuel preguntó de repente:

—Shaltiel Abravanel. El padre de Atalia. Su suegro. ¿Qué podría contarme sobre él?

Wald se quedó pensativo. Se acarició las mejillas con la mano y luego observó por un instante esa mano, como si la respuesta a la pregunta de Shmuel estuviese escrita en ella. Al final dijo:

—También él era un soñador. No se ocupaba de Jesús de Nazaret ni de la actitud de los judíos hacia Jesús, pero, a su modo, también él, igual que Jesús, creía en el amor universal, en un amor de todos los seres humanos hacia todos los seres humanos. Pedid y se os dará, buscad y encontrareis, llamad y se os abrirá, porque todo el que pide recibe y el que busca encuentra y al que llama se le abre. Yo, querido, no creo en un amor de todos hacia todos. El amor es limitado. Una persona puede amar a cinco hombres y mujeres, tal vez a diez, a veces incluso a quince. Y eso, solo muy de vez en cuando. Pero si llega alguien y me dice que él ama a todo el tercer mundo, o que ama a Latinoamérica, o que ama al sexo femenino, eso no es amor, sino retórica. Palabrería. Eslóganes. No hemos nacido para amar a más de un pequeño puñado de personas. El amor es algo íntimo, extraño y lleno de contradicciones, pues muchas veces amamos a alguien por amor propio, por egoísmo, por codicia, por deseo físico, por deseo de dominar al amado y esclavizarlo, o al contrario, por el placer de ser esclavizados por el objeto de nuestro amor, y además, el amor se parece mucho al odio y está más cerca de él de lo que la mayoría de las personas imaginan. Por ejemplo, cuando amas a alguien u odias a alguien, en ambos casos ardes constantemente en deseos de saber dónde está, con quién está a cada instante, si se encuentra bien o mal, qué hace, qué piensa, qué teme. Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso, ¿quién lo conocerá<sup>[38]</sup>?. Eso dijo el profeta Jeremías. Thomas Mann escribió en alguna parte que el odio no es más que amor al que se le ha añadido el signo matemático de menos. Los celos son la prueba de que el amor se parece al odio, pues en los celos se mezclan el amor y el odio. En el Cantar de los Cantares, en un mismo versículo, se nos dice que «fuerte como la muerte es el amor, duros como el sepulcro los celos<sup>[39]</sup>».

»El padre de Atalia soñaba con que los judíos y los árabes podrían amarse unos a otros tan solo con que desapareciese la falta de entendimiento entre ellos. Pero en eso se equivocaba. Entre

judíos y árabes no hay ni nunca ha habido ninguna falta de entendimiento. Al contrario. Desde hace ya decenas de años reina entre ellos un entendimiento total y absoluto: los árabes de aquí se aferran a esta tierra porque es su única tierra, no tienen ninguna otra, y nosotros nos aferramos a esta tierra exactamente por el mismo motivo. Ellos saben que nosotros nunca renunciaremos a ella y nosotros sabemos que ellos no renunciarán a ella jamás. El entendimiento mutuo está, por tanto, perfectamente claro. No hay ni nunca ha habido ninguna falta de entendimiento entre nosotros. El padre de Atalia era de esas personas que piensan que cualquier disputa del mundo no es más que falta de entendimiento: algo de orientación familiar, un poco de terapia de grupo, una gota o dos de buena voluntad, y al instante todos seremos hermanos del alma y la disputa habrá terminado para siempre. Él era de esos que creen que todo lo que deben hacer los litigantes es conocerse los unos a los otros, y al instante empezarán a quererse. Solo tenemos que tomarnos juntos un café fuerte y dulce y entablar una conversación amistosa, y al instante saldrá el sol y los enemigos caerán llorando los unos en brazos de los otros, como en una novela de Dostoievski. Sin embargo, querido, yo te digo que dos hombres que aman a una misma mujer, dos pueblos que reclaman una misma tierra, aunque se tomen juntos ríos de café, esos ríos no apagarán su odio ni lo ahogarán las aguas caudalosas. Y te digo más, pese a todo lo que acabo de decir, dichosos los soñadores y maldito aquel que les abra los ojos. Es cierto que los soñadores no nos salvarán, ni ellos ni sus discípulos, pero sin sueños y sin soñadores, la maldición que se cierne sobre nosotros sería mil veces más pesada. Gracias a los soñadores, también nosotros, los sensatos, tal vez estemos algo menos petrificados y desesperados de lo que estaríamos sin ellos. Y ahora, por favor, sé tan amable de servirme un vaso de agua y, por favor, no olvides dar de comer a los peces del acuario. ¿Qué verán los peces cuando miran a través de la pared de cristal hacia la habitación, hacia las estanterías de libros, hacia el cuadrado de luz de la ventana?

»También tu Jesús era un gran soñador, tal vez el mayor soñador que haya existido jamás. Pero sus discípulos no eran soñadores. Ellos estaban ávidos de poder y al final, como todos los ávidos de poder del mundo, se convirtieron en unos sanguinarios. No te molestes en responderme, ya sé lo que vas a decir y puedo recitar tu respuesta de principio a fin, e incluso de fin a principio. Bueno. Ya hemos hablado bastante por hoy, ahora quiero leer tranquilamente a Gógol. Una vez cada dos o tres años vuelvo a leer a Gógol. Él sabía casi todo lo que hay que saber sobre la naturaleza humana. Sabía partirse de risa. Pero tú no lo leas. No. Tú lee a Tolstói. Va mucho más contigo. Por favor, acércame el cojín que está en el sofá. Sí. Ese. Gracias. Por favor, pómelo detrás de la espalda. Te lo agradezco. Tolstói es maravilloso para lectores soñadores.

A la mañana siguiente, Shmuel Ash consiguió despertarse otra vez a las nueve, y a las diez y media ya estaba en la sala de lectura de la hemeroteca y había encontrado el ejemplar de *Davar* del día treinta de noviembre del cuarenta y siete. Un titular con letras gordas proclamaba: «Próximamente se establecerá el Estado hebreo», y con legitimidad porque «la Asamblea de la ONU ha decidido por mayoría de más de dos tercios el establecimiento de un Estado judío libre en Eretz Israel». Debajo de ese titular ponía: «La tierra será dividida en dos Estados independientes, uno judío y otro árabe, que tendrán relaciones económicas y una moneda común. Jerusalén y Belén estarán bajo un control internacional». Y debajo de esa noticia venían los detalles del proceso de votación en la Asamblea General y la lista de los países que lo apoyaron, que se opusieron y que se abstuvieron. Al leer esa noticia, a Shmuel lo embargó una intensa emoción y sus ojos se

llenaron de lágrimas, como si los acontecimientos descritos en el periódico se hubiesen producido en aquel mismo instante. Se percató de que el hombre del día anterior, el hombre sin cejas de la perilla y los quevedos, lo estaba observando con curiosidad. Pero, cuando sus miradas se encontraron, el desconocido se apresuró a bajar la vista hacia sus papeles, y también Shmuel apartó la mirada.

Tras saciar el hambre con tres bocadillos de queso curado, yogur y dos tazas de café en la cafetería de la Fundación Kaplan, regresó a su sitio en la sala de lectura, en la que ahora, además del de la perilla, se encontraba también una mujer joven, vestida con un pichi y el pelo recogido en un moño trenzado, que parecía una pionera de kibutz. Tal vez fuera una estudiante. O tal vez una joven profesora. Le resultó vagamente familiar. Se acercó, se inclinó hacia ella y le preguntó en voz baja si necesitaba ayuda. La profesora sonrió con tristeza y le respondió en voz baja:

—Gracias, estoy bien.

Shmuel se disculpó por haberla molestado y volvió a su mesa y a los volúmenes de *Davar* de los meses de diciembre de 1947 y enero y febrero de 1948. Una media hora antes de que se le acabase el tiempo y tuviese que irse corriendo a su puesto en casa de Wald, encontró de pronto otra noticia relacionada con Shaltiel Abravanel. Esa noticia, como la anterior, estaba oculta en la parte baja de una página interior del periódico, la página tres, debajo de una noticia sobre el llamamiento de la organización de la Haganá a todos los propietarios de vehículos de carga para que fueran a inscribirse a las oficinas de la Guardia Nacional. La fecha del periódico era el veintiuno de diciembre de 1947. En la noticia se decía que el camarada Sh. Abravanel había sido depuesto el día anterior de sus cargos en la Ejecutiva Sionista y en la dirección de la Agencia Judía debido a desacuerdos con sus compañeros en ambas instituciones. También se informaba de que el propio Abravanel se había negado a responder a la pregunta del periodista de *Davar* sobre las razones de su destitución. Tan solo se comunicaba en una breve nota que dicho periodista tenía conocimiento de que, en opinión del camarada Abravanel, el camino que habían elegido el camarada Ben Gurión y otros tantos conducía sin remedio a una guerra sangrienta entre los dos pueblos, una guerra sangrienta en la que no estaba nada claro quién saldría victorioso, y que se podía entender como una apuesta temeraria en la que estaban en juego la vida o la muerte de seiscientos mil judíos de Eretz Israel. En opinión de Abravanel, eso decía el periódico, aún existía algún resquicio para lograr un compromiso histórico entre los dos pueblos que vivían en esta tierra. El corresponsal de *Davar* añadía que Shaltiel Abravanel, conocido abogado y arabista, había estado en la cúpula de esas dos instituciones cerca de nueve años.

A las tres y media se levantó el hombre de la perilla, cerró el volumen que estaba leyendo, recogió su montón de notas cirílicas y se marchó. Shmuel continuó un rato más hojeando las páginas de *Davar*, aunque, de hecho, estaba esperando a que saliera la mujer joven para poder seguirle los pasos y, tal vez, iniciar una pequeña charla con ella. Pero dieron las cuatro y las cuatro y cuarto, y la joven seguía inclinada sobre sus papeles sin moverse. Shmuel recordó las obligaciones que tenía y se puso en camino a toda prisa.

## 31

Una mañana, en la cocina, mientras Shmuel servía dos vasos de café para Atalia y para él, los endulzaba y los removía, de pronto se armó de un valor impropio de él y preguntó:

—¿Qué haces?

—Tomarme un café con un chico confuso —dijo Atalia.

—No, ¿qué haces... en general?

—Trabajo.

—¿En una oficina? ¿En la enseñanza?

—Trabajo en la oficina de un investigador privado. ¿Pero ahora nos hemos intercambiado los papeles y eres tú quien me investiga a mí?

Shmuel hizo caso omiso de esa pulla. Lo quemaba la curiosidad:

—¿Y qué investigas?

—Infidelidades, por ejemplo. Adulterios. Causas para demandas de divorcio.

—¿Como en las novelas policíacas? ¿Sigues en secreto, con el cuello del abrigo levantado y gafas de sol, a hombres que mantienen a queridas y a mujeres casadas que tienen amantes?

—También.

—¿Y qué más?

—Fundamentalmente, la situación económica real de aquellos que van a formar una sociedad. O el origen de los ingresos de los inversores. O también la adquisición de las propiedades de personas que están ilocalizables o que viven lejos de aquí. ¿No estarás interesado en saber algo de alguien?

—Sí. De ti.

—¿Por qué no vas a una agencia de la competencia y les pagas para que me sigan?

—¿Y qué descubrirían para mí? ¿Infidelidades? ¿Adulterios? ¿Propiedades ocultas?

—Tú intentas llevar aquí, en nuestra casa, una vida de ermitaño, pero parece que tus fantasías corretean por un harén.

—¿Te gustaría censurar mi vida de fantasía?

—Censurar, no. Pero a echar un vistazo no me opondría. Estás algo huérfano, a pesar de que tus padres aún viven. A veces desprendes cierto tufillo a desesperación. Y eso no es lo que necesita nuestro Wald. Él necesita un interlocutor ingenioso y divertido que le lleve siempre la contraria.

—¿Quiénes son esas personas con las que a veces discute por teléfono?



—Dos viejos conocidos antediluvianos. Excéntricos como él. Tozudos. Tajantes. Volcanes extinguidos. Jubilados que se pasan el día entero en casa sacándole punta a todo. Hombres parecidos a él. Pero que están aún más solos que él, porque no pueden permitirse a un Shmuel Ash que los entretenga durante varias horas al día. Aunque, de hecho, tú tampoco eres muy divertido que digamos. O puede que seas divertido precisamente cuando no pretendes serlo.

Shmuel bajó la vista y observó el aspecto de sus dedos, que estaban extendidos sobre el hule de la mesa de la cocina. Sus dedos le parecieron feos, cortos y gordos. Luego alzó la mirada hacia Atalia y, titubeando, le recordó que había accedido dos veces a salir con él por la tarde. Y que, de hecho, en ambas ocasiones habían salido por iniciativa de ella.

Atalia dijo:

—Es bien sabido. A veces las mujeres se sienten atraídas precisamente por jóvenes que están perdidos.

Luego sonrió, pero Shmuel no vio nada alegre en su rostro.

—Antes que tú, aquí ha habido tres o cuatro inquilinos que han hecho compañía a Wald y que han vivido en tu buhardilla. Todos eran algo peculiares y algo solitarios. Parece que este puesto es adecuado para jóvenes descarriados. Todos, en mayor o menor medida, intentaron flirtear conmigo, pese a que tenían veinte o veinticinco años menos que yo. Igual que tú. La soledad provoca todo tipo de excentricidades. O puede que seáis vosotros los que traéis las excentricidades de los sitios de los que venís.

—¿Y a ti? —preguntó Shmuel con la mirada aún fija en sus feos dedos—, ¿qué te hace a ti la soledad?

—¿A mí? Llevas ya varias semanas sin quitarme el ojo de encima y, sin embargo, ni siquiera has empezado a conocerme aún. Al parecer hay algo que te interesa o te atrae, pero ese algo no soy yo. El mundo está lleno de hombres muy interesados en las mujeres, pero que realmente no se interesan por ellas. Las mujeres débiles aceptan a veces a ese tipo de hombres. Pero da la casualidad de que yo no necesito a nadie. Yo estoy sola. Trabajo, leo libros y escucho música. A veces, viene algún invitado por la noche. Y a veces, otra noche, viene otro invitado. Viene y se va. Yo me basto a mí misma. Si no, haría lo mismo que Wald, emplearía a algún chico sin trabajo que me entretuviera por dinero durante seis horas al día.

—¿Y cuando estás sola en la habitación?

—Vivo. Eso me basta.

—Entonces, ¿por qué me propusiste, no una vez, sino dos, que saliésemos juntos por la tarde?

—Vale —dijo Atalia, y entonces se levantó, llevó las dos tazas de café a la pila, las fregó y las dejó bocabajo en el escurridor—, vale. Puede que tú y yo salgamos también esta tarde. Esta tarde, no. Esta noche. Esta noche, no. Al amanecer. Te regalaré una pequeña aventura nocturna. ¿Sabes esconderte?

—No —respondió Shmuel modestamente—, en absoluto.

—Podríamos ver la luna sobre el monte Sion, frente a las murallas de la Ciudad Vieja —dijo Atalia de pie, junto a la puerta de la cocina, apoyada en la jamba, con la cadera izquierda un poco levantada y cinco dedos posados encima. Un ligerísimo efluvio de perfume de violetas emanaba de ella, junto con un sutil olor a champú.

Shmuel dijo:

—Esta noche ya no habrá luna llena.

—Entonces contemplaremos una luna incompleta. Casi todo está incompleto en el mundo, dañado. Casi todo lo que tocamos lo dañamos. Tú estate preparado en la cocina a las tres de la madrugada. Si es que eres capaz de levantarte a esa hora. Subiremos al monte Sion y veremos juntos la salida del sol por las montañas de Moab. Si es que no hay nubes. Tengo una pareja, los dos cultos, los dos personas bastante conocidas en Jerusalén, los dos casados, pero no el uno con la otra, y hablaron de encontrarse esta noche para ver la salida del sol desde el monte Sion. No me preguntes cómo lo sé. Tengo que intentar fotografiarlos juntos a la luz del amanecer sin que ellos se percaten. Si la suerte nos sonríe, los fotografiaremos abrazados. Tú vendrás conmigo y serás mi pretexto.

Al salir, desde el pasillo, cuando Shmuel ya no la veía, añadió:

—Y ponte ropa de abrigo. Estas noches de invierno son muy frías en Jerusalén.

Shmuel continuó sentado en la cocina unos veinte minutos más, mirando fijamente las yemas de sus dedos. Decidió que ese mismo día se cortaría las uñas y los pelos de la nariz, y que también volvería a ducharse, aunque ya se había duchado por la mañana. No podía olvidar de ninguna manera sustituir el inhalador vacío que llevaba en el bolsillo por otro nuevo. Pensó en su intención de preguntarle a Atalia por su padre y tal vez también por su marido, pero de alguna forma temió que ese tipo de preguntas la hicieran enfadar y la alejasen de él. Y siguió diciéndose: alejar. Alejar el qué. Alejar adónde. Como si estuviésemos cerca. No acaba de decir que solo me lleva a ese paseo nocturno como pretexto. Seguro que no le apetece deambular sola por el monte Sion antes del amanecer. Y además es peligroso. ¿Me tiene cariño? ¿Un poco? ¿O solo se compadece de mí? ¿O se comporta conmigo exactamente igual que lo hizo con los tres o cuatro inquilinos anteriores? ¿O tal vez solo se divierte un poco conmigo, como si fuese el niño que nunca tuvo? Y de pronto todas esas preguntas dejaron de tener sentido y lo inundó una ola de alegría que llenó su pecho e hizo correr la sangre por sus venas. Por primera vez desde hacía meses, de repente sintió que el agudo dolor por el abandono de Yardena y por su boda con Nesher Shereshevski parecía atenuarse y remitir un poco gracias a esa alegría. Se sintió tranquilo, decidido, incluso casi varonil. Y se dijo en voz alta:

—Sí. A las tres de la madrugada.

Salió de la cocina, pasó por delante de la puerta cerrada de Atalia, subió a su buhardilla, permaneció un rato asomado a la ventana, luego se puso su ajado abrigo, cogió el bastón con cabeza de zorro acechando a la presa, se roció la barba y la frente con polvos de talco y se fue a comer *goulash* al restaurante húngaro de la calle King George. Pero de pronto, mientras estaba comiendo y mojando un pedazo de pan blanco, le entró pánico, porque no lograba recordar de ninguna manera si Atalia le había dicho que la esperase a las tres de la madrugada en la buhardilla, en la cocina o en el pasillo, o si tal vez le había dicho que a las tres llamase a la puerta de su habitación. Y peor aún: ya no sabía si a las tres de la madrugada debían salir de la casa o a las tres de la madrugada debían estar ya en el monte Sion, contemplando la luna incompleta, aguardando la salida del sol y siguiendo a hurtadillas a la pareja de amantes secretos.

Aquella noche, después de servirle la papilla a Gershom Wald, esperar a que terminase de comérsela, comerse él lo que había sobrado, fregar el plato y la cuchara, alimentar a los peces, cerrar las contraventanas de la habitación de trabajo de Wald y subir a su buhardilla, Shmuel no se fue a dormir. No tenía despertador y sabía que, si se quedaba dormido, sería completamente improbable que se despertase a tiempo para la cita nocturna. Por tanto, decidió permanecer despierto toda la noche y bajar a la cocina a las dos y media a esperarla. Dio la luz de la lámpara de mesa, encendió la estufa de queroseno y esperó a que la llama se estabilizase y una flor azul violácea se reflejase en la placa cóncava de la estufa. Entonces se sentó a la mesa y se quedó un rato mirando la oscuridad de fuera. Un maullido de gatos en celo llegaba desde uno de los patios vecinos y cortaba el silencio de la noche. La noche era clara, pero las siluetas de los altos cipreses ocultaban el cielo estrellado y la luna incompleta. Shmuel abrió un libro, y después otro, lo hojeó un poco, leyó sus notas, tachó un párrafo entero de hacía dos días porque le pareció demasiado literario. Luego empezó a escribir y, como el bolígrafo estaba seco, rebuscó en el cajón y encontró un bolígrafo viejo que tal vez pertenecía a uno de los anteriores inquilinos. Era un bolígrafo elegante, algo pesado, con una franja dorada a lo largo. Al cogerlo, una agradable calidez penetró en sus dedos. Shmuel acarició el bolígrafo, se lo metió bajo la mata de rizos, se rascó con él y empezó a escribir.

Rabbi Yehuda Arie de Módena, que vivió en Venecia a finales del siglo XVI y casi hasta mediados del siglo XVII, nació en el seno de una rica familia de banqueros y comerciantes. Estudió la Torá con diversos maestros, pero también completó sus estudios con ciencias seculares, según sus propias palabras: «Asimismo estudié algo de música, poesía, baile y latín». Mostró interés por el teatro y la música, y además escribió algunas comedias y promovió representaciones y conciertos. No eran solo judíos los que iban a escuchar sus homilías, sino también cristianos, entre los que había gente del pueblo llano, nobles y también personas del clero. La desgracia de Yehuda Arie de Módena fue su adicción a los juegos de azar, una adicción que lo llevó a la ruina y la miseria. Sus últimos años los pasó enfermo y en la más absoluta pobreza.

Muchas veces polemizó con sabios cristianos y con sacerdotes, y al final de sus días escribió un libro de polémica sistemática contra el cristianismo titulado *Escudo y espada* (escudo ante los ataques cristianos contra el judaísmo y espada en las manos de los judíos para demostrar la vacuidad de la fe cristiana). Ese escrito se diferencia de todos los que lo precedieron en que en él no hay ningún tono apologético, ni tampoco blasfemias contra el cristianismo, sino un coherente

llamamiento de hacer uso de la pura lógica para establecer las verdades de la fe judía y destapar las contradicciones internas de la fe cristiana. Para ello hace del Nuevo Testamento una lectura que hoy día, eso anotó Shmuel en su cuaderno, llamaríamos lectura crítica. Rabbi Yehuda Arie falleció habiendo escrito únicamente cinco de los nueve capítulos que debían componer su libro *Escudo y espada*. Rabbi Yehuda Arie considera a Jesús un auténtico judío fariseo, un judío fariseo que discrepaba de sus maestros solo en cuestiones legales marginales, pero que nunca renegó de los principios de su fe. Jamás, recalca Rabbi Yehuda Arie, jamás se le ocurrió a Jesús presentarse como una divinidad. En ningún lugar de los libros del Nuevo Testamento se atribuye a sí mismo un rango divino: «de todo lo que se desprende del relato de los Evangelios... no se encontrará ni una sola vez que él dijera de sí mismo que era Dios, sino... hombre, y menos que su prójimo: “soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo<sup>[40]</sup>”». Por el contrario, en decenas de lugares de los Evangelios se llama a sí mismo «hombre». Y más aún: «cuando lavó los pies de sus discípulos (Juan 13, 4ss) dijo de sí mismo: “el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir<sup>[41]</sup>”». Por tanto, el propio Jesús se llama a sí mismo explícitamente «hijo del hombre».

Y sigue escribiendo Rabbi Yehuda Arie, y Shmuel lo copió con un creciente entusiasmo nocturno, todo su cansancio había desaparecido y estaba tan exaltado que a punto estuvo de olvidarse completamente de la cita nocturna que tenía: «Hay que saber que entre los judíos de aquel tiempo había... varias facciones, todas defensoras de la Ley de Moisés, pero discrepantes en sus interpretaciones y en sus preceptos. Estaban los fariseos y los escribas, que eran nuestros sabios de los que salió la Mishná, y además estaban los saduceos y los betusianos, los esenios y otros muchos..., y de todos ellos el Nazareno eligió... y se adhirió a la facción de los fariseos, nuestros maestros... Y así aparece claramente en los Evangelios cuando les dice a sus discípulos: “Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos. De modo que haced y observad todo lo que os digan, pero no hagáis conforme a sus obras” (Mateo 23, 2-3). Jesús no solo reconoce la Ley Escrita sino [también] la Ley Oral: “No penséis que he venido para abolir la Ley o los profetas, no he venido para abolir sino para cumplir” (Mateo 5, 17). Y también dijo: “hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde perecerá de la Ley, hasta que todas las cosas sean cumplidas” (Mateo 5, 18)». Y a continuación, Rabbi Yehuda Arie de Módena, explica cómo y por qué «con artificios» el propio Jesús se describe en contadas ocasiones como hijo de Dios, por necesidades didácticas, para lograr muchos adeptos, y no porque se considerase descendiente de Dios. El resto, según Rabbi Yehuda Arie, no son más que «remotas invenciones a las que se aferraron sus seguidores algún tiempo después de su muerte, cosas que no [podía] concebir, ni antes ni tampoco ahora, ninguna mente sencilla y pura de ninguna persona del mundo».

Al margen de esas anotaciones, una media hora después de medianoche, con gran excitación, Shmuel Ash escribió en su cuaderno:

Judas Iscariote es el fundador de la religión cristiana. Él era un hombre pudiente de Judea, no como el resto de los Apóstoles, que eran pescadores y campesinos sencillos de pueblos remotos de Galilea. Los sacerdotes de Jerusalén oyeron extraños rumores sobre un excéntrico hacedor de milagros de Galilea que atraía adeptos de aldeas y pueblos perdidos a las orillas del lago Tiberíades mediante burdos hechizos de todo tipo, como otras tantas decenas de profetizadores y milagreros que en su mayoría eran unos impostores o unos locos, o unos impostores y unos locos al mismo tiempo. Pero ese galileo atraía a más fieles que otros farsantes, y su fama se iba

extendiendo. Por tanto, la casta sacerdotal de Jerusalén decidió elegir a Judas Iscariote, un hombre acomodado, instruido, sobrio, versado en la Ley Escrita y en la Ley Oral y cercano a los fariseos y a los sacerdotes, para que se uniese al puñado de fieles que seguían a ese joven galileo de pueblo en pueblo, se hiciese pasar por uno de ellos e informase a los sacerdotes de Jerusalén de cómo era el carácter de ese excéntrico y de si había en él algo especialmente peligroso. Al fin y al cabo, el impostor de Galilea había realizado todos sus prodigios provincianos en lugares remotos, ante un público de pueblerinos ignorantes que creían fácilmente en cualquier clase de hechizos, encantamientos y sortilegios. Judas Iscariote, por tanto, se vistió unos harapos, se encaminó hacia Galilea, buscó a Jesús y a su grupo y se unió a ellos. Enseguida consiguió ganarse el afecto de los miembros de la secta, una comunidad de harapientos que seguía a su profeta de pueblo en pueblo. Judas también logró el afecto del propio Jesús. Por su mente clara y por su apariencia de discípulo fiel, pronto se elevó en uno de los favoritos de Jesús, en su confidente, en parte de su círculo íntimo de devotos, en el tesorero de aquel grupo de indigentes, los doce Apóstoles. El único de ellos que no era galileo y que no era un campesino o un pescador pobre.

Sin embargo, en este punto, se produce un giro inesperado en la historia. El hombre enviado por los sacerdotes de Jerusalén para espiar al galileo impostor y a sus devotos y para quitarles la máscara de la cara, se transformó en un discípulo fiel. La personalidad de Jesús, el cálido y fascinante amor que irradiaba a su alrededor, esa mezcla de sencillez, humildad, humor cautivador, cálida intimidad con cada persona, junto con la altura moral, la amplitud de miras, la exquisita belleza de los proverbios que Jesús utilizaba, la magia del sublime mensaje que salía por su boca, metamorfosearon a ese hombre lógico, sobrio y escéptico de la ciudad de Cariot en un devoto entregado en cuerpo y alma al Salvador y a su mensaje. Judas Iscariote se convirtió en su discípulo más incondicional hasta la muerte del Nazareno. Si eso ocurrió de la noche a la mañana o fue fruto de un proceso continuado de renacimiento, no lo sabemos, anotó Shmuel en su cuaderno, pero en el fondo esa cuestión no tiene ninguna relevancia especial. Judas Iscariote transmutó en Judas el cristiano. El más fiel de los Apóstoles. Y más aún: él fue la primera persona del mundo que creyó con absoluta certeza en la divinidad de Jesús. Creyó que Jesús era omnipotente. Creyó que muy pronto se abrirían los ojos de todas las personas de un extremo a otro de los mares y verían la luz, y que la redención llegaría a la tierra. Pero para ello, decidió Judas, que era un hombre de mundo y entendía bastante de relaciones públicas y de amplias repercusiones, para ello Jesús tenía que dejar Galilea y llegar a Jerusalén. Tenía que conquistar el poder allí donde estaba instaurado. Tenía que realizar en Jerusalén, frente a todo el pueblo y delante del mundo entero, un milagro sin parangón desde que Dios creara el cielo y la tierra. Jesús, que caminó sobre las aguas en el mar de Galilea, Jesús, que hizo volver de entre los muertos a la niña muerta y a Lázaro, Jesús, que convirtió el agua en vino, que expulsó demonios y curó enfermos con el contacto de su mano y de sus ropas, tenía que ser crucificado ante toda Jerusalén. Y ante toda Jerusalén él descendería vivo de la cruz y se plantaría sano y salvo sobre la tierra a los pies de la cruz. El mundo entero, sacerdotes y pueblo llano, romanos, edomitas y helenizantes, fariseos, saduceos y esenios, samaritanos, ricos e indigentes, cientos de miles de peregrinos que irían a Jerusalén desde todas partes y también desde las tierras vecinas para celebrar la fiesta de la Pascua, todos se postrarían para venerarlo. Así comenzaría el reino de los cielos. En Jerusalén. Ante el pueblo y ante el mundo. Y precisamente el viernes anterior a la fiesta de la Pascua. La mayor de las todas las aglomeraciones, escribió Shmuel en su cuaderno.

Sin embargo, Jesús dudó mucho si seguir el consejo de Judas de marchar a Jerusalén. En lo más profundo de su corazón de niño le roía el gusano de la duda: ¿Soy yo el hombre? ¿Soy yo en efecto el hombre? ¿Y si no doy la talla? ¿Y si las voces me engañan? ¿Y si mi padre que está en el cielo me está poniendo a prueba?, ¿está jugando conmigo?, ¿me está utilizando para un fin que desconozco? ¿Y si, lo que había logrado hacer en Galilea, no lograba hacerlo en la Jerusalén sensata, secular, asimilada, helenizada, la Jerusalén de poca fe que ya lo había visto y oído todo y que no se sorprendía por nada? El propio Jesús tal vez esperaba sin descanso una señal decisiva desde las alturas, una revelación o una iluminación, una respuesta divina a sus dudas: ¿Soy yo en efecto el hombre?

Judas no lo abandonó: Tú eres el hombre. Tú eres el salvador. Tú eres el hijo de Dios. Tú eres Dios. Tú estás destinado a salvar a toda la humanidad. Desde el cielo se te ha encomendado ir a Jerusalén y realizar allí tus prodigios, en Jerusalén harás el mayor milagro de todos, descenderás sano y salvo de la cruz y toda Jerusalén caerá a tus pies. La propia Roma caerá a tus pies. El día de tu crucifixión será el día de la redención del mundo. Esa es la última prueba que te pone tu padre que está en el cielo, y tú la pasarás, porque tú eres nuestro salvador. Tras esa prueba empezará la era de la redención de la humanidad. Ese mismo día empezará el reino de los cielos.

Tras muchos tormentos, Jesús fue con sus adeptos a Jerusalén. Pero allí volvieron a sobrevenirle las dudas. Y no solo las dudas, sino también el miedo a la muerte, sencilla y llanamente, como a cualquier hombre. Un miedo a la muerte humano, muy humano, lo embargó. «Fue conmovido en el espíritu<sup>[42]</sup>», «y estando en agonía<sup>[43]</sup>», «y comenzó a entristecerse y angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dice: mi alma está triste hasta la muerte<sup>[44]</sup>».

«Si es posible», imploró Jesús a Dios en Jerusalén durante la última cena, «aparta de mí este cáliz<sup>[45]</sup>». Pero Judas fortaleció su espíritu: quien ha caminado sobre las aguas, ha convertido el agua en vino, ha curado leprosos, ha expulsado demonios y ha resucitado muertos, podrá descender de la cruz sin ninguna dificultad y con ello hacer que el mundo entero reconozca su divinidad. Y como Jesús seguía temiendo y dudando, Judas Iscariote se encargó de organizar la crucifixión. No le resultó sencillo: los romanos no tenían ningún interés en Jesús, ya que aquella tierra estaba llena de profetas, milagrosos y videntes lunáticos como él. No le resultó fácil a Judas convencer a sus amigos de la casta sacerdotal de que llevaran a su profeta a juicio: Jesús no les parecía más peligroso que decenas como él que andaban por Galilea y por las provincias remotas. Judas Iscariote tuvo que mover los hilos, utilizar sus influencias en los círculos de los fariseos y de los sacerdotes, cambiar voluntades, puede que incluso pagar sobornos, para arreglar la crucifixión de Jesús entre dos delincuentes de poca monta poco antes de la fiesta de la Pascua. Por lo que respecta a las treinta monedas de plata, eso fue una invención de los enemigos de Israel en las siguientes generaciones. O puede que el propio Judas se inventara lo de las treinta monedas de plata para completar la historia. Porque ¿qué eran para el rico hacendado de la ciudad de Cariot treinta monedas de plata? Treinta monedas de plata en aquellos tiempos era una cantidad que equivalía al precio de un esclavo normal y corriente. ¿Y quién pagaría ni siquiera tres monedas de plata por la detención de un hombre a quien todo el mundo conocía? ¿Un hombre que ni por un solo instante intentó ocultarse o encubrir su identidad?

Judas Iscariote fue, por tanto, el inventor, el organizador, el director y el productor del espectáculo de la crucifixión. En eso tenían razón sus calumniadores y difamadores de todas las épocas, tal vez acertaron más de lo que creían. Cuando Jesús estuvo horas y horas agonizando en la cruz con terribles tormentos bajo un sol abrasador, manando sangre de todas sus heridas cubiertas de moscas, incluso cuando le dieron a beber vinagre, la fe de Judas no flaqueó ni por un instante: ya ha ocurrido. Ahora se alzaré el Dios crucificado, se desprenderá de los clavos, descenderá de la cruz y le dirá a todo el atónito pueblo postrado en tierra: Amaos los unos a los otros.

¿Y Jesús? También en los momentos de agonía en la cruz, en la hora sexta, cuando la multitud se burlaba de él gritando «sálvate a ti mismo si puedes y desciende de la cruz», le entró la duda: ¿Soy yo en efecto el hombre? Y a pesar de todo, tal vez siguió intentando aferrarse en el último instante a la promesa de Judas. Con sus últimas fuerzas tiró de sus manos sujetas con clavos a la cruz y tiró de sus pies clavados, tiró y se torturó, tiró y gritó de dolor, tiró y clamó a su padre que estaba en el cielo, tiró y murió con las palabras del libro de los Salmos en los labios, «Eli Eli lama shavaktani», que significan «Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado». Palabras como esas solo pudieron surgir de los labios de un hombre agonizante que creía, o que creía a medias, que en efecto Dios lo iba a ayudar a arrancar los clavos, a hacer el milagro y a descender sano y salvo de la cruz. Y con esas palabras agonizó y murió exangüe como cualquier hombre, como un hombre de carne y hueso.

Y Judas, ante cuyos ojos conmocionados acababan de derrumbarse el sentido y la finalidad de su vida, Judas, que comprendió que había causado con sus propias manos la muerte del hombre al que amaba y admiraba, se marchó de allí y se ahorcó. Así, escribió Shmuel en su cuaderno, así murió el primer cristiano. El último cristiano. El único cristiano.

Shmuel se sobresaltó y echó un vistazo al reloj. ¿Atalia había dicho que a las tres de la madrugada debía estar en la cocina? ¿O llamar a su puerta? ¿O quiso decir que a las tres ya tenían que estar de camino hacia el monte Sion? Eran las tres y veinte, por lo que se apresuró a espolvorearse talco para bebés por la frente, la cara y la barba, se puso aterrado su ajada trenca, se caló el *shapka*, se cubrió con una vieja bufanda de lana que picaba, renunció al bastón con el zorro de plata y corrió escaleras abajo sin cerrar la puerta de su habitación.

Cuando llegó al final de las escaleras, oyó de pronto la voz de Gershom Wald llamándolo. Casi había olvidado que el anciano pasaba las noches despierto en la biblioteca.

—Muchacho. Ven aquí un momento. Solo un momento.

Atalia salió de su habitación, también ella con un abrigo de invierno y un chal de lana negra en la cabeza que le hacía parecer una viuda mayor. Shmuel acarició con la mirada el profundo y marcado surco que le bajaba desde la nariz hasta el centro del labio superior. En sus sueños acariciaba suavemente con los labios aquel surco.

—Ve a verlo. Pero no te entretengas. Llegamos tarde.

Wald no estaba sentado detrás de su escritorio, sino tendido en su diván de mimbre, con la manta escocesa de lana sobre las piernas. Encorvado, chepudo, la cara fea aunque fascinante, la barbilla salida hacia delante, el bigote de Einstein tapando una sombra de sonrisa irónica que medio flotaba sobre sus labios, el brillante cabello de plata cayéndole sobre los hombros. Con ambas manos sujetaba un libro abierto y sobre las piernas tenía otro libro, también abierto, pero bocabajo. Cuando Shmuel apareció en la entrada, Gershom Wald dijo:

—En mi lecho, por las noches, busqué el amor de mi alma<sup>461</sup>.

Y añadió:

—Escucha, por favor. No te enamores de ella.

Y después dijo:

—Demasiado tarde.

Y añadió:

—Vete. Te está esperando. También te he perdido a ti.

Pasadas las tres y media salieron Shmuel y Atalia a la oscuridad exterior. El cielo estaba limpio de nubes. Grandes estrellas titilaban, rodeadas por un halo de vapor lechoso, semejantes a las estrellas de Van Gogh. Las baldosas del patio estaban húmedas por la lluvia que había caído al atardecer. Los cipreses negros se movían de un lado a otro con una especie de callada devoción, porque un viento silencioso soplaba desde el oeste hacia el bosque del pueblo árabe de Sheikh



Badr. El aire era diáfano y frío, un aire fuerte que quemaba los pulmones y hacía que Shmuel estuviese bien alerta.

Shmuel, como de costumbre, pretendía caminar medio paso por detrás de ella para observar su alta silueta. Pero Atalia lo agarró del brazo y lo apremió:

—¿Puedes caminar más deprisa? Siempre vas corriendo y, justo cuando hay que acelerar, tú decides ir arrastrando los pies. Como si caminases dormido. ¿Hay algo que seas capaz de hacer con celeridad?

Shmuel dijo:

—Sí. No. A veces.

Y añadió:

—Una vez estuve deambulando solo por las calles a estas horas. No hace mucho. Cuando Yardena me dejó y se fue...

—Ya lo sé. Neshher Shereshevski. Experto en recogida de aguas pluviales.

No lo dijo burlándose, sino con tristeza, casi con cariño. Shmuel apretó un poco su brazo para agradecerse.

En las calles no había ni un alma. De cuando en cuando se les cruzaba corriendo un gato hambriento. De cuando en cuando veían cubos de basura tirados por el viento y con todo el contenido desparramado sobre la acera. Jerusalén permanecía muda y atenta en la oscuridad de esas horas de la noche. Como si en cualquier momento fuese a ocurrir algo. Como si los edificios cubiertos por una ligera niebla, los pinos susurrantes de los patios, las tapias de piedra mojadas, los coches aparcados, las hileras de cubos de basura sobre las aceras, todo estuviese vigilante, todo estuviese a la espera. En el profundo silencio latía una especie de inquietud. Daba la sensación de que la ciudad no dormía, sino que se hacía la dormida y que, de hecho, estaba en alerta y reprimiendo una fuerte agitación interior.

Shmuel preguntó:

—¿La pareja a la que vamos a seguir?

—No hables ahora.

Shmuel se calló al instante. Cruzaron la calle Keren Kayemet, pasaron delante del edificio en forma de anfiteatro de la Agencia Judía, bajaron un poco por la calle King George, giraron hacia la calle George Washington, pasaron por detrás de la torre del YIMCA y volvieron a cruzar hacia el hotel King David, donde un portero alto con uniforme estaba delante de la puerta giratoria golpeando el suelo con los pies para intentar entrar en calor. Desde allí bajaron hacia el molino de viento de Montefiore y el edificio de Mishkenot Shaananim. Al final de la calle de escaleras del barrio de Yemin Moshe se les acercó un perro callejero con mezcla de razas que olfateó el borde del vestido de Atalia y dejó escapar un ligero gemido. Shmuel se detuvo un instante, se inclinó y le hizo un par de caricias rápidas. El perro le lamió la mano y volvió a emitir un gemido casi inaudible, lleno de suplicante mansedumbre. Y echó a andar detrás de ellos con la cabeza gacha, meneando la cola e implorando otra muestra de cariño.

A finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, Yemin Moshe aún era un barrio pobre con hileras e hileras de casas bajas de piedra, unas con cubiertas de teja y el resto con azoteas planas. En los pequeños patios había pozos para recoger agua, eran de la época turca y todos estaban cubiertos por tapas de hierro. En macetas de latón oxidado florecían algunos geranios y todo tipo de hierbas comestibles y plantas aromáticas. Todas las casas estaban oscuras

y cerradas. No había ninguna luz encendida en ninguna de las ventanas enrejadas. Solo una pálida farola esparcía sobre las aceras copos de luz amarillenta. Salvo el perro que se había pegado a ellos y renqueaba a cierta distancia con el rabo entre las piernas, no se veía ni un alma por las callejuelas. Shmuel y Atalia bajaron hacia la carretera que rodea el valle Gai Ben Hinom, y Shmuel murmuró:

—Ahora estamos en Gehinom, en la gehena.

Atalia dijo:

—Estamos acostumbrados, ¿no?

Pasaron junto a la alambrada de espino oxidado que cierra la carrera a los pies de las murallas de la Ciudad Vieja y marca la frontera de la tierra de nadie, sembrada de minas, entre la Jerusalén israelí y la Jerusalén jordana. Entonces empezaron a subir por el camino escarpado que serpentea hacia la colina del monte Sion. El monte en sí era una especie saliente de territorio israelí rodeado por tres partes de territorio jordano. Ahí se detuvo el perro, dudó un instante, lanzó un ladrido lúgubre, golpeó la acera con las patas delanteras, determinó que también en esa ocasión debía desistir, lanzó un desesperado grito de despedida, dio media vuelta y regresó sobre sus pasos con las orejas hacia atrás, con la boca entreabierta en un gemido mudo, el vientre casi rozando el suelo y el rabo caído. El frío penetró por el ajado abrigo de Shmuel y le clavó unas uñas afiladas en la espalda y en los hombros. Se estremeció. Atalia, con sus zapatos planos, subió deprisa, y él la siguió por el estrecho camino inclinado intentando con todas sus fuerzas no quedarse atrás. Pero Atalia era más ágil que él y, entre ambos, fue aumentando tanto la distancia en la oscuridad que Shmuel temió perderla y extraviarse en aquellos lugares perdidos que estaban pegados a la tierra de nadie y expuestos a las posiciones de las ametralladoras del enemigo. Un único grillo cantó en la oscuridad y un grupo de ranas le respondieron desde uno de los charcos formados en las grietas de piedra. Un ave nocturna, tal vez una lechuza, salió espantada y pasó muy cerca de sus cabezas, batió tres o cuatro veces las alas y desapareció. La sombra oscura de las murallas de la Ciudad Vieja se tendía opresiva a la izquierda a lo largo de todo el camino. Desde un extremo del abandonado valle Gai Ben Hinom llegó el aullido prolongado y sobrecogedor de un chacal, al que de inmediato respondió desde todas partes una manada de chacales que desgarraron el silencio de la noche. Unos perros comenzaron a ladrar y otros perros contestaron a lo lejos, desde el barrio de Abu Tor. Shmuel empezó a decir algo pero, al instante, se arrepintió. La subida por esa escarpada pendiente estaba agotándolo y dejándolo sin aliento. Tenía miedo de que le diera un ataque de asma. Pero no le dio. La gruesa bufanda de lana le picaba en el cuello y en la nuca.

Cuando llegaron a la cima del monte, a la puerta de la edificación llamada la Tumba de David, porque allí hay un ataúd antiguo, cubierto con una cortina, en donde los creyentes creen que están los huesos del rey David, les cerró el paso un soldado en la reserva de unos cuarenta y cinco años, gordo, de baja estatura, envuelto en un abrigo militar grueso con el cuello levantado y cubierto por un gorro de lana con el que se había tapado también las orejas a causa del frío. El soldado estaba allí de pie, derecho, apoyado en un viejo fusil checo. Estaba fumándose una toba de cigarro y, al ver a Shmuel y a Atalia, habló sin quitarse la colilla de los labios:

—Cerrado. No se puede entrar.

—¿Por qué? —se rio Atalia.

El soldado se retiró un poco el gorro de una de las orejas y respondió:

—Es una orden, señora. No se puede entrar.

—Pero si nosotros no queríamos entrar —dijo Atalia, tirando del brazo de Shmuel.

Shmuel no se movió y le preguntó al soldado:

—¿Hasta cuándo estás de guardia?

—Otra media hora —dijo el soldado, al que el ascua del cigarro ya casi le llegaba a los labios. Y sin relación alguna con lo anterior, añadió de pronto—: Nadie entiende nada.

Atalia se giró sin decir una palabra y se alejó unos cuantos pasos, hasta la barandilla de hierro que daba al este, hacia la tierra de nadie. Mientras que Shmuel se quedó un momento junto al soldado, al que el ascua le llegaba ya a los labios. El soldado escupió la colilla del cigarro sin apagarla, formando un gran arco. Una luciérnaga se elevó hasta la altura de su cabeza, trazó una curva y cayó al suelo sin dejar de centellear. Como negándose a morir. Shmuel se marchó tras los pasos de Atalia. Ella inspeccionó el lugar, como olisqueando el aire, se alejó hacia una esquina de la edificación y se escondió entre las densas sombras, debajo de un arco de piedra que ocultaba el cielo estrellado y la fina venda de niebla que cubría todo el monte. Shmuel se detuvo cerca de ella, dudó un instante y rodeó sus hombros con el brazo. Ella no lo rechazó. Rompió su silencio diciendo:

—Tenemos entre media hora y una hora.

Luego murmuró:

—Ahora, si de verdad lo necesitas, puedes hablar un poco. Pero en voz baja.

—Mira, Atalia. Así están las cosas.

—¿Cómo?

—Tú y yo llevamos viviendo bajo el mismo techo más de dos meses. Casi.

—¿Qué intentas decirme?

—Y también hemos salido juntos dos veces. Tres, si contamos también esta noche.

—¿Qué intentas decirme?

—No intento decir nada. Pregunto.

—La respuesta es: aún no. Tal vez con el tiempo. O puede que nunca. —Y añadió—: A veces eres enternecedor y a veces un fastidio.

Hacia las seis de la mañana despuntaron las primeras luces que empezaron a centellear sobre las montañas de Moab. Las siluetas de las montañas se aclararon un poco, el cielo palideció y las estrellas comenzaron a desaparecer. La pareja ya no iría a contemplar desde allí la salida del sol. O tal vez no existía ninguna pareja. Tal vez Atalia se había inventado a esa pareja. El veterano soldado que estaba fumando en la puerta de la Tumba del Rey David ya no se encontraba allí. Seguro que había terminado su turno, se había fumado un último cigarro y se había ido a dormir, completamente vestido y tapado con su abrigo y su gorro, a algún sótano. Un frío y punzante viento del este soplaba, cesaba y volvía a soplar. Atalia le pidió a Shmuel que aguardase con ella unos minutos más. Después le rogó que se marchase a casa.

—¿Y tú?

—Yo me quedaré aquí un rato más. Sola. Después me iré a trabajar. —Dicho lo cual, cogió los congelados dedos de Shmuel y se metió dos de ellos en la boca, los retuvo un instante y de repente anunció—: Ya veremos. —Así se despidió de él.

A las siete y media de la mañana llegó Shmuel, hambriento, sediento y congelado, a la casa situada al final del callejón Rabbi Elbaz. Se dirigió a la cocina, se comió cuatro gruesas

rebanadas de pan untadas con queso, se bebió dos vasos de té caliente, subió a su habitación, se sirvió un poco de vodka en un vaso, se lo bebió de un trago, se desvistió y se quedó dormido hasta el mediodía. Al mediodía se levantó, se duchó y se fue a su restaurante húngaro. Esta vez cogió el bastón de paseo adornado con la cabeza de zorro que enseñaba los colmillos como si amenazase a toda Jerusalén.

En el restaurante húngaro resultó que su mesa de siempre estaba ocupada. Una pareja mayor, los dos con gafas y los dos envueltos en abrigos, estaba sentada allí comiendo salchichas con huevos fritos y patatas, no *goulash*. Cada uno tenía delante un vaso de vino tinto, y a Shmuel le pareció que estaban de buen humor. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Por qué estáis tan contentos? ¿Es que Yosi Siton, el pequeño que fue atropellado hace unos días en la calle *Azza* cuando iba corriendo detrás de su pelota, de repente ha resucitado?

Dudó un minuto o dos junto a la entrada, sopesó la idea de marcharse, pero el hambre lo venció y se sentó junto a otra mesa, lo más lejos posible de la pareja invasora. El dueño del restaurante, que también era el único camarero, se acercó a él al cabo de unos diez minutos, con un delantal blanco no del todo limpio y un afeitado también algo descuidado, y, sin preguntarle, le puso sobre la mesa el *goulash* con varias rebanadas de pan blanco. De postre le llevó un platito de macedonia de frutas. Y, como Shmuel no había dormido en toda la noche, al término de la comida cayó allí mismo rendido y estuvo durmiendo una media hora. La imagen de la salida del sol por la cima del monte Sion le parecía ahora como un sueño. Y de hecho, no solo la imagen del orto, sino todas las últimas semanas le parecían un sueño en el que sueñas que estás despierto y, al despertar, ves que tenías razón.

Querido hermano:

Esta noche aquí, en Roma, ha nevado un poco, pero la nieve se ha derretido antes de llegar a las carreteras, a las aceras y a los monumentos. Qué pena. Aún no he visto Roma nevada. No es que camine mucho por la ciudad. Ya llevo tres años y medio aquí y aún no he visto nada. Me paso el día estudiando o en el laboratorio, por la tarde trabajo como ayudante en una farmacia y por las noches, cuatro horas en la oficina de telégrafos. El dinero de esos dos trabajos me llega apenas para pagar la carrera, la habitación compartida con una estudiante nerviosa de Bélgica y una sencilla comida dos veces al día: pan, leche, verduras, espagueti o arroz y una taza de café solo.

Ya sé que tampoco tu vida es fácil desde que papá perdió el juicio contra aquel bastardo y nuestra empresa Gaviota quebró. Lo sé a pesar de que casi no me escribes. Durante los dos últimos meses apenas has escrito dos brevísimas cartas diciendo solamente que has dejado los estudios universitarios y has encontrado trabajo y alojamiento en una vieja casa de Jerusalén. También me contabas en dos líneas lo de la boda de Yardena. La palabra soledad no aparece ni una sola vez en tus cartas, pero cada palabra tuya desprende un olor a soledad. También de pequeño eras siempre un niño singular: te quedabas inmerso en tu colección de sellos o subías tú solo a la azotea y te pasabas horas allí soñando. Llevo años intentando hablar contigo de ti, pero tú te escabulles y empiezas a hablarme de Ben Gurión o de las Cruzadas. Bueno, más que a hablar, a dar una conferencia. Esperaba que Yardena te sacará un poco de tu caparazón. Pero ese caparazón eres tú.

Imagino tu vida en el sótano de alguna casa oscura y a punto de derrumbarse, con tu inválido, que sin duda será un pesado enfermizo y caprichoso, un viejo medio senil que está todo el rato mandándote toda clase de encargos, comprarle sellos, llevarle el periódico o tabaco para su pipa, y tú te pasas casi todas las horas del día sirviéndole (¿de la mañana a la tarde?, ¿o también por las noches?) y, a cambio, él o sus familiares te pagan unos céntimos, porque han tenido la bondad de permitirte vivir en su casa. ¿Al menos no estarás pasando frío en ese invierno jerosolimitano?

Hasta hace algunas semanas, aún tenía la esperanza de que te casases con Yardena, aunque la verdad es que también ella me preocupaba. Una vez, hace dos años, cuando papá aún podía darme dinero para ir de vacaciones a Israel, un día fui a verte a Jerusalén, ¿te acuerdas?, y allí, en la habitación que tenías alquilada en el barrio de Tel Arza, conocí a Yardena. Me pareció completamente distinta a ti, todo lo distinta que puede ser una persona de otra. No precisamente distinta para mal. Tú eres como eres, y ella rebosa alegría, es bulliciosa, casi infantil. Tú te ponías a estudiar, y ella se ponía enfrente de ti a tocar la armónica sin tener ni idea de cómo se

hacía. Tú, como siempre, ya estabas cansado a las nueve de la tarde y querías irte a dormir, y ella te hacía salir a la fuerza, al cine, a las cafeterías, a visitar a amigos comunes. Pese a todo, me pareció que encajabais bastante bien. Pensé que, tal vez, poco a poco iría sacando de tu interior a un Muli distinto, liberado, amante de la vida, incluso hedonista. Tal vez.

¿Por qué os separasteis Yardena y tú? ¿Qué es eso de «decidió volver con su antiguo novio y casarse con él»? ¿Qué pasó? ¿Os peleasteis? ¿La engañaste? ¿Yardena quería que os fueseis a vivir juntos y tú te negaste? ¿Ella quería casarse contigo? ¿O es que tú quisiste romper la relación y volver a tu habitual soledad? ¿También ella ha dejado los estudios? Pero, en el fondo, qué más me da a mí lo que ella haga. Lo que me importa es que tú has regresado a tu isla desierta. Y si ya habías decidido destruir tu carrera académica con tus propias manos, cuando estabas a punto de terminar el máster con sobresaliente, ¿no podrías haber vuelto a Haifa, por ejemplo, buscar un trabajo apropiado, estar cerca de papá y mamá, hacer nuevas relaciones o retomar alguna del pasado?, ¿igual que ha hecho Yardena?

Muli, recuerdo que cuando tenías once años y yo dieciséis, en una ocasión nos fuimos los dos solos a pasar el día a Tel Aviv. Mamá me dio dinero y dijo pasadlo bien. Papá tenía por entonces buenos ingresos de la empresa Gaviota. También papá nos animó: Marchaos. Al lado de Tel Aviv, nuestra Haifa solo es un pueblo adormecido. Volved esta noche a Haifa en el último autobús. O no volváis. Quedaos a dormir en Tel Aviv, en casa de la tía Edith. Voy a llamarla. Estará encantada de hospedaros.

Te recuerdo subiendo detrás de mí al autobús, para ir desde Hadar Hacarmel hasta la estación, con unos pantalones cortos color caqui, con tu eterna navaja colgada del cinturón, con sandalias, con un gorro de color caqui que mamá te obligó a coger para protegerte del sol. Recuerdo tu corta sombra cayendo sobre las paredes, porque, como siempre, ibas caminando junto a la pared. Un niño pálido, callado, introvertido. Cuando te pregunté si preferías ir a Tel Aviv en autobús o en tren, dijiste, ¿qué más da? Y luego dijiste: lo que tú quieras. Estabas inmerso en tus pensamientos. No en tus pensamientos, sino, al parecer, en un pensamiento único y constante que no querías compartir conmigo. Que no querías compartir con nadie.

Recuerdo que te dije por el camino (pese a todo fuimos en tren) que tenías que mostrar un poco de entusiasmo: un día de diversión en Tel Aviv, tenemos un montón de dinero, somos ricos, tenemos miles de posibilidades, ¿qué prefieres? ¿El zoológico? ¿La playa? ¿Ir en barca por el Yarkón? ¿Recorrer el puerto de Tel Aviv? A cada una de las posibilidades tú me contestaste: sí. Genial. Cuando te obligué a elegir, al menos a elegir por dónde empezar, me contestaste: me da igual. Y de repente empezaste a darme una conferencia sobre el sistema suizo de movilización de las fuerzas en la reserva, un sistema que nosotros estábamos copiando.

Esa tristeza tuya. A pesar de que algunas veces eres capaz de ser un hablador infatigable, de dar discursos y conferencias en toda regla, y hasta con apasionado entusiasmo, pero siempre conferencias y discursos. Nunca una conversación. Nunca disposición para escuchar.

Yo no soy igual que tú. Yo siempre tengo dos o tres amigas. En Haifa tuve un novio. Y después otro. Aharon. Te acuerdas de él. El monitor de los *boy scouts*. Y también ahora, en Roma, tengo a alguien. Un chico que nació y creció en Milán, traduce literatura española al italiano, Emilio, bueno, de hecho no es un chico, es un hombre divorciado de treinta y ocho años, es decir, siete u ocho años mayor que yo. Tiene una hija de diez años, Sofia, a la que llamamos Sonia, que ahora parece estar más unida a mí que a su propia madre. Su madre vive en Bolonia y tiene poca

relación con ella. En vez de Miri, Sonia me llama Mari. Solo Emilio insiste en llamarme Miri. Cara Miri. Con una mano acaricia mi nuca y con la otra la nuca de Sonia. Como un punto de unión entre las dos.

No tenemos tiempo para vernos, salvo los fines de semana, porque yo estudio y, como ya te he dicho, trabajo en dos sitios. Emilio trabaja en casa, cuando le resulta más cómodo, normalmente por la mañana temprano. Le gustaría que nos viésemos cada día, y también Sonia sería feliz si me fuese a vivir con ellos. Pero ellos viven en la otra punta de Roma, lejos de la universidad, lejos de la farmacia y de la oficina de telégrafos. Y yo estoy inmersa en los estudios, en las prácticas de laboratorio y en mis dos trabajos. Solo los sábados por la tarde voy a casa de Emilio y me quedo con él y con la pequeña Sonia hasta el domingo por la tarde. El domingo siempre me levanto a las cuatro de la madrugada y les preparo comida para toda la semana. Después, los tres vamos al parque cercano a su casa o damos una pequeña vuelta en barca por el río o, cuando hace buen tiempo, salimos de la ciudad en autobús y hacemos un pícnic en un bosque de pinos, a la sombra de unas antiguas ruinas.

El domingo por la tarde, Emilio y Sonia me acompañan a mi trabajo en la farmacia y nos despedimos con un largo abrazo. Durante la semana, hablamos casi todas las tardes por teléfono. Yo no tengo teléfono en mi habitación, pero el dueño de la farmacia me permite usar el suyo.

Emilio sabe que no tengo dinero y que trabajo más de la cuenta. También conoce la razón por la que papá y mamá han dejado de costear mis estudios. Sabe perfectamente que vivo con muchas estrecheces. Y aunque la traducción le da unos ingresos muy escasos, se ha ofrecido varias veces a ayudarme con una pequeña aportación económica. Yo me he negado una y otra vez, y hasta me he enfadado un poco con él. No comprendo por qué me he negado. Y aún comprendo menos por qué me he enfadado. Al parecer, mis negativas lo han ofendido, pero no lo ha expresado con palabras. Igual que tú. Me gusta su generosidad. Siempre he creído que la cualidad más atractiva en un hombre, la cualidad más varonil, es precisamente la generosidad. Y tú, Muli, ¿no podrías buscar un trabajo de traducción, como Emilio, o dar clases particulares? El que hayas dejado los estudios ha sido una gran decepción para mamá, para papá y para mí. Siempre te he imaginado como estudiante, como académico, como investigador, como educador, como profesor, incluso algún día como un ilustre catedrático. ¿Por qué has traicionado todo eso? ¿Por qué, de pronto, lo has tirado todo por la borda? ¿Solo por la bancarrota de papá?

Si tuviese dinero, ahora mismo haría un breve paréntesis en mis estudios de Medicina, iría a Israel a pasar dos o tres semanas, iría a verte a Jerusalén, te sacaría de la tumba que tú mismo te has cavado, te sacudiría con todas mis fuerzas para que reaccionases, te buscaría un trabajo y te obligaría a retomar los estudios. Hasta ahora solo has perdido un semestre. Aún se puede arreglar. En aquel viaje a Tel Aviv, cuando tú tenías once años y yo dieciséis, estuvimos todo el día dando vueltas por las calles, entre escaparates que apenas mirábamos, empapados de sudor porque hacía un día bochornoso, tomamos dos gaseosas, nos comimos dos helados, entramos a mitad de una película francesa en blanco y negro, volvimos a Haifa mucho antes de que saliera el último autobús. No nos quedamos a dormir en casa de la tía Edith. Recuerdo que te pregunté qué es lo que querías, Muli, y tú dijiste que querías saber qué sentido tenía. Esa fue nuestra única conversación aquel día. A lo mejor hablamos un poco sobre otras cosas, sobre la gaseosa y el helado, por ejemplo, pero yo solo recuerdo aquella frase tuya: quiero encontrar qué sentido tiene.

A lo mejor, Muli, ha llegado por fin el momento de que dejes de buscar la verdad que no existe y empieces a vivir tu vida.

¿Hay algo en ti que quiere un castigo? ¿Pero por qué exactamente te castigas a ti mismo? Escríbeme. No vuelvas a escribirme cuatro o cinco líneas, «estoy bien todo bien es invierno en Jerusalén tengo un trabajo sencillo varias horas al día y me paso el resto del tiempo leyendo y deambulando por la ciudad». Eso es más o menos lo que me dijiste en tu última carta. Escríbeme una carta de verdad. Escríbeme pronto. Miri.



Una primaveral mañana de invierno en Jerusalén, un día bañado de azul, inundado de aromas a savia de pinos y a tierra mojada y envuelto por el canto de los pájaros, Shmuel Ash se levantó pasadas las nueve, se duchó, se espolvoreó un poco de talco para bebés por la barba y la frente, bajó a la cocina a tomar un café y a comer cuatro rebanadas de pan con mermelada de moras, se puso el abrigo, prescindió del gorro y del bastón con la cabeza de zorro y fue en dos autobuses al archivo estatal. Subió a paso rápido las escaleras, en diagonal, con la cabeza rizada y desgredada dirigida hacia delante, por delante del cuerpo y de las piernas, cruzó precipitadamente el recibidor y buscó a alguien a quien poder preguntar. En el mostrador de información encontró a una mujer joven, de cabello claro, con los labios pintados de un rojo intenso y un generoso escote en la camisa. Alzó la vista hacia él, se sobresaltó un poco ante su aspecto de hombre de las cavernas y preguntó en qué podía ayudarlo. Shmuel, jadeando por culpa de la carrera por las escaleras, le comentó que sin duda ese era el día más bonito del año. Luego le dijo que era un crimen pasar un día así dentro de una oficina. Había que salir fuera de la ciudad, a las montañas, a los valles, a los bosques. Cuando ella le respondió que tenía razón, Shmuel le propuso con una tímida sonrisa que saliesen los dos juntos. En ese instante. Luego le preguntó dónde podía sentarse unas horas a leer los documentos de la Ejecutiva Sionista y los protocolos de las reuniones de la dirección de la Agencia Judía desde mediados del año cuarenta y siete hasta finales del invierno del cuarenta y ocho.

Como le pareció que estaba sediento, la recepcionista le preguntó si podía servirle un vaso de agua. Shmuel se lo agradeció y dijo sí, y luego cambió de idea y dijo: «No, gracias. No quiero hacerle perder tiempo». Ella le lanzó una sonrisa sorprendida y bondadosa y dijo:

—Aquí nunca tenemos prisa. Aquí el tiempo está detenido.

Luego lo envió al despacho del señor Sheindelevitch, situado en el sótano.

El señor Sheindelevitch, un hombre pequeño y enérgico, con el cuello desabrochado y una calva morena y pecosa rodeada por un anfiteatro de brillante pelo canoso, estaba sentado a su escritorio, delante de una antigua y pesada máquina de escribir, mecanografiando algo con extrema lentitud, con un dedo, como sopesando cada letra por separado. La habitación, situada por debajo del nivel del suelo, carecía de ventanas y estaba bañada por una débil luz amarillenta que procedía de dos bombillas desnudas. La sombra del hombre y la sombra de Shmuel caían sobre dos paredes distintas. En la pared de Shmuel estaban colgados los retratos de Herzl, Hayim Weizmann y David Ben Gurión, y en la pared de detrás del señor Sheindelevitch estaba colgado un

gran mapa en color del Estado de Israel, con las líneas del armisticio del año cuarenta y nueve marcadas con una gruesa línea verde que dividía en dos la ciudad de Jerusalén.

Shmuel repitió su petición. El señor Sheindelevitch se quedó un buen rato mirándolo y, poco a poco, se fue dibujando en su rostro una sonrisa paternal, paciente, como si, a pesar de sorprenderse por esa extraña petición, reprimiese su expresión de sorpresa y disculpase la ignorancia de aquel hombre. Carraspeó, se tomó su tiempo, mecanografió otras dos letras en su antigua máquina de escribir, alzó la vista hacia Shmuel y respondió con una pregunta:

—¿El señor es investigador?

—Sí. No. De hecho sí. Estoy interesado en las dificultades que precedieron a la resolución sobre la fundación del Estado.

—¿En nombre de qué institución investiga el señor?

Shmuel, que no se esperaba esa pregunta, se quedó aturdido por un instante y después respondió algo inseguro:

—En el mío propio.

Y añadió en un repentino arranque de valor:

—¿No tiene cualquier ciudadano derecho a leer los documentos y a estudiar la historia del Estado?

—¿Y qué protocolos desea leer el señor?

—La Ejecutiva Sionista. La dirección de la Agencia Judía. Desde mediados del cuarenta y siete hasta la primavera del cuarenta y ocho.

Y añadió sin que nadie le preguntara:

—Estoy interesado en la decisiva discusión que precedió a la resolución sobre la fundación del Estado. Si es que realmente hubo tal discusión.

El señor Sheindelevitch se inclinó de pronto hacia delante, como conmocionado, como si le hubiesen pedido dar detalles de sus costumbres en la cama:

—Pero eso no es posible, señor. Eso es completamente imposible.

—¿Y por qué? —preguntó Shmuel, abatido.

—Ha hecho dos peticiones en una, y recibirá dos respuestas en una.

Entró en silencio una mujer mizrají de unos cincuenta años, con un largo vestido negro, una mujer delgada y de hombros caídos, portando una bandeja con dos vasos relucientes de té. Dejó un vaso delante del señor Sheindelevitch. El hombre le dio las gracias educadamente y preguntó al visitante:

—¿Al menos se tomará un té? ¿Para no irse de aquí completamente de vacío?

Shmuel dijo:

—Gracias.

—¿Gracias, sí? ¿Gracias, no?

—Gracias, no. En otra ocasión.

La mujer recogió su bandeja, se disculpó y salió de la habitación. El señor Sheindelevitch continuó donde lo había dejado, en voz baja, como endulzando un secreto:

—La documentación de la Ejecutiva Sionista no está aquí, señor. Está en el archivo sionista. Pero allí no encontrará nada salvo transcripciones de discursos, porque sus reuniones eran públicas. Respecto a los protocolos de las reuniones de la dirección de la Agencia Judía, los protocolos de los debates secretos, ese es material clasificado, estrictamente confidencial. Y

seguirá siendo estrictamente confidencial durante cuarenta años más, según la ley de archivos y según la orden de protección de secretos de Estado. Si le parece bien —añadió el hombre sin sonreír—, está usted invitado a volver por aquí dentro de cuarenta años, puede que por entonces haya cambiado de idea y quiera tomarse un té conmigo. Espero que el té de la camarada Fortuna no se haya enfriado mientras tanto.

Se levantó, le tendió la mano y añadió con una pena que apenas podía ocultar cierto sarcasmo:

—Lamento mucho que se haya tomado la molestia de venir hasta aquí. También podría haberle dicho que no por teléfono. Mire, anote nuestro número de teléfono para que pueda llamar dentro de cuarenta años y no haga el camino en balde.

Shmuel estrechó la mano tendida hacia él y se dispuso a marcharse. Al llegar a la puerta, lo detuvo la fina voz del señor Sheindelevitch:

—Qué es lo que quiere saber. Todos y cada uno querían fundar un estado y todos y cada uno sabían que tendríamos que defendernos con la fuerza.

—¿También Shaltiel Abravanel?

—Pero él... —dijo el hombre y guardó silencio.

Mecanografió con el dedo otra letra en su máquina de escribir y añadió secamente:

—Pero él fue un traidor.

## 36

En la cocina, a las diez de la mañana, Atalia dijo:

—En mitad de la noche se puso enfermo. He estado casi toda la noche cuidándolo. Ahora tengo que salir de casa. Dentro de un rato ve a su dormitorio. Aún no has entrado nunca en su dormitorio. Tendrás que cambiarle el pijama cada varias horas, porque está completamente empapado de sudor. Tendrás que darle té con miel y limón con una cucharilla. Se le puede añadir también un poco de coñac. Si le cuesta bajar de la cama, de vez en cuando tendrás que ponerle debajo un orinal y después vaciarlo y lavarlo en el servicio. Esta vez no tendrás más remedio que tocar su cuerpo. Ya es un hombre bastante mayor y a lo mejor te resulta algo incómodo y desagradable. Te hemos traído aquí para que converses con él y, en caso necesario, para que lo cuides, no para que estés cómodo. Y acuérdate de lavarle las manos y acuérdate de pasarle paños húmedos por la frente. Hoy no le permitas estar hablando y hablando todo el rato, de ninguna manera. Al contrario. Habla tú. Da un discurso. Recita algo. Da una conferencia. Él tiene la garganta irritada.

Era una fuerte gripe de invierno. Al anciano le subió la fiebre, le lloraban los ojos, tenía la voz ronca y muchas flemas, de vez en cuando le entraba una tos áspera. Los oídos, que Atalia había taponado con algodón, le dolían, sobre todo el izquierdo. Al principio siguió intentando ser gracioso, «los esquimales aciertan de pleno al abandonar a los ancianos en la nieve». Luego se acordó de pronto de algunos versículos y se llamó a sí mismo piltrafa, trasto viejo, hombre doliente y enfermizo<sup>471</sup>. Cuando le subió la fiebre casi hasta cuarenta grados, se le quitaron las ganas de bromear. Su mirada se apagó y se cubrió de oscuridad y de turbio silencio.

Llegó el médico, auscultó el pecho y la espalda del enfermo, le inyectó penicilina, le ordenó permanecer en la cama, recostado sobre varios cojines para que la infección pulmonar no fuese a más. También le mandó tomar varias veces al día una cápsula de codeína, jarabe para la tos, aplicarse gotas para los oídos y beber mucho té caliente con miel y limón, sí, por supuesto, se podía mezclar con un poco de coñac. Y le indicó a Shmuel que calentara bien el dormitorio.

—Ya no es joven, su salud no es muy buena que digamos ni siquiera los días que parece estar sano; tenemos que vigilar mucho cualquier tipo de complicación —dijo el médico, un hombre algo gangoso, procedente de uno de los pueblos cercanos a Frankfurt, que tenía una pequeña barriga cuadrada, un pañuelo blanco en forma triangular en el bolsillo superior de la chaqueta, dos pares de gafas sujetas con cordones y unas manos pequeñas tan delicadas como las de una niña.

Así logró Shmuel Ash entrar por primera vez en el dormitorio del señor Wald. Ya llevaba más de dos meses viviendo en la buhardilla y aún no había entrado nunca en el dormitorio de su jefe,

ni en la habitación de Atalia, ni tampoco en otra habitación de la planta baja situada al final del pasillo, enfrente de la biblioteca, cuya puerta estaba siempre cerrada. Shmuel suponía que era la habitación del difunto Shaltiel Abravanel. Aquellas tres habitaciones habían estado hasta ese momento fuera de su ámbito de actuación. El ámbito permitido a Shmuel incluía solo la biblioteca, que era su lugar de trabajo, la cocina, que compartía con Atalia, y su buhardilla. La casa del final del callejón Rabbi Elbaz estaba meticulosamente compartimentada.

Aquella mañana, por primera vez, debido a la enfermedad del señor Wald, se permitió a Shmuel penetrar en la habitación privada del anciano, permanecer unas horas junto a su cama y leerle unos capítulos del libro de Jeremías hasta que se quedase dormido. De cuando en cuando, el enfermo se despertaba con un ataque de tos. Shmuel le daba palmadas en la espalda y le acercaba a los labios unas cucharadas de té caliente con miel y limón en el que había vertido un poco de coñac. Era la primera vez que Shmuel tocaba al señor Wald. Al principio tuvo que obligarse a tocar al anciano, porque supuso que ese cuerpo retorcido y nervudo le produciría asco o repulsión. Sorprendentemente, cuando logró tocarlo, sintió que el cuerpo estaba caliente y firme, como si, a pesar de su invalidez o tal vez precisamente debido a ella, tuviese una espalda musculada y unos hombros robustos. Esa calidez y esa firmeza agradaron a Shmuel, que posó sus manos en el hombro desnudo del anciano al cambiarle la camisa del pijama, y puede que dejase las yemas de los dedos sobre la piel arrugada incluso más tiempo del necesario.

Cuando el anciano se durmió, Shmuel estuvo un rato dando vueltas por la habitación. El dormitorio era estrecho, mucho más pequeño que la biblioteca, pero más grande que la buhardilla de Shmuel. También ahí, como en la biblioteca, había estanterías repletas de libros que cubrían dos de las cuatro paredes de la habitación y se extendían desde el suelo hasta el techo. Mientras que en la biblioteca había ensayos en hebreo, en árabe y en otros tres o cuatro idiomas, libros de ciencias sociales y judaísmo, Oriente Medio, historia, matemáticas y filosofía, así como varios libros sobre cábala y astronomía, ahí, en el dormitorio, las estanterías estaban repletas de novelas, la mayoría en alemán, polaco e inglés, muchas de los siglos XVIII y XIX y de principios del siglo XX: desde *Michael Kohlhaas* hasta el *Ulises*, desde Heine hasta Hermann Hesse y Hermann Broch, desde Cervantes en alemán hasta Kierkegaard, Musil y Kafka, también en alemán, desde Adam Mickiewicz y Julian Tuwim hasta Marcel Proust.

Además de las estanterías de libros, en la habitación solo había una cama pequeña, la de Gershom Wald, un pesado armario de otra época, una mesilla de noche a la cabecera de la cama del enfermo, una pequeña mesa redonda cubierta con un tapete y encima un jarrón con siemprevivas de color violeta. Junto a la mesa, a ambos lados, había dos sillas idénticas. Eran unas sillas anticuadas con las patas de madera tallada en forma de plantas. Cada silla tenía en el asiento un cojín bordado. Cada cojín estaba sujeto por cordones de color marrón claro. Esas sillas no casaban con la sencillez de líneas de las estanterías, de la mesa redonda y de la mesilla de noche. En el suelo, junto a la mesa, había además una lámpara de pie con una pantalla marrón que, por la tarde, proyectaba en toda la habitación una luz suave y cálida, una luz invernal. Entre las estanterías había un reloj de pared muy viejo, hecho al parecer de madera de nogal, con un pesado y brillante péndulo de latón. El péndulo se movía de un lado a otro con desoladora lentitud. Como si estuviese harto de sí mismo. Y en un rincón de la habitación había una estufa de queroseno donde ardía durante todo el día una silenciosa llama que parecía un ojo azul.

A la cabecera de la cama, apoyado en la mesilla, había un par de muletas de madera con las que el inválido se desplazaba de una habitación a otra o desde su habitación al servicio adyacente, aunque en la biblioteca se empeñaba siempre en moverse del escritorio al diván de mimbre y viceversa sin muletas, con la fuerza de los músculos de sus hombros y de sus brazos.

En la única pared vacía, enfrente de la cama, enfrente del hombre que estaba acostado en ella, Shmuel vio una fotografía no muy grande con un sencillo marco de madera. Esa fotografía fue lo primero que vio cuando entró por primera vez en la habitación, pero algo le hizo apartar rápidamente la vista. Su mirada sorteaba la fotografía una y otra vez, pues le producía sensaciones contradictorias de temor, de vergüenza y de celos. En la fotografía aparecía un hombre joven, enjuto, de cabello claro, algo frágil, con la cara alargada y chupada y una mirada tímida, como si sus ojos evitasen a propósito el objetivo de la cámara. Como si se dirigiesen hacia dentro. Tenía una ceja levantada, como dudando, y esa ceja levantada era el único parecido que había entre el joven y su padre. Tenía la frente amplia, y el pelo claro le cubría la cabeza, como si no se lo hubiese cortado en mucho tiempo y como si lo hubiesen fotografiado en un lugar abierto con un fuerte viento que soplara desde atrás. Llevaba una camisa color caqui arrugada, pero en contra de la moda de la época no llevaba los botones de la pechera abiertos, sino abrochados hasta el cuello.

Gershom Wald estaba sentado en la cama, frente al retrato de su hijo, con la espalda apoyada en un montón de cojines. Llevaba un pijama de franela de rayas claras, que Shmuel le había cambiado un rato antes, y una bufanda gris alrededor del cuello, y su mata de pelo canoso estaba esparcida sobre el cojín de arriba. Cuando percibió la mirada de Shmuel, que estaba observando embobado la fotografía de la pared, dijo en voz baja, sin que nadie le preguntase:

—Mija.

Shmuel balbuceó:

—Lo siento.

Y se corrigió al instante:

—Lo siento mucho. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. Giró la cabeza para que el anciano no las viera.

Gershom Wald cerró los ojos y dijo con voz ronca:

—El padre del nieto que jamás tendré. Era huérfano. Creció aquí sin madre. Su madre murió cuando él tenía apenas seis años. Lo críe yo solo. Yo mismo lo conduje al sacrificio.

Se calló un instante y dijo casi sin voz:

—El dos de abril del cuarenta y ocho. En los combates de Bab al-Wad. En la carretera Tel Aviv-Jerusalén.

De pronto su rostro se crispó y añadió en voz baja:

—Se parecía mucho a su madre, no a mí. Desde que tenía unos diez años, también fue mi mejor amigo. Jamás he tenido un amigo más íntimo que él. Él y yo podíamos pasarnos horas hablando o no hablar durante horas. Era indiferente. Y a veces intentaba explicarme cosas que se escapaban a mi comprensión, alta matemática, lógica formal. A veces se reía de mí, de este viejo maestro de Biblia y de Historia, y me llamaba el hombre de antaño.

Shmuel volvió a balbucear:

—Comparto su dolor.

Y al instante se corrigió:

—No. No es posible compartir el dolor. No es posible.

Gershom Wald guardó silencio. Shmuel cogió el termo que estaba sobre la mesa y le sirvió otro vaso de té caliente con limón y miel, mezclado con un poco de coñac, ayudó al anciano a incorporarse, le acercó el vaso a los labios y le puso en la boca una cápsula de codeína. Gershom Wald dio dos o tres sorbos, se tragó la pastilla, apartó la mano de Shmuel y rechazó el vaso:

—A los nueve años, debido a una enfermedad, le quitaron un riñón. A finales del año cuarenta y siete engañó al comité de reclutamiento. En los días de caos y anarquía que precedieron a aquella guerra no resultaba difícil engañar al comité. Allí se alegraban de ser engañados. Atalia le dijo que no fuera. Que no debía ir. Se burló de él llamándolo niño que corre al patio a jugar a los indios y vaqueros. Lo llamó ridículo. Todo el sexo masculino le ha parecido siempre ridículo. Cree que ningún hombre supera nunca la adolescencia. También Shaltiel le hizo prometer que no combatiría. Shaltiel decía una y otra vez que toda aquella guerra era una locura de Ben Gurión y de un pueblo entero. Que, de hecho, era la locura de dos pueblos. En su opinión, la juventud de ambos bandos debía deponer las armas y negarse a luchar. Shaltiel viajaba al menos dos veces por semana para intentar convencer a sus amigos árabes. Incluso después de que empezara el baño de sangre en el otoño del cuarenta y siete, y los bloqueos de carreteras y los disparos de francotiradores, no dejó de ir a hablar con sus amigos. Los vecinos lo llamaban «amigo de los árabes». Lo llamaba el Almuecín. Lo llamaban el Devoto Musulmán. Y hubo quienes lo llamaron traidor, porque en cierta medida justificaba la oposición de los árabes al sionismo y tenía buenas relaciones con ellos. Pero, a pesar de todo, él siempre insistía en llamarse a sí mismo sionista, e incluso opinaba que formaba parte del pequeño puñado de sionistas auténticos que no estaban ebrios de nacionalismo. Se denominaba el último discípulo de Ahad Haam. Sabía árabe desde pequeño y le gustaba mucho rodearse de árabes en los cafés de la Ciudad Vieja y pasarse horas y horas hablando. Tenía muy buenos amigos tanto entre los árabes musulmanes como entre los árabes cristianos. Apostaba por un camino distinto. Tenía otras propuestas. Yo discutía con él. Yo persistía en la idea de que esa guerra era una guerra santa a la que, como estaba escrito, debía ir hasta el novio desde su palio nupcial<sup>[48]</sup>, etcétera, etcétera. Mi hijo, Mija, mi único hijo, Mija, tal vez no habría ido a esa guerra de no ser por lo que decía su padre sobre una guerra santa: yo lo eduqué desde pequeño con el recuerdo de los defensores de Tel Hai, de los escuadrones de la noche de Wingate, de las fuerzas especiales de la policía judía y de los macabeos, que tenían que resucitar en esos momentos. Yo lo entrené. Y no solo yo. Todos nosotros. Sus maestras en la guardería. Sus profesores. Los chicos de su quinta. Las chicas. Por aquellos años todos recitaban con devoción «una voz me llamó y yo fui<sup>[49]</sup>». Una voz lo llamó y él fue. Incluso yo mismo fui parte de esa voz. Todo el país hizo oír esa voz. Ningún pueblo retrocede desde las trincheras de su vida<sup>[50]</sup>. Estamos con la espada contra la pared<sup>[51]</sup>. Él se fue y yo me quedé. No. No me quedé. Mija no está y yo tampoco estoy. Por favor, mírame: tienes ante ti a un hombre que no está vivo. Tienes ante ti a un muerto charlatán que no para de hablar.

Volvió a darle al anciano un fuerte ataque de tos. Su cuerpo deforme se retorció en el lecho y, a punto de ahogarse con las flemas, empezó a golpearse repetidamente la cabeza contra la pared.

Shmuel se apresuró a detenerlo. Le dio varias palmadas en la espalda e intentó hacerle beber unos sorbos más de té. El anciano se ahogaba, escupía en un pañuelo arrugado. Al cabo de un minuto o dos, Shmuel advirtió que, tras su máscara de toses y carraspeos, el hombre gemía por

dentro con un sonido reprimido y ahogado, con un hipo entrecortado. Luego, como con ira, se secó los ojos con el mismo pañuelo donde había escupido un momento antes, y se reprendió a sí mismo en voz baja:

—Perdóname, Shmuel.

Era la primera vez desde el día en que Shmuel Ash llegara a esa casa, hacía unos dos meses, que el anciano lo llamaba por su nombre, y también era la primera vez que le pedía perdón.

Shmuel dijo con ternura:

—Descanse. No hable. No le conviene excitarse.

El anciano dejó de golpearse la cabeza contra la pared y solo gimió débilmente, gemidos planos, continuados, semejantes al hipo. Shmuel lo observó y en esos momentos descubrió hasta qué punto su rostro grumoso, un rostro que el escultor parecía haber dejado a medio tallar, con la barbilla afilada hacia delante y el descuidado bigote canoso, de pronto le resultaba querido. La fealdad del anciano le pareció una fealdad fascinante, cautivadora, una fealdad tan intensa que casi se igualaba a la belleza. Le entró un fuerte deseo de intentar ser un consuelo para él. De no desviar la atención de su dolor, pues no había forma en el mundo de desviar la atención de su dolor, sino todo lo contrario, de asimilar, de absorber con fuerza parte de ese dolor. La gran mano agrietada del anciano descansaba sobre la manta y Shmuel, con delicadeza, con indecisión, posó encima la suya. Los grandes dedos de Gershom Wald estaban calientes y rodearon como en un abrazo la mano fría de Shmuel. Durante dos o tres minutos, la mano del anciano abrazó los dedos del chico. Tras el silencio, Wald dijo:

—Sé que sobre los caídos en la guerra de 1948 suele decirse que su muerte no fue en vano. Y también yo lo decía siempre, todos lo decían. Bueno. Cómo podía no decirlo. Natan Alterman escribió: «Quizá por una vez en mil años nuestra muerte tenga sentido». Pero cada vez me resulta más difícil repetir esas palabras. El espíritu de Shaltiel las clava en mi garganta. Shaltiel decía que a sus ojos todo aquel que muere, no solo los muertos de todas las guerras, también quien muere en un accidente o de una enfermedad e incluso de viejo, todos los muertos, del primero al último, desde la antigüedad hasta hoy, todos han muerto completamente en vano.

Desde en medio de los montes y los valles del rostro agrietado y deformado, desde debajo de las espesas cejas canosas, se clavaron en Shmuel unos ojos azules pequeños y penetrantes. Y bajo el tupido bigote tembló el labio superior. El rostro de Gershom Wald se crispó de repente, como si le hubiese entrado un intenso dolor, pero del dolor surgió una especie de sonrisa que no era una sonrisa. No sobre los labios se dibujó esa expresión, sino únicamente alrededor de sus ojos.

—Muchacho, por favor, escúchame. Puede que, incluso a mi pesar, esté empezando a cogerte algo de cariño. A veces pareces una tortuga que ha perdido por el camino su caparazón.

Al atardecer, bajo la lluvia azotada por el viento, Shmuel fue a la farmacia situada en la esquina de la calle Keren Kayemet y la calle Ibn Ezra y le compró a Gershom Wald un humidificador eléctrico para facilitarle la respiración. También compró para él un inhalador nuevo. De camino, también compró una lata de queroseno para la estufa y una botella de coñac barato que se llamaba coñac medicinal.

Cuando volvió a la habitación de Gerhom Wald, encontró al anciano encogido en la cama y tapado con la manta casi hasta la nariz. Parecía que respiraba algo mejor. Shmuel montó el humidificador y lo enchufó. El aparato zumbó ligeramente y esparció por la habitación una densa niebla. De pronto dijo el anciano:



—Shmuel, escucha, ten cuidado, no te enamores de ella. No tienes fuerza para eso.

Y añadió:

—Aquí hubo tres o cuatro chicos antes que tú para hacerme compañía. Casi todos cayeron presas del amor y, al parecer, ella se compadeció de uno o dos durante una noche o dos. Luego los mandó a paseo. Al final, todos se fueron de aquí con el corazón roto. Pero no por culpa de ella. De verdad que no. A ella no se la puede culpar. Hay en ella una especie de cálida frialdad, una especie de actitud distante que os atrae como las mariposas nocturnas son atraídas por la luz de la lámpara. A veces me da pena por ti. Aún eres casi un niño.

Atalia entró en la habitación sin llamar a la puerta. Shmuel no pudo saber si había oído o no las últimas palabras del anciano. Llegó con la papilla que había preparado la vecina, la señora Sara de Toledo, se sentó en la cama del anciano, colocó bien los cojines, le pidió a Shmuel que lo incorporara y le dio cinco o seis cucharadas. Durante unos minutos, los tres permanecieron con las cabezas tan juntas que casi llegaban a tocarse. Como si los tres estuviesen inclinados para analizar de cerca algún objeto raro. Shmuel miró y vio de cerca el profundo surco, más profundo que en la mayoría de las personas, que se extendía entre la nariz y el labio superior de Atalia. Ardió en deseos de tocar suavemente con un dedo el contorno de ese surco. Después el anciano selló los labios como un niño terco y se negó a comer más. Ella no le insistió, al contrario, dejó el plato y la cuchara en las manos de Shmuel y dijo:

—Ve a dejarlo en la cocina. Y luego espérame en la biblioteca.

Él se dirigió a la cocina, terminó de comerse de pie la papilla sobrante, sacó un tarro de yogur del frigorífico y se lo comió entero, y se comió un puñado de aceitunas y una naranja y también fregó el plato y el tarro, fregó la cuchara, lo secó todo y lo dejó en el cajón y en el armario. En ese momento, había en todo su cuerpo una calidez que no había sentido desde que Yardena lo abandonara.

Ella ya lo estaba esperando en la biblioteca. Se tumbó en el diván del anciano y le indicó a Shmuel que se sentara tras el escritorio, en la silla tapizada de respaldo alto del señor Wald. Los tristes y cohibidos ojos almendrados de Shmuel la miraron tímidamente. Atalia llevaba unos pantalones de lana granates y un jersey verde que realzaba sus ojos, que eran de un color entre marrón y verdoso. Marrón con un toque verdoso. No era de talle fino, pero sí de cuello fino. Estaba relajada, tendida con las rodillas juntas, y apoyada en las manos, que tenía colocadas sobre el diván a ambos lados de las piernas.

—Habéis estado hablando de Mija —dijo. No lo dijo preguntando, sino sentenciando o tal vez quejándose—. Wald y tú habéis estado hablando de él.

—Sí —reconoció Shmuel—, lo siento. Ha sido por mi culpa. Yo he preguntado por el rostro del retrato y le he causado un gran dolor. O puede que no haya preguntado yo. Puede que haya sido él quien ha empezado a hablarme de su hijo.

—No lo sientas. No importa. Se pasa días enteros hablando y hablando sin parar, semanas, meses, sermoneando, discutiendo y, en el fondo, no dice nada. Si esta vez, de la forma que sea, tú has hecho que por fin diga algo...

No terminó la frase. Shmuel se armó de un valor impropio de él y, de repente, dijo:

—Tampoco tú dices gran cosa, Atalia.

Y luego preguntó si podía hacerle una pregunta.

Atalia asintió.

Shmuel preguntó cuántos años tenía Mija cuando murió. Ella dudó un instante, como si no estuviese segura de cuál era la respuesta correcta a esa pregunta, o como si fuese una pregunta demasiado íntima. Tras un breve silencio, dijo que tenía treinta y siete años. Y volvió a callarse. Tampoco Shmuel dijo nada. Hasta que ella empezó a decir en voz baja, como hablando consigo misma:

—Era matemático. Publicó artículos en revistas sobre lógica matemática. Iba a convertirse en el catedrático más joven en la historia de la Universidad Hebrea. Pero se contagió como todos de la locura que se desata aquí siempre y un día salió corriendo con entusiasmo hacia la matanza. Salió corriendo con todo el rebaño.

Shmuel estaba sentado en la silla de Gershom Wald, delante del escritorio, y tenía las manos colocadas sobre la superficie del escritorio, esas manos con unos dedos tan cortos que parecía que a cada uno le faltaba una falange. Le costaba respirar, pero se contuvo y no se llevó la mano al inhalador que tenía en el bolsillo. Atalia lo miró de reojo, desde el diván, de abajo arriba y, como escupiendo las palabras entre los labios, dijo:

—Queríais un estado. Queríais independencia. Banderas, uniformes, papel moneda, tambores y trompetas. Vertisteis ríos de sangre inocente. Sacrificasteis a una generación entera. Expulsasteis a cientos de miles de árabes de sus casas. Enviasteis barcos llenos de inmigrantes supervivientes de Hitler directamente desde el muelle a los campos de batalla. Todo para que aquí hubiese un Estado judío. Y mirad lo que recibisteis a cambio.

Shmuel se quedó atónito. Luego balbuceó educadamente:

—Me temo que no estoy completamente de acuerdo contigo.

—Pues claro que no estás de acuerdo. ¿Cómo ibas a estarlo? Tú eres uno de ellos. Revolucionario, socialista, rebelde y, pese a todo, uno de ellos. También Mija se convirtió de la noche a la mañana en uno de ellos. Por cierto, discúlpame, ¿cómo es que tú no caíste?

—Yo era demasiado joven para aquella guerra. Entonces tenía trece años.

Atalia no desistió:

—¿Y cómo no caíste después? ¿En las acciones de represalia? ¿En la Operación Sinaí? ¿En las incursiones? ¿En las operaciones especiales al otro lado de la frontera? ¿En un accidente durante el entrenamiento militar?

Shmuel se puso rojo. Dudó un instante y después confesó:

—No fui soldado de combate. Tengo asma y también el corazón dilatado. —De pronto sus ojos se llenaron de lágrimas que intentó ocultar a Atalia, porque se avergonzaba de ellas.

—Mija tenía solo un riñón. A los nueve años lo operaron en el hospital Hadassa, en la calle Haneviim, y le quitaron el izquierdo. Era un inválido. Como su padre. Falsificó el certificado médico y falsificó también la firma de su padre. Los engañó y ellos se alegraron mucho de ser engañados. Todos fueron engañados. También los que engañaron fueron, de hecho, engañados. También Wald. Un rebaño entero de engañados.

Shmuel dijo con timidez:

—¿No crees que en el cuarenta y ocho nosotros realmente luchamos porque no quedaba más remedio? ¿Qué estábamos entre la espada y la pared?

—No. Vosotros no estabais entre la espada y la pared. Vosotros erais la espada y la pared.

—¿Intentas decirme que tu padre creía en serio que teníamos la más mínima posibilidad de sobrevivir aquí utilizando métodos pacíficos? ¿Qué se podía convencer a los árabes de que aceptasen la partición de esta tierra? ¿Qué se podía lograr una patria usando palabras bonitas? ¿Y tú también lo crees? Hasta el mundo del mañana apoyó entonces el establecimiento de un estado para los judíos. Hasta el bloque comunista nos proporcionó armas.

—A Abravanel no lo impresionaban los estados. En absoluto. En ningún sitio. No lo impresionaba nada un mundo dividido en cientos de estados nacionales. Como hileras e hileras de jaulas separadas en el zoológico. Él no sabía yidish, él hablaba hebreo y árabe, hablaba ladino, inglés, francés, turco y griego, pero de todos los estados del mundo decía, precisamente en yidish, «Goyim naches», un placer de gentiles. A sus ojos, todos los estados eran una idea infantil y desfasada.

—¿Era un ingenuo? ¿Un soñador?

—Ben Gurión era un soñador, no Abravanel. Ben Gurión y todo el rebaño que iba detrás de él como detrás del flautista de Hamelín. A la matanza. A la masacre. A la deportación. Al odio eterno entre las dos comunidades.

Shmuel se movió intranquilo en la silla tapizada del señor Wald. Las palabras de Atalia le parecieron salvajes, aterradoras, de poner los pelos de punta. Las consabidas respuestas, las respuestas de Gershom Wald, las tenía en la punta de la lengua y, sin embargo, no encontró las palabras apropiadas. La idea de que todos los estados nacionales se parecían a jaulas del zoológico hacía que le diesen ganas de espetarles a Atalia y a su padre que, en un lugar donde las personas se comportaban unas con otras como animales de presa, tal vez realmente había que meterlas en jaulas separadas. Pero se recordó a sí mismo que Atalia era viuda de guerra, y decidió dejarlo pasar. Mucho más que vencerla en la discusión, él deseaba aferrar su cuerpo, aunque solo fuese por un instante, estrecharlo entre sus brazos. Intentó imaginarse al padre de Atalia esforzándose en vano por detener él solo con la mano la catarata de la historia. ¿Cómo es posible que un hombre que no creía en un estado para los judíos se llamase a sí mismo sionista y hasta formase parte durante varios años de la Ejecutiva Sionista y de la dirección de la Agencia Judía? Como si estuviese leyendo sus pensamientos, con una voz en la que se mezclaban la burla y la tristeza, Atalia dijo:

—Él no llegó a esa conclusión en un día. La revuelta árabe del treinta y seis, Hitler, la resistencia, los asesinatos, las acciones de represalia de las resistencias judías, los patíbulos que levantaron los británicos, y sobre todo, sus muchas conversaciones con sus amigos árabes, lo llevaron a pensar que aquí había suficiente espacio para las dos comunidades y que era mejor para ellas vivir una al lado de la otra o una dentro de la otra sin ningún marco estatal. Vivir como una comunidad mixta, o como una combinación de dos comunidades en la que una no amenazaba el futuro de la otra. Pero quizá tengas razón. Quizá todos vosotros tengáis razón. Quizá realmente era una persona ingenua. Quizá realmente era preferible que ocurriese todo lo que vosotros hicisteis aquí, que decenas de miles acabasen asesinados y cientos de miles acabasen exiliados. Aquí los judíos son un gran campo de refugiados y también los árabes son un gran campo de refugiados. Y desde ahora los árabes viven día tras día la tragedia de su derrota y los judíos viven noche tras noche el terror de su venganza. Al parecer así les va mucho mejor a todos. Los dos pueblos reconcomidos por el odio y el veneno y los dos llenos, tras la guerra, de venganza y razón. Ríos

enteros de venganza y razón. Y por tanta razón toda esta tierra está cubierta de cementerios y sembrada de ruinas de cientos de aldeas pobres que fueron borradas del mapa.

—Hay respuestas, Atalia. Pero no las diré. Temo herirte.

—A mí —dijo Atalia— ya nada puede herirme. Tal vez solo un misil antitanque.

Con esto se levantó, cruzó de cuatro zancadas la biblioteca y se asomó a la ventana.

—Me lo asesinaron —dijo de pronto, no con tristeza ni con odio, sino con una exaltación que casi parecía furioso regocijo—, a los treinta y siete años, con un subfusil Sten y unas cuantas granadas de mano. Lo enviaron a escoltar a uno de los convoyes que se dirigían hacia Jerusalén. Fue el dos de abril del cuarenta y ocho. La ruta hacia Jerusalén era un camino sinuoso dentro de un profundo barranco, y los árabes disparaban a esos convoyes desde las montañas, desde ambos lados del camino. Al parecer ya había atardecido. Los comandantes del convoy temieron quedar atrapados en la estrecha carretera del barranco en la oscuridad. Algunos combatientes descendieron de los camiones blindados y los mandaron a quitar una barrera de piedras que los árabes habían puesto atravesando la carretera. Otros, también Mija, corrieron colina arriba para alcanzar y destruir con granadas de mano caseras las posiciones de los francotiradores. Ese ataque fue repelido. Al caer la noche retrocedieron cargando a la espalda a los muertos y a los heridos. Pero no a todos los muertos y heridos. Cuando el convoy ya estaba acercándose a Jerusalén, alguien se acordó de que faltaba Mija. Al día siguiente, al amanecer, un pelotón salió a peinar las laderas de las colinas. Sus mejores amigos, que en su mayoría eran diez o quince años menores que él. Estuvieron toda la mañana peinando la zona hasta que lo encontraron. Tal vez estuvo allí solo agonizando durante toda la noche. Tal vez gritó pidiendo ayuda. Tal vez, mientras se desangraba, intentó arrastrarse colina abajo hacia la carretera. O tal vez los árabes lo encontraron justo después de que sus compañeros se retirasen. Lo degollaron, lo desnudaron de medio cuerpo para abajo, le cortaron el miembro y se lo metieron en la boca. Jamás sabremos si lo degollaron antes o después de castrarlo. Esa pregunta sigue abierta. Dejaron esa pregunta para siempre a mi imaginación. Para que no me falte nunca en qué pensar por las noches. Noche tras noche. A mí no me lo contaron. A mí no me contaron nada. Nada de nada. Me enteré de casualidad: más o menos un año después de su muerte, uno de sus compañeros murió en un accidente laboral en Galilea y yo recibí su diario. Solo allí, en ese diario, encontré escrito en menos de diez palabras cómo encontraron a Mija entre las rocas. Y desde entonces no hago más que verlo, lo veo constantemente, la mitad inferior de su cuerpo desnuda, el cuello rebanado y nuestro miembro cortado metido en su boca. Lo veo cada día. Cada noche. Cada mañana. Cierro los ojos y lo veo. Abro los ojos y lo veo. Y yo continué viviendo aquí con los dos abuelos que ya no serían abuelos, seguí cuidando de los dos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Es imposible amar a los hombres. Lleváis miles de años teniendo el mundo entero en vuestras manos y lo habéis convertido en una monstruosidad. En un matadero. Tal vez solo utilizaros. A veces incluso apiadarse de vosotros e intentar consolaros un poco. ¿De qué? No lo sé. Tal vez de vuestra incapacidad.

Shmuel guardó silencio.

—Abravanel murió dos años después. Murió solo, aquí, en la otra habitación. Odiado y difamado murió. Despreciado por todos. Tal vez incluso por él mismo. Todos sus amigos árabes quedaron al otro lado de las nuevas fronteras o fueron expulsados de sus casas de Katamón, Abu Tor y Baka. Amigos judíos no le quedaban: él era el traidor. Entre Mija y la muerte de Abravanel,

vivimos aquí unos dos años, Abravanel, Gershom Wald y yo, únicamente nosotros, nosotros tres, sin nadie, solos. Como en un submarino. Los dos abuelos del niño que yo no tendría y yo. Wald le rebatía todo a Abravanel, le rebatía de la primera palabra a la última, pero ya no volvieron a discutir. Jamás. La muerte de Mija los enmudeció por completo. De repente se acabaron todos los argumentos. Se les hizo un nudo en la garganta. El silencio reinó entre ellos, y también entre ellos dos y yo. Wald seguramente sufrió por ese silencio. Le gusta hablar y necesita hablar sin parar. Abravanel estaba cómodo con ese silencio. Yo los cuidaba y cada día iba unas horas a trabajar a una inmobiliaria de la calle Straus. Un día, poco después del boletín de noticias de las siete de la tarde, Abravanel se sentó solo en la cocina, se tomó un café y leyó el periódico como de costumbre. Cada tarde se sentaba solo en la cocina, se tomaba un café y leía el periódico. De pronto su cabeza se desplomó sobre la taza de café y la volcó. El cristal derecho de sus gafas estalló como si la bala de una pistola le hubiese alcanzado directamente en el ojo. El periódico se empapó con el café que corría por la mesa, por su pecho, por sus piernas y por el suelo. Y así lo encontré. Café, periódico, gafas rotas, su cara sobre el hule de flores, como si de pronto le hubiese entrado sueño sobre la mesa de la cocina, y solo su frente y su cabello estaban sumergidos en un charco de café. Yo aceptaba algunas de las opiniones de Abravanel, pero en el fondo nunca lo quise, salvo tal vez durante los años en que aún era una niña pequeña. Era un hombre honesto y también bastante valiente y original, pero nunca quiso ser padre, y tampoco sabía cómo serlo, y de hecho tampoco era un marido. Una vez, cuando yo tenía cuatro años, me dejó olvidada en una tienda del mercado Mahané Yehuda, porque se enfrascó en una discusión con un sacerdote y, para proseguir con la discusión, acompañó al sacerdote hacia la calle Yafo y siguió acompañándolo hasta la calle de los Abisinios. En otra ocasión se enfadó con mi madre y le prohibió salir de casa durante dos semanas, y para conseguirlo le escondió los tres pares de zapatos que tenía. Una vez la encontró en la cocina, tomando un vaso de vino y riéndose a carcajadas con un amigo griego de mi padre. Por eso la encerró en la buhardilla. Era un hombre solitario, reconcentrado y celoso. Una persona fanática. Un signo de exclamación andante. Tener familia no era lo suyo. Quizá debería haber sido un ermitaño.

Jesús y todos sus apóstoles eran judíos descendientes de judíos. Sin embargo, el único de ellos que está gravado en la conciencia popular cristiana como judío, como el que representa al pueblo judío en su totalidad, es Judas Iscariote. Cuando los emisarios de la casta sacerdotal y los guardianes del Templo fueron a detener a Jesús, el resto de los apóstoles se asustaron, temieron por sus vidas y se dispersaron aterrados en todas direcciones, solo Judas se quedó allí. Tal vez besó a Jesús para darle fuerzas. Tal vez fue con aquellos carceleros al lugar adonde se llevaron al maestro. También Pedro llegó hasta allí, sin embargo, antes del amanecer, Pedro negó a Jesús tres veces. Judas no lo negó. Qué irónico resulta, escribió Shmuel en su cuaderno, que el primer y último cristiano, el único cristiano que no abandonó a Jesús ni por un instante y que no lo negó, el único cristiano que creyó en la divinidad de Jesús hasta su último momento en la cruz, el cristiano que creyó hasta el final que Jesús descendería de la cruz ante toda Jerusalén y ante el mundo entero, el único cristiano que murió con Jesús y que no lo sobrevivió, el único al que realmente se le rompió el corazón cuando murió Jesús, precisamente él sea considerado por cientos de millones de personas en los cinco continentes y durante miles de años el judío más indiscutible. Y el más abominable y despreciable. La encarnación de la traición, la encarnación del judaísmo y la encarnación de la relación existente entre judaísmo y traición.

En la edad moderna, anotó Shmuel en su cuaderno, el historiador Tzvi Graetz escribió que Jesús es el único nacido de mujer del que se puede «decir sin temor a exagerar que hizo más con su muerte que en vida». Shmuel añadió al margen con su caligrafía acelerada: No es cierto. No solo Jesús. También Judas Iscariote hizo mucho más con su muerte que en vida.

Solo en su buhardilla en una noche de invierno, con una intensa e incesante lluvia cayendo sobre los declives del techo pegado a su cabeza y sonando en los canalones, con los cipreses inclinándose por el viento del oeste, con un ave nocturna desesperada lanzando de repente un único y penetrante grito, Shmuel estaba inclinado sobre la mesa, dando de cuando en cuando un largo trago de la botella de vodka barato que tenía delante. Y escribió en su cuaderno:

Los judíos casi nunca han hablado de Judas. En ninguna parte. Ni una palabra. Tampoco cuando ridiculizaron la crucifixión y la resurrección que, según los Evangelios, ocurrió tres días después. Los judíos de todas las épocas, incluso los que escribieron libros de polémica contra el cristianismo, tenían tocar a Judas. Esos mismos judíos que, como Tzvi Graetz y Klausner, formularon que Jesús nació judío y murió judío, que era afín a los esenios y era odiado por la casta sacerdotal y por los doctores de la Ley porque se juntaba con pecadores, con recaudadores y con prostitutas, también pasaron en silencio sobre la figura de Judas Iscariote. Incluso los que

sostuvieron que Jesús era un ilusionista, un hechicero astuto y el bastardo de un soldado romano, todos ellos evitaron decir una palabra sobre Judas. Se avergonzaban de él. Renegaban de él. Tal vez temían invocar el recuerdo un hombre sobre cuya figura se vertieron ríos y ríos de odio y desprecio durante ochenta generaciones. Mejor no tocarlo.

Shmuel recordaba perfectamente la imagen de Judas en varias pinturas famosas de la última cena: un ser deforme y nauseabundo sentado como un reptil a un extremo de una mesa en la que el resto de los comensales son bellos; un moreno entre rubios, nariz curvada y grandes orejas, dientes amarillos y mellados, expresión avara y codiciosa dibujada en su infame rostro.

Allí, en el Gólgota, el viernes de Pascua, la plebe se burló del crucificado: «Sálvate a ti mismo y descende de la cruz». Y también Judas le imploró: «Desciende, maestro. Desciende ahora. En este momento. Se está haciendo tarde y el pueblo empieza a dispersarse. Desciende. No te demores más».

¿Acaso no hay?, escribió Shmuel en su cuaderno, ¿ni un solo creyente que se pregunte cómo es posible que un hombre que ha vendido a su maestro por la insignificante cantidad de treinta monedas de plata, inmediatamente después, se ahorque movido por la pena? Ninguno de los otros apóstoles murió con Jesús de Nazaret. Judas fue el único que no quiso seguir viviendo tras la muerte del Salvador.

Sin embargo, Shmuel no encontró en ningún texto que él conociese ni el más mínimo intento de salir en defensa de aquel hombre, de ese hombre sin el cual no habría habido crucifixión, ni cristianismo ni Iglesia, sin el cual aquel hombre de Nazaret habría caído en el olvido al igual que otras decenas de milagrosos y predicadores pueblerinos de la remota Galilea.

Después de medianoche, Shmuel se puso su ajada trenca con presillas de cuerda y botones de madera, se caló su *shapka*, se espolvoreó talco para bebés por la barba, las mejillas, la frente y el cuello, cogió el bastón con cabeza de zorro y bajó a la cocina. Tenía intención de comerse una gruesa rebanada de pan untada con queso, porque de pronto le había entrado hambre, y salir a deambular por las calles vacías hasta que por fin lo venciese el cansancio. Tal vez, en su fuero interno, esperaba encontrarse en la cocina con Atalia. ¿También ella tendría insomnio? Pero la cocina estaba desierta y a oscuras y, cuando encendió la luz, Shmuel pudo ver una enorme cucaracha marrón huyendo de él a la carrera para esconderse debajo del frigorífico. ¿Por qué huyes?, se rio Shmuel, yo nunca te tocaría, no tengo nada contra ti. No me has hecho nada. No soy mejor que tú.

Abrió el frigorífico y vio algunas hortalizas, una botella de leche y una tarrina de queso. Cogió una buena porción de queso con el dedo y lo untó en una rebanada de pan, se la metió en la boca y se la comió sin darse cuenta de que la barba se le había llenado de migas. Esparció algunas migas por el suelo a propósito, para el desayuno de la cucaracha. Luego cerró el frigorífico y cruzó el pasillo de puntillas, porque sabía que Gershom Wald, que se encontraba convaleciente, estaría en ese momento despierto junto a su escritorio o tumbado en su diván en la biblioteca. Entonces se detuvo un instante a escuchar detrás de la puerta cerrada de Atalia y, como no oyó ningún ruido, salió de la casa hacia la oscuridad, cerró la puerta con llave y tanteó las baldosas de piedra del patio con su bastón de cabeza de zorro.

No había dejado del todo de llover, pero ya solo caía una fina llovizna. También el viento se había calmado. Un profundo silencio reinaba en el callejón. El aire era frío y diáfano, cristalino,



un aire que limpió y purificó sus pulmones y despejó su cabeza de los efluvios del vodka barato. Todas las ventanas y contraventanas estaban cerradas y ninguna luz salía de ellas. La anticuada farola de la época del Mandato británico, la farola con cuadrados de cristal, apenas iluminaba, pero esparcía multitud de sombras nerviosas que se movían sobre la carretera y las paredes. Shmuel, con la cabeza dirigida hacia delante, el cuerpo persiguiendo a la cabeza y las piernas intentando no quedarse rezagadas, avanzó por el callejón Rabbi Elbaz hacia la calle Ussishkin. Desde allí se dirigió hacia Nahlaot, por un camino parecido al que hacía recorrido hacía varias semanas con Atalia. Recordó el silencio que había entre ellos durante aquel paseo y pensó en las cosas que le había contado entonces sobre la muerte de Mija y sobre la muerte de su padre, al que nunca quería llamar papá y al que siempre llamaba por su apellido: Abravanel. Se preguntó qué llevaba haciendo él todo el invierno en esa casa llena de olor a muerte, entre el espíritu del dueño de la casa, el anciano que sermoneaba y sermoneaba sin cesar como un juguete mecánico estropeado y la mujer inaccesible que detestaba a todo el sexo masculino. Aunque muy de cuando en cuando se compadecía de ellos. Y se respondió que estaba aislándose. Tal y como había decidido hacer cuando Yardena se casó con Neshher Shereshevski y cuando dejó los estudios. Y hasta el momento se había mantenido firme en su decisión. ¿Pero realmente estás aislándote? No es cierto que en todo momento, incluso cuando estás encerrado en tu buhardilla, tu corazón está abajo, en la cocina, o en el umbral de la puerta cerrada de Atalia.

Un gato callejero, congelado, delgado, famélico, con las costillas marcadas y el rabo entre las patas, estaba encogido entre dos cubos de basura y observó a Shmuel con ojos brillantes, alerta, listo para salir huyendo en cualquier momento. Shmuel se detuvo, observó al gato y de pronto sintió una gran compasión. Era esa compasión que de vez en cuando le producía alguien a quien no sonreía la fortuna, una compasión que casi nunca llevaba a la práctica. Para sus adentros le dijo al gato: no huyas tú también de mí. Tú y yo nos parecemos un poco. Los dos estamos solos en la oscuridad, bajo esta lluvia fina, preguntándonos y ahora qué. Los dos estamos buscando una fuente de calor y, cuanto más la buscamos, más se aleja. Se acercó un poco, con el bastón por delante, pero el gato no dejó su puesto entre los cubos de basura, sino que se erizó y se arqueó un poco, enseñó los dientes y lanzó dos bufidos de muda advertencia. De pronto, en la oscuridad, resonó un disparo sordo y después se oyó una corta ráfaga de disparos agudos, mucho más cercanos, que hirieron el silencio. Shmuel no supo calcular de dónde procedían esos disparos. La Jerusalén israelí estaba rodeada por tres partes por la Jerusalén jordana y a lo largo de toda la frontera se habían construido trincheras fortificadas, se habían tendido alambradas de espino, levantado muros de hormigón y sembrado campos de minas. De cuando en cuando, francotiradores jordanos alcanzaban a transeúntes o, durante más de media hora, había fuego cruzado entre las posiciones fortificadas situadas a ambos lados de la línea.

Tras la ráfaga de disparos, volvió a caer sobre Jerusalén un silencio de noche invernal. Shmuel se agachó, tendió la mano hacia el gato y probó a llamarlo. Y sorprendentemente, en vez de huir, el gato dio tres o cuatro pasos precavidos hacia él, olisqueando suspicazmente el aire, con los bigotes agitándose bajo la luz de la farola, los ojos brillando con una intensa chispa diabólica y la cola erguida. Sus pasos suaves y flexibles parecían pasos de baile, era como si el delgado gato quisiese inspeccionar de cerca al forastero solitario de la callejuela. Puede que aún no hubiese olvidado que una vez recibió algo de comer de entre los dedos de un extraño. Shmuel lamentó tener las manos vacías. Se acordó del queso reseco del frigorífico y se arrepintió de no

haber cogido unos cuantos pedazos. También podía haber cocido un huevo antes de salir y pelarlo ahora y dárselo a ese gato callejero muerto de hambre.

—No tengo nada. Perdóname —se disculpó Shmuel en voz baja.

Pero el gato, al que no lo impresionaron esas palabras, se acercó aún más a Shmuel y olisqueó la punta de sus dedos tendidos. En vez de desilusionarse y marcharse, el gato decidió restregar un lado de su cabeza en la yema de los dedos tendidos hacia él mientras emitía un breve maullido conmovedor. Shmuel, completamente sobrecogido, dejó los dedos estirados para que el gato pudiese seguir restregándose en ellos. Y de repente se armó de valor, dejó el bastón sobre el asfalto de la acera y acarició con la otra mano la cabeza y el lomo del gato, y le hizo cosquillas suavemente en el cuello y debajo de las orejas. Era un gato blanco y gris, no muy grande, casi un cachorro, cálido y suave al tacto. Cuando la mano de Shmuel lo acarició, salió de sus pulmones un ligero y prolongado ronroneo y volvió a restregar la mejilla en los dedos tendidos hacia él.

Un instante después, el gato se restregó dos veces en la pierna doblada de Shmuel, emitió otro maullido suave, cambió de idea, se alejó de allí sin mirar atrás y desapareció entre los cubos de basura con ligeros y elásticos pasos de tigre.

Shmuel prosiguió su camino, cruzó el mercado de Mahané Yehuda y atravesó el barrio de Mekor Baruch, en cuyas paredes de piedras destacaban carteles de rabinos y líderes espirituales, maldiciones, prohibiciones e invectivas: «Con gran quebranto hemos sido quebrados<sup>[52]</sup>», «No toquéis a mis ungidos<sup>[53]</sup>», «Prohibido votar en las impuras elecciones», «Los sionistas continúan las acciones de Hitler, desaparezca su nombre de la faz de la tierra».

Los pies lo llevaron a la callejuela del barrio de Yegia Kapaim donde estaba su café de su época del círculo para la renovación socialista, el café proletario donde se reunían los seis miembros del grupo alrededor de dos mesas unidas, a una o dos mesas de distancia de aquel pequeño grupo de artesanos, albañiles, electricistas, tipógrafos y fontaneros que no hablaban con ellos, pero que, de vez en cuando, daban fuego a alguno de los miembros del círculo.

Cuando llegó al café y vio que la reja de hierro oxidado estaba echada, Shmuel se quedó allí plantado preguntándose qué estaba haciendo ahí. De repente se formuló la pregunta que le había planteado Atalia unas horas antes:

¿Cómo es que no caíste tú también?

Echó un vistazo a su reloj. Pasaban diez minutos de la una. No se veía ni un alma en todo el barrio. Tan solo había una débil luz encendida en una de las ventanas y Shmuel se imaginó que un joven estudiante religioso estaba allí recitando versículos de los Salmos. Para sus adentros le dijo a ese joven estudiante: los dos, tú y yo, buscamos algo inconmensurable. Y, como es inconmensurable, no lo encontraremos aunque lo busquemos hasta el amanecer y la noche siguiente y todas las noches siguientes y hasta el día de nuestra muerte e incluso también después de nuestra muerte.

De camino a casa, subiendo por la calle Zikhron Moshe, Shmuel pensó en la muerte de Mija Wald, el genio de las matemáticas que estaba casado con Atalia y que incluso hasta la amase y ella lo amase a él, antes de que Atalia se convirtiese en una persona agria. Pese a que su mujer y su suegro se oponían a la guerra, se oponían al establecimiento del Estado y se oponían con todas sus fuerzas a que se alistara para participar en esas malditas batallas, y pese a que él era un inválido como su padre y de pequeño le habían quitado un riñón, pese a todo se alistó para la guerra de la Independencia. Y aquella noche, la noche del dos de abril del año cuarenta y ocho, subió al ataque

a una colina. Shmuel intentó imaginarse al hombre herido, no un joven del Palmaj, sino un hombre casado de treinta y siete años, sin duda no demasiado fornido, y quién sabe, puede que también asmático como yo, ascendiendo con dificultad por las colinas. Sus compañeros se retiraron en la oscuridad montaña abajo, hacia el convoy detenido en la carretera, sin darse cuenta de que él se había quedado atrás. ¿Le dio miedo gritar por si lo oían los combatientes enemigos? ¿Perdió la consciencia? ¿O tal vez intentó con sus últimas fuerzas arrastrarse por la ladera hacia la carretera y el convoy? ¿O tal vez fue justo lo contrario, tal vez gritó y gritó por los dolores atroces que tenía y precisamente por esos gritos lo encontraron los combatientes árabes en la oscuridad? Y cuando lo encontraron, ¿intentó hablar con ellos? ¿En su idioma? ¿Sabía árabe como su suegro? ¿Intentó luchar con ellos? ¿Imploró por su vida? Sin duda sabía, como todos, que en aquella guerra, durante los primeros meses, los dos bandos apenas hacían prisioneros. ¿Comprendió, con terrible y desesperado terror, lo que le iban a hacer cuando le bajaron los pantalones? ¿Se le heló la sangre en las venas? Shmuel se estremeció, se llevó la mano a los pantalones como para proteger su miembro y aceleró el paso a pesar de que la fina lluvia había cesado y en el aire de Jerusalén solo había frescor mezclado con olores a hojas podridas y a tierra mojada. ¿Cómo es que no caíste tú también?

Un poco antes de la plaza Davidka, un coche patrulla con la sirena encendida dio un frenazo a su lado, se abrió una ventanilla y una gangosa voz de tenor le preguntó con un fuerte acento rumano:

—Señor, ¿adónde va?

—A casa —dijo Shmuel, a pesar de que aún no había decidido si dejar de deambular ya por esa noche. Lo cierto es que tenía intención de caminar por las calles hasta la extenuación.

—Documentación.

Shmuel se cambió el bastón de mano, se desabrochó los botones de la trenca con los dedos congelados, rebuscó en un bolsillo de su camisa y luego en el otro y después en el bolsillo trasero del pantalón y al final sacó las tapas de su carné de identidad y se las entregó al policía rumano: por aquella época, los carnés de identidad aún tenían forma de libreta azul con tapas de cartón. Siguió rebuscando, se vació los bolsillos y les dio la vuelta, hasta que en el fondo de uno de ellos encontró el cuerpo del carné. El policía encendió una pequeña luz en el techo del coche, leyó el documento y le devolvió a Shmuel las tapas y el carné en sí.

—¿Se ha equivocado de camino?

—¿Por qué? —preguntó Shmuel.

—En su carné pone que vive en Tel Arza.

—Sí. No. Ahora me hospedo, quiero decir trabajo en el callejón Rabbi Elbaz. En el barrio de Shaarei Hesed.

—¿Trabaja? ¿A estas horas?

—Resulta que trabajo allí y también duermo allí por las noches —dijo Shmuel—. Es decir, el alojamiento es parte del sueldo. Da igual. Es un poco complicado.

—¿Está borracho?

—No. Sí. Puede que un poco. La verdad es que me tomé unos tragos antes de salir.

—Y exactamente, si se puede saber, ¿adónde va su señoría a estas horas en una noche tan fría?

—Solo a dar una vuelta. A despejar un poco la cabeza.

Pero el policía ya empezaba a hartarse. Le dijo algo a su compañero, que estaba al volante, y luego le dijo a Shmuel mientras cerraba la ventanilla:

—No es demasiado saludable dar vueltas solo por las calles a estas horas. El señor puede pillar un resfriado. O encontrarse con un lobo. —Y añadió—: Venga, váyase de aquí ahora mismo directamente, pero directamente, a casa. Estas no son horas para gente decente. Y cuídese muy mucho de que no lo veamos más esta noche.

Helado, mojado y cansado regresó Shmuel Ash un poco después de las dos a la casa del callejón Rabbi Elbaz. Entró en silencio, de puntillas, para que el anciano no lo oyera. Luego se acordó de que el hombre aún estaba algo enfermo y que seguramente ya estaría durmiendo en su cama frente a la fotografía de su hijo asesinado. Por tanto, encendió la luz de la cocina, buscó a su cucaracha, pero la cucaracha al parecer ya se había ido a dormir, y Shmuel se comió una gruesa rebanada de pan con mermelada y unas aceitunas y se bebió un vaso de agua, porque, aunque estaba helado y necesitaba algo caliente, le dio pereza hacerse un té. Luego subió en silencio a la buhardilla, encendió la estufa, se quitó la trenca y los zapatos, dio otros tres largos tragos de la botella de vodka, se desnudó y permaneció un rato con sus calzoncillos largos de franela delante de la estufa. De repente se dijo: esto no te traerá nada bueno. Y aunque ni él mismo comprendía a qué se referían esas palabras, lo calmaron un poco. Entonces se metió en la cama y aspiró dos veces del inhalador, porque, a pesar de que en ese momento respiraba bien, presentía que le iba a dar pronto un ataque asma. Luego se acurrucó en la manta y se quedó dormido casi nada más apoyar la cabeza en la almohada. Olvidó apagar la luz y la estufa, y olvidó también cerrar la botella de vodka.

Al día siguiente se levantó a las once, se vistió, cogió su bastón y, embotado y exhausto, se fue a comer *goulash* y macedonia de frutas al restaurante húngaro de la calle King George. De hecho, tendría que haber entrado nada más levantarse en el dormitorio del enfermo y preguntarle si necesitaba algo. Asearlo. Cambiarle el pijama empapado de sudor. Servirle un té. Dárselo con una cucharilla. Acercarle una píldora y colocarle el montón de cojines. Pero no lo hizo, porque ya el mismo día que llegó a la casa le dijeron que por las mañanas el anciano siempre dormía. Y además, seguro que Atalia se había asomado una o dos veces a la habitación del enfermo, o Bella la asistenta, o tal vez la vecina Sara de Toledo. Y a pesar de todo, tendrías que haber entrado para ver si te necesitaba. A lo mejor el anciano estaba despierto en la cama esperándote solo a ti. A lo mejor ha estado despierto toda la noche y ha encontrado nuevas palabras que quiere decirte a ti. A lo mejor esta mañana le urge decirte algo más sobre su hijo. Cómo has podido abandonarlo. Ahora, en el restaurante húngaro, ante un plato de *goulash* humeante, Shmuel lo lamentaba en lo más profundo de su corazón. Y se dijo: demasiado tarde.

Gershom Wald se restableció a mediados de febrero. Aunque tenía una tos seca y molesta que no se le acababa de quitar. De nuevo, a las cinco de la tarde, iba cojeando con sus muletas desde el dormitorio hasta la biblioteca, donde Shmuel le hacía compañía hasta las diez o las once de la noche. Apenas volvió a mencionar a su hijo. Pero cada vez que la ironía le hacía levantar la ceja izquierda, Shmuel se acordaba de Mija y de su atroz y solitaria muerte. Gershom Wald y Shmuel escuchaban juntos las noticias. Hablaban sobre la primera bomba atómica lanzada por Francia en aquellos días. Hablaban sobre la libre navegación por el canal de Suez y sobre la declaración de Ben Gurión de que las amenazas de Nasser eran infundadas. Luego, Shmuel subía a su buhardilla y el anciano se quedaba despierto con sus libros y sus papeles hasta las cinco o las seis de la mañana. Durante toda la mañana, Wald dormía en su habitación, a la que desde ahora Shmuel también tenía permitido entrar de vez en cuando, a recoger unas gafas que había olvidado en la cabecera de la cama o a apagar la radio que se había dejado encendida.

Desde aquella tarde en que, ardiendo de fiebre, Gershom Wald le habló a Shmuel de la muerte de su hijo, hubo un cambio en su relación: la febril locuacidad del anciano parecía haberse calmado un poco. De cuando en cuando, aún soltaba pullas y juegos de palabras, se mofaba, distorsionaba versículos bíblicos, aleccionaba a Shmuel con grandilocuentes conferencias sobre la polémica de Uganda o sobre la naturaleza de la vejez frente al temperamento de la juventud. A veces se pasaba una media hora hablando por teléfono con alguno de sus invisibles interlocutores. Bromeaba. Citaba. Intercambiaba agudas ocurrencias. Pero ahora se pasaba una hora o dos en completo silencio. Se sentaba en la silla con tapicería de piel junto a su escritorio o se tumbaba en su diván de mimbre, tapado con la manta escocesa, y leía un libro, con sus gruesas gafas en la punta de la nariz, el bigote canoso agitándose, los pequeños ojos azules recorriendo las líneas, con una ceja un poco levantada, los labios moviéndose durante la lectura, la mata de pelo plateado dándole a su fascinante fealdad un aspecto distinguido. Parecía un profesor jubilado, un profesor investigando en el silencio de su biblioteca. A veces se intercambiaban las páginas del periódico *Davar*. A las nueve de la tarde ambos escuchaban las noticias. Shmuel se sentaba enfrente de Gershom Wald en la silla de invitados, leía el libro *Los días de Ziklag*, con el que llevaba luchando intermitentemente todo aquel invierno, salvo en los momentos en que leía el Nuevo Testamento o alguno de los libros que había traído de su habitación en el barrio de Tel Arza, libros que trataban sobre la relación de los judíos con Jesús de Nazaret. Un libro que había salido hacía poco en hebreo, en el año 1959, de S. Zeitlin, titulado *Jesús de Nazaret, rey de los judíos*. Y estaba también el libro en inglés de M. Goldstein, *Jesús en la tradición judía*, y separatas de

artículos publicados por su maestro, el profesor Gustav Yom-Tov Eisenschloss. En ninguno de esos libros ni de esos artículos se hablaba de Judas Iscariote, excepto con las consabidas menciones a su traición y a que, a ojos del populacho cristiano, Judas el traidor se convirtió en la repulsiva representación arquetípica de todos los judíos, de los judíos de todos los lugares y de todos los tiempos.

Un profundo silencio envolvía la biblioteca. Fuera, a cierta distancia, se oían a veces, cuando escampaba, voces de niños jugando. De cuando en cuando burbujeaba el queroseno en la goma de la estufa que estaba situada en un rincón de la biblioteca y que producía un agradable calor. De la mesa al diván y del diván a la mesa, el anciano se abría paso por sí mismo, sin las muletas, solo con la fuerza de los músculos de sus brazos y de sus hombros. Jamás permitía que Shmuel lo ayudase.

Pero durante los siguientes días se produjo un cambio: el anciano dejaba que Shmuel lo sujetase un poco por los hombros y le colocase los cojines que tenía en la espalda. Si se tumbaba en el diván, Shmuel lo tapaba con cuidado con la manta de lana escocesa. De vez en cuando le ofrecía un vaso de té caliente al que seguía añadiendo un poco de zumo de limón, miel y un chorrito de coñac, a pesar de que ya no tenía gripe. También se preparaba un té para él y lo endulzaba con miel. En medio del absoluto silencio, se oyó una vez la voz del anciano que, alzando la vista de las páginas de su libro y, como continuando una conversación que sin cesar entablaba consigo mismo, dijo:

—Todos pensaban que había perdido el juicio. Lo insultaban y degradaban, lo llamaban traidor, lo llamaban amigo de los árabes, hasta llegaron a propagar por Jerusalén el persistente rumor de que uno de sus abuelos era un jardinero árabe de Belén, pero nadie se molestó en discutir con él. Como si de su boca no saliesen ideas interesantes, solo locas obsesiones. Como si su verdad ni siquiera mereciese ser rebatida.

—¿Está hablando del padre de Atalia? —preguntó Shmuel.

—De quién si no. Yo mismo me obligué a no discutir con él. Estábamos demasiado alejados. Él leía cada mañana el periódico *Davar* y, cuando terminaba, entraba aquí y lo dejaba en silencio encima de mi mesa. No intercambiábamos ni una palabra, salvo perdón, gracias, serías tan amable de abrir la ventana. Una vez o dos salió de su mutismo y me dijo que los padres del sionismo utilizaron de forma calculada las energías religiosas y mesiánicas que las masas judías habían tenido durante generaciones y generaciones en el corazón y pusieron esas energías al servicio de un movimiento político que era esencialmente laico, pragmático y moderno. Pero algún día, dijo, el gólem se rebelará contra su creador: las energías religiosas y mesiánicas, las energías irracionales que los fundadores del sionismo intentaron aprovechar para su lucha laica y contemporánea, algún día explotarán y arrasarán con todo lo que los padres del sionismo pretendían crear aquí. Él no dimitió de la Ejecutiva Sionista porque dejara de ser sionista, sino porque pensaba que todos y cada uno de ellos se habían desviado por completo del camino y se habían dejado arrastrar con los ojos cerrados por las locuras de Ben Gurión, se habían descarriado y, de la noche a la mañana, todos se habían convertido en seguidores de Jabotinski, o incluso de Abraham Stern. Y de hecho no dimitió, fue expulsado. Fue expulsado tanto de la Ejecutiva Sionista como de la dirección de la Agencia Judía. Le pusieron ante la tesitura de tener que elegir en veinticuatro horas entre dejar sobre la mesa de Ben Gurión una carta de dimisión o ser expulsado formalmente, expulsado por decisión unánime, expulsado con deshonor, de las dos

instituciones. Él escribió una carta de dimisión razonada, pero esa carta fue ocultada. Ningún periódico accedió a publicarla. Un absoluto mutismo rodeó su dimisión. Bueno. A lo mejor esperaban que se suicidase. O que se convirtiese al islam. O que abandonase el país. Hace siete años envié a Atalia a buscar esa carta, o al menos una fotocopia, al archivo sionista. Regresó con las manos vacías. No le dijeron que la carta había desaparecido, o que se había perdido, sino que afirmaron descaradamente que nunca había existido tal carta. Se hundió como el plomo en las impetuosas aguas<sup>54</sup>. Dos años después de la guerra de la Independencia murió aquí, en esta casa. Murió solo, en la cocina. Una mañana, como de costumbre, se sentó a leer el periódico y, de pronto, se inclinó sobre la mesa como para quitar del hule una mancha, se golpeó la frente contra la mesa y se murió. Al morir era posiblemente el hombre más solitario y más odiado de Israel. Su mundo se le vino abajo. Muchos años antes lo había abandonado su mujer, y su hija jamás lo llamó papá. Siempre lo llamaba Abravanel. Intrincado es el corazón e incurable; ¿quién lo conoce?, dijo el profeta Jeremías<sup>55</sup>. Después de todo, casi todos nosotros, en lo más profundo de nuestro corazón, elegimos a veces a un padre distinto. Tras la muerte de Abravanel, Atalia buscó en su habitación notas, artículos, manuscritos. Rebuscó en todos los armarios, vació todos los cajones, y no encontró nada. Ni un solo pedazo de papel, salvo su testamento, donde le legaba esta casa, las parcelas en el barrio de Talpiot y sus ahorros, y le rogaba con contundencia que me permitiese seguir viviendo aquí lo que me restase de vida. Al parecer destruyó todos sus papeles con sus propias manos. Su archivo privado. Las valiosas cartas que había intercambiado con árabes de renombre de Jerusalén, de Belén, de Ramala, de Beirut, de El Cairo, de Damasco. No, no lo quemó. Al parecer lo rompió todo en diminutos pedazos y, durante muchos días, los fue arrojando al retrete y tiró de la cadena. No dejó nada, salvo el testamento conservado por Atalia y que me enseñó una vez, hace años. Recuerdo que las últimas palabras del testamento eran: «Todo ha sido escrito y firmado en pleno uso de mis facultades mentales, tal vez las únicas facultades mentales en pleno uso que quedan aún aquí, en Jerusalén».

»Ella lo encontró en la cocina, con el periódico abierto delante de él, el café derramado sobre el periódico y la frente aplastada contra la mesa, como si por fin ese hombre de dura cerviz hubiese decidido darnos la espalda a todos. Me pides que intente describirlo. Bueno. No tengo fuerzas para descripciones. Podría decirte que era un hombre de baja estatura, moreno, con gafas redondas de montura negra, siempre muy elegante con trajes de color gris o azul oscuro, con un pañuelo blanco en forma triangular en el bolsillo superior de la chaqueta. Tenía un pequeño y cuidado bigote negro, unos penetrantes ojos negros y una mirada fuerte que nos hacía bajar la vista delante de él. Desprendía siempre un olor a loción de afeitar cara. Recuerdo sus manos, que eran finas y bonitas, no como las manos de un hombre, sino como las de una mujer muy hermosa. Pese a las diferencias de opiniones cada vez más profundas entre nosotros, yo lo quería como a un hermano. Un hermano perdido, un hermano vilipendiado, un hermano descarriado, pero, a pesar de todo, un hermano. Él fue quien me trajo a vivir aquí, a esta casa, cuando nuestros hijos se casaron, para tener un interlocutor. Tal vez temía quedarse solo con la joven pareja. Tal vez tenía la esperanza de que, llegado el momento, todos criásemos juntos aquí a los nietos, todos bajo el mismo techo, como una familia jerosolimitana de tiempos pasados. Como la familia en la que él mismo creció aquí, en esta casa, la familia de Joaquín Abravanel. No sabía que Mija y Atalia tendrían dificultades para concebir un hijo.

Shmuel preguntó:

—Usted ha dicho que después de la tragedia se obligó a sí mismo a no discutir con él. Pero, de hecho, ¿por qué no quería discutir con él? A usted le gusta discutir y sabe hacerlo. Tal vez habría podido conseguir que sus ideas cambiasen un poco. O al menos atenuar un poco su soledad. Y también la de usted.

—La distancia era demasiado grande —dijo Gershom Wald, y sonrió con tristeza bajo su bigote—. Él se atrincheró en la idea de que sería imposible hacer realidad el sionismo con un enfrentamiento con los árabes y yo, a finales de los años cuarenta, ya había comprendido que sería imposible hacerlo realidad sin tal enfrentamiento.

—¿Y Atalia? ¿Era afin a las ideas de su padre?

—Era aún más extremista que él. Ella me dijo una vez que toda la existencia de los judíos en Eretz Israel se fundamentaba en una injusticia.

—Entonces, ¿por qué no se marcha de aquí?

—No lo sé —dijo Gershom Wald—, no tengo respuesta a esa pregunta. Ya antes de nuestra tragedia, ella mostraba una actitud distante. Y a pesar de todo, ella y yo conectamos bien. No como suegro y nuera, sino tal vez como una pareja que, después de muchos años, se deja llevar por la costumbre y evita cualquier atisbo de fricción. Ella cuida de mí y yo la dejo tranquila. Bueno. Tú estás aquí sobre todo para que ella no tenga la obligación de hablar conmigo. Te pagamos, como a tus predecesores, para que tu presencia canalice hacia ti mi pasión por hablar. Para también la pasión por hablar me va abandonando. Pronto tendrás que soportar un desempleo encubierto: un té y otro té, un puñado de pastillas y otro puñado de pastillas, y un continuo silencio mutuo. Como plomo en las aguas impetuosas. ¿Me contarás ahora algo más sobre Jesús a ojos de los judíos? Hace mucho que no me hablas de las mentiras e infamias que inventaron generaciones y generaciones de judíos perseguidos para vilipendiar a alguien que era sangre de su sangre, pero a quien sus perseguidores decidieron considerar un redentor y un salvador.

Shmuel posó de pronto sus dedos sobre la mano oscura y nervuda de Gershom Wald y, prolongado ese contacto, dijo:

—Hace unos treinta años, Aaron Abraham Kabak escribió una especie de novela sobre Jesús de Nazaret y la tituló *Por la estrecha senda*. Una novela algo pesada. Demasiado melosa. El Jesús de Kabak es descrito allí como un judío delicado y frágil que quiere traer compasión y caridad al mundo. Pero precisamente la relación entre Jesús y su discípulo Judas Iscariote la describe Kabak como una relación tortuosa, una relación de amor y odio, de atracción y rechazo. El Judas de Kabak es un hombre bastante repulsivo. También Kabak estaba ciego, como todos. También sus ojos estaban vendados. Tampoco él vio que Judas fue el más fervoroso creyente.

—Los ojos —dijo Gerhom Wald— no se abrirán jamás. Casi todas las personas caminan por la vida, desde que nacen hasta que mueren, con los ojos cerrados. También tú y yo, querido Shmuel. Con los ojos cerrados. Si abriésemos los ojos aunque solo fuese un instante, saldría de nosotros un grito aterrador, y gritaríamos y gritaríamos sin parar. Y, si no estamos gritando día y noche, es porque tenemos los ojos cerrados. Ahora haz el favor de leer un poco de tu libro y nos quedaremos callados. Ya hemos hablado bastante por hoy.



Al día siguiente, a las once y media de la mañana, antes de salir hacia su restaurante húngaro habitual, Atalia llamó a su puerta. Llevaba una falda negra hasta los tobillos, un jersey rojo ajustado que marcaba las curvas de su pecho y unos finos zapatos de tacón alto. Una bufanda de lana blanca que conjuntaba bien con el jersey cubría su cuello. Su rostro impenetrable, de frente ancha, sus cálidos ojos castaños verdosos, sus cejas finas y arqueadas, el profundo surco entre la nariz y el labio superior y su pelo largo y oscuro, que le caía sobre el hombro, le parecieron a Shmuel hermosos, aunque también herméticos. La amargura se ocultaba sobre todo en las comisuras de sus labios apretados, que solo sonreían muy de vez en cuando. Su olor a perfume de violetas, con un ligero toque a almidón y a plancha de vapor, llegó con ella a la ascética habitación de Shmuel y él aspiró esa fragancia profundamente. Permaneció un minuto o dos plantada en la puerta sin entrar en la habitación, mirando los retratos barbudos de los revolucionarios cubanos con los que Shmuel había decorado las paredes de su buhardilla, así como el dibujo del Cristo tendido en el regazo de su madre después de haber sido bajado de la cruz.

Quería pedirle un favor: por motivos laborales, tenía que encontrarse a las tres de la tarde, en el café Atara de la calle Ben Yehuda, con un hombre algo inestable y que, ya al mediodía, solía estar borracho. Se le había ocurrido que tal vez era mejor que fuese a esa cita acompañada de un hombre. Cuando Atalia dijo la palabra «hombre», ambos sonrieron.

¿Podría Shmuel tomarse media hora libre, a las tres de la tarde, y acompañarla a la cita con el poeta Hiram Nehoshtan en el café Atara? No estaba obligado a participar en la conversación y, de hecho, no tendría que hacer nada, salvo estar presente allí y tomarse un té o un café. Si se negaba, si estaba ocupado o no le interesaba asistir a esa cita, ella, por supuesto, lo comprendería y lo respetaría. Pero él no se negaría.

Shmuel pidió:

—Por favor, cuéntame algo sobre ese tal señor Nehoshtan. Si no es un secreto absoluto. Como todo lo que tiene que ver contigo.

—Hiram es poeta, más o menos. No un poeta famoso, sino un poeta desconocido. Formó parte de la organización Lehi. Desde que se fundó el Estado, hace unos diez años, no ha encontrado su lugar. Como muchos de los que salieron del Lehi. Se dedica a todo tipo de cosas, es guía turístico, traductor, autor de toda clase de cuadernillos editados por él mismo. Hace dos años pidió un préstamo a un contratista de la construcción llamado Iliya Schwartzbaum, que fue su compañero en la resistencia, y ahora se niega a devolver el dinero e incluso afirma que el préstamo jamás

existió. Como el préstamo se dio sin avales y sin un contrato firmado, con un amistoso apretón de manos entre dos camaradas de armas, no será fácil que suelte el dinero. Mi agencia lleva ya intentándolo varias semanas, con buenas palabras y con otras no tan buenas, procurando convencer al poeta combativo de que devuelva el dinero del préstamo a Schwartzbaum. Hoy, tú y yo probaremos de nuevo.

Shmuel dijo:

—Siéntate. ¿Por qué estás de pie en la puerta? —Y señaló la única silla que había. Él se sentó en el borde de la cama y aspiró profundamente el sutil aroma que había llegado con ella—. Si no hay contrato ni ningún otro documento, a lo mejor el poeta lleva razón. A lo mejor no ha habido ningún préstamo y vuestro contratista se lo ha inventado.

Atalia dijo:

—Hubo préstamo. Claro que lo hubo. Incluso tenemos una testigo. Una joven contable llamada Ester Levi que estaba presente en el café Atara cuando el contratista le dio los billetes. Nehoshtan se ha olvidado de ella por completo, pero espero llevarla igualmente a nuestra cita de hoy. Tal vez también la chica sea una excéntrica, pero su excentricidad radica en que jamás olvida nada. Nada de nada. Recuerda con exactitud, palabra por palabra, quién dijo qué y a quién hace diez años o más. Eso tiene que ser una terrible maldición. A lo mejor tú encuentras un lenguaje común con ella. En la resistencia del Lehi decían de ella que a veces se escondía granadas de mano dentro del sujetador.

—Espero que a la cita de hoy vaya sin bombas en el sujetador —dijo Shmuel, haciendo a continuación una gracia estúpida sobre bombas y sujetadores, y añadió—: Está bien. A las tres en el café Atara. Allí estaré. A lo mejor tu contratista rico accede a concederme a mí también un pequeño préstamo.

Y añadió sin que le preguntaran:

—Ya lo sabes. Yo haré siempre todo lo que me pidas.

—¿Y eso?

Shmuel no halló respuesta a su pregunta. Sintió que los ojos se le iban a llenar de lágrimas y se apresuró a apartar la vista para que Atalia no se diese cuenta. Shmuel lloraba a menudo, ya fuera porque se apiadaba de los demás o porque se compadecía de sí mismo. Esta vez no tenía ni idea de por quién sentía compasión. De pronto se armó de un valor impropio de él y, mirando hacia la pared, dijo:

—Quería proponerte que tú y yo intentásemos ser compañeros. Es decir..., no, compañeros no. La palabra «compañeros» puede que aluda a algo que no es posible entre nosotros. Amigos.

Al instante, completamente avergonzado, se apresuró a corregirse:

—Que no seamos unos extraños. Unos completos extraños. Llevamos viviendo aquí los tres solos todo el invierno bajo el mismo techo. Estaría bien que tú y yo...

Pero no supo cómo terminar esa frase. Se ruborizó bajo su barba de salvaje, bajó la vista y guardó silencio.

Atalia dijo:

—Sentimientos. Tus predecesores, los dos que se hospedaron aquí para hacer compañía al anciano, estaban llenos de sentimientos. Estoy un poco cansada de la gente sentimental. Todos los sentimientos me parecen superfluos, y terminan mal. La vida puede ser mucho más sencilla cuando se eliminan los sentimientos. Pero yo no tengo por qué educarte, Shmuel. Confórmate con que más

o menos pueda soportarte la mayor parte del tiempo, y con que en algunos momentos incluso sea un poco más que eso.

Esa fue la primera vez que ella lo llamó por su nombre.

A las dos y media, después del *goulash* y la macedonia de frutas en el restaurante húngaro y después de una pequeña siesta, Shmuel Ash se levantó, se cambió de camisa y se puso encima su viejo jersey de un color como el de la tierra. Encima del jersey se puso su trenca abrochada con presillas de cuerda sobre grandes botones de madera, se caló el gorro *shapka*, se espolvoreó talco para bebés por la barba, el cuello y la frente, comprobó si tenía el inhalador en el bolsillo y se encaminó hacia el café Atara. Cuando pisó con todo el peso de su cuerpo el escalón de madera de la salida de la casa, el improvisado escalón situado junto al umbral de la puerta se elevó como un columpio balancín en el que se carga de golpe todo el peso en uno de los lados, y Shmuel estuvo a punto de caerse. Sin embargo, en el último momento, logró mantener el equilibrio apoyándose con los dos brazos en la pared.

El poeta Hiram Nehoshtan, un hombre pequeño y delgado con el pelo pegajoso, largas patillas, nariz rota de boxeador y frente lisa y ancha sobre la que caía un único rizo grasiento, como si estuviese sujeto en medio de la frente con pegamento, dijo sin levantarse de la silla:

—Seguro que tú ya me has olvidado, pero yo te recuerdo muy bien. Eres Shmuel Ash. Tú ibas siempre a las reuniones del círculo para la renovación socialista. Una vez me uní a vosotros en el café Roth del barrio de Yegia Kapaim. Mucha renovación no había allí, vuestro socialismo era mitad bolchevique mitad cubano. También yo soy medio socialista e incluso medio revolucionario, pero, a diferencia de vosotros, yo soy un auténtico socialista hebreo. Hebreo, no judío. Con los judíos yo no quiero ninguna relación. Los judíos son unos muertos andantes. ¿Y qué estás haciendo tú hoy aquí? ¿Vienes por parte del novio o de la novia?

Un olor agrio emanaba de él, y en la boca le faltaba una muela.

—Yo —balbuceó Shmuel—, yo soy amigo de Atalia Abravanel. No, amigo no. Conocido. O vecino.

Atalia dijo:

—Yo lo he invitado. Quería que tuviésemos un testigo. Vamos a esperar cinco minutos más y, si Ester Levi no aparece, iremos directamente al grano.

Se sentaron en el piso de arriba, el discreto, del café Atara, que era una especie de galería envuelta en una bruma. Estaba llena de olores a café, pasteles y humo de tabaco mezclados con olores a abrigo de lana mojados y olores corporales invernales. Esa galería no tenía ninguna ventana y el aire estaba denso y cargado de humo. En las mesas vecinas había algunos personajes jerosolimitanos más o menos conocidos: estaba allí un profesor de historia de mediana edad que no reconoció a Shmuel Ash, pese a que Shmuel había asistido el año anterior a uno de sus seminarios. Y había dos mujeres, una era una diputada corpulenta del partido del gobierno y la otra, una periodista de *Davar*. Ambas estaban tomando té con leche y comiendo tarta de manzana con crema.

La diputada dijo:

—Es completamente inadmisibile. Ese tipo de cosas no pueden pasarse por alto.

Y la periodista respondió:

—Pero yo no estoy intentado justificarlos, ni lo más mínimo, no me malinterpretes, no tengo

por qué justificarlos, pero en cierto modo, a pesar de todo, me compadezco de ellos. Aquí ya se ha olvidado por completo que, además de para los principios y los ideales, también hay sitio en el mundo para un poco de compasión.

—La compasión, Silvia, no puede ser de ninguna manera a costa de los principios y los ideales. Ten cuidado, se te ha derramado un poco de té debajo de la taza.

Junto a una tercera mesa había un pintor famoso, de mediana edad, con la cara arrugada, las cejas gruesas y espesas y un pañuelo de seda rojo alrededor del cuello, que estaba leyendo un periódico unido a una vara de madera, como era costumbre en los cafés europeos de antes de la guerra mundial. Un camarero con una chaqueta blanca daba vueltas entre las mesas y, cuando Atalia le hizo una señal, fue enseguida hacia su mesa, con un paño blanco sobre el brazo, hizo una reverencia y dijo con acento vienés:

—Bienvenidos, señores y señora. Por favor, ¿qué les apetece hoy? Hay muchas clases de exquisitos pasteles. Les recomiendo la tarta de chocolate.

Atalia pidió para Shmuel y para ella café solo, mientras que el poeta suspiró como cediendo únicamente por esa vez, cediendo a regañadientes, y pidió una copa, una copita pequeña, un dedito nada más, de coñac. Y que fuera coñac de importación, coñac auténtico, no el agua sucia que hacían en Israel. Luego se encendió un cigarro, le dio tres o cuatro caladas largas, lo aplastó en el cenicero, se olisqueó las yemas de los dedos, se encendió otro cigarro y dijo:

—Aun así me gustaría saber para qué nos hemos reunido hoy aquí. ¿A escribir un nuevo manifiesto? ¿A firmar otra declaración? ¿A organizar una manifestación multitudinaria de seis o siete participantes?

Atalia respondió:

—Usted ya lo sabe: Iliya Schwartzbaum.

El poeta la miró sorprendido. Apagó con esmero el cigarro, del que solo se había fumado un tercio, sacó del paquete otro cigarro sin ofrecer ni a Atalia ni a Shmuel, echó el humo por la nariz y, de pronto, soltó una risotada tan provocadora, una risotada tan hostil, que los que estaban sentados en las mesas colindantes dirigieron hacia él una mirada de sorpresa a través de la nube de humo que lo envolvía.

—Primero —dijo—, yo nunca le he pedido ni un céntimo a Iliya Schwartzbaum. Tampoco le he debido nunca nada. Es un hombre bastante repulsivo. Es un miserable intermediario judío que comercia con todo tipo de parcelas y almacenes. Segundo, ya te he dicho al menos dos veces que lo devolveré cuando tenga dinero. Si es que lo llevo a tener. ¿Y cómo voy a tenerlo? Ese tal Iliya posee aún más dinero que pelos en la nariz. De hecho, he venido aquí hoy a pedirle con vuestra mediación un pequeño préstamo, cinco mil libras, a devolver en tres meses. Decidle que estoy dispuesto a pagarle intereses. Incluso unos intereses desorbitados.

Atalia dijo:

—Volvamos al préstamo anterior. Tenemos un testigo. Ester Levi. Usted la ha olvidado, pero ella estuvo con ustedes aquí, en el café Atara, hace dos años, cuando Iliya le dio el dinero al contado. Ester Levi declarará contra usted si lo llevamos ante los tribunales. Y lo llevaremos.

—Tú —el poeta se dirigió de repente a Shmuel—, ¿qué haces tú aquí sentado sin decir nada? ¿Es que vas a ser el segundo testigo contra mí? ¿Sin dos testigos no tenéis demanda? Tú eres socialista. O ya no. Tú antes eras un socialista de Fidel Castro. Pues explícanos, por favor, dónde

está la justicia, cómo y por qué un poeta pobre como yo tiene que financiar a un chupasangre repulsivo como Iliya Schwartzbaum.

El camarero volvió con una copa de coñac para Hiram Nehoshtan y café solo para Atalia y Shmuel. Junto a las tazas de café dejó una pequeña jarra de leche. Luego preguntó educadamente si podía ofrecerles también tarta de manzana con crema. O tarta de chocolate, también con crema. O *kuchen* de migas dulce.

Atalia rechazó educadamente las tres propuestas, le dio las gracias al camarero y dijo:

—Ester Levi no ha venido. Pero sin duda alguna la llevaremos al tribunal. Ester también nos ha contado que sus padres le dejaron en herencia un apartamento sin ventanas en un sótano de una callejuela detrás del cine Edison. Es el apartamento que usted llama su guarida. ¿No querrá que el tribunal le quite esa habitación? ¿Adónde iría usted?

Hiram Nehoshtan colocó su cigarro encendido en el borde del cenicero, lo olvidó allí, se encendió otro y gruñó:

—¿Adónde iría? ¿Adónde iría? Al infierno me iría. De todas formas hace tiempo que ya estoy camino del infierno. Ya tengo casi todo el camino hecho. Ya estoy casi allí.

Y de pronto se levantó y añadió:

—Basta. Para mí ya es suficiente. Ahora me voy de aquí. Me voy en este mismo instante. No quiero seguir sentado con vosotros. No quiero seguir hablando con vosotros. Sois personas crueles. La crueldad, señoras y señores, es la maldición de la humanidad. No fuimos expulsados del paraíso por culpa de la manzana, al diablo la manzana, a quién le importa una manzana más o una manzana menos, no fuimos expulsados del paraíso por culpa de ninguna estúpida manzana, fuimos expulsados de allí solo por culpa de la crueldad. Hasta el día de hoy todos somos expulsados constantemente de un lugar a otro solo por culpa de la crueldad. Decidle a ese repugnante contratista vuestro que su dinero le será devuelto con buenos intereses, le será devuelto multiplicado por mil, le será devuelto en sacos atestados de monedas y de billetes, le será devuelto con una lluvia de dinero, pero no por mí. Le será devuelto muy pronto. Le será devuelto por los ricos y no por alguien que tiene las manos vacías. Y, por cierto, yo también soy una persona cruel. No lo voy a negar. Un ser cruel, insignificante, con aires de grandeza y expulsado siempre de todas partes. Un ser innecesario. Por completo. ¡Pero tres mil libras! ¡Iliya Schwartzbaum! Esa víbora puede dar tres mil libras de propina a cualquier limpiabotas. Y yo no tengo ni tres libras para pagar este espantoso coñac. Y, a pesar de todo, me voy de aquí, porque una persona sensible no debe permanecer ni un minuto más de lo necesario en compañía de gente de mal corazón. Tú —se dirigió de pronto a Shmuel, y volvió a soltar su risotada húmeda, obscena—, tú, escúchame, será mejor que tengas cuidado con ella. Si por casualidad ya estás un poco enamorado de ella, que Dios se apiade de tu alma. Me voy de aquí. No tengo nada que hacer aquí. De cualquier manera, todos se han olvidado de mí. También vosotros, todos vosotros, tened la amabilidad de olvidarme en este mismo instante. De olvidarme de una vez por todas. Y se acabó.

Se dio media vuelta sin despedirse y bajó las escaleras tambaleándose, y, desde arriba, Atalia y Shmuel vieron cómo rebuscaba entre los abrigos que estaban colgados en el perchero de la entrada, sacaba por fin del montón un impermeable ajado que en su día debió de pertenecer a algún soldado inglés, se lo ponía, saludaba con la mano al retrato del presidente Yitzhak Ben-Zvi y salía dando tumbos hacia la calle mojada y fría.

Shmuel y Atalia permanecieron sentados el uno frente al otro cuando el poeta se marchó, delante de las tazas vacías, y hablaron de la universidad, que por culpa de la guerra había tenido que dejar su sede de Har Hatzofim. Shmuel recordó que en menos de una hora debía comenzar su turno con Gershom Wald. Debía decírselo a Atalia. Debía decírselo ahora, sin más demora. Pero ¿qué debía decirle? Sonrió distraído, clavó la vista en las manos de Atalia, que descansaban sobre la mesa, nervudas, con la piel salpicada de manchas marrones, como si fuesen mucho más viejas que ella, y le dijo en voz baja:

—¿Quedamos esta noche? ¿Vamos al cine y a cenar a tu restaurante? Wald seguro que accede a liberarme dos horas antes de que termine el turno.

—Dime una cosa —dijo Atalia—, ¿es que ya no queda en Jerusalén ninguna chica de tu edad? Shmuel protestó. También él era un chico bastante viejo.

—¿Y qué? —preguntó y, tras dudar un instante, dijo—: Los dos estamos un poco solos.

—¿Acaso tú no querías soledad? ¿No viniste a nuestra casa para estar solo?

—Vine porque mi novia me dejó y se casó con su anterior novio. Vine porque mi padre perdió el juicio, se quedó arruinado y ya no podía seguir costearo mis estudios. Y también porque llevaba ya varios meses estancado con el trabajo que había empezado a escribir. Aunque todavía no he dejado de preguntarme cómo sería el mundo, cómo serían los judíos, si no hubiesen rechazado a Jesús. Pienso sin cesar en el hombre que entregó a Jesús a los romanos, aparentemente por treinta monedas de plata. Dime, ¿te parece lógico? ¿Treinta monedas de plata! Un hombre rico como Judas, que al parecer *poseía* tierras y haciendas en la ciudad de Cariot. ¿Sabes por casualidad cuánto eran en aquel tiempo treinta monedas de plata? Una cantidad bastante pequeña. El precio de un esclavo normal y corriente. ¿Quieres oír lo que pienso de Jesús y los judíos?, ¿que te lea esta noche algo de mis borradores?

Le sorprendió su propuesta. Dispersó con la mano de largos dedos el humo que había entre ellos. Llamó al camarero, pagó el café y el coñac y pidió una factura. Shmuel no consiguió adelantársele, porque, aunque sacó su cartera, lo hizo con bastante parsimonia. Ella dijo que no se molestase, que se guardase el dinero, que ese pequeño dispendio iría a cuenta de la oficina donde trabajaba.

—Te pago tan poco por el trabajo que realizas con nosotros. Unos céntimos. Dime, ¿disfrutas algo las horas que pasas con Wald? Entre todo su aluvión de palabras, ¿hay a veces un minuto o dos que diga cosas con sentido? Debes perdonarlo. Tras la muerte de su hijo no tiene nada salvo

palabras. Y en el fondo a ti también te gustan bastante las palabras. Este trabajo en nuestra casa está hecho a tu medida.

Atalia dobló la factura que le trajo el camarero y ambos se dispusieron a marcharse. Bajaron desde el segundo piso del café Atara, encontraron sus abrigos sobre el perchero giratorio de la entrada y Shmuel intentó ponerle el suyo a Atalia. Pero, como sus movimientos eran torpes, ella le arrancó el abrigo de las manos, se lo puso de prisa, se lo abrochó y luego ayudó a Shmuel a ponerse el suyo, porque en vez de meter el brazo por la manga, lo metió por el forro rasgado y la mano se le quedó atrapada allí sin poder salir por el otro lado. De pronto, mientras aún estaban en la entrada del café, mientras él se ponía su gorro *shapka*, Atalia deslizó los dedos por las mejillas de Shmuel con un gesto rápido, acariciante, como quitándole una miga de la barba, y dijo:

—A veces me llegas al corazón. A pesar de que yo no tengo corazón.

En ese instante, Shmuel lamentó tener la cara cubierta por una barba de salvaje.

Al salir, echaron a andar juntos hacia el callejón Rabbi Elbaz y se detuvieron junto a una cabina de teléfonos, porque Atalia quería llamar.

—No tienes por qué esperarme. Vete ya con el viejo. Vete. Él está allí aguardándote.

—Te esperaré aquí —dijo Shmuel.

Al cabo de cinco o seis minutos, Atalia salió de la cabina y le regaló a Shmuel una de sus escasas sonrisas, una sonrisa sutil que empezó en la comisura de los ojos y solo un instante después llegó a la comisura de los labios. Lo agarró del brazo, lo apretó ligeramente y dijo:

—Vale. Estaré contigo esta noche. No iremos a una emboscada nocturna en el monte Sion esta vez, ni tampoco al restaurante ni al cine, sino a un sitio que seguro que no conoces. Al bar de Fink. ¿Has oído alguna vez hablar de Fink? Allí se reúnen por las noches, a tomar una copa de vermut o un vaso de *whisky*, periodistas y corresponsales extranjeros, gente del teatro, cónsules de diversos países, abogados, oficiales del ejército de la ONU, hombres y mujeres casados, pero no los unos con las otras, y a veces también van por allí uno o dos poetas jóvenes con sus novias para ver y ser vistos. Esta noche, tengo que pasar allí una hora o dos observando a una persona importante. Solo observando. Nada más. Si tienes tantas ganas, mientras yo observo, podrías hablar conmigo de los judíos, de Jesús y de Judas Iscariote. Prometo escuchar al menos parte del tiempo, aunque tenga los ojos ocupados.

Y añadió:

—Seremos una pareja. Por tu barba y tu mata de pelo, pareces más o menos intemporal. La gente pensará que eres mi acompañante. Y lo pensarán con razón, de hecho: esta noche tú serás mi acompañante.

Shmuel dijo:

—Tengo algo que contarte. He soñado contigo varias veces por las noches. Contigo y también con tu padre. Tu padre se parece un poco a Albert Camus en la fotografía que vi en el periódico. En esos sueños, tú eras aún más inalcanzable que fuera de los sueños.

—Inalcanzable —dijo Atalia—, qué trivial.

—Es decir —explicó Shmuel, pero no supo cómo continuar.

—También tus predecesores, los que vivieron antes en la buhardilla, empezaron a contarme sueños. Luego nos abandonaron, cada uno a su tiempo. Pronto también tú nos abandonarás. Esta vida monótona en una casa vieja y oscura, en compañía de un anciano charlatán y una mujer amargada, no es para un chico joven como tú. Tú estás lleno de ideas. Lleno de ideas brillantes.

Algún día, si logras vencer la pereza, escribirás un libro. Pronto te irás a buscar señales de vida a otro lugar. Puede que retomes los estudios. O puede que te vayas a Haifa, de vuelta con papá y mamá.

—Están construyendo una ciudad nueva en el desierto del Néguev, al borde del cráter de Mitzpe Ramon. Antes de venir a vuestra casa, pensaba ir allí, esperaba que tal vez me contratasen como vigilante nocturno o mozo de almacén. Pero no. Yo me quedo en vuestra casa hasta que vosotros me echéis. No me voy a ninguna parte. Ya no me queda voluntad. Mi voluntad se ha desvanecido, si se puede decir así.

—¿Por qué vas a quedarte con nosotros?

Shmuel reunió todo su valor y murmuró:

—¿Acaso no lo sabes, Atalia?

—Esto terminará mal —dijo cuando llegaron a la puerta de la casa y Atalia giró la llave dentro de la cerradura—, ten cuidado con ese escalón. Písalo con cuidado. Puedes venir esta noche a las diez al bar de Fink. Irás por tu cuenta. Yo te esperaré allí. Está en la calle Histadrut esquina con King George, enfrente del cine Tel Or, enfrente del restaurante cooperativo. No comas nada antes. Esta noche te invitaré a una cena de verdad, en vez de las sobras que te comes siempre en nuestra casa. No te preocupes. Correrá por cuenta de la oficina.

Shmuel respiró hondo el olor de la casa, un olor a ropa recién lavada, a limpieza, a almidón y a la calidez de una plancha a vapor, mezclado con un ligero toque de olor a vejez. Subió a su habitación, arrojó el abrigo y el gorro sobre la cama, echó una larga meada, se apresuró a tirar de la cadena aún antes de terminar, tosió, volvió a tirar de la cadena y, entretanto, se reprochó haber utilizado la palabra «inalcanzable» en la conversación con Atalia. Luego bajó a la biblioteca y encontró a Gershom Wald sentado delante del escritorio, las muletas estaban apoyadas en diagonal sobre su diván de mimbre. El anciano estaba leyendo un libro, garabateando anotaciones en una hoja de papel llena de tachaduras, el espeso bigote canoso se agitaba sobre su boca como una comadreja, sus cejas nevadas se veían tupidas y espesas, y sus labios se movían sin emitir ningún sonido. En ese momento, Shmuel se sintió muy cerca de aquel anciano. Como si lo conociese y lo quisiese desde pequeño. Sin embargo, de repente le pareció que, casi todo lo que habían hablado en sus prolongadas conversaciones durante aquellas largas tardes de invierno, estaba muy lejos de lo que realmente tendrían que haber hablado.



—Lo llamaban traidor —dijo Wald— porque siempre se relacionaba amigablemente con árabes. Iba a verlos a Katamón, a Sheikh Jarrah, a Ramala, a Belén y a Beit Jala. Con frecuencia los hospedaba aquí, en su casa. Venían periodistas árabes de todas clases. Políticos. Líderes sindicales. Profesores. Lo llamaban traidor también porque, en el año cuarenta y siete e incluso en el cuarenta y ocho, cuando las batallas de la guerra de la Independencia estaban en todo su apogeo, él siguió afirmando que la decisión de fundar un Estado judío era un trágico error. Bueno. Es mejor, decía él, que el Mandato británico que se desintegra sea sustituido por un Mandato internacional o un gobierno provisional bajo tutela americana. Es muy probable, dijo, que a cien mil supervivientes del Holocausto, que han sido desplazados a los campos de tránsito diseminados por Europa, se les autorice a emigrar a Eretz Israel, incluso los americanos apoyan una única oleada inmigratoria de esas características, y la población judía aquí pasará de seiscientos cincuenta mil a tres cuartos de millón. Así se solucionará la trágica situación de los judíos desplazados. Después será mejor que paremos un poco. Dejaremos que los árabes digieran paulatinamente, a lo largo de diez o veinte años, nuestra presencia aquí. Entretanto, tal vez se restablezca la calma, siempre y cuando nosotros dejemos de demandar ostentosamente un estado hebreo. La principal oposición árabe, eso afirmaba Abravanel, no se dirige hacia la empresa sionista existente, que fundamentalmente es un puñado de ciudades pequeñas y varias decenas de pueblos a lo largo de la llanura costera, su oposición surge del miedo al poder de acumulación de los judíos y a sus ambiciones expansionistas. Tras muchos años de conversaciones con sus amigos árabes de aquí y de los países vecinos, él llegó a la conclusión de que los árabes tenían miedo sobre todo de lo que ellos veían como superioridad de los judíos en educación, en tecnología, en ingenio y en motivación, una superioridad que, al final, los llevaría a expandirse y a controlar todo el territorio árabe. Ellos tienen miedo, eso afirmaba siempre, no tanto del pequeño embrión sionista, sino del gigante depredador oculto en él.

—¿Qué gigante? —dijo Shmuel en voz baja—. Menudo chiste. En medio de ellos, nosotros no somos más que una gota en el mar.

—No lo ven así los árabes, según decía Abravanel. Los árabes no creen ni por un instante en las buenas palabras sionistas, aparentemente un puñado de judíos que vinieron aquí buscando tan solo un pequeño refugio, un rincón diminuto como la palma de una mano donde ponerse a salvo de sus perseguidores de Europa. Hubo un primer ministro de Iraq, Adnan Pachachi, que declaró en el año cuarenta y siete que, cuando el número de judíos de Palestina llegase al millón, no habría en toda Palestina quien pudiese hacerles frente. Cuando su número llegase a los dos millones, no

habría en todo Oriente Medio quien pudiese hacerles frente. Y si los judíos llegaban a los tres o cuatro millones, ni todo el mundo musulmán podría con ellos. Esos temores, decía Shaltiel Abravanel, el terror a los nuevos cruzados, la creencia mágica en la fuerza satánica de los judíos, el miedo árabe a las secretas maquinaciones de los judíos para destruir las mezquitas de la explanada del Templo y construir en su lugar el Templo y crear un imperio judío desde el Nilo hasta el Eúfrates, esos temores son el origen de la ardiente oposición de los árabes a esa realidad que va tomando forma de un palmo de tierra para los judíos entre la costa y las montañas. Ese miedo árabe, creía Shaltiel Abravanel, aún está en nuestras manos aplacarlo si actuamos con paciencia, con buena voluntad, con esfuerzos infatigables para dialogar con los árabes, con la creación de un sindicato de trabajadores común, con la apertura de los asentamientos judíos a habitantes árabes, con la apertura de nuestros colegios y de nuestra universidad a alumnos árabes y, sobre todo, abandonando la pretenciosa idea de fundar un Estado judío separado, con un ejército judío y un gobierno judío, y con atributos de soberanía que pertenezcan única y exclusivamente a los judíos.

—En sus ideas —dijo Shmuel con tristeza— hay algo que al corazón le encantaría aceptar, aunque en el fondo son ideas edulcoradas. Yo en cambio creo que a los árabes, más que darles miedo del poder de los judíos en el futuro, les tentó la debilidad de los judíos en el presente. ¿Nos tomamos ahora un té? ¿Y también unas cuantas galletas? Y usted, dentro de poco, también tiene que tomarse el jarabe y dos pastillas.

—Lo llamaban traidor —prosiguió Wald sin reaccionar al ofrecimiento de té— porque la pequeña posibilidad que se vislumbró a mediados de los años treinta para las aspiraciones de fundar aquí un Estado judío independiente, aunque solo fuera en una pequeñísima parte de esta tierra, esa mínima posibilidad hizo que nos diese un vuelco el corazón. También a mí. Abravanel, por su parte, no creía en ningún estado. Tampoco en un estado binacional. Tampoco en un estado compartido por árabes y judíos. La idea de un mundo dividido en cientos de estados con pasos fronterizos, alambradas de espino, pasaportes, banderas, ejércitos y sistemas monetarios separados, le parecía una idea desquiciada, arcaica, primitiva, criminal, una idea desfasada y que muy pronto desaparecería del mundo. Él me decía, para qué tenéis que establecer aquí deprisa y corriendo, a sangre y fuego, otro estadito liliputiense, a costa de una guerra sin fin, cuando dentro de muy poco todos los estados del mundo desaparecerán y, en su lugar, habrá comunidades de hablantes de diferentes lenguas que vivan unos al lado de otros y unos en medio de otros sin esos juguetes letales como soberanías, ejércitos, fronteras y armas destructivas de todas clases.

—¿Intentó difundir sus ideas? ¿En las instituciones? ¿En los periódicos? ¿Entre el pueblo?

—Lo intentó. En círculos pequeños. Tanto entre los árabes como entre los judíos. Iba al menos dos veces al mes a Ramala y a Belén, a Yafa, a Haifa y a Beirut. Participaba en círculos privados en los salones de intelectuales procedentes de Alemania del barrio de Rehavia. Bueno. Es mejor que no intentemos fundar aquí ni un Estado árabe ni un Estado judío, afirmaba: vivamos aquí los unos al lado de los otros y los unos en medio de los otros, judíos y árabes, cristianos y musulmanes, drusos y circasianos, ortodoxos, católicos y armenios, un grupo de comunidades vecinas sin fronteras separadoras. Tal vez se vaya diluyendo gradualmente el temor árabe ante lo que ellos ven como las ambiciosas maquinaciones de los sionistas para judaizar toda esta tierra. En nuestros colegios, los niños estudiarán árabe y en sus colegios, los niños estudiarán hebreo. O mejor aún, decía, creemos colegios conjuntos. Treinta años de instigación británica mediante el

sistema de divide y vencerás llegarán de una vez por todas a su fin. Y así, no en un día ni en un año, creía Abravanel, tal vez surjan los primeros brotes de confianza e incluso de amistad personal entre árabes y judíos. De hecho, ese tipo de brotes ya existían en los años del mandato británico, en Haifa, en Jerusalén, en Tiberíades, en Yafó y otros lugares. Muchos árabes y judíos mantenían relaciones profesionales y, con frecuencia, los unos visitaban a los otros con sus familias. Como Abravanel y sus amigos. Y es que estos dos pueblos tienen muchísimo en común: a lo largo de la historia, los judíos y los árabes, de dos formas diferentes, han sido las víctimas de la Europa cristiana. Los árabes han sido humillados por las potencias colonialistas y han sufrido opresión y explotación, y los judíos han sufrido durante generaciones y generaciones escarnio, ostracismo, persecución, expulsión, matanzas y, finalmente, un genocidio sin precedentes en la historia del mundo. Dos víctimas de la Europa cristiana, decía Shaltiel, ¿acaso no existe una profunda base histórica para que haya una relación de empatía y de entendimiento entre ellos?

—Es hermoso —dijo Shmuel—, algo ingenuo. Optimista. Todo lo contrario a lo que decía Stalin sobre la cuestión nacional. Pero sugerente.

Se levantó, encendió la luz y fue cerrando todas las contraventanas, que chirriaron. Cuando abrió las ventanas para tirar de las contraventanas hacia dentro, penetró en la biblioteca un aire jerosolimitano, frío y seco, que le cortó la respiración. Shmuel tocó con los dedos el inhalador que llevaba en el bolsillo, pero no lo utilizó. Gershom Wald continuó:

—Si los judíos se empeñan en proclamar tras el fin del Mandato británico el establecimiento de un Estado judío independiente, advertía Abravanel, ese mismo día estallará una guerra sangrienta entre ellos y todo el mundo árabe, y tal vez entre ellos y todo el mundo musulmán. Medio millón de judíos frente a cientos de millones de musulmanes. En esa guerra, vaticinaba Abravanel, no vencerán los judíos. Incluso aunque ocurra un milagro y logren derrotar a los árabes en uno, dos, tres o cuatro asaltos, al final el islam impondrá su superioridad. Será una guerra de generaciones y generaciones, porque cada victoria judía no hará más que profundizar y redoblar el terror de los árabes ante el potencial satánico de los judíos y ante sus aspiraciones cruzadas. Esas cosas, u otras por el estilo, me decía Shaltiel aquí, en esta habitación. Antes de que ocurriera todo. Antes de que yo perdiera a mi único hijo en las montañas de Jerusalén la noche del dos de abril. Él hablaba de pie, junto a la ventana, de espaldas a la oscuridad de fuera y, normalmente, no de cara a mí, sino a ese cuadro del pintor Reuven Rubin. Le gustaban muchos los paisajes de esa pintura. Le gustaban las montañas de Galilea, las laderas de los valles y el Carmel, le gustaba Jerusalén, el desierto y los pequeños pueblos árabes de la llanura y de las laderas de las montañas. También le gustaban las praderas de los kibutz y las colonias agrícolas judías con las casuarinas y los tejados rojos. Sin contradicción alguna.

»Unas semanas después de la boda de Mija y Atalia, en el año cuarenta y seis, Shaltiel apareció una tarde en mi pequeño piso de la calle Azza y me invitó a venir a vivir con ellos a esta casa. Tenemos bastante sitio para todos, dijo. ¿Por qué vas a vivir solo? Por entonces yo era profesor de Historia en el instituto Rehavia. Y de hecho ya me quedaba poco para jubilarme. Mija y Atalia vivían entonces en tu buhardilla. Esta biblioteca era la biblioteca de Shaltiel Abravanel. Cuando vine aquí, yo solamente traje las novelas que están en el dormitorio. Él caminaba por la biblioteca, iba y venía desde una pared hasta otra, desde las ventanas hasta la puerta, desde la puerta hasta la cortina de cuentas situada en la entrada de la cocina, con pasos cortos y rápidos, explicándome su visión del grupo de comunidades. Al estado, a cualquier estado, lo llamaba

dinosaurio depredador. Una vez volvió muy alterado de una conversación de media hora con David Ben Gurión y David Remez en el despacho de Ben Gurión, situado en la sede de la Agencia Judía, y me dijo, recuerdo cómo le temblaba la voz al hablar, que ese hombrecillo, cuya voz recordaba a veces a una mujer histérica, se había convertido en un falso mesías. Shabbetay Zvi. Yaakov Frank. Y que nos iba a destruir a todos, judíos, árabes y, de hecho, al mundo entero, con un trágico derramamiento de sangre que jamás tendría fin. Y continuó diciéndome: puede que Ben Gurión consiga en vida, y tal vez lo logre pronto, ser el rey de los judíos. Rey por un día. Rey mortal. Mesías de los pobres. Pero las próximas generaciones lo maldecirán. Con sus propias manos ha arrastrado con él a sus compañeros más prudentes. Ha encendido en ellos un fuego maligno. La tragedia de los hombres, decía Shaltiel, no estriba en que los perseguidos y los oprimidos aspiren a liberarse y a hacerse respetar. No. La maldad está en que los oprimidos, en lo más profundo de sus corazones, realmente sueñan en convertirse en opresores de sus opresores. Los perseguidos anhelan ser perseguidores. Los siervos sueñan con ser amos. Como en el libro de Ester.

Gershom Wald se calló un instante y después añadió con pena:

—No. De ninguna manera. Yo ni por un instante creí en todo eso. Incluso me burlé de él. Jamás se me pasó por la cabeza que Ben Gurión aspirase nunca a dominar a los árabes. Shaltiel vivía en un mundo maniqueo. Se creó una especie de paraíso utópico y enfrente se imaginaba el infierno. Ellos, por su parte, empezaron a llamarlo traidor. Decían que se había vendido a los árabes por una buena suma de dinero. Decían que él mismo era el bastardo de un árabe. Periódicos hebreos lo apodaron con sorna el Almuecín o el *Sheikh* Abravanel o incluso la Espada del Islam.

—¿Y usted? —preguntó Shmuel, tan alterado que olvidó dar de comer a los peces de colores del acuario y olvidó darle al anciano sus pastillas—, ¿usted no discutía con él?

—Yo —suspiró Gershom Wald—, pobre de mí, yo discutía con él con gran vehemencia. Hasta la noche del dos de abril. Aquella noche se acabaron para siempre todas las discusiones entre nosotros. La tragedia apagó la discusión. De todos modos, sus posturas ya no tenían en este país la más mínima posibilidad. Ya habíamos visto todos que los árabes no soportarían nuestra presencia aquí ni aunque renunciásemos a la fundación de un Estado judío. Estaba claro como el agua, incluso para los más moderados, que la postura de los árabes no dejaba ningún resquicio a la más mínima sombra de compromiso. Y yo ya era un hombre muerto.

—Yo por aquel entonces solo era un joven de trece años —dijo Shmuel—, un joven en el movimiento juvenil. Al igual que todos, creía que nosotros éramos los justos y la minoría, mientras que ellos, los árabes, eran los malvados y la mayoría. No me cabía duda de que ellos deseaban arrancarnos a la fuerza el palmo de tierra que teníamos bajos los pies. Todo el mundo árabe estaba determinado a aniquilar o a expulsar a los judíos. Así eran las llamadas de los almuecines desde lo alto de los minaretes de las mezquitas los viernes al mediodía. Es cierto que en Haifa, cuando era pequeño, venían clientes árabes al pequeño despacho de cartografía que tenía mi padre en Hadar Hacarmel, Gaviota S. L. De cuando en cuando entraban comerciantes de terrenos, efendis con feces rojos, tirantes y trajes con una cadena de oro que se curvaba sobre sus barrigas y continuaba hasta el reloj de oro que tenían metido en el bolsillo lateral. Eran agasajados con licores y postres, y charlaban con mi padre y con su socio, extensa y sosegadamente, en un cultivado y perfecto inglés o francés. Alababan la brisa marina al atardecer o la producción de olivas. Y a veces nos invitaban a nosotros, a mi padre, a mi madre, a mi

hermana y a mí, a degustar exquisiteces en sus casas de la calle Allenby. Los sirvientes ofrecían bandejas y bandejas de café o de té árabe, pistachos, nueces, almendras y dulces. Fumaban juntos un cigarro tras otro y estaban de acuerdo en que la política era totalmente innecesaria y que solo nos traía desgracias y calamidades a todos. En que sin política la vida podía ser hermosa y tranquila. Hasta que un día empezaron en Haifa los ataques a los autobuses de los judíos, las sangrientas incursiones de represalia de combatientes judíos en pueblos de la zona de la bahía, la multitud árabe enfervorizada asesinó a los trabajadores judíos de las refinerías, y de nuevo las acciones de represalia, francotiradores judíos y árabes se apostaron sobre las azoteas de las casas tras barricadas de sacos terreros, puestos de control con posiciones fortificadas se levantaron en los pasos entre los barrios de los árabes y los barrios de los judíos. Y en abril del cuarenta y ocho, como un mes antes de la retirada de los británicos, decenas de miles de árabes de Haifa se subieron a una flota de barcos y barcas de pescadores y escaparon en masa al Líbano. El último día, los dirigentes judíos de Haifa siguieron lanzando proclamas en las que rogaban a la población que se quedase. Es cierto que en Lod y en otros muchos lugares no les rogamos que se quedasen, sino que los asesinamos y expulsamos. Tampoco en Haifa sirvieron de nada esas proclamas: los árabes ya eran presas del pánico. Un terror mortal flotaba sobre sus cabezas: corría el rumor entre ellos de que los judíos pretendían exterminarlos a todos, como habían hecho con los habitantes del pueblo árabe de Dir Yassin, que estaba aquí mismo, al otro lado de la colina, no muy lejos de esta casa. De la noche a la mañana, Haifa quedó vacía de la mayor parte de su población árabe.

»Aún hoy paso a veces por los barrios árabes que ahora están llenos de inmigrantes judíos, deambulo al atardecer por las callejuelas donde continúan viviendo miles de árabes que decidieron permanecer en Haifa, y me pregunto si lo que pasó, tuvo que pasar necesariamente. Mi padre, por su parte, sigue afirmando que no había escapatoria. Que la guerra de la Independencia fue una guerra total a vida o muerte, o nosotros o ellos, una guerra en la que no lucharon dos ejércitos, sino dos poblaciones, una calle contra otra, un barrio contra otro, la ventana de una casa contra la ventana de la casa de enfrente. En guerras así, dice mi padre, en guerras civiles, siempre y en todas partes son desplazadas poblaciones enteras. Eso mismo ocurrió entre Grecia y Turquía. Entre India y Paquistán. Entre Polonia y Alemania. Entre Checoslovaquia y Alemania. Yo oigo sus palabras, oigo lo que piensa mi madre, que todavía hoy afirma que todo fue culpa de los británicos, que prometieron esta tierra dos veces y disfrutaron instigando a un pueblo contra otro pueblo. Atalia que dijo una vez que su padre no era de su tiempo. Puede que se retrase. Puede que se adelantase. Pero no era de su tiempo. Él, al igual que Ben Gurión, eran hombres con grandes sueños. Yo, por mi parte, a veces veo las grietas. Sobre el tema de las grietas, puede que usted me haya influido un poco. En nuestras conversaciones nocturnas he aprendido de usted a dudar un poco. Tal vez por eso yo ya no seré jamás un revolucionario de verdad, solo un revolucionario de café. Ahora iré a la cocina a calentarnos la papilla. Me permitirá dejarlo esta tarde un poco antes, es que Atalia me ha invitado a cenar con ella en un *pub* o un bar en el que no he estado nunca.

Shmuel cubrió la camisa de Gershom Wald con un paño de cocina de cuadros, le metió un pico del paño por el cuello de la camisa, le aproximó la papilla recalentada en la que había espolvoreado un poco de azúcar y de canela y, para él, preparó dos gruesas rebanadas de pan con mantequilla y queso, a pesar de que Atalia le había ordenado no comer nada antes de su cita en el Fink. Pero el hambre fue más fuerte que él.

Mientras se comía la papilla que le había acercado Shmuel, Gershom Wald dijo:

—Yo considero a Ben Gurión el mayor de los dirigentes judíos de todos los tiempos. Mayor que el rey David. Puede que uno de los mayores estadistas de la historia del mundo. Era un hombre lúcido y clarividente que comprendió hace mucho tiempo que los árabes jamás nos tolerarían aquí de buen grado. Que tampoco aceptarían compartir con nosotros ni el territorio ni el poder. Él sabía mucho antes que sus compañeros que nada nos sería entregado en una bandeja de plata, que las buenas palabras no harían que los árabes nos quisiesen, y también sabía que ninguna fuerza exterior vendría a defendernos el día que los árabes se alzasen para arrancarnos de aquí. Ya en los años treinta, después de entablar largas conversaciones con los dirigentes árabes, incluidos los queridos y agradables amigos de Shaltiel Abravanel, Ben Gurión llegó a la conclusión de que, lo que nosotros no obtuviésemos por nosotros mismos, no se nos daría gratuitamente. Mi hijo Mija salía por las noches a practicar con el arma en el bosque de Tel Arza, porque también él lo sabía. Todos lo sabíamos. Pero yo no sabía que mi hijo. No suponía que mi hijo. No quería ni imaginarlo. Ya no es un muchacho, me decía a mí mismo, ya tiene treinta y siete años y es casi catedrático. A veces, durante las semanas posteriores a la tragedia, sin que él dijera ni una palabra, yo me imaginaba a Shaltiel Abravanel preguntándome en voz baja si todavía creía que todo eso había merecido la pena. Esa pregunta que Shaltiel jamás me hizo me hería como si me clavara una y otra vez un cuchillo en la garganta. Y desde entonces no hablamos más. Ni él ni yo. Guardamos silencio. Todo se desvaneció. Solo muy de cuando en cuando intercambiábamos palabras sobre el arreglo de las tejas o la compra de un frigorífico eléctrico. Ahora ten la amabilidad de dejar el plato y la cuchara dentro de la pila, no te molestes en fregarlos ni colocarlos, y vete enseguida corriendo tras sus faldas. Yo, por mi parte, no creo que tus flirteos con ella den ningún resultado. Tú no eres para ella y ella no es para ti, de hecho, ella ya no es para nadie en el mundo. Ella será una mujer solitaria hasta el fin de sus días. También después de mi muerte ella será una mujer solitaria en esta casa vacía. No vendrá ningún extraño. O puede que venga y sea obligado a irse al día siguiente, o al cabo de cierto tiempo, justo igual que vino. También tú serás obligado pronto a irte y yo te perderé también a ti. Apresúrate. Ponte tu mejor camisa y vete cuanto antes. No te preocupes por mí. Yo seguiré sentado aquí con mis libros y mis cuadernos hasta el amanecer y entonces, yo mismo me arrastraré hasta la cama. Vete, Shmuel. Vete con ella. Ya no tienes elección.

Pero Shmuel Ash no llegó aquella noche a la cita con Atalia. Cuando iba a salir de la casa con sus andares alocados, con el gorro *shapka* en su cabeza desgredada, el abrigo abrochado hasta el cuello, los pantalones a lo que les faltaba un botón, tropezó de pronto con el escalón de madera improvisado de la entrada de la casa. Más que tropezar, dejó caer todo su peso sobre el borde del escalón e hizo que se elevase como una palanca y lo lanzase hacia atrás. Cayó de espaldas contra la pared, se golpeó la cabeza contra el muro y luego contra las baldosas, hasta que quedó tendido de espaldas con el pie izquierdo retorcido debajo. Un intenso dolor le atravesó el tobillo. Primero sintió más dolor en el cráneo que en el tobillo. El gorro había salido disparado y había rodado por el pasillo. Tal y como estaba, tumbado todo lo largo que era, Shmuel se llevó la mano a la cabeza y, con la yema de los dedos, sintió cómo se iba formando un charco caliente de sangre debajo de su pelo. Permaneció un rato tumbado sin moverse y, sorprendentemente, descubrió que se estaba riendo. Estaba riéndose y gimiendo al mismo tiempo. A pesar del dolor, le hizo gracia la caída, como si le hubiese pasado a otro y no él, o como si hubiese hecho alguna travesura sorprendente y divertida. Cuando intentaba sin éxito levantarse y ponerse al menos de rodillas, se oyó a lo lejos el ruido de las muletas de Gershom Wald. El anciano, que había escuchado el golpe desde su habitación, apareció renqueando por el pasillo y enseguida vio el cuerpo retorcido, la sangre fluyendo de la maraña de pelo encrespado y formando un reguero sobre el suelo, y la torcedura del tobillo. Dio media vuelta, se apresuró en llegar con las muletas hasta el escritorio, llamó a emergencias y pidió una ambulancia. Después volvió cojeando por el pasillo, se agachó con dificultad, apoyándose en una sola muleta, se sacó del bolsillo un pañuelo de cuadros, lo puso sobre la cabeza ensangrentada de Shmuel y dijo:

—Esta casa no te trae suerte. De hecho, a ninguno de nosotros nos la trae.

Shmuel se rio:

—Ahora yo también necesitaré un par de muletas. O una silla de ruedas. Habrá cuatro muletas aquí. —Pero su risa se convirtió en un gemido de dolor.

Unos veinte minutos más tarde llegó un sanitario sin afeitar y con bata blanca acompañado de dos camilleros pequeños, oscuros y ágiles; ambos eran delgados y se parecían casi tanto como si fuesen gemelos, solo que uno de ellos tenía los brazos anormalmente largos, ambos estaban completamente calvos, solo que el de los brazos largos tenía un bulto en la parte izquierda de la calva. Los camilleros trasladaron a Shmuel a la ambulancia. Entretanto, no pronunciaron apenas ni una palabra. El sanitario se inclinó y, con el índice y el pulgar, le tomó el pulso a Shmuel en la muñeca, le cortó con unas pequeñas tijeras unos mechones de pelo, le desinfectó la herida

sangrante de la cabeza y se la tapó con gasas y esparadrapo. Y como Shmuel había roto al caer el escalón de madera, los camilleros tuvieron que levantar la camilla en diagonal y subirla desde el pasillo hasta el rellano de la puerta. Primero pusieron los pies de la camilla sobre el rellano elevado, luego el del bulto subió desde el pasillo hasta el rellano de la puerta y tiró de los pies de la camilla hacia el umbral. Mientras, su compañero colocó el escalón de madera roto, agarró los dos asideros situados a ambos lados de la cabeza del herido y alzó la camilla, y juntos la sacaron por el pequeño jardín, atravesaron el portón desencajado y la metieron en la ambulancia centelleante, que estaba allí mismo, con el motor encendido y las puertas traseras abiertas en dirección al portón del jardín.

De camino, el sanitario envolvió la cabeza de Shmuel con una venda blanca en la que al instante se fue extendiendo una mancha de sangre. Unos minutos antes de las diez, lo llevaron a la sala de urgencias del hospital Shaarei Tzedek de la calle Yafó. Le pusieron una inyección para calmarle el dolor, le hicieron una radiografía del tobillo, encontraron una pequeña fisura, pero no fractura, se lo escayolaron y lo dejaron en observación en traumatología.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, llegó Atalia con un jersey azul celeste, una falda azul oscuro y una bufanda roja, los grandes pendientes de madera se balanceaban en los lóbulos de sus orejas, el pelo le caía sobre el hombro izquierdo y tapaba en parte una pequeña horquilla plateada que parecía una concha. Se quedó un instante parada en la entrada de la habitación observando las ocho camas que había allí, cuatro a cada lado, dos de ellas vacías. Cuando su mirada se encontró con Shmuel, en vez de acercarse a él enseguida, permaneció un poco más junto a la puerta, mirándolo como si hubiera algo nuevo en él, algo desconocido hasta el momento. Sus bondadosos y tímidos ojos de almendra acariciaron la figura de Atalia con sumisión y modestia, y a ella se le encogió el corazón. Shmuel yacía cubierto por una sábana en la tercera cama de la izquierda. Su pie escayolado estaba destapado y en alto. Cuando ella se acercó, él cerró los ojos. Atalia se inclinó, le colocó con delicadeza la sábana y le acarició suavemente las barbudas mejillas. Tocó la venda que blanqueaba alrededor de su frente y le revolvió con los dedos los rizos de la cabeza.

Él abrió los ojos, acarició con cautela la mano que lo acariciaba, una mano que le pareció mucho más vieja que el rostro y que el cuerpo, y decidió sonreír. Pero en su rostro se dibujó una expresión de dolor y de complacencia.

—¿Duele mucho?

—No. Apenas nada. Sí.

—¿Te han dado algo para el dolor?

—Algo me han dado.

—¿No te ha hecho efecto?

—No. Apenas nada. Un poco.

—Voy a hablar con ellos. Enseguida te darán algo que te haga efecto. Mientras tanto, ¿quieres beber? ¿Agua?

—No importa.

—¿Sí o no?

—No importa. Gracias.

—Me han dicho que te has fisurado la articulación del tobillo.

—¿Me estuviste esperando anoche?



—Casi hasta las doce. Pensé que se te había olvidado. No pensé que se te había olvidado. Pensé que te habías quedado dormido.

—No me quedé dormido. Salí corriendo, temía llegar tarde, y me caí en el escalón.

—¿Saliste corriendo por la emoción?

—No. Tal vez. Sí.

Atalia posó una mano fría sobre la frente vendada de Shmuel y acercó tanto su rostro al de él que, por un instante, su nariz captó el sutil perfume de violetas y el olor de su aliento, que era una mezcla de olor a pasta de dientes y a champú. Luego ella se incorporó y se fue a buscar a un médico o a una enfermera para pedir algo que le calmara el dolor. Sentía que ella era la culpable de su lesión, aunque esa sensación no tenía ninguna lógica. Pese a todo, decidió quedarse con él hasta que lo devolvieran a casa al mediodía, después de la visita de los médicos. Una enfermera delgada y alta, con el pelo recogido en un pequeño moño sobre la nuca, le dio a Shmuel una píldora con un vaso de agua y dijo que a las diez llegaría el fisioterapeuta para enseñarle a utilizar las muletas, y después seguramente lo mandaría a casa. Él se acordó de pronto del hospital de Haifa donde lo ingresaron de pequeño tras la picadura del escorpión. Se acordó del contacto de la mano fría de su madre sobre su frente. Y alargó la mano y encontró la mano de Atalia, la agarró y entrelazó sus dedos con los suyos.

Atalia dijo:

—Siempre vas corriendo. ¿Por qué vas siempre corriendo? Si no hubieses corrido, no te habrías caído en el pasillo.

Shmuel dijo:

—Corría hacia ti, Atalia.

—No había ninguna razón para correr. El hombre al que tenía que observar en el bar de Fink ni siquiera apareció por allí. Estuve sola hasta cerca de medianoche, esperándote. Dos hombres jóvenes, uno después de otro, se acercaron a mi mesa e intentaron hacerse los interesantes, uno con un cotilleo sobre una actriz y el otro con algo confidencial sobre las actividades de uno de los servicios secretos. Pero los eché a los dos. Les dije que estaba esperando a alguien y que prefería esperar sola. Me tomé un *gin-tonic*, comí pistachos y almendras y seguí esperándote. No sé por qué te esperé. Tal vez te esperé porque estaba segura de que te habías perdido por el camino.

Shmuel no respondió a eso. Apretó los dedos de Atalia con los suyos buscando algo que decir. Y, como no se le ocurrió nada, se acercó a los labios la mano entrelazada a la suya y pegó los labios a los dedos de Atalia, no con un beso, sino tan solo con un roce. Y al instante paró.

Un poco antes de las diez, llegó un chico bajo, regordete, con la cara roja como si estuviera en carne viva, sin piel. Llevaba una arrugada bata blanca y una kipá negra sujeta con una horquilla que flotaba sobre su fino cabello. El chico levantó a Shmuel de la cama, lo puso de pie sobre una pierna y empezó a enseñarle a usar las muletas. Como Shmuel había tenido muchas ocasiones de observar a Gershom Wald, no le costó aprender a colocarse las muletas debajo de las axilas, a agarrar bien las empuñaduras y a avanzar con cuidado entre las camas con el pie escayolado suspendido en el aire. Atalia y el fisioterapeuta lo sujetaban cada uno de un lado. Un cuarto de hora más tarde, ya fue capaz de salir de la habitación acompañado por sus dos ángeles, caminar con sus muletas hasta el final del pasillo y volver con bastante agilidad. Después descansó un rato y volvió a dar otra vuelta, esta vez él solo. Atalia vigilaba a unos dos pasos por detrás, lista para sujetarlo en caso necesario. Shmuel dijo:

—Mira, camino yo solo.

Luego dijo:

—Pasarán varias semanas hasta que pueda volver a trabajar.

Atalia respondió:

—No hay ningún problema. Trabajarás esta misma tarde. Os sentaréis el uno enfrente del otro como de costumbre, el viejo hablará todo el rato y tú, por supuesto, le llevarás la contraria en todo. Yo os proporcionaré papilla y té y también daré de comer a los peces de colores en tu lugar.

Cuando regresaron al callejón Rabbi Elbaz en el taxi que pidió Atalia, ella cortó con unas tijeras la pernera izquierda de los pantalones de pana de Shmuel y lo ayudó a ponérselos encima de la escayola. Luego lo tumbó en la biblioteca, en el diván de mimbre de Gershom Wald, le ofreció un té y una rebanada de pan con queso y se fue a abrir, a ventilar y a arreglar para Shmuel la habitación de al lado, esa habitación de la planta baja que siempre estaba cerrada con llave, la habitación en la que Shmuel jamás había puesto un pie, la habitación de su padre. Puso una sábana, una manta y una almohada en el estrecho sofá. A su buhardilla él no podía subir mientras tuviese el pie escayolado. Casi desde el mismo día en que llegó a casa de Abravanel, Shmuel había deseado entrar en aquella habitación cerrada. Siempre había sentido que allí lo aguardaba una revelación. O una inspiración. Como si ese fuese el corazón sellado de la casa. Y resulta que ahora, gracias al accidente nocturno, la puerta se abría ante él. Se preguntaba qué sueños tendría allí por la noche.

Se tumbó sobre el sofá que había pertenecido a Shaltiel Abravanel, con el pie escayolado encima de tres cojines y los dedos sonrosados asomando por el extremo de la escayola. Su cabeza encrespada, cubierta por una venda blanca, descansaba encima de otros dos cojines. Llevaba sus pantalones de pana, que Atalia había cortado para que metiera por la pernera el pie escayolado, y una chaqueta de pijama que pertenecía a Gershom Wald. Chupaba un caramelo de *toffee* demasiado dulce y sobre su pecho descansaba un libro abierto al revés, *Los días de Ziklag*, que no quería leer. En la habitación había un ligero olor a cera de velas derretida y a flores secas. Ese olor desconocido le agradaba, aunque no tenía ni idea de dónde procedía. Shmuel aspiró profundamente ese olor extraño, cera de velas viejas y flores secas, y se preguntó si ese sería el olor habitual de las habitaciones que permanecían cerradas durante muchos años, si sería el olor de velas que se encendieron ahí años atrás en las largas noches de invierno, o si sería el eco del olor corporal del hombre destituido y odiado que vivió ahí en completa soledad durante los últimos años de su vida. Por las ranuras de la contraventana cerrada se coló un rayo de sol oblicuo en el que giraban miles de diminutas motas de polvo, como multitud de mundos iluminados dentro de una vía láctea resplandeciente. Por un instante, Shmuel se esforzó en fijar la vista en una de esas miles de motas brillantes, que no se diferenciaba en nada de las otras, y en seguir su curso. Tras un instante la perdió. A Shmuel le resultó agradable tumbarse sobre ese sofá y en esa habitación, y el placer se fue extendiendo por todos sus miembros y le hizo recordar los días de soledad que pasó enfermo en la cama de su niñez, en Haifa, en aquella casa no querida, en el oscuro pasillo donde estaba su cama, entre paredes manchadas de moho.

¿Qué hizo Shaltiel Abravanel después de su destitución? ¿Qué hizo durante el asedio de Jerusalén, los bombardeos, la lucha casa por casa, la caída del barrio judío de la Ciudad Vieja, la carencia de agua, las colas para la harina, el aceite, el queroseno, la leche en polvo y el huevo en polvo? ¿Se escribía notas a sí mismo? ¿Recuerdos? ¿Predicciones? ¿Intentó volver a ganarse a su rabiosa hija? ¿Procuró de alguna forma mantener el contacto con sus amigos de la Jerusalén árabe a través de la línea de fuego? ¿Escribió algún memorándum que pretendía hacer llegar al gobierno provisional? ¿Siguió febrilmente el curso de las batallas? ¿Se quedó aquí encerrado, pensando noche y día en su rival, David Ben Gurión, que por aquellos días dirigía el curso de la guerra sangrienta desde su pequeño despacho situado en una de las colinas de Ramat Gan?

El color de las paredes y del techo era de un blanco desvaído que casi se había vuelto gris. La habitación no tenía lámpara en el techo, y la luz provenía solo de dos lámparas laterales, una fijada en la pared a la cabecera del sofá donde estaba tumbado Shmuel y otra instalada en un

soporte metálico y curvado sobre la mesa de trabajo de Shaltiel Abravanel. Esa mesa, a diferencia del escritorio de Gershom Wald, estaba completamente vacía. Encima no había ningún libro, ninguna revista, ningún periódico, ningún pedazo de papel. Ni bolígrafo, ni lapicero, ni regla, ni cajas de gomas, de grapas o de clips. Nada de nada. Solo la lámpara estaba encendida allí, surgiendo de un tubo de hierro curvado y cubierta por un semicírculo de metal. Sin embargo, la mesa estaba limpia, y Shmuel se preguntó si la mujer que limpiaba la casa una vez a la semana entraba también en esa habitación cerrada, o si era Atalia la que de vez en cuando quitaba el polvo de los escasos muebles.

El escritorio negro, labrado, tenía unas patas finas y curvadas, la parte frontal elevada y los laterales estaban equipados con cajones y con diminutas cavidades y minúsculos escondrijos de todo tipo. Shmuel recordó vagamente que, cuando era pequeño, en Haifa, en casas de conocidos árabes, a esa clase de escritorios los llamaban secreter. La palabra secreter despertó en él una especie de repentina nostalgia por las casas de los señores árabes ricos de la calle Allenby que, de pequeño, visitaba con su padre y donde lo agasajaban con jugo de granada y pasteles demasiado dulces que se quedaban pegados un buen rato entre los dientes, debajo de la lengua y en el paladar.

Además del secreter y del sofá donde Atalia había tumbado a Shmuel con la pierna en alto, en la habitación había dos sillas negras de respaldo recto, un armario de aspecto severo cerrado con llave y tres estantes de libros con no más de treinta o cuarenta volúmenes viejos, en francés, en árabe, en hebreo, en griego y también en inglés. Desde el sofá, a Shmuel le costó descifrar lo que ponía en los lomos de los libros, pero se prometió a sí mismo examinarlos a la menor oportunidad. Y también mirar a hurtadillas en los cajones del secreter.

Dos delicadas ilustraciones de paisajes del desierto de Judá con marcos negros y cristal estaban colgadas de la pared, sobre el sofá donde permanecía tumbado Shmuel. En una de ellas se veía una colina árida y ventosa sobre un fondo de montañas lejanas y en la otra se apreciaba la entrada de una cueva oscura en un barranco donde brotaban algunos arbustos azotados por el viento. En la pared de detrás del secreter había un inmenso mapa, un mapa desfásado, de la cuenca oriental del Mediterráneo. En la parte alta del mapa había un título en francés: «Los países de Levante y su entorno». Debajo del título estaban Siria y el Líbano, Chipre, Eretz Israel y Transjordania, Iraq, el norte de Egipto y el norte de Arabia Saudí. Encima de Eretz Israel y de Transjordania ponía «Palestina», y entre paréntesis estaba escrito también «Tierra Santa», mientras que sobre la zona del Líbano estaba escrito en francés «El Gran Líbano». Las zonas de influencia británica, incluida la isla de Chipre, eran de color rosa, y las zonas de influencia francesa estaban marcadas de azul claro. El mar Mediterráneo y el mar Rojo estaban coloreados de azul oscuro. Turquía era verde y Arabia Saudí estaba pintada de amarillo.

Las contraventanas de la única ventana de la habitación estaban cerradas, también la ventana estaba cerrada y oscurecida por los dos paños de una cortina marrón de tela gruesa. Por la ranura entre los paños de la cortina y por las ranuras de la contraventana se filtraba y cortaba la habitación en diagonal el único rayo de sol donde danzaban miles de brillantes motas de polvo. Ese rayo atrajo su mirada. A pesar del ligero dolor de tobillo y de cabeza, Shmuel sintió que lo envolvía una dulce tranquilidad, como si por fin hubiese vuelto a casa, no a la casa de sus padres, no al pasillo oscuro donde había dormido durante toda su infancia, sino a la casa que siempre había deseado, la casa en donde nunca había estado, su propia casa, la verdadera. La casa a la se

había estado dirigiendo durante toda su vida. Desde el día que llegó por primera vez a la casa del callejón Rabbi Elbaz para intentar que lo contratasen para aquel trabajo, no había sentido una tranquilidad tan profunda. Era como si *a priori*, durante todas aquellas semanas, hubiese anhelado en secreto ganarse el derecho a estar algún día enfermo y tumbarse en esa habitación, en ese sofá, a la luz de las dos lámparas laterales, frente al mapa francés de los países de Levante y su entorno y a los pies del rayo donde brillaban, se mezclaban y giraban sin cesar las motas de polvo.

Atalia entró en la habitación con sigilo, se inclinó sobre el lecho y le colocó los cojines que tenía detrás de la espalda. Se sentó a su lado en el borde del sofá y le acercó un plato hondo lleno de sopa de verduras espesa y humeante. La vecina, Sara de Toledo, fue quien preparó esa sopa para la comida del señor Wald, como cada día, solo que en esa ocasión Atalia le había pedido que hiciera doble ración. Puso un paño sobre la barba y el pecho de Shmuel y empezó a darle de comer con una cuchara, pese a que Shmuel se sorprendió y dijo que no era necesario, que podía perfectamente comer él solo. Pero Atalia insistió:

—Te pringarás toda la barba y también la chaqueta del pijama.

Y añadió:

—Durante los últimos meses le daba de comer también a él. Aquí, en esta habitación. Pero no en la cama, sino junto al escritorio. Nos sentábamos muy cerca en estas dos sillas y yo le ponía un paño y le daba una cucharada tras otra. Le gustaban muchos estas sopas espesas, con especias picantes, sopa de guisantes, sopa de lentejas, sopa de calabaza. No. No estaba impedido en absoluto al final de su vida. Tampoco estaba paralítico ni senil. Solo muy débil, apático e inmerso en sí mismo. Al principio le traía estas sopas calientes, a él le gustaba que la sopa estuviese casi hirviendo, dejaba el cuenco sobre el escritorio, me iba y volvía un cuarto de hora más tarde a recoger el plato vacío. Los últimos meses de su vida dejó de comer a no ser que yo me quedase con él en la habitación, le rogase que comiese y le contase un cuento mientras comía. Le gustaban muchos las fábulas y las leyendas. Después ya no bastaba con mi presencia y mis cuentos, él se quedaba escuchándome sin probar la comida. Hasta que empecé a acercarle una cucharada y luego otra a los labios. Tras la comida, le limpiada la boca con el paño y seguía a su lado cerca de una hora hablándole de una vieja excursión por Galilea o de un libro que había leído. Ya te dije que nunca lo quise, salvo tal vez cuando aún era una niña pequeña, pero precisamente al final, cuando él mismo se fue convirtiendo en un niño, empezó a crearse entre nosotros una complicidad tardía. Él, que toda su vida había hablado con una lógica aguda, con frases cortas y medidas y en tono de voz bajo y sugerente, él, que hasta en las discusiones más fuertes jamás alzaba la voz, que no sabía escuchar a los demás ni le gustaba hacerlo, ni una sola vez se molestó en escucharnos ni a mi madre ni a mí, precisamente él apenas hablaba durante sus últimos meses de vida. Puede ser incluso que, por fin, empezase a escuchar un poco. A veces se sentaba con Gershom Wald en la biblioteca, que fue suya hasta que se la cedió a Wald, del mismo modo que nos cedió toda la casa, salvo esta pequeña habitación. Se sentaban los dos en la biblioteca, media hora o una hora, Wald apenas hablaba y Abravanel permanecía en silencio escuchando las cosas que Wald no decía. Doblando un clip e intentando volver a enderezarlo. O puede que no escuchase. No había forma de saber si escuchaba o estaba absorto. Excepto Wald y yo, no entraba nadie en su habitación. Jamás. Ni una visita, ni un conocido ni un artesano. Solo Bella, la mujer de la limpieza, pasaba por las habitaciones una vez a la semana, silenciosa como un espíritu maligno. Todos la temíamos un poco. Sara de Toledo traía de su cocina la sopa con pedazos de carne o la papilla, y a veces

también algunas frutas o verduras. No teníamos visitas. Los vecinos no llamaban a nuestra puerta. Nadie venía nunca a nuestra casa, excepto cinco o seis personas que entraban al atardecer a dar sus condolencias los primeros días tras la muerte de Mija y que se sentaban un rato en la biblioteca intentando, con su mejor voluntad, atenuar el silencio. Al cabo de unos días desaparecieron. La puerta se cerró tras ellos. Y desde entonces nos quedamos solos. Nadie quería relacionarse con un traidor. Él mismo no quería tener ninguna relación con nadie. Dos o tres veces le enviaron cartas desde el otro lado de la frontera, desde Beirut o desde Ramala, que nos llegaron a través de algún que otro contacto de Europa. Él no se molestó en responder a esas cartas. Una vez nos llamó por teléfono un famoso periodista francés, un tipo radical conocido por sus simpatías con la causa árabe, y pidió permiso para hacernos una visita, intercambiar pareceres y hacer algunas preguntas. No recibió ninguna contestación. Yo, por supuesto, iba a escribir a ese periodista diciendo que Abravanel ya no concedía entrevistas, pero se me dijo que no lo hiciese y dejase la carta sin respuesta. Él vivió sus últimos años en arresto domiciliario voluntario. Jamás salía del patio. Ni a la tienda, ni al quiosco de periódicos ni a dar un paseo al atardecer por el campo del final de la calle. Yo pensaba erróneamente que se estaba castigando a sí mismo. Pero no se castigaba a sí mismo, sino al mundo. Nunca nos habló a Wald ni a mí, por ejemplo, de la fundación del Estado. Ni de la victoria en la guerra. Ni de la expulsión de los árabes. Ni de la multitud de judíos que comenzaron a llegar desde los países árabes y desde Europa. Ni del derramamiento de sangre en las nuevas fronteras. Era como si todo aquello hubiera ocurrido en otro planeta. Tan solo una vez, al atardecer, rompió su silencio y nos dijo a Wald y a mí, junto a la mesa de la cocina: Ya lo veréis. En el mejor de los casos, todo esto resistirá unos cuantos años, no más. Como mucho dos o tres generaciones. No más. Dicho lo cual se calló. Me pareció que Gershom Wald no podía contener las ganas de responder a esas palabras, pero decidió guardar silencio. Por la mañana, Abravanel se sentaba en el sofá, leía el periódico unos quince minutos y me lo pasaba a mí en silencio, para que lo leyese y se lo pasase a Wald. Luego caminaba una hora u hora y media por su habitación o por el jardín junto al pozo de agua. Cuando se cansaba, se sacaba una silla y se sentaba a la sombra de la higuera del patio, en la zona pavimentada. Según se iba moviendo el sol en el cielo, iba desplazando un poco la silla para perseguir la sombra. Después del plato de sopa del mediodía se echaba a descansar una hora o dos. Cuando se levantaba, se sentaba junto a este escritorio y se ponía a escribir. O a leer. O a leer y a escribir alternativamente hasta que declinaba el día. Al caer la noche encendía la luz de la lámpara de la mesa y seguía leyendo y escribiendo de vez en cuando pequeñas notas en pedazos de papel. Pero tras su muerte no encontramos nada de todo aquello. Ni un solo pedazo de papel. Ni una nota. Yo busqué en vano por todos los cajones, por todos los estantes del armario y entre las hojas de los libros de las estanterías. No, él no quemó sus papeles, no encontré en ningún lugar de la casa o del patio ningún signo de fuego. No. Él lo rasgó todo en pequeños pedazos y los fue tirando día tras día al váter. Tanto él como Wald escribían y destruían y volvían a escribir y volvían a destruir. ¿Tú también? ¿No? Todos excepto yo escriben en esta casa. Al parecer también tus predecesores en la buhardilla intentaron escribir. Debe de ser que hay algo aquí, en las paredes, o bajo las baldosas. Únicamente yo no escribo nada salvo instrucciones para Bella. Tras la muerte de mi padre, cerré esta habitación con llave y la dejé cerrada hasta ayer, que decidí abrirla para ti, porque durante un tiempo no podrás de ninguna manera subir a la buhardilla.

Dicho lo cual se levantó del sofá, tapó a Shmuel con una manta fina, cogió el plato vacío de sopa y abandonó la habitación. Antes de salir dijo:

—Si necesitas algo, solo tienes que alzar la voz y llamarme. Te oiré desde la cocina o desde mi habitación. Las paredes de esta casa son muy gruesas, pero yo tengo un oído fino.

Shmuel se tumbó y miró la columna de polvo iluminada hasta que cambió el ángulo de luz y la vía láctea interior, con sus miles de mundos girando y lanzando destellos brillantes, desapareció de su vista. Una penumbra fría y silenciosa llenó la habitación. Cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, ya era de noche. Atalia encendió la luz de la lámpara del escritorio, pero no la que estaba a la cabecera del sofá. La habitación se plagó de sombras. Lo ayudó a incorporarse aún más, sirviéndose de los tres cojines que tenía a la espalda, y puso sobre su regazo una bandeja con una rebanada de pan con queso, una ensalada cortada muy fina, un huevo duro y algunas aceitunas negras. En esa ocasión, Shmuel comió con apetito, y Atalia de nuevo se sentó a su lado en el borde de la cama y se quedó observándolo como si estuviese contando cada una de las aceitunas que se comía. Por un instante, los ojos almendrados de Shmuel se encontraron con los ojos castaños verdosos de Atalia, y su mirada irradiaba una inocencia y un agradecimiento que la conmovieron. En esa ocasión ella no le dio de comer. Él se tapó bien con la manta por temor a que ella notase la marea de deseo. Cuando terminó, Atalia le retiró la bandeja, se llevó los restos de la cena, salió de la habitación sin decir ni una palabra y, al cabo de cuatro o cinco minutos, regresó con una palangana llena de agua jabonosa, una esponja y una toalla. Shmuel protestó y dijo que no era necesario, que podía bajar de la cama y llegar hasta el cuarto de baño con ayuda de las muletas, de hecho ya había ido él solo al servicio dos o tres veces. Pero Atalia, sin hacerle ningún caso, le acarició la frente con una mano fría, le ordenó que no la molestase y, muy resuelta, arrojó la manta al suelo, le quitó la chaqueta del pijama que el señor Wald le había prestado y, acto seguido, sin dudarle, le quitó de las piernas, de la sana y de la escayolada, los pantalones de pana y, a continuación, le quitó de un tirón los calzoncillos y lo dejó desnudo y atónito tendido sobre la cama, tapándose el miembro con la mano. Empezó a lavarle el cuerpo con movimientos circulares que, tras los momentos iniciales de turbación y desconcierto, le resultaron muy agradables. Primero le frotó los hombros y el pecho peludo, le ordenó que se incorporase y, con la esponja empapada de agua jabonosa, le lavó energicamente la espalda y las caderas, volvió a tumbarlo, le frotó con fuerza el vientre, el vello púbico, apartó su mano y, sin decir una palabra ni pestañear, rodeó con la esponja enjabonada su miembro medio erecto y, sin entretenerse demasiado, siguió frotándole la entrepierna y, a continuación, le lavó la pierna sana y, uno a uno, le fue lavando los dedos sonrosados que asomaban por la parte baja de la escayola. Después de lavarlo, lo secó frenéticamente, desde la frente hasta los dedos de los pies, con una toalla gruesa y áspera que le agradó tanto como si fuese un niño pequeño al que envuelven en una toalla después del baño una noche de invierno. Se encogió y cerró los ojos por vergüenza, pues, a pesar de sus desesperados esfuerzos por evitarlo, su miembro se levantó y se puso erecto en medio de la espesura de vello de su bajo vientre. Atalia recogió la palangana de agua jabonosa, dobló la toalla, metió la esponja mojada en la palangana, lo dejó todo en el suelo, se inclinó hacia Shmuel y sus labios revolotearon sobre su frente mientras su mano tocaba por un instante su miembro. Fue un contacto apenas perceptible. Luego lo tapó con la manta, apagó la luz, salió en silencio de la habitación y cerró la puerta.

Al día siguiente, Shmuel Ash se levantó tres o cuatro veces, fue renqueando con las muletas hasta el servicio, pasó por la cocina, se tomó tres vasos de agua, se comió una gruesa rebanada de pan con mermelada, regresó cojeando a su lecho y, casi al instante, volvió a quedarse dormido. Los dolores eran débiles pero persistentes. Los sentía vagamente incluso cuando estaba dormido, como si su cuerpo aún estuviese enfadado con él. Y, a pesar de todo, esos dolores le resultaban agradables y, de algún modo, sentía que se los había ganado y se los tenía bien merecidos. En duermevela, esperaba en tensión que Atalia fuese de nuevo a darle de comer y a lavarlo. Pero Atalia no fue.

A las cinco de la tarde lo despertó Gershom Wald, que entró en la habitación haciendo mucho ruido, dando un portazo, tosiendo y golpeando el suelo con las muletas, se sentó a sus anchas en una de las sillas negras de respaldo alto, apoyó las muletas en el secreter junto a las de Shmuel y bromeó sobre el cambio de papeles entre ellos: «Desde ahora tú eres el enfermo y yo debo entretenerte y hacerte compañía». El pelo canoso brillaba a la luz de la lámpara y el bigote de Einstein se agitaba al hablar, como si ese bigote tuviese vida propia. Era un hombre grande y deforme, y parecía que nunca, en ningún caso, estaba cómodo; el asiento era demasiado bajo o demasiado alto, su cuerpo quería cambiar constantemente de postura, sus manos anchas y fuertes no encontraban descanso. Empezó a contar una historia sobre un rey que había intercambiado los papeles con un transeúnte, y volvió a burlarse de la caída de Shmuel, que no había sido más que una evidente treta para ganarse los favores de Atalia, pero sus favores eran favores ilusorios. Y añadió que sus muletas llevaban ya bastantes años sin caminar por la guarida secreta de Shaltiel Abravanel, que Atalia mantenía siempre cerrada con llave.

Los tres predecesores de Shmuel, los que habían vivido antes que él en la buhardilla, dijo Gershom Wald, al parecer no lograron ni una sola vez echar un vistazo a esa habitación. Ni a la habitación de Atalia, pese a que los tres, cada uno a su modo, la deseaban y no dejaron nunca de esperar un milagro. Después desapareció de golpe el tono guasón de Gershom Wald, la chispa mordaz de su mirada dejó paso a una especie de tristeza contenida, y dejó hablar a Shmuel durante unos minutos sobre el apodo de «Traidor», que de hecho había que considerar como un título honorífico: «No hace mucho, el presidente De Gaulle fue elegido en Francia con los votos de los leales de la Argelia francesa, y ahora resulta que pretende arrancar con sus propias manos el dominio francés de Argelia y dar la independencia total a la mayoría árabe. Los que lo apoyaban ayer con entusiasmo, ahora lo llaman traidor e incluso amenazan con acabar con su vida. El profeta Jeremías era considerado un traidor tanto por el populacho de Jerusalén como por la



dinastía real. A Elisha Ben Abuyah, los sabios del Talmud lo tacharon de hereje y lo llamaron “Aher”, el Otro. Pero al menos no borraron su doctrina y su recuerdo del libro. Abraham Lincoln, el libertador de los esclavos, fue llamado traidor por sus opositores. Los oficiales alemanes que intentaron matar a Hitler fueron acusados de traición y fusilados. A lo largo de la historia han aparecido de vez en cuando hombres valientes que se adelantaron a su tiempo y a los que por eso se llamó traidores o excéntricos. Herzl fue llamado traidor solo porque se atrevió a sopesar la idea de fundar un estado para los judíos fuera de Eretz Israel, cuando se puso de manifiesto que la Palestina otomana estaba cerrada para el pueblo judío. Incluso a David Ben Gurión, cuando hace doce años aceptó la división de esta tierra en dos estados, uno judío y otro árabe, muchos lo llamaron traidor. Mis padres y mi hermana me acusan ahora a mí de haber traicionado a mi familia por haber dejado los estudios. De hecho, tal vez tengan más razón de lo que ellos mismos creen, porque la verdad es que los traicioné mucho antes de dejar mis estudios. Los traicioné ya cuando era un niño y soñaba con que tenía otros padres. El que está dispuesto a cambiar», dijo Shmuel, «el que tiene el valor de cambiar, siempre será considerado un traidor por aquellos que no son capaces de ningún cambio, tienen un miedo mortal a cualquier cambio, no comprenden los cambios y aborrecen cualquier cambio. Shaltiel Abravanel tenía un hermoso sueño y, debido a ese sueño suyo, hubo quienes lo llamaron traidor».

Shmuel guardó silencio. De pronto se acordó de su abuelo, el padre de su padre, el abuelo Antek, que llegó desde Letonia en el año treinta y dos y lo contrató la policía secreta británica porque tenía un gran talento para falsificar todo tipo de documentos. Durante la Segunda Guerra Mundial, él les proporcionó a los británicos decenas de documentos nazis falsificados con los que los británicos cazaron a agentes y a espías al otro lado de las líneas enemigas. Lo cierto es que el abuelo Antek se alistó en la policía secreta británica para proporcionar información reservada a las resistencias judías y también falsificó muchos documentos para ellos. Precisamente, los miembros de su resistencia fueron los que lo asesinaron en el año cuarenta y seis porque sospechaban que era un agente doble que colaboraba con los británicos. Durante muchos años, el padre de Shmuel luchó por limpiar el nombre del abuelo Antek y quitarle la etiqueta de traidor que le habían puesto. Shmuel añadió en voz muy baja, como temiendo que algún extraño lo escuchase:

—El beso de Judas Iscariote, el beso más famoso de toda la historia, no fue un beso de traidor: los emisarios de los sacerdotes del Templo que fueron a apresar a Jesús después de la última cena no tenían ninguna necesidad de que Judas Iscariote les señalase a su maestro. Solo unos días antes, Jesús había llegado enfurecido al Templo y, con ira, frente a todo el pueblo, había volcado las mesas de los cambistas. Todo Jerusalén lo conocía ya. Además, cuando fueron a detenerlo, él no intentó escapar, él se quedó plantado por propia voluntad ante sus captores y, por propia voluntad, se fue con ellos. La traición de Judas no ocurrió cuando supuestamente besó a Jesús al llegar los captores. Su traición, si es que eso fue traición, ocurrió en el momento de la muerte de Jesús en la cruz. Ese fue el momento en que Judas perdió la fe. Y junto con la fe, perdió también el deseo de vivir, porque su vida dejó de tener sentido.

Greshom Wald se inclinó ligeramente hacia delante y dijo:

—En todas las lenguas que conozco, y también en las que no conozco, el nombre de Judas se ha convertido en sinónimo de traidor. Y puede que también en sinónimo de judío. A ojos de millones de cristianos sencillos, todos y cada uno de los judíos están contagiados del virus de la

traición. Cuando aún era un joven estudiante en Vilna, hace cincuenta años, en una ocasión, en el tren de camino a Varsovia, en el segundo compartimento, se sentaron enfrente de mí dos monjas con hábitos negros y cofias de un blanco impoluto. Una era mayor y de expresión severa, tenía unas piernas recias y una tripa de hombre puntiaguda, mientras que su compañera era joven, dulce y tenía un rostro delicado, y sus grandes ojos abiertos de par en par me mostraron una mirada azul clara, una mirada limpia, una mirada que era toda inocencia, piedad y pureza. Aquella monja joven se parecía al cuadro de una Virgen en una iglesia de pueblo, una Virgen que aún era más niña que mujer. Cuando saqué de mi bolsillo un periódico hebreo, lo extendí y empecé a leerlo, la monja mayor me dijo en un polaco ceremonioso y con un tono de sorpresa y disgusto: Pero cómo, el señor está leyendo un periódico judío. De inmediato le respondí que en efecto yo era judío y que pronto abandonaré Polonia y me iré a vivir a Jerusalén. Su pequeña compañera, con sus ojos puros que de pronto se llenaron de lágrimas, me miró y empezó a recriminarme delicadamente, con su voz de campana: Pero Él era tan tan dulce, ¿cómo pudisteis hacerle eso? Yo, por mi parte, apenas pude contenerme para no responderle que, el día y la hora en que ocurrió la crucifixión, yo casualmente tenía cita en el dentista. Debes terminar tu trabajo de investigación, y tal vez publicar algún día un libro, o incluso dos libros: uno sobre Judas Iscariote y otro sobre Jesús a ojos de los judíos. Puede que después le llegue el turno a Judas a ojos de los judíos.

Shmuel se acomodó, estiró con cuidado la pierna escayolada, se quitó un cojín de la cabeza y se lo puso entre las rodillas. Después dijo:

—En el año 1921, el escritor Nathan Agmon, más conocido con el nombre de Nathan Bistrizky, publicó un relato dramático, es decir, una especie de obra teatral titulada *Jesús de Nazaret*. En la obra de Bistrizky, Judas regresa la noche de la última cena de la casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde le informan de que los dirigentes de la casta sacerdotal han decidido que Jesús es un hombre muerto. Judas le ruega a Jesús que lo acompañe, le dice que ambos deben escapar esa misma noche de Jerusalén. Pero el Jesús de Bistrizky se niega a huir y dice que su alma está cansada y que desea morir. Le pide a Judas que lo ayude a morir traicionándolo, informando de que él dice ser el Mesías, o el rey de los judíos. Al oír esas palabras, Judas «se aleja de él, aterrado», «aparta sus manos con horror», y llama a Jesús «serpiente... , serpiente con forma de paloma». Jesús le responde «Entonces, aplástame». Y Judas reprocha a Jesús con insolencia: «No te hagas el benevolente». Y también le implora a su maestro que no le encomiende esa terrible misión. Jesús se mantiene firme: «Te ordeno que me entregues, porque mi deseo es morir en la cruz». Judas se niega. Se aleja de Jesús con la intención de huir a su ciudad natal. Pero una fuerza interior superior a él lo obliga, en el último momento, a volver sobre sus pasos, a arrodillarse ante su maestro, a besarle las manos y los pies y a aceptar con humildad la terrible misión que le ha sido encomendada. El traidor, según esa obra, no es más que un discípulo fiel: al entregar a Jesús a sus perseguidores, él no hace otra cosa que cumplir con sumisión la orden que su maestro le ha dado.

Gershom Wald sonrió:

—Si en vez de crucificar a la derecha de Jesús al buen ladrón, Pilatos hubiese ordenado crucificar a Judas, Judas habría alcanzado a ojos de los cristianos la categoría de santo, la imagen de Judas Iscariote sobre la cruz habría decorado miles de iglesias, millones de niños cristianos se habrían llamado Judas, varios papas habrían adoptado su nombre. Y a pesar de todo, te lo digo yo, con Judas Iscariote o sin Judas Iscariote, el odio hacia los judíos no habría desaparecido del

mundo. No habría desaparecido y tampoco habría disminuido. Con Judas o sin él, el judío habría seguido representando a ojos de los creyentes el papel de traidor. Generaciones y generaciones de cristianos nos habrían recordado siempre cómo gritó el populacho antes de la crucifixión «Matadlo, matadlo, que su sangre recaiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Shmuel, yo te digo que la contienda que hay entre nosotros y los árabes musulmanes no es más que un pequeño episodio en la historia, un episodio breve y fugaz. Dentro de cincuenta, de cien o de doscientos años no quedará ni rastro de ella, mientras que lo que hay entre nosotros y los cristianos es un asunto profundo y oscuro que va a continuar durante cien generaciones más. Mientras sigan enseñando a los niños de pecho que aún caminan por el mundo los seres que asesinaron a Dios, o los descendientes de los asesinos de Dios, no tendremos descanso. Parece que ya sabes utilizar muy bien tus muletas. Pronto tú y yo podremos bailar juntos a ocho pies. Por tanto, mañana por la tarde, como de costumbre, te estaré esperando en la biblioteca. Ahora voy a llamar por teléfono a uno de mis queridos enemigos, le meteré un poco de prisa, y luego tú te sentarás conmigo y me darás un discurso sobre cómo arreglar el mundo, sobre Fidel Castro, sobre Jean-Paul Sartre y sobre la grandeza de la Revolución roja en China, y yo, como siempre, sonreiré un poco porque, a mis ojos, el mundo no tiene arreglo.

Pasados unos días, un sábado nublado y oscuro en que toda la casa situada al final del callejón Rabbi Elbaz estaba cavernosa y cubierta de sombras entre los espesos muros de cipreses, Shmuel Ash intentó subir a las nueve de la mañana las escaleras de caracol que llevaban a su buhardilla. Dejó las muletas a los pies de las escaleras, se agarró con las dos manos a la barandilla y, sobre una pierna, fue saltando de peldaño en peldaño, manteniendo la pierna escayolada en vilo, con la rodilla doblada para no darse con el siguiente peldaño. Pero, tras tres o cuatro peldaños, le entró un ataque de asma que le impedía respirar con normalidad. Desistió, se sentó dos o tres minutos a descansar en el tercer peldaño y volvió a bajar de un salto sobre una pierna. Allí cogió las muletas, se apoyó en ellas, regresó renqueando a su habitación provisional de la planta baja, se dejó caer sobre el sofá y aspiró a pleno pulmón del inhalador. Permaneció tumbado cerca de un cuarto de hora, discutiendo mentalmente con Shaltiel Abravanel: ¿por qué a ojos de Abravanel los judíos son el único pueblo en todo el mundo que no merece un estado propio, una patria, el derecho de autodeterminación, ni siquiera en una pequeña parte de la tierra de sus antepasados, ni siquiera un estado diminuto, más pequeño que Bélgica, incluso más pequeño que Dinamarca, ni siquiera un estado con tres cuartas partes de tierra desértica? ¿Es que se ha condenado a los judíos a la oscuridad hasta el final de los tiempos? ¿Por nuestros pecados fuimos expulsados de nuestra tierra? ¿Porque los judíos son los asesinos de Dios? ¿Es que también Abravanel opinaba que sobre los judíos, y solo sobre los judíos, se cierne una maldición eterna?

Y suponiendo que Shaltiel Abravanel tenga razón al pensar que todos los estados nacionales son una desgracia y una plaga, incluso aunque tenga razón al decir que pronto la plaga del patriotismo pasará y que todos los estados desaparecerán y serán abolidos del mundo, ¿acaso no es de justicia que también el pueblo judío tenga una casa pequeña con rejas y cerrojos, exactamente igual que todos los demás?, ¿al menos hasta que por fin se cumpla la profecía de un mundo sin estados?, ¿al menos mientras todos y cada uno de los pueblos tengan rejas en sus ventanas y cerrojos y candados en sus puertas? ¿Y sobre todo después de que un tercio de este pueblo fuera exterminado hace unos pocos años únicamente porque no tenía casa, ni puerta con cerrojo ni un palmo de tierra propia? ¿Ni tampoco ejército ni armas para defenderse? Llegado el día, cuando por fin todos los pueblos se alcen para derribar los muros que los separan, entonces claro que sí, entonces también nosotros iremos con mucho gusto a derribar los muros que construimos a nuestro alrededor y nos uniremos con júbilo y alegría a la celebración general. Sin embargo, por precaución neurótica, tal vez en esta ocasión nosotros no seamos los primeros en todo el mundo en prescindir de rejas y candados. Tal vez en esta ocasión seamos los terceros del

mundo y los cuartos de nuestro barrio. Por seguridad. Y si de ser como todos se trata, prosiguió Shmuel, discutiendo mentalmente con el padre de Atalia, se plantea la pregunta de ¿dónde está en este mundo la tierra de los judíos si no es en la tierra de Israel, que es la única casa que alguna vez tuvieron en el mundo? ¿Una tierra en la que hay suficiente espacio para que los dos pueblos puedan vivir el uno al lado del otro de forma amigable y cooperativa? ¿Y tal vez algún día incluso vivan aquí los dos bajo la bandera de un socialismo humanista, de una economía compartida, de acuerdos de federación y de una misma justicia para todos?

Se le ocurrió contarle enseguida a Atalia lo que estaba pensando, y por tanto se levantó, se dirigió renqueando con las muletas hacia la cocina y la llamó dos o tres veces, pero Atalia no estaba allí ni tampoco oyó sus llamadas, pese a que le había asegurado que tenía un oído muy fino. Al acercarse cojeando hacia el fregadero para servirse un vaso de agua, Shmuel se dio con el pico de la mesa, se le escapó una de las muletas y estuvo a punto de caerse. En el último momento logró agarrarse al armario de la cocina y mantener el equilibrio, aunque tiró al suelo un tarro lleno de mermelada y otro tarro lleno pepinillos en vinagre que se hicieron añicos y se desparramaron por el suelo. Se sujetó con fuerza con la mano izquierda al pico de la encimera, se apoyó en una muleta e intentó agacharse, sin que el pie escayolado tocara el suelo, para recoger con la mano derecha los cristales rotos e intentar limpiar lo que se había ensuciado. Pero, al agacharse, perdió el equilibrio, la muleta sobre la que estaba apoyado resbaló en un charco de mermelada pegajosa y Shmuel se cayó de lado, rodó por el suelo y, en la caída, se golpeó el hombro con el pico de mármol de la encimera.

Sucedió por la mañana. El anciano estaba profundamente dormido, como todas las mañanas. Fue Atalia quien salió por fin de su habitación, con una bata azul de franela y el pelo oscuro recién lavado y mojado. Incorporó a Shmuel y, mientras ella palpaba con ambas manos su espalda y todo su cuerpo, este se apresuró a asegurarle que estaba bien, que en esa caída, para variar, no se había herido ni se había roto ningún hueso. Al minuto se retractó y se quejó de un dolor en el cuello. Ella se inclinó, tiró de él, lo levantó sobre la pierna sana, pasó su brazo por encima de sus hombros y así, apoyado en ella con todo el peso de su cuerpo y saltando sobre una pierna, lo condujo a la habitación y lo acostó en la cama de su padre. Sin signo de interrogación al final de la frase, dijo:

—Qué voy a hacer contigo.

Y después:

—Puede que contratemos a otro estudiante para que, desde ahora, cuide de vosotros dos.

Y como Shmuel estaba tan aturdido que no replicó, ella añadió:

—Te has puesto perdido. Mira. Estás completamente pringado de mermelada.

Se fue y desapareció y, al cabo de tres o cuatro minutos, volvió de la buhardilla de Shmuel con unos calzoncillos limpios, una camiseta de manga larga, unos pantalones anchos y un viejo jersey gris. Del cajón de la mesa sacó unas grandes tijeras y cortó de arriba abajo la pernera izquierda de los pantalones limpios que había traído, para poder ponérselos encima de la escayola. Luego se inclinó sobre Shmuel y le quitó toda la ropa, tal y como había hecho unos días antes, cuando fue a su habitación a lavarlos. Cuando él intentó taparse las vergüenzas con la mano, Atalia le retiró la mano bruscamente, como una doctora que al examinar a un niño pierde la paciencia, y dijo en tono seco:

—No me molestes.

Shmuel cerró los ojos con fuerza, como hacía siempre de pequeño cuando su madre lo lavaba en la bañera y él temía que el jabón le entrara en los ojos. Pero en esa ocasión, Atalia no trajo un paño empapado en agua jabonosa ni limpió su cuerpo, sino que le acarició lentamente el pecho peludo tres o cuatro veces, le pasó un dedo por los labios, se alejó de él un instante y le dijo: «Ahora no hables. No digas nada». Cogió un cojín de la cama y tapó con él la fotografía de su padre, que estaba justo enfrente de ellos y los observaba desde el escritorio, se quitó la bata de franela azul y la arrojó a sus pies y, antes de atreverse a abrir los ojos, Shmuel sintió cómo el cálido cuerpo de Atalia cubría su cuerpo y cómo sus dedos, sin preámbulos, lo agarraban y lo conducían hacia dentro. Y puesto que Shmuel llevaba varios meses sin tocar a una mujer, todo terminó casi antes de haber empezado.

Se quedó unos minutos con él, sus manos parecían buscar algo que se le había perdido en su mata de rizos, en su barba y en el pelo de su pecho. Al cabo de un rato apartó la mano, recogió del suelo la bata de franela, se cubrió con ella desde el cuello hasta los tobillos y ató y apretó bien el cinturón de la bata alrededor de su cintura. Salió y volvió con una palangana, una esponja y una toalla, lavó y vistió a Shmuel con movimientos enérgicos y lo tapó bien con la manta, cubriendo sus hombros y sus pies. Al final quitó el cojín con el que había sepultado antes la fotografía de su progenitor. Shaltiel Abravanel parecía pensativo y sereno. Sin echar ni un vistazo a esa fotografía, Atalia corrió las cortinas, apagó la luz, salió y cerró la puerta.

Shmuel se quedó tumbado con los ojos cerrados. De pronto se estremeció, se levantó, buscó las muletas y fue tras ella hacia la cocina. Sentía que debía decirle algo, rasgar el violento silencio que Atalia había impuesto sobre los dos, pero no sabía qué decirle. Mientras hervía el agua, Atalia salió y regresó con una escobilla de goma, una bayeta y un recogedor. Fregó y secó bien el suelo de la cocina. Luego se lavó las manos con agua fría y sirvió café para los dos. Cuando dejó las tazas de café sobre la mesa de la cocina, alzó la vista y miró a Shmuel con sorpresa, como si fuese el hijo pequeño de unos extraños al que habían dejado a su cargo y, más allá de compadecerse, no sabía muy bien qué debía hacer con él. Él rodeó los dedos de Atalia con la mano y se los llevó a los labios. Aún no sabía qué decir. Aún no se creía del todo que lo que acababa de ocurrir en la habitación de Shaltiel Abravanel unos minutos antes hubiese pasado de verdad. Estaba avergonzado por la febril precipitación de su cuerpo y porque no había lo logrado satisfacerla, ni siquiera había tenido tiempo de intentarlo. Todo había ocurrido en un instante, y un instante después ya se había separado de él y se había tapado con la bata de franela. En ese mismo momento, Shmuel deseó estrecharla entre sus brazos y amarla otra vez, de inmediato, incluso ahí mismo, en el suelo de cocina, o de pie, apoyados en la encimera de mármol, para demostrarle hasta qué punto ardía en deseos de devolverle al menos algo del bien que ella le había hecho en la habitación de su padre. Atalia dijo con calma.

—Miradlo.

Y añadió:

—Hay una fantasía así, que una mujer decide proporcionarle a un joven asustado su primera experiencia y después ella recoge toda la pudorosa y entusiasta gratitud de la que él la colma en abundancia. Una vez leí en alguna parte que una mujer que le proporciona a un joven su primera vez va directamente al paraíso. No, tú no, tú no, ya sé que tú has tenido novia. O novias. Yo no voy a ningún paraíso. No se me ha perdido nada allí.

Shmuel dijo:

—Atalia.

Y después dijo:

—Yo puedo ser para ti todo lo que tú quieras. Un joven virgen. Un ermitaño. Un caballero. Un salvaje hambriento. Un poeta.

Se asustó de esas palabras y se corrigió:

—Casi desde mi primer día aquí, yo...

Pero Atalia lo interrumpió:

—Basta. Cállate. Deja de hablar de una vez.

Ella retiró las tazas de café, las dejó en el fregadero, salió en silencio de la cocina y dejó tras ella una estela en la que además de su perfume de violetas había esta vez un toque nuevo y mareante. Shmuel se quedó allí solo otro cuarto de hora, completamente agitado y excitado, fuera de sí. Lo que crees que ha pasado, se dijo, ha pasado solo en tu imaginación. Solo lo has soñado. No ha ocurrido de verdad.

Cogió las muletas, se apoyó en ellas y, con especial cuidado, emprendió el camino de vuelta a la habitación de Shaltiel Abravanel. Se quedó allí un rato sobre una pierna mirando fijamente el mapa de los países de Levante. Luego posó la vista en el rostro delicado y pensativo del hombre con bigote de la fotografía que le recordaba algo al retrato de Albert Camus. Después se acercó a la ventana, descorrió las cortinas y abrió las contraventanas para ver si había dejado de llover. La lluvia en efecto había cesado, pero un fuerte viento del oeste ponía a prueba los cristales de la ventana. Desde esa ventana hacia el oeste se extendían solamente campos abandonados azotados por el viento. Ahora ha llegado el momento de que te vayas de aquí. Sabes que las palabras bíblicas «su lugar no lo reconoce<sup>[56]</sup>» se refieren a todos los habitantes de esta casa, a los vivos y también a los muertos. Y también sabes cómo acabaron los que te precedieron en la buhardilla. ¿En qué eres mejor que ellos? ¿Cómo has arreglado el mundo durante todo este invierno?

De pronto se le encogió el corazón por Atalia, por su orfandad y su soledad, por el frío constante que la envolvía, por su amado que fue degollado como un cordero en la ladera de la montaña, solo, en la oscuridad de la noche, por el niño que ella no tendrá, por no haber logrado revivir, aunque solo fuese por unas semanas, un poco de lo que está muerto y enterrado en ella.

Al final de los campos vacíos, mojadas y desmoronándose en la oscuridad, estaban las ruinas del pueblo árabe abandonado de Sheikh Badr, sobre las que llevaban unos diez años levantando un inmenso Palacio de Festivales. El edificio se dejó a medio construir, luego se reanudaron las obras y, poco después, volvieron a quedar paralizadas durante mucho tiempo. Era un esqueleto gris, inacabado, imponente, estaba lleno de paredes a medio hacer, de anchas escaleras expuestas a la lluvia y de oscuras vigas de hormigón de las que sobresalían, como dedos de muertos, hierros oxidados.

Solo, en la taberna vacía, un rato antes de cerrar, un rato antes de que empezara el Shabat y la fiesta de la Pascua. Un vaso de vino y un plato de carne de cordero en salsa aguardaban sobre la mesa delante de él, sin embargo, a pesar de que no había comido ni bebido nada desde la noche anterior, no tocaba la carne ni el vino, ni tampoco la fruta lavada que la joven embarazada le había dejado delante. Él la miró y supo que esa joven pobre, rechoncha y picada de viruelas no tenía a nadie en el mundo, ni un familiar ni un conocido, y que seguramente se había quedado preñada una noche de otoño de algún viandante, de algún cliente de la taberna, o tal vez del propio dueño de la taberna. Dentro de unas semanas, cuando le entraran los dolores del parto, sería expulsada de allí hacia la oscuridad de fuera y no habría nadie en el cielo ni en la tierra que la salvase. Pariría en la oscuridad y se revolcaría en su sangre, sola, en alguna cueva abandonada, entre murciélagos y arañas, como un animal del campo. Luego ella y su niño pasarían hambre y, si no conseguía volver a servir en alguna taberna, se convertiría en una puta barata. El mundo está vacío de misericordia. Hace tres horas, en Jerusalén se ha asesinado la caridad y se ha asesinado la misericordia y, desde ahora, el mundo está vacío. Ese pensamiento no alejó ni por un instante de sus oídos el eco de los gritos que continuaron unas siete horas y que incluso en ese momento, en la taberna vacía al atardecer, no se apartaban de él. No dejaba de percibir a lo lejos, al otro lado de los valles y de las colinas, los gemidos y los lamentos de dolor, los percibía en la piel, en el pelo de la cabeza, en los pulmones y en las entrañas. Era como si los gritos aún continuaran allí, en la explanada de la crucifixión, y solo él hubiese escapado de ellos hacia fuera de la ciudad, hacia esa remota taberna.

Se sentó encogido sobre el banco de madera, de espaldas a la pared, con los ojos cerrados y temblando de arriba abajo a pesar de que la tarde era cálida y húmeda. El perrito que se había pegado a él por el camino se tumbó a sus pies debajo de la mesa. Era un perro delgado, lleno de calvas, de color marrón claro, con una herida abierta supurándole en el lomo, un perro abandonado que estaba habituado al hambre, a la soledad y a las patadas de extraños. Durante seis horas no dejó el crucificado de gritar y de gemir. Cuanto más se prolongaba su agonía, más lloraba, gritaba y chillaba de dolor y llamaba sin cesar a su madre, la llamaba y volvía a llamarla con una voz fina y penetrante, una voz parecida al llanto de un niño herido de gravedad al que han abandonado en el campo para que muera de sed y se desangre bajo el sol abrasador. Era un grito desesperado, un grito que ascendía y descendía y volvía a ascender y helaba la sangre, madre, madre, y luego llegó un alarido de dolor lacerante y de nuevo madre. Y de nuevo un gemido



penetrante y, tras él, un lamento fino, continuado, cada vez más y más fino, hasta el desfallecimiento.

Los otros dos crucificados gritaban solo de vez en cuando. Uno de ellos emitía intermitentemente unos gruñidos graves, como desde el fondo del estómago. De cuando en cuando, los dos se lamentaban de dolor con los dientes apretados; el crucificado de la izquierda soltaba cada media hora un bramido grave, largo e interminable, un bramido desde las entrañas, un bramido de animal degollado. Una nube negra de moscas ávidas se cerró sobre los tres crucificados, se pegó a su piel y revoloteó insaciablemente sobre la sangre que brotaba de las heridas de los clavos.

Sobre las ramas de los árboles cercanos se agolpaban y aguardaban con impaciencia multitudes de aves carroñeras negras, grandes, pequeñas, de pico curvado, de cuello pelado y de plumas erizadas. De vez en cuando una de esas aves lanzaba un graznido gutural y punzante. De vez en cuando las aves se enzarzaban en una furiosa pelea, se daban frenéticos picotazos las unas a las otras y las plumas arrancadas revoloteaban por el aire asfijante.

Al mediodía el sol se vertió como plomo fundido sobre la tierra, sobre los crucificados y sobre la multitud expectante. El cielo estaba polvoriento, sucio, de un color entre marrón y gris. La explanada estaba abarrotada de gente, hombros contra hombros, caderas contra caderas. Los congregados no dejaban de hablar con los tenían al lado y, a veces, alzaban la voz y hablaban a gritos con otros que estaban más alejados. Algunos se compadecían de los crucificados, otros se compadecían solo de uno o dos de ellos y otros se regodeaban. Los familiares y amigos de los agonizantes se reunían en grupos pequeños, se apoyaban los unos en los otros, se abrazaban, gemían, e incluso puede que aún esperasen un milagro. Había buhoneros que daban vueltas entre el público con bandejas metálicas ofreciendo a voz en grito dulces, bebidas, higos secos, dátiles, zumos de fruta. Los curiosos empujaban para ponerse delante y ver bien de cerca las agonías de la crucifixión, para oír de cerca los gritos, los lamentos y los gemidos, para observar a corta distancia los rostros desencajados de los crucificados, sus ojos, que parecían salirse de las órbitas, las heridas sangrantes, los harapos empapados de sangre. Hubo quienes compararon a voz en grito a un crucificado con otro. Por el contrario, otros se abrieron paso a codazos hacia atrás, porque ya habían visto suficiente, y se dirigieron apresuradamente hacia sus casas a preparar la fiesta que estaba a punto de comenzar. Hubo muchos entre el público que llevaron cosas de comer y de beber y se llenaron la panza. Los que consiguieron llegar a las primeras filas se sentaron tranquilamente en el suelo, con las ropas recogidas y las piernas dobladas, algunos se apoyaron en los hombros de otros, y charlaron, o bromearon, o engulleron las provisiones que portaban, o apostaron a voces cuál de los tres crucificados expiraría primero. Y entre la multitud también hubo cuatro o cinco vociferadores que no dejaron de burlarse del crucificado del medio y de provocarlo: ¿dónde está su padre?, ¿por qué no viene su padre a ayudarlo?, ¿por qué no se salva a sí mismo igual que salvó a otros sufrientes? ¿Por qué no desciende de una vez de la cruz?

Unos cuantos curiosos se decepcionaron o se cansaron y empezaron a dispersarse. Algunos grupos de espectadores, que ya habían visto bastante y no esperaban ya ni clemencia, ni milagro, ni ningún cambio sorprendente en el angustioso suplicio de los tres crucificados, se disgregaron de la multitud. Hombres y mujeres dieron la espalda a la hilera de cruces, bajaron lentamente de la colina y emprendieron el camino de regreso a casa. Se estaba haciendo tarde y el Shabat y la fiesta de la Pascua iban a comenzar al caer la noche. El ardiente calor fue apagando la curiosidad

y la excitación. Todos, los que agonizaban en las tres cruces, los curiosos, los soldados romanos y los emisarios de la casta sacerdotal, estaban empapados de un sudor pegajoso que se mezclaba con una espesa nube de polvo que se elevaba desde los pies de la multitud. Ese polvo gris saturó el aire ardiente, dificultó la respiración y nubló el espectáculo. Eran sobre todo los soldados romanos, con sus relucientes cascos de hierro y sus armaduras, los que chorreaban de sudor. Dos sacerdotes de baja estatura, gruesos y entrados en carnes, permanecían a unos pasos de distancia de la multitud y, de vez en cuando, uno se inclinaba y susurraba algo al oído de su compañero, que respondía asintiendo perezosamente con la cabeza. De cuando en cuando, uno de ellos soltaba una ventosidad.

Y había allí, justo a los pies del crucificado central, cuatro o cinco mujeres desesperadas, mujeres desconsoladas que estaban apretadas las unas contra las otras, un hombro apoyado contra otro hombro, casi abrazadas, pero no estaban abrazadas, porque tenían los brazos caídos junto a sus cuerpos. De cuando en cuando, una de ellas rodeaba los hombros de la mujer mayor con el brazo, le acariciaba las mejillas y secaba su frente con un pañuelo. La mujer mayor estaba allí como petrificada, como si le hubiese dado una parálisis, no quitaba ojo de la cruz, pero sus ojos estaban secos. Solo a veces su mano vagaba por su cuerpo tocando inconscientemente los mismos sitios en los que estaban clavados los clavos en el cuerpo del crucificado. Mientras que la joven lloraba sin cesar, y era un llanto silencioso y constante. Con los ojos abiertos lloraba, con la cara impávida, como si su cara ni siquiera supiese que sus ojos lloraban. Tenía los labios ligeramente separados y los dedos de las manos entrelazados. No apartaba ni un instante sus ojos abiertos de par en par del hombre crucificado. Era como si lo que le quedaba de vida dependiese por completo de la perseverancia de su mirada. Como si fuese a expirar si apartaba la vista de él aunque solo fuese por un instante.

El hombre alto que estaba allí, algo retirado de la multitud, sintió de pronto que iba siendo atraído hacia aquellas mujeres, sus pies lo llevaban como por sí solos hacia ellas, pero se detuvo y se mantuvo parado al margen de la multitud, apoyado en las vigas de madera rotas de una vieja cruz cuyos restos habían quedado ahí tras una de las crucifixiones anteriores. El milagro, al hombre no le cabía ninguna duda de ello, iba a producirse ahora. En ese instante. En cualquier momento. Ahora será santificado tu nombre, ahora vendrá tu reino que no es de este mundo.

Durante todas aquellas horas abrasadoras, mientras su sangre brotaba de sus heridas hasta la última gota, el crucificado central llamó a gritos a su madre. Tal vez también la viera a ella mientras sus ojos se iban apagando, encorvada a sus pies en medio del grupo de mujeres desconsoladas y buscando sus ojos con los suyos. O tal vez sus ojos ya se habían cerrado y él miraba solo hacia dentro y no pudo verla más, ni a ella, ni a las otras mujeres ni a toda la multitud. Ni una sola vez durante aquellas cinco horas llamó el crucificado a su padre. Una y otra vez gritó, madre, madre. Durante horas estuvo llamándola a gritos. Y solo en la hora sexta, en el último instante, justo cuando expiraba, lo reconsideró y gritó de pronto a su padre. Pero tampoco con su último grito llamó a su padre, padre, sino que murmuró, Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado. Judas supo que con esas palabras había terminado la vida de los dos.

Los otros crucificados, a la derecha y a la izquierda del muerto, siguieron agonizando en sus cruces bajo el sol ardiente al menos durante otra hora. Las heridas de los clavos estaban cubiertas de una nube de moscas verdosas. El crucificado de la derecha lanzó terribles maldiciones, mientras sobre sus labios que expiraban burbujeara espuma blanca. Entretanto, el crucificado de

la izquierda volvió a emitir su intermitente bramido de dolor grave y desesperado. Solo el crucificado de en medio encontró el descanso eterno. Sus ojos se cerraron, su cabeza atormentada cayó sobre su pecho y su delgado cuerpo parecía relajado como el cadáver de un joven.

El hombre no aguardó a que bajaran a los tres muertos de la cruz y trasladaran sus cuerpos. Inmediatamente después de que el último crucificado expirara con una maldición entre los labios, dio media vuelta y se fue de allí, rodeó las murallas de la ciudad, indiferente al cansancio, al calor, al hambre y a la sed, vacío de todo pensamiento y anhelo, vacío de todo lo que había tenido durante toda su vida. Caminaba a paso ligero, como si por fin se hubiese quitado un gran peso de encima. Un perro marrón claro, con calvas, con las patas curvadas y el lomo herido y supurando, se pegó a él por el camino y correteó a su alrededor como suplicante. El hombre sacó de su bolsa un pedazo de queso, se inclinó y lo dejó delante del perro, que se lo comió todo con avidez, lanzó dos ladridos roncos y siguió corriendo detrás del hombre. Los pies le llevaron hacia una vieja taberna del camino que conducía a su ciudad natal, a Cariot. En la entrada de la taberna, el hombre volvió a inclinarse sobre el perro. Le acarició la cabeza dos veces y dijo en voz baja: Vete, perro, vete, no creas. El perro dio media vuelta y se alejó de allí con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas, pero al cabo de unos minutos cambió de idea, entró y se metió casi a rastras debajo de la mesa del hombre. Allí se tumbó sin emitir ni un sonido, tan solo apoyó con cautela la cabeza en la sandalia polvorienta de su benefactor.

Yo lo he asesinado. Él no quería ir a Jerusalén y yo lo arrastré a Jerusalén casi a la fuerza. Me pasé semanas y semanas tratando de convencerlo. Él estaba lleno de dudas y de temores, una y otra vez me preguntó a mí, y volvió a preguntar al resto de los discípulos, si él era el hombre. La incertidumbre no se apartaba de él. Una y otra vez pidió una señal de arriba. Una y otra vez tenía la ardiente necesidad de una señal más. Solo una última señal más. Y yo, que era mayor que él, más tranquilo que él y más experimentado que él, yo, en quien clavaba la mirada en los momentos de duda, yo no me cansé de repetirle: Tú eres el hombre. Y tú sabes que tú eres el hombre. Y todos nosotros sabemos que tú eres el hombre. Y dije día tras día y noche tras noche que en Jerusalén y solo en Jerusalén, y que debíamos ir a Jerusalén. Deliberadamente infravaloré los milagros rurales que había hecho, milagros cuyos rumores se mezclaban confusamente con otros rumores sobre milagros de todo tipo que deambulaban por los pueblos de Galilea curando enfermos con el contacto de sus manos. Rumores que circulaban durante unas cuantas semanas por las colinas y luego se desvanecían sin dejar rastro.

Pero él se negó a ir a Jerusalén: El año que viene, dijo, tal vez el año que viene. Casi a la fuerza tuve que arrastrarlo a la ciudad para la fiesta de la Pascua. Una y otra vez nos decía que, en Jerusalén, los que matan a sus profetas se burlarían y mofarían de él. Una o dos veces dijo que en Jerusalén le esperaba la muerte. Él temía a la muerte y temblaba ante la muerte, exactamente igual que cualquier hombre, pese a que en lo más profundo de su corazón él lo sabía todo. Sabía todo lo que le aguardaba. Y a pesar de eso se negaba a aceptar lo que siempre había sabido, y rezaba día tras día para que se le permitiera seguir siendo toda la vida únicamente un sanador de enfermos de Galilea que iba de pueblo en pueblo despertando los corazones con su mensaje y sus prodigios.

Yo lo he asesinado. Yo lo arrastré a su pesar a Jerusalén. Es cierto, él era el maestro y yo uno de sus discípulos y, sin embargo, me escuchó. Igual que los vacilantes e indecisos, que siempre se dejan llevar por la determinación de los convincentes y los decididos. Con frecuencia me escuchaba, aunque yo siempre tenía un modo sutil y calculado de hacerle sentir en todo momento

que la decisión partía de él y no de mí. También los demás, sus discípulos, sus fieles seguidores, los que se bebían sus palabras, también ellos dependían de lo que salía de mi boca, aunque yo sabía cómo hacerles sentir que mi opinión no era más que un humilde eco de sus propias opiniones. Me confiaron a mí la bolsa del dinero porque yo era el mayor de todos, el más experimentado, el más capacitado para regatear, porque era el más resuelto y porque sabían que ningún astuto desconocido lograría engañarme jamás o tenderme una trampa. En cualquier sitio donde nos topábamos por el camino con representantes de la autoridad, yo era el que hablaba. Ellos eran unos pueblerinos de las riberas del mar de Galilea y yo llegué a ellos desde Jerusalén. Ellos eran pobres, fantasiosos y soñadores, y yo dejé atrás casas, campos, viñedos y una buena posición entre los sacerdotes de Cariot. Yo era Jerusalén que había bajado hasta ellos para reprenderlos y poner al descubierto su engaño, para mostrarles como una panda de farsantes e impostores, y resulta que, exactamente igual que Balaam, acabé bendiciéndolos, uniéndome a ellos, vistiendo sus ajadas ropas, comiendo sus mendrugos de pan, caminando descalzo y con los pies heridos como ellos y creyendo como ellos, e incluso más que ellos, que el salvador se había revelado y que ese muchacho solitario e introvertido, ese muchacho tímido y modesto que oía voces, que extraía de su immaculado corazón proverbios maravillosos y trasmitía mensajes sencillos que brotaban de él como agua pura de un manantial, mensajes que conquistaban los corazones, mensajes de amor y compasión, de renuncia, alegría y confianza, que ese muchacho delgado era en efecto el único hijo de Dios y que había venido por fin hasta nosotros para salvar al mundo, y que, aunque ahora caminaba entre nosotros como uno más de nosotros, no era uno más de nosotros y nunca lo sería.

Siempre tuvo miedo de Jerusalén, e incluso la detestaba: por el Templo, por los sacerdotes, por los fariseos, por los saduceos, por los grandes maestros, por los ricos y los poderosos. Evidentemente, era un miedo pueblerino, un temor propio de un joven tímido, un pánico corrosivo a que allí le arrancaran la máscara de la cara, a ser objeto de burla y escarnio, a que la mirada lúcida de los sabios y de los nobles lo dejase completamente desnudo: al fin y al cabo, Jerusalén ya había visto decenas y decenas de hombres como él, a los que miraba un instante con una sonrisa de aburrimiento en los labios y, un instante después, se encogía de hombros y les daba la espalda.

Y cuando fuimos a Jerusalén, casi con mis propias manos organicé para él la crucifixión. No cedí. Fui tozudo e insistente, y creí fervientemente que el fin de los tiempos estaba a las puertas. A nadie en Jerusalén se le pasó por la cabeza crucificarlo. Nadie vio ninguna razón para crucificarlo. ¿Por qué? Pueblerinos ebrios de Dios portadores de mensajes y hacedores de milagros en la plaza del mercado afluían a la ciudad casi cada día desde las remotas regiones del país. A ojos de los sacerdotes, el muchacho de Galilea no era más que otro predicador excéntrico cubierto de harapos. Mientras que a ojos de los romanos solo era un mendigo loco enfermo de Dios, como todos los judíos. Fui cuatro veces a la sede del Sanedrín y me planté ante el sumo sacerdote y ante los dirigentes sacerdotales y hablé hasta que conseguí convencerlos de que ese profeta era diferente de los demás profetas, de que toda la Galilea estaba fascinada por sus prodigios, de que con mis propios ojos había visto cómo resucitaba a los muertos y con mis propios ojos lo había visto caminar sobre las aguas, expulsar demonios y convertir agua en vino y piedras en panes y peces. También me presenté ante los romanos, ante los jefes del ejército y de la guardia, antes los consejeros del gobernador, y poco a poco, con palabras efusivas y elocuentes, conseguí plantar en los notables romanos la sospecha de que ese hombre frágil era, de hecho, la

causa de la revuelta, el inductor de los que se alzaban contra el poder romano. Y al final logré que, sin demasiado entusiasmo, decidiesen aceptar mi consejo. No porque estuviesen convencidos realmente de que el muchacho del que yo hablaba fuese más peligroso que todos los demás, sino tan solo por indiferencia: un crucificado más, un crucificado menos. Yo clavé cada clavo en su carne. Yo derramé cada gota de sangre que brotó de su cuerpo puro. Él sabía de antemano hasta dónde llegaba su fuerza, y yo no lo sabía. Yo creía en él mucho más de lo que él creía en sí mismo. Yo lo empujé a prometer un cielo nuevo y una tierra nueva. Un reino que no era de este mundo. A prometer la redención. A prometer la inmortalidad. Él solo pretendía seguir caminando por la tierra, curar a los enfermos, saciar a los hambrientos y plantar en los corazones las semillas del amor y la compasión. Nada más.

Yo lo amaba profundamente y creía en él ciegamente. No era solo un amor de hermano mayor por el hermano más joven y mejor que él, no era solo un amor de hombre adulto y experimentado por un joven frágil, no era solo un amor de discípulo por el maestro más joven y más grande que él, y tampoco era solo el amor del creyente por el hacedor de prodigios y milagros. No. Yo lo amaba como a Dios. Y de hecho lo amaba mucho más de lo que amaba a Dios. De hecho, desde que era joven, yo no amaba a Dios en absoluto. Incluso lo detestaba: un dios celoso, vengativo y rencoroso, que castiga a los hijos por los pecados de los padres, un dios cruel, colérico, malhumorado, resentido, pueril y sanguinario. Mientras que, a mis ojos, el hijo era bondadoso, piadoso, clemente, compasivo y, cuando quería, también agudo, incisivo, entrañable e incluso divertido. Él ocupó en mi corazón el lugar de Dios. Se convirtió para mí en Dios. Yo creía que la muerte no podría alcanzarlo. Yo creía que en Jerusalén ocurriría el mayor milagro de todos. El último y definitivo milagro tras el cual ya no habría muerte en el mundo. Tras el cual ya no habría ninguna necesidad de más milagros. El milagro tras el cual llegaría el reino de los cielos y en el mundo reinaría solo el amor.

El plato de carne que puso delante de mí la sirvienta embarazada que tenía la cara picada de viruelas lo dejé debajo de la mesa, para que se lo comiera el perro. El vino lo dejé sobre la mesa. Me levanté, saqué de mi bolsillo nuestra bolsa del dinero y, con un gesto casi grosero, se la puse a la joven en el regazo sin intercambiar con ella ni una palabra. Luego me fui de allí y vi que el sol ya se estaba poniendo. La luz cruel se fue suavizando, como si la hubiesen entrado dudas. Las colinas cercanas me parecieron vacías, y el camino proseguía vacío y polvoriento hasta el horizonte. Su voz dolorida, aguda, la voz de un niño herido al que han abandonado en el campo agonizando con terribles tormentos, madre, madre, no dejó de resonar en mis oídos ni cuando estuve en la taberna ni cuando proseguí mi camino. Añoraba su sonrisa bondadosa y su costumbre de sentarse tranquilamente a la sombra de un sicomoro o de una viña y hablarnos a veces como si las palabras que salían de su boca también lo sorprendiesen a él.

El camino estaba bordeado por olivos, higueras y granados. En el horizonte ya flotaba un ligero vapor sobre las cimas de las montañas lejanas. En los campos de frutales reinaban el frío y las sombras. En uno de ellos vi un pozo de piedra con una polea de madera. De pronto sentí un gran amor hacia ese pozo. Confié en que jamás dejase de dar agua al sediento. Me aparté un instante del camino, me acerqué al pozo, bebí agua pura, quité la cuerda de la polea y me la enrollé en la muñeca. Luego seguí andando.

Más allá de los campos de frutales y de los huertos, sobre las suaves laderas, verdeaban campos de trigo y de cebada hasta donde alcanzaba la vista. Aquellos campos me parecieron muy

grandes y abandonados. Eran tan grandes y estaban tan abandonados que sus dimensiones y su estado de abandono me calmaron un poco. El grito lacerante que llevaba todo el día resonando en mis oídos se aplacó. En aquel instante tuve una sencilla revelación y supe que todo aquello, las montañas, el agua, los árboles, el viento, la tierra, las sombras de la tarde, todo seguiría igual durante generaciones y generaciones, sin ningún cambio. Todas las palabras que utilizamos irían desapareciendo, pero todo aquello no desaparecería y no se desvanecería, sino que continuaría así por siempre. Y si alguna vez se producía un cambio, sin duda no sería más que un ligerísimo cambio. Yo lo he asesinado. Yo lo he subido a la cruz. Yo he clavado los clavos en su cuerpo. Yo he derramado su sangre. Hace unos días, cuando íbamos camino de Jerusalén, en la ladera de una de esas colinas, de pronto le entró hambre. Se detuvo delante de una higuera, de esas que se cubren de hojas mucho antes de que los frutos estén maduros. Y nosotros también nos detuvimos. Con ambas manos fue tocando entre las hojas buscando un fruto para comer y, al no encontrar ninguno, maldijo a la higuera. Al instante todas las hojas del árbol se secaron y se cayeron. Solo quedaron el tronco y las ramas desnudas y muertas.

¿Por qué la maldijo? ¿Qué mal le había hecho? Esa higuera no tenía ningún defecto. Al fin y al cabo, ninguna higuera da frutos ni puede darlos jamás antes de la fiesta de la Pascua. Si le apetecía comer higos, ¿quién le impedía realizar allí uno de sus milagros?, ¿hacer que de la higuera brotasen frutos maduros al instante, mucho antes de tiempo, igual que había convertido piedras en pan y agua en vino? ¿Por qué la maldijo? ¿Qué pecado había cometido? ¿Cómo pudo olvidar su propio mensaje y llenarse de pronto de desprecio y crueldad? Allí, a los pies de aquella higuera, en aquel mismo instante, yo debería haber abierto los ojos y ver que al fin y al cabo él era de carne y hueso como nosotros. Más grande que todos nosotros, más maravilloso que nosotros, infinitamente más profundo que todos nosotros, pero de carne y hueso. Allí mismo yo tendría que haberme aferrado con fuerza a sus ropas para hacerlo volver atrás, a él y a todos nosotros: En este mismo instante volvemos sobre nuestros pasos y regresamos de inmediato a Galilea. No vamos a Jerusalén. Tú no debes ir a Jerusalén. Te matarán en Jerusalén. Nosotros pertenecemos a Galilea. Volveremos y vagaremos de pueblo en pueblo, por las noches pernoctaremos allá donde nos encontremos, tú harás todo lo que puedas por favorecer a los desdichados y difundir el mensaje de amor y de caridad, y nosotros te seguiremos hasta que nos llegue la hora.

Pero no hice caso de la maldición de la higuera. Me empeñé en conducirlo a Jerusalén. Y ahora ya cae la noche y empiezan el Shabat y la fiesta de la Pascua. No para mí. El mundo está vacío. Las últimas luces acarician las cimas de las colinas y esa luz no es distinta a la luz del atardecer que vimos ayer y anteayer. Tampoco el viento que sopla del mar se diferencia en nada del viento que soplaba ayer tarde. El mundo entero está vacío. Tal vez aún sea posible dar media vuelta y regresar ahora a la taberna, volver con la fea sirvienta embarazada que tiene la cara picada de viruelas, darle mi protección, ser un padre para el niño que lleva en su vientre y quedarme con ella y con el niño hasta el fin de mis días. Adoptar al perro vagabundo. Pero la taberna ya está cerrada y a oscuras y no hay ni un alma allí. La primera estrella aparece en el cielo oscuro y yo le digo en voz baja, estrella, no creas. Después, en la curva del camino, me aguarda aquella higuera muerta. Inspecciono con cuidado cada rama, encuentro la rama apropiada y ato en ella la cuerda.

## 48

A veces se encontraban en la cocina por casualidad y ella hacía una tortilla con queso y perejil, cortaba pan y ponía delante de él sobre la mesa algunas hortalizas, un cuchillo y un plato para que preparase una ensalada. Él troceaba las hortalizas y a menudo se manchaba los pantalones de tomate o se cortaba el dedo. Una vez lo detuvo a tiempo cuando iba a poner azúcar en vez de sal en la ensalada. Shmuel buscaba algún modo, aunque fuese con indirectas, de recordarle lo que había pasado. Pero Atalia no caía en la trampa.

—Estás muy guapa esta mañana con ese vestido verde. Y también con el collar. Y con el pañuelo.

—Deberías fijarte solo en tu camisa. Te has saltado dos botones.

—Creo que tú y yo tenemos que hablar.

—Ya estamos hablando.

—¿Y adónde nos lleva hablar de collares y botones?

—¿Y adónde tiene que llevarnos? Por favor, no empieces con tus discursos. Eso déjalo para Wald. Daos el uno al otro todos los discursos que queráis. Espera. No me contestes. El viejo lleva toda la mañana tosiendo mientras duerme. Y tú con las muletas no puedes ni llevarle un vaso de té de vez en cuando.

—Ya lo sé. Soy solo una carga. Mañana o pasado os liberaré. Lo arreglaré todo para que alguien venga a recoger mis cosas.

Atalia posó dos dedos revoloteantes en la nuca de Shmuel y respondió que no había ningún motivo para tantas prisas: dentro de dos días le cambiarían la escayola por una venda elástica y pasados unos días más ya no necesitaría las muletas. O puede que durante algún tiempo usase solo una muleta.

—Aún recuerdo casi de memoria el anuncio que colgaste hace varios meses en la Universidad, en la cafetería de la Fundación Kaplan. El anuncio que me trajo hasta aquí. ¿Por qué no cuelgas otra vez el mismo anuncio y yo despejo la buhardilla para el que venga después de mí?

—Quien venga a sustituirte no pondrá azúcar en la ensalada. Ya nos hemos acostumbrado un poco a ti.

—Pero yo no me acostumbraré nunca a ti, Atalia. Ni tampoco te olvidaré.

—Le he pedido a Sara de Toledo que en los próximos días, mientras lleves la escayola, venga dos o tres veces por las tardes. Ella os preparará té y, entre las siete y las ocho, os traerá la papilla. También ha accedido a fregar los cacharros y a dar de comer a los peces del acuario. Antes de irse, cerrará todos los días las contraventanas. Seguro que nos olvidas en dos o tres

semanas. Todos lo hacen. La ciudad está llena de chicas. Tendrás otras. Jóvenes. Eres un niño delicado y generoso. A las chicas les gustan esas cualidades, porque es muy difícil encontrarlas en los hombres. Y, mientras tanto, tu único cometido es conversar con Wald por las tardes. Procura no darle la razón en nada. Esfuérzate en provocar discusiones y debates para mantenerlo despierto y agudo al menos durante varias horas al día. Intento con todas mis fuerzas que no se me apague. Tengo que irme. Tú quédate aquí tranquilo y termina de comer. No tienes ninguna prisa. Mírate, ahí estás sin quitarme ojo de encima y sin dejar ni por un instante de compadecerte de ti mismo. Deja de compadecerte de ti mismo. La compasión escasea mucho en el mundo y es una lástima desperdiciarla.

Dicho lo cual guardó silencio, lo observó con una mirada penetrante, como si lo estuviese evaluando de nuevo. Y de repente se echó a reír y dijo:

—Todo tipo de mujeres se enamorarán de ti, con esa barba desgredada y esos rizos encrespados que no hay manera de peinar. Ni siquiera con un rastrillo. Siempre confuso, siempre algo crispante y en el fondo también bastante encantador. No eres un cazador. Nunca eres engreído, no eres agobiante, ni siquiera te quieres demasiado. Y hay otra cosa que me gusta bastante de ti: lo llevas todo escrito en la frente. Eres un niño sin secretos. Correteando constantemente entre toda clase de amores, aunque, de hecho, no corres en absoluto, sino que siempre esperas con los ojos cerrados que el amor te encuentre y te mime sin que tú tengas que molestarte siquiera en despertar. Me gusta bastante. Toda Jerusalén está llena ahora de chicos de potente voz y potentes brazos que, sin excepción, fueron héroes de guerra en el Palmaj o en las atalayas, y ahora están todos en la universidad, estudiando algo, escribiendo algo, investigando algo, deambulando de departamento en departamento, algunos incluso son ya profesores. Y si no están en la universidad, todos trabajan para el gobierno, se ocupan de toda clase de asuntos secretos, viajan en misiones encubiertas, y todos están ávidos de contarte, de contar a cualquier chica, en el más absoluto de los secretos, asuntos de Estado confidenciales en los que ellos tienen el papel protagonista. Hay algunos que hasta te asaltan por la calle como si acabaran de bajar de las atalayas situadas en las cimas de las colinas. Como si llevaran diez años sin ver ni tocar a una mujer. Me gusta bastante que seas tan distinto a ellos: un poco como dormido y un poco como desterrado. Deja los cacharros en el fregadero, Sara de Toledo vendrá hoy a recoger la cocina.

A las once y media de la noche, después de leer un rato en la cama y de que se le cerrasen los ojos de cansancio, se sobresaltó y se apresuró a taparse con la manta cuando ella se acercó descalza, sin que él hubiese oído abrirse o cerrarse la puerta. Con la débil luz que llegaba de la farola y que entraba por las ranuras de la contraventana, Atalia volvió a dirigirse primero hacia el escritorio para poner bocabajo la fotografía de su padre. Después, sin decir ni una palabra, le retiró la manta, se sentó a su lado, se inclinó, acarició con todos los dedos su pecho peludo, su vientre y sus piernas y agarró su miembro con la mano. Cuando él intentó murmurar algo, le selló la boca con la palma de la mano. Luego le cogió las manos y posó cada una sobre un seno, acercó los labios a su frente, no a sus labios, y pasó revoloteando con la lengua por su cara y por sus párpados cerrados. Lenta y suavemente fue dirigiendo cada uno de sus pasos, como entre sueños. Pero aquella noche no se levantó ni lo abandonó nada más quedarse relajada, sino que permaneció a su lado y lo guio como a un invitado en un país desconocido, condujo con paciencia sus dedos entre los suyos y les hizo conocer su cuerpo, enseñándole así cómo devolverle el placer recibido.



Permaneció un rato tumbada a su lado sin moverse, con una respiración lenta y tranquila, casi le pareció que se había quedado dormida en su cama. Pero ella susurró «No te duermas», y volvió a montarse sobre su cuerpo y le hizo cosas que solo sabía por sus sueños, y en esa ocasión también él logró alegrarle el cuerpo. A la una de la madrugada se despidió de él removiéndole los rizos, luego le acarició los labios suavemente con un dedo, le susurró «De todos, tú eres probablemente el único al que voy a recordar», volvió a poner de pie la fotografía de su padre sobre el escritorio, se marchó de allí flotando con su camisón y cerró la puerta sin hacer el menor ruido.

A la mañana siguiente, a las ocho y media, volvió a entrar en la habitación. Esta vez llevaba una falda negra y un jersey rojo ajustado de cuello alto adornado con una fina cadena de plata. Lo ayudó a vestirse, lo sujetó por los hombros mientras iba cojeando al servicio, lo esperó detrás de la puerta hasta que terminó de orinar, de cepillarse los dientes y de mojarse la barba y espolvorearse encima talco para bebés. Cuando salió, le dio un beso rápido y superficial en la boca, no dijo ni una palabra de lo que había ocurrido por la noche, dio media vuelta y se marchó, dejando tras de sí solo una leve ráfaga de un delicado perfume de violetas. Él permaneció allí de pie un rato, tal vez esperaba que volviera a darle alguna explicación. Tal vez lamentaba no haberla besado por fin en el profundo y mareante surco que le bajaba desde la nariz hasta el labio superior. Al final sonrió sin darse cuenta de que estaba sonriendo. Se fue cojeando hacia la biblioteca a esperar al anciano, sacó de su bolsillo el inhalador, aspiró profundamente y contuvo la respiración, retuvo la sustancia en los pulmones y luego la liberó con una larga espiración. Y, entretanto, sacó de uno de los estantes el libro *Las mil y una noches* en la traducción hebrea de Yosef Yoel Rivlin y estuvo leyéndolo algo más de media hora. Comparó ese libro con el Cantar de los Cantares, y estos dos con Abelardo y Eloísa y se preguntó si algún día sería capaz de escribirle a Atalia al menos una bonita carta de amor. Las lágrimas se agolparon en su garganta.

Todas las tardes se tumbaba Gershom Wald en su diván de mimbre, con sus feas manos extendidas encima como dos herramientas viejas, el espeso bigote canoso se agitaba de vez en cuando a la luz de la lámpara como si el anciano murmurase consigo mismo. Sin embargo, al hablar, su voz sonó con el mismo tono sarcástico de siempre, como si pretendiese despreciar completamente sus propias palabras mientras las decía:

—Según la visión de Yosef Klausner, Jesús de Nazaret no era cristiano en absoluto, sino judío de la cabeza a los pies. Nació judío y murió judío, y jamás se le ocurrió fundar una nueva religión. Pablo, Saulo de Tarso, fue el padre de la religión cristiana. Jesús solo quería despertar y purificar los corazones y hacer volver al buen camino a los judíos que se habían degenerado, a los saduceos y a los fariseos por una parte, y a los recaudadores de impuestos y a las prostitutas por otra, hacerles volver a las primeras fuentes puras. Y tú estás aquí día tras día desde hace ya varias semanas contándome una historia por etapas, cómo casi en cada generación aparecía algún judío que se creía un sabio y contra el que arrojaban piedras. Por lo general eran piedras de desprecio y miedo, todo tipo de infamias sobre su origen y las circunstancias de su nacimiento, y todo tipo de objeciones sobre sus curaciones y sus milagros. Algún día, tal vez te pongas a escribir sobre esos miserables judíos y condenes su carácter pusilánime. Tal vez incluso introduces en la historia a Judas Iscariote, sobre el que se han vertido, al igual que sobre Jesús, toneladas de basura. A pesar de que sin él no habría Iglesia ni cristianismo. Sobre lo que hay entre tú y ella no diré ni una palabra. Ahora ella es amable contigo. No te lo creas. O créetelo. Como quieras. Los que estuvieron aquí antes que tú pusieron los ojos en ella, y ella a veces consentía e incluso le

concedía a alguno de ellos dos o tres noches, y luego los ponía de patitas en la calle. Ahora ha llegado tu hora. La verdad es que aún sigo sorprendiéndome: el camino del hombre en la doncella<sup>571</sup> y el camino de la doncella en el hombre están entre las cosas incommensurables. Pero ¿qué puede entender un hombre como yo de los caprichos de las mujeres? A veces creo que..., pero no. Ni una palabra. Mejor será no decir nada al respecto.

Dos días después, Atalia llevó a Shmuel en taxi a la clínica, allí le hicieron una radiografía, le quitaron la escayola y le pusieron una venda elástica apretada. Él intentó bromear con sus caídas y hasta hizo un insulso juego de palabras. Atalia lo interrumpió:

—Basta ya. No tiene gracia.

Acto seguido, Shmuel empezó a hablarle de Rothschild y del mendigo y también de Ben Gurión, que se encuentra en el otro mundo con Stalin. Ella escuchó en silencio. Asintió dos veces con la cabeza. Luego posó sus fríos dedos sobre su mano y dijo muy bajito:

—Shmuel. Basta.

Luego dijo:

—Ya casi nos habíamos acostumbrado a ti.

Tras un breve silencio, añadió:

—Si estás cómodo en esa habitación, por mí puedes quedarte unos cuantos días más. Hasta que se te cure el pie. Cuando estés listo, déjame una nota sobre la mesa de la cocina e iré a ayudarte a empaquetar tus cosas, las de arriba y las de abajo. La habitación de Abravanel solo se siente bien cuando está vacía, oscura y cerrada. Con esa fotografía suya que se pasa día y noche hablándoles a las paredes en la oscuridad. Desde pequeña, esa habitación siempre me ha parecido la celda oscura de un ermitaño. O la de una cárcel. Una prisión. Yo no tuve hermanos ni hermanas. Te voy a contar algo que no tienes por qué escuchar. Aunque tú estás aquí solo para escuchar. Se te paga un sueldo por escuchar. Cuando yo tenía diez años, mi madre nos abandonó y se fue a Alejandría tras un comerciante griego que visitaba con frecuencia la casa de Abravanel y a quien le gustaba recitar poesía en cinco o seis idiomas. Más de una vez se quedó a pasar la noche arriba, en la buhardilla. Yo siempre había estado convencida de que el griego ese, que era un hombre de mediana edad, solo tenía interés en Abravanel y que mi madre y yo le éramos completamente indiferentes. Era muy educado, es cierto, siempre besaba la mano de mi madre, a veces le traía un frasco de perfume, y a mí me regalaba muñecas de baquelita con vestidos de muselina, muñecas que tenían un botón en la tripa y que, al apretarlo, eran capaces hasta de llorar. O de reír. Pero casi nunca se entretenía hablando con mi madre o conmigo. Solo con Abravanel conversaba durante horas. A veces ambos discutían en voz baja. A veces se sentaban en esta habitación y fumaban hasta bien entrada la noche, leían poesía y hablaban en griego. Solo cuando iba a la cocina a pedir un café recién hecho, ese hombre griego se quedaba unos minutos susurrando con mi madre en francés. A veces hasta lograba que se echase a reír. A ella le gustaba reír y a mí me sorprendía, porque en nuestra casa la risa era un huésped muy poco habitual. Una tarde, yo estaba en la puerta de la cocina y vi que la mano de mi madre descansaba como por casualidad sobre su hombro. En invierno trajo una botella de vino. Hasta que un día, mientras Abravanel estaba en Beirut y yo en una excursión del colegio, se levantó temprano, hizo la maleta y se fue a Alejandría a buscar al hombre griego, que no era muy guapo que digamos, pero de cuyos

ojos a veces saltaban chispas de alegría y de ingenio. Dejó una carta en la cocina, no tenía elección, nadie tiene elección, escribió, al final todos nosotros estamos siempre a merced de fuerzas que actúan en nosotros a su voluntad. En su carta había también todo tipo de sentimientos que no recuerdo y que tampoco quiero recordar.

»Tras su marcha, Abravanel convirtió esta habitación en su colonia penitenciaria particular. Me llamaba y hacía que me sentara frente a él en el escritorio, no a su lado, solo para soltarme discursos. Ni una sola vez me preguntó nada. No me hizo ni una pregunta. Ni una sola. Nunca. Ni sobre mis estudios en el colegio, ni sobre mis amigos y mis amigas, ni dónde me había metido el día anterior, ni si necesita algo, ni si la echaba de menos, ni cómo había dormido, ni si resultaba duro ser una niña sin madre. Si le pedía dinero, me lo daba de inmediato y sin hacer preguntas. Pero ni una sola vez me llevó a sus citas. Ni me invitó al cine o a una cafetería. No me contaba cuentos. No iba conmigo de compras. Si me iba yo sola a la ciudad y me compraba ropa nueva, él nunca se daba cuenta. Si venía a verme alguna amiga, él se encerraba en su habitación. Si me ponía enferma, llamaba a un médico o le pedía a Sara de Toledo que viniera a echar una mano en casa. Una vez, yo también abandoné la casa sin decirle una palabra. No le dejé ninguna nota. Pasé cinco o seis noches en casa de una amiga. Cuando regresé, me dijo tranquilamente, y puede que también sin mirarme: ¿Qué sucede?, ayer no te vi. ¿Dónde te metiste ayer? Y una vez le recordé que el lunes siguiente cumplía quince años. Se giró y buscó algo por las estanterías. Permaneció un rato así, dándome la espalda, rebuscando entre los libros. Al final sacó un libro y me lo regaló, una selección traducida de la poesía judía producida en países árabes, y escribió una dedicatoria, “Para mi querida Atalia, con la esperanza de que este libro te aclare por fin en dónde vivimos”. Me hizo sentar enfrente de él en el sofá, y él se sentó en su silla para que el escritorio nos separase, y me dio una larga conferencia sobre la edad de oro que hubo una vez entre musulmanes y judíos. Yo no le dije nada salvo gracias. Cogí el libro, me fui a mi habitación y cerré la puerta. Pero ¿por qué te estoy contando viejas historias sobre Abravanel? Dentro de unos días tú también nos abandonarás. Esa habitación volverá a quedar cerrada con llave y las contraventanas echadas. Es bueno para esa alcoba estar siempre cerrada. No necesita a nadie. Me parece que tampoco tú quieres a tus padres. También tú eres una especie de investigador privado. Y tampoco tú ya casi nunca me preguntas nada.

Unos días después, Shmuel ya podía prescindir de las muletas y tan solo se ayudaba algunas veces del bastón tallado con cabeza de zorro que encontró debajo de la cama de la buhardilla cuando llegó. Ya era capaz de llevarle a Gershom Wald un vaso de té cada una o dos horas, dar de comer a los peces de colores, encender la luz de la lámpara cuando se hacía de noche y fregar las tazas en la cocina. Parecía que todo había vuelto a ser como antes, pero Shmuel sabía que sus días en esa casa habían llegado a su fin.

¿También haría bajar a sus predecesores en la buhardilla y abriría en su honor por dos o tres noches la habitación de su padre antes de echarlos a la calle? ¿También por ellos pondría bocabajo durante un rato la fotografía de su padre o la asfixiaría con un cojín? Él no se atrevió a preguntar y Atalia no dijo nada. Pero a veces lo miraba con un cariño burlón y le sonreía como diciendo: no lo lamentos.

Si se encontraban en la cocina o en el pasillo, ella le preguntaba qué tal tenía el pie. Él respondía que ya casi estaba bien. El pie herido, así lo entendió, le daba una pequeña prórroga, unos cuantos días más, una semana más como mucho. No se dijo ni una palabra sobre la posibilidad de que volviese a la buhardilla. A pesar de que habría podido subir cojeando si ella le hubiese dicho que había llegado el momento de despejar la habitación de Shaltiel Abravanel y regresar a la buhardilla. Pero ella no lo dijo.

Se pasaba casi toda la mañana solo, sentado junto a la mesa de la cocina, mordisqueando una rebanada de pan con mermelada, trazando líneas abstractas con el dedo sobre el hule, en el que había dibujadas unas delicadas flores azules. Shmuel no sabía el nombre de aquellas flores. De pronto lamentó que nunca se le hubiese ocurrido regalarle un ramo de flores. O un perfume. O tal vez un pañuelo para el cuello. O un par de pendientes. Podía haberle dado una sorpresa en alguna ocasión. Haberle comprado un libro de poemas. Haber alabado alguno de sus vestidos. Ya no haría para ella barquitos de papel ni los deslizaría hacia ella por ese hule sobre la mesa del desayuno. Ya no se perdería tras sus pasos por las noches entre los laberintos de callejuelas de Jerusalén siguiendo a gatos hambrientos.

Se pasó una mañana entera junto al secreter de Shaltiel Abravanel escribiendo una larga carta a Yardená y a Nesher Shereshevski. Se le ocurrió contarles lo que le había pasado en esa casa y tal vez también hacer alguna alusión jactanciosa a lo que había sucedido entre Atalia y él. Pero a la mitad comprendió que aquello no tenía ningún sentido. Y recordó que se había comprometido por escrito a no contar a nadie lo que pasaba en esa casa. Rompió la carta en pequeños pedazos, los arrojó al váter, tiró de la cadena y decidió escribir cartas a su hermana y a sus padres.

Mientras estaba abstraído pensando qué podía decirles, le entró el cansancio y fue cojeando hacia la cocina, donde espera encontrarse por casualidad con Atalia. Atalia no estaba en la cocina. Tal vez se había ido a trabajar. Tal vez estaba en su habitación, leyendo o escuchando música suave. Se preparó dos gruesas rebanadas de pan negro con queso, se las comió una tras otra a grandes mordiscos y terminó con un café solo.

Luego continuó sentado en la cocina un buen rato más, recogió del hule una miga de pan tras otra e hizo con ellas una bola compacta, después la tiró al cubo de la basura y decidió que ni se molestaría en quitar los pósteres que estaban colgados de las paredes de su buhardilla, los retratos de los líderes de la revolución cubana. Dejaría a todos esos dirigentes expuestos sobre las paredes para el que llegase después de él. Y dejaría también allí la reproducción del cuadro de la Virgen abrazando a su hijo crucificado, porque de pronto ese dibujo le pareció demasiado dulzón y recargado, con esa multitud de angelotes regordetes revoloteando. Como si el dolor ya hubiese remitido.

Aún no tenía ni la menor idea de adónde podía ir, pero sintió que las ideas a las que se había aferrado desde joven se iban reduciendo, como se había reducido ante sus ojos el círculo para la renovación socialista y como se había complicado el trabajo sobre Jesús a ojos de los judíos, que no sabía cómo acabar, ya que la antigua historia de Jesús y los judíos todavía no había acabado ni acabaría en mucho tiempo. Esa historia no tenía fin. En su fuero interno ahora sabía que todo era inútil y que no tenía ningún sentido. Le entraron ganas de salir de esa casa cavernosa y marcharse a lugares abiertos, a las montañas o al desierto, o tal vez echarse a la mar.

Un día, al atardecer, se puso su trenca, se la abrochó, se subió el cuello, se caló el gorro *shapka* sobre los rizos que habían crecido salvajemente y ya le cubrían el cuello de la trenca, cogió el bastón con la cabeza de zorro y salió cojeando a la calle. La pálida farola de la época del Mandato británico ya estaba encendida y proyectaba un poco de luz y multitud de sombras. No había ni un alma en la calle, pero en las ventanas se veían luces tenues y en el extremo oeste de la callejuela aún agonizaban lentamente los restos del ocaso, titilantes manchas de vino derramado y de rojo sangre sobre una cortina de luz rojiza. Shmuel deambuló un poco por la callejuela, forzó la vista bajo la débil luz de la farola, intentando descifrar los nombres de los inquilinos sobre las entradas de las casas vecinas. Hasta que consiguió descubrir sobre una pequeña baldosa de cerámica los nombres de Sara y Avram de Toledo, que estaban pintados con letras negras sobre un fondo azul. Dudó un rato antes de llamar a la puerta. A Sara de Toledo la conocía por sus breves visitas, pero nunca había intercambiado con ella más que unas cuantas palabras de cortesía. El marido, un hombre corto, ancho, achaparrado y fornido, con una cabeza cuadrada, semejante a un yunque de herrero, entreabrió la puerta, solo dejó una abertura minúscula, y miró con desconfianza al extraño que tenía delante. Shmuel se presentó y, dubitativo, pidió si, por favor, podía intercambiar solo unas palabras con la señora De Toledo.

Avram de Toledo no respondió. Cerró la puerta y debió de susurrar algo durante un minuto o dos con alguien dentro de la casa. Luego volvió a abrir un pequeño resquicio y le pidió que esperase un momento. Giró de nuevo la cabeza buscando el consejo de alguien cuya voz no podía oírse desde fuera. Al final dijo:

—Pasa. Cuidado con el escalón.

Y preguntó con voz ronca:

—¿Tomarás algo?

Después añadió:

—Sara vendrá enseguida.

Hizo sentar a Shmuel en una silla con dos viejos cojines de color burdeos, se disculpó y salió de la habitación, pero a Shmuel le pareció que el hombre se había quedado parado muy cerca, en el pasillo, y que continuaba vigilándolo entre las sombras.

La habitación estaba iluminada débilmente por una lámpara de araña que colgaba del techo y en la que lucían dos bombillas amarillas. Otra bombilla estaba fundida. Además de la silla donde él estaba sentado, en la habitación había otras dos sillas viejas, distintas la una a la otra y también distintas a la suya, un sofá bajo y descolorido, una estufa de queroseno, un recio armario con patas curvadas, una mesa de comedor negra y un estante volado sujeto con dos cuerdas a dos clavos en la pared. Sobre el estante se encontraban alineados unos quince o veinte libros sagrados con brillantes letras doradas en el lomo. También el jarrón de color turquesa que resaltaba en el centro de la mesa tenía ornamentos dorados y dos anchas orejas a los lados. Un rincón de la habitación estaba ocupado por un gran baúl de madera oscura sin pulir que debía de contener ropa de cama, o tal vez ropas y objetos para los que no quedaba suficiente espacio en el armario. Sobre el baúl había un tapete bordado en cinco o seis colores.

Pasaron unos diez minutos hasta que entró Sara de Toledo, con un vestido ancho, un chal oscuro que le cubría la cabeza y los hombros, y zapatillas de andar por casa. No se sentó en ninguna de las sillas, sino que permaneció de pie en la sombra entre el pasillo y la habitación, con la espalda apoyada en la pared, y se apresuró a preguntar a Shmuel si había ocurrido algo malo. Shmuel respondió que no había pasado nada, todo iba perfectamente allí, debía perdonarlo por molestarla a esas horas, pedía permiso para hacerle a la señora De Toledo una pregunta: ¿Conoció al anterior dueño de la casa, al señor Abravanel, y qué clase de hombre era?

Sara de Toledo guardó silencio. Asintió varias veces, lentamente, como dándose la razón a sí misma o como lamentando algo de lo que ya no había vuelta atrás.

—Él quería a los árabes —dijo al final con tristeza—, a nosotros no nos quería. A lo mejor los árabes le pagaron.

Tras otro breve silencio añadió:

—No quería a nadie. Tampoco quería a los árabes. Cuando todos los árabes huyeron, o cuando nosotros los ayudamos a huir, él se quedó en su casa. No se fue con ellos. No quería a nadie... ¿Te apetecería tomarte un café?

Shmuel rehusó dando las gracias, se levantó y se dirigió hacia la puerta. Sara de Toledo dijo:

—Mañana al mediodía iré a llevaros la comida. ¿Cómo es que casi nunca va nadie a ver al señor Wald? ¿Cómo es posible? ¿No tiene parientes? ¿Amigos? ¿Alumnos? Él es un hombre muy bueno. Un intelectual. Un erudito. Su hijo murió en la guerra, pobrecillo, su único hijo, y no le quedó nadie excepto esa muchacha que ya no es tan muchacha, la hija del señor Abravanel. Ella era la mujer de su hijo, pero solo lo fue durante un año. Puede que un año y medio. Tampoco a ella le quedó nadie. ¿Tú estudias?, ¿eres estudiante?

Shmuel explicó que antes era estudiante, pero que pronto iba a empezar a buscar algún trabajo. Antes de marcharse, añadió:

—Gracias. Perdón. Lo siento.

El señor retaco achaparrado surgió apresuradamente de la oscuridad del pasillo y acompañó a Shmuel a la puerta:

—Mi mujer quiere dejar de ir a vuestra casa. Ya no es una jovencita. Y yo creo que vuestra casa da mala suerte.

Shmuel siguió parado debajo de la farola unos quince minutos. Esperó. A quién esperaba no lo sabía. Y entretanto pensó que en eso de estar ahí esperando no había nada extraordinario, la mayoría de la gente vivía día tras día esperando todo el rato sin saber qué ni a quién esperaba. Pensando en esas cosas, volvió cojeando a casa, fue enseguida a la biblioteca y le preguntó al anciano si necesitaba algo, té, galletas, o tal vez que le pelara una naranja.

Gershom Wald dijo:

—Ella tiene una pequeña radio en su habitación. Las noches que no sale, escucha los programas de música. O va cambiando de frecuencia y oye programas radiados por emisoras árabes. Su padre le enseñó un poco de árabe, pero parece que no ha heredado sus sueños de fraternidad entre judíos y árabes. Solo ha heredado de él la rabia. La rabia y el rencor. A lo mejor ella tiene otros sueños. A lo mejor tú ya lo sabes. Durante sus últimos años, cuando estaba encerrado aquí en casa, también él casi dejó de hablar del sueño de fraternidad entre los dos pueblos. Una vez me contó que, cuando era joven, creía de corazón, como creíamos todos nosotros, que los judíos estaban construyéndose un hogar en Eretz Israel sin desalojar a nadie y sin cometer ninguna injusticia. Bueno. En los años veinte ya empezó a dudar de eso y en los años treinta comprendió que los dos pueblos avanzaban rápidamente por caminos que los conducirían sin remedio a una colisión frontal, a una guerra sangrienta en la que al final solo uno de los dos sobreviviría. Los vencidos no podrían permanecer aquí. Pero no abandonó enseguida sus ideales de juventud. Durante bastantes años se tragó sus dudas, continuó acatando la disciplina y diciendo más o menos solo lo que todos esperaban que dijera un representante de la aristocracia sefardí de Jerusalén en las instituciones del movimiento sionista. De vez en cuando llamaba al diálogo con el pueblo vecino. De vez en cuando clamaba contra los métodos violentos. Pero sus palabras apenas despertaban ningún interés. Los demás mostraban indiferencia, y hasta un ligero tedio, ante el hecho de que, de cuando en cuando, en Shaltiel Abravanel aflorara cierta sensibilidad, una sensibilidad sefardí al parecer, hacia las dificultades relacionadas con el complejo problema árabe. Con sus ideas se fue alejando de todos sus compañeros. Aún creía que los judíos tenían razón en sus aspiraciones de construirse aquí un hogar, pero llegó a la conclusión de que ese hogar debía ser un hogar compartido por judíos y árabes. Solo en los años cuarenta empezó algunas veces a dejar oír una voz discordante en las reuniones de la dirección de la Agencia Judía y de la Ejecutiva Sionista. En el año cuarenta y siete, cuando de pronto expresó una opinión individual en contra del plan de partición de la organización de las Naciones Unidas y en contra de la independencia de Israel, algunos empezaron a llamarlo traidor. Creían que había perdido la razón. Al final le dieron dos horas para elegir entre la dimisión o la expulsión. Tras su dimisión guardó un absoluto mutismo. No le dijo a la opinión pública ni una sola palabra. Se cubrió de arriba abajo con su resentimiento como con un sudario. Comprendió que no tenía interlocutor. De cualquier forma, en los días previos a la proclamación del Estado, y también durante la guerra de la Independencia, no había ninguna posibilidad de que alguien se molestase en escuchar ideas como las suyas. Todos habíamos entendido ya por aquellos días que, esta vez, la guerra que se avecinaba sería una guerra a vida o muerte y que, si éramos derrotados, ninguno de nosotros

quedaría con vida. El dos de abril mataron a mi único hijo, Mija. Mi único hijo fue asesinado. Mija. Llevo ya más de diez años sin dormir por las noches. Cada noche me lo degüellan entre las rocas de la ladera de aquel bosque de pinos. Y, desde entonces, los tres nos encerramos aquí, en este ataúd, y desde entonces estuvimos reclusos. Durante los meses del asedio jordano a Jerusalén, los gruesos muros de piedra nos protegieron de las balas y de los obuses. Atalia era la única que salía de vez en cuando de casa para hacer cola delante del carro del queroseno y del carro del hielo, y también acudía por nosotros con los cupones de racionamiento a hacer las largas colas del reparto de alimentos. Cuando terminó la guerra, él siguió encerrado en casa, cortó todo contacto con el mundo exterior, dejó de responder a las cartas, se negaba a acercarse al teléfono, se pasaba las mañanas leyendo periódicos en su habitación, y solo a su hija y a mí nos expresaba en los momentos más inesperados la absoluta decepción que le había causado el nuevo Estado, que a sus ojos estaba completamente entregado al militarismo, ebrio de triunfo y consumido por una vacía exaltación nacionalista. Ben Gurión le parecía un enfermo con complejo de mesías, mientras que a todos sus antiguos compañeros los consideraba solo una pandilla de pusilánimes y de escuderos. Se pasaba horas y horas encerrado en su habitación escribiendo. Lo que escribía allí no lo sé. No dejó nada tras de sí, salvo el olor a frustración y tristeza que sigue llenando hoy día este casa. El olor a frustración y tristeza debe de ser su fantasma, que no ha abandonado estas habitaciones. Pronto tú también te irás y yo me quedaré aquí con ella. Ella volverá a encontrar a algún muchacho excéntrico que acepte ocupar tu lugar. Siempre encuentra a alguien, siempre lo encandila, a veces accede durante un rato y luego lo echa de aquí. A veces tiene visitas que vienen por las noches y se van por las noches. Por lo general los oigo, pero no los veo. Vienen y se van. ¿Por qué? No puedo responder a eso. Puede que aún no haya encontrado lo que está buscando. O puede que no esté buscando nada y que solo salte de flor en flor como un colibrí. O al contrario. Puede que esté siempre de duelo, constantemente, incluso cuando encuentra una pareja para una noche o dos. Quién sabe. Durante miles de años nos hemos enseñado a nosotros mismos a creer que las mujeres, por naturaleza, son completamente distintas a nosotros, distintas en todo, absolutamente distintas. ¿Tal vez hayamos exagerado un poco? ¿No? Tú pronto te irás por tu camino y yo seguiré aquí y te echaré un poco de menos a veces, sobre todo en nuestras horas, a esas horas en las que la luz disminuye rápidamente y la noche cala hasta los huesos. Yo vivo entre despedida y despedida.



A principios del mes de marzo cesaron las lluvias del invierno. El aire todavía era frío y seco, cristalino, pero por las mañanas el cielo estaba despejado y un azul intenso, brillante, se extendía sobre la ciudad y sobre las montañas y los valles. Los cipreses y las paredes de piedra del callejón Rabbi Elbaz estaban limpios de polvo y como iluminados desde dentro por una potente luz. Como si hubiesen sido creados esa misma mañana. El titular del periódico hablaba de un fuerte terremoto ocurrido en Marruecos, en la ciudad de Agadir, en el que habían muerto miles de personas. Gershom Wald dijo: «La vida es una sombra que pasa. También la muerte es una sombra que pasa. El dolor es lo único que no pasa. Continúa y continúa. Siempre».

Al final de la calle serpenteaba el barranco poco profundo donde aún había varias zonas con agua de lluvia estancada. A lo lejos, al otro lado del barranco, se extendían campos vacíos y laderas de colinas abandonadas donde se obstinaba en crecer algún olivo aislado. De lejos, parecía que esos olivos habían dejado hacía tiempo el reino vegetal y se habían unido al mundo mineral. Los campos y las colinas se habían cubierto al final del invierno de una alfombra verde oscura punteada por jacintos, ciclámenes, anémonas y amapolas. A lo lejos se veían las ruinas del pueblo árabe abandonado de Sheikh Badr. Sobre las ruinas del pueblo se erguía, como un primitivo dragón, la silueta del gigantesco Palacio de Festivales que se dejó inacabado y de cuyas paredes a medio levantar sobresalían dedos huesudos y retorcidos de hierro oxidado.

A veces, al atardecer, algunos nubarrones cubrían de nuevo el cielo de Jerusalén, como si el invierno, arrepentido, volviera a tenderse sobre la ciudad, pero por la mañana esas nubes se habían dispersado y un azul diáfano se extendía de nuevo sobre las torres y las cúpulas, sobre las murallas, las callejuelas tortuosas, los portones de hierro, las escaleras de piedra y los pozos de agua. Las lluvias se alejaron de Jerusalén y solo quedaron algunos charcos dispersos. El esquilador, el tapicero y el chatarrero iban de nuevo de calle en calle anunciándose con voces ásperas. Como si los tres hubiesen sido enviados a prevenir a la ciudad de una epidemia o de un incendio. En las ventanas y en las barandillas de los balcones lucían geranios. Las copas de los árboles estaban llenas de trinos de pájaros, como si a esos pájaros les hubiese llegado una noticia impactante que tuviesen que propagar con urgencia por toda la ciudad.

Una mañana, sin llamar a la puerta, Atalia entró en la habitación en penumbra de su padre. Le llevó a Shmuel un viejo petate militar de color caqui deslucido y lo dejó encima de la cama. Shmuel supuso que ese petate había pertenecido a Mija. Después recordó de pronto que aquel era su propio petate, en el que había trasladado sus pertenencias y sus escasos libros cuando llegó a principios del invierno. Atalia dijo:

—Tu pie ya está casi bien.

No lo dijo preguntándolo, sino afirmándolo. Y añadió:

—He venido a ayudarte. Tú solo no conseguirás empaquetarlo todo.

Luego subió dos veces a la buhardilla y bajó con la ropa y los libros de Shmuel, a pesar de que este tenía el pie prácticamente curado y era capaz de bajar él mismo sus cosas. Cuando le preguntó por qué se encargaba de hacer lo que él podía hacer sin necesidad de ayuda, respondió lo siguiente:

—Quería que descansases un poco más.

Shmuel dijo:

—Llevo ya más de cuatro meses descansando aquí todo el rato.

A lo que ella contestó:

—Si te quedas más tiempo con nosotros acabarás petrificándote. Como yo. Te saldrá mohoso. También tú has envejecido aquí.

Y añadió:

—Tres meses es suficiente. Debes estar entre gente joven, entre chicos, chicas, estudiantes, vino, fiestas, diversiones. Lo que has tenido aquí solo ha sido un tiempo muerto que al parecer realmente necesitabas, pero solo durante el invierno. El invierno ha pasado. El oso debe despertarse ya.

—El oso no olvidará la miel.

—El mundo entero está lleno de miel. Y te está esperando.

Estuvo a punto de alargar los brazos para abrazarla, para estrechar su cuerpo contra el suyo y sentir una última vez sus senos aplastándose contra su pecho. Pero una voz interior le recordó que él era el huésped y ella su anfitriona. Por tanto se reprimió y contuvo las lágrimas que se agolpaban en su garganta y casi brotaban en sus ojos. Y sin embargo, sin contradicción alguna, también sentía una vaga alegría por el hecho de que muy pronto se marcharía de ahí.

La ropa, los libros y los productos de aseo de Shmuel se amontonaban en desorden sobre el sofá. También la trenca y el gorro estaban allí, así como algunos cuadernos y varias carpetas. Atalia se inclinó y lo ayudó a guardarlo todo en el petate. De pronto se volvió hacia la estantería de su padre y cogió de allí una pequeña y delicada jarra azulada de cristal de Hebrón, tal vez fue un regalo de alguno de los amigos árabes de Abravanel, la envolvió rápidamente en varios pliegos de papel de periódico, la sepultó entre las capas de ropa en el petate y dijo:

—Un pequeño regalo. De mi parte. Para el camino. Seguro que lo rompes. O lo pierdes. O te olvidas de quién te lo dio.

Y siguió metiendo a presión más ropa y más papeles, y también la máquina de escribir. Pero, antes de terminar, de repente se irguió y anunció:

—Descanso. Ven a la cocina. Ahora tú y yo vamos a sentarnos diez minutos y a tomarnos juntos un café. Yo me sentaré a la mesa y tú me lo servirás. Incluso puedes hacerme otro barco de papel. Solo hay una cosa en el mundo en la que jamás tendrás rival, haciendo barcos de papel. También puedes prepararte unas rebanadas de pan con mermelada o con queso, no vayas a irte de mí hambriento.

Shmuel murmuró:

—Me voy de ti aún más hambriento de lo que estaba cuando llegué.

Atalia decidió no hacer caso a esa insinuación. Dijo:

—Creo que, a pesar de todo, has conseguido escribir algo durante estos meses. Excepto yo, aquí todos se pasan el día entero escribiendo. No dejan de escribir. Hay algo aquí, en las paredes. O en las grietas del suelo.

—Habría dado lo que fuese por leer lo que tu padre escribió.

—No nos dejó nada. Al final se ocupó de destruir hasta el último pedazo de papel. Es como si hubiese borrado su propia vida.

—Ya verás cómo algún día escriben sobre él. Investigan. Alguien se acordará de él, puede que dentro de unos pocos años, yo creo que alguien irá a rebuscar en los archivos y descubrirá su historia.

—Pero si no hubo ninguna historia. Él no hizo nada. En varias ocasiones habló un poco y, como habló, lo mandaron a paseo, y él, ofendido, se encerró en casa y guardó silencio para siempre. Eso es todo. No hubo ninguna historia.

Shmuel dijo:

—Me cuesta un poco respirar. Perdón. Creo que necesito el inhalador. Pero no tengo ni idea de dónde está. ¿Lo habremos empaquetado ya?

Atalia se levantó, salió de la cocina, regreso al cabo de dos o tres minutos, le tendió el inhalador y dijo en su tono suave de voz:

—El aire de aquí no es bueno para ti. Siempre está todo cerrado. Es asfixiante.

Dicho lo cual, terminó de tomarse el café de pie, llevó la taza a la pila, la fregó, la secó, la dejó en el armario, se acercó a él por detrás y le tapó los ojos con las manos como en un juego de niños.

—Así, con los ojos vendados, llevas viviendo en mi casa todo el invierno.

Cuando se detuvo en la puerta, dijo:

—Así me gustaría estar también a mí, con los ojos vendados. Al menos algunas veces. Al menos las noches de insomnio. Al menos cuando un hombre me toca. No tienes que escribirnos, y tampoco llames por teléfono. No es necesario. Ahora tienes que pasar página.

Cuando Shmuel Ash se quedó solo junto a la mesa de la cocina, aún con el inhalador entre los dedos, por un instante se sorprendió de que ella ni se hubiese molestado en preguntarle adónde iría o si tenía adónde ir. Tal vez se le hubiese olvidado preguntarlo. Tal vez no quería saberlo. Era como si se hubiese inclinado por la calle a acariciar a un gato callejero, y, cuando el gato había empezado a ronronear bajo la palma de su mano, ella se hubiese apiadado por un instante, hubiese sacado un pedazo de queso o una salchicha, se lo hubiese dejado delante, le hubiese acariciado un par de veces la cabeza y, con eso, se hubiese dado media vuelta y proseguido sin más su camino.

Tras devorar tres gruesas rebanadas de pan con mermelada y mancharse el jersey, también él fregó por última vez el plato y la taza. Y se fue de allí para terminar de empaquetar sus cosas.

Tenía pensado esperar en la habitación de Shaltiel Abravanel hasta que el anciano despertase de su sueño matutino para despedirse de él, aunque no tenía ni idea de con qué palabras podrían despedirse. Luego se cargaría el petate a la espalda y se pondría en camino. Por supuesto que se pondría en camino. No se demoraría ni un instante más. El bastón con la cabeza de zorro tallada se lo llevaría sin pedir permiso. Ni ella ni el anciano necesitaban ese bastón. Que al menos tuviese un pequeño recuerdo. Había pasado ahí tres meses, desde principios hasta finales del invierno; el escaso dinero de bolsillo que le habían pagado le daría apenas para subsistir unas tres o cuatro

semanas. Al menos tendría un bastón. No se iría de ahí con las manos completamente vacías. Aquel bastón, eso es lo que sentía, le pertenecía por derecho propio.

Atalia había metido a presión en el petate su ropa, sus libros, sus cuadernos y sus productos de aseo. Y, a pesar de todo, tenía la sensación de que le faltaba algo, y se preguntó qué se le olvidaba y si se habría dejado cosas arriba, en la buhardilla. Pensó subir a su vieja habitación y comprobar si Atalia había recogido todas sus pertenencias, y tal vez también despedirse de los carteles y de la reproducción que había decidido dejar colgados en las paredes de la buhardilla para quien llegase después de él.

Cuando estaba terminando de empaquetar, apareció Gershom Wald. Abrió la puerta empujando con el hombro, caminó renqueando hasta el centro de la habitación y permaneció allí inmóvil, apoyado en sus muletas y llenando con su cuerpo un espacio mayor del que ocupaba realmente. Clavó la vista en el petate repleto que estaba sobre el sofá, no en Shmuel. Era un hombre grande y encorvado, de anchas espaldas, su extraña cabeza parecía que no estaba terminada de esculpir, su cuerpo era como un viejo árbol al que los fieros vientos del invierno llevaban años y años golpeando, sus anchas manos se aferraban a las empuñaduras de las muletas, su nariz aguileña le daba un aspecto de judío siniestro en alguna caricatura antisemita, su pelo blanco le caía por la nuca y le llegaba casi a los hombros, su bigote canoso brotaba espeso sobre sus labios apretados y sus pequeños ojos azules te perforaban de tal modo que tenías que apartar la vista de ellos. A Shmuel se le puso un nudo en la garganta, y ese hombre solo y desamparado lo conmovió. Buscó las palabras apropiadas, pero al final tan solo dijo:

—Por favor, no se enfade conmigo.

Y, movido por el desconcierto y la pena, añadió:

—He venido a despedirme de usted.

A pesar que de él no había ido a ningún sitio. Al contrario. Había sido el anciano el que se había acercado a la habitación de Abravanel para despedirse de Shmuel.

A Gershom Wald le gustaban las palabras y las utilizaba siempre sin medida y sin titubeos. Sin embargo, en esa ocasión tan solo dijo:

—Ya he perdido a un hijo. Ven aquí, muchacho. Acércate, por favor. Acércate más. Un poco más. —E inclinó su pesada cabeza y, con unos labios fuertes y fríos, le dio a Shmuel un beso en la frente.

Al salir de la casa situada en el callejón Rabbi Elbaz, recordó que debía pisar con extremo cuidado el endeble escalón de madera. Cerró la puerta de hierro y se quedó un rato mirándola. Era una puerta de dos hojas hecha de metal verde que tenía una cabeza de león ciego a modo de aldaba. En medio de la hoja derecha ponía en letras en relieve: «Casa de Joaquín Abravanel, Dios le dé fuerzas para decir que el Señor es justo». Recordó el día que llegó, cómo se detuvo ante esa puerta y dudó durante un rato si llamar o dar media vuelta. Por un instante se preguntó si habría alguna forma de regresar a aquella casa. Ahora no. Ahora no. Tal vez algún día. Tal vez dentro de unos años. Tal vez cuando consiguiese escribir el evangelio según Judas Iscariote. Aguardó junto a la puerta dos o tres minutos, sabía perfectamente que nadie le iba a pedir que volviese, pero a pesar de todo esperaba esa llamada.

No hubo ninguna llamada, tan solo ladridos de perros a lo lejos que procedían de las ruinas de Sheikh Badr. Shmuel dio la espalda a la puerta, cruzó el patio enlosado con baldosas de piedra y salió a la calle sin intentar cerrar el portón oxidado que, de todos modos, siempre estaba entreabierto. Ese portón llevaba clavado allí muchos años. No había nadie que lo arreglase. Tal vez tampoco tenía ya ningún sentido. En el hecho de que el portón llevase tantos años hundido encontró Shmuel una especie de confirmación de que a pesar de todo llevaba razón. Pero ¿en qué llevaba razón? Para eso no tenía respuesta. Encima del portón vio el arco de hierro con letras insertadas que decían: «Venga a Sion el redentor de Jerusalén en nuestros días 5674 (1914)».

Llevó el petate cargado al hombro durante todo el camino hasta la estación central de autobuses y el bastón agarrado con la otra mano. Debido al peso y a un ligero dolor en el pie, avanzaba despacio, cojeando un poco, cambiándose de vez en cuando el petate de hombro y el bastón de mano. En la esquina de la calle Betzalel, de pronto vio a su maestro, el profesor Gustav Yom-Tov Eisenschloss, dirigiéndose hacia él con un maletín en una mano y una redecilla llena de naranjas en la otra. Estaba enfrascado en una conversación o en una discusión con una mujer mayor que también le resultó familiar a Shmuel, pero no conseguía acordarse de qué la conocía. Debido a esas dudas, Shmuel no se acordó de saludar a su maestro hasta que los dos ya habían pasado por delante de él. Se dijo que el profesor con sus gruesas gafas seguro que no lo había reconocido debajo del enorme petate, y aunque lo hubiese reconocido, ¿qué podían decirse ahora el uno al otro? ¿Cómo vieron generaciones de judíos a Jesús de Nazaret? ¿Cómo lo vio Judas? ¿De qué manera podía ese tema serle de utilidad a alguien?

En la estación de autobuses, estuvo unos diez minutos haciendo cola delante de la ventanilla equivocada. Cuando llegó su turno, el hombre que estaba en la ventanilla le comentó que esa era

solo para soldados con vales de viaje y para civiles con orden de unirse al servicio en la reserva. Shmuel se disculpó, esperó más de otro cuarto de hora junto a otra ventanilla y, por un instante, se preguntó si no sería mejor ir directamente a Haifa, a casa de sus padres. Ahora que su hermana estaba en Roma, no tendría que dormir en el tiznado pasillo. Puede que esta vez le dieran la habitación de Miri, con la bonita ventana que daba a la bahía. Pero en ese momento sus padres le parecían unos extraños, como si ambos fueran solo un vago recuerdo, como si, durante aquel invierno, el anciano inválido y la mujer viuda lo hubiesen adoptado y desde ahora solo les perteneciese a ellos.

Cuando compró el billete, se dio cuenta de que faltaba una hora para la salida del próximo autobús a Beersheva. Por tanto, se cargó sobre el hombro izquierdo el petate y también el bastón, para tener la mano derecha libre. En el quiosco compró dos rosquillas saladas y se tomó un vaso de gaseosa, y de pronto le entró una necesidad imperiosa de llamar a Gershom Wald y decirle que lo quería. ¿Lograría pronunciar esas dos palabras, aunque fuera de lejos, por teléfono, sin que el anciano le perforara con una de sus miradas irónicas? ¿O sería la propia Atalia quien descolgaría el teléfono y él, sin vergüenza alguna, le imploraría que le permitiese volver hoy mismo a su buhardilla y le prometería de todas las formas posibles que de ahora en adelante...? Pero de ahora en adelante qué, de eso no tenía ni la menor idea. Iba a colgar de nuevo el auricular en el teléfono que estaba sujeto a la pared. Pero, en vez de colgarlo, se giró y se lo dio a un soldado delgado y pálido que aguardaba pacientemente detrás de él.

Mientras estaba sentado en un banco polvoriento con el petate entre las piernas y observando a la multitud de soldados armados que corrían entre las dárseas, se le ocurrió aprovechar el tiempo escribiéndose unas líneas a sí mismo, para no olvidar. Pero no encontró en sus bolsillos ni libreta ni bolígrafo. En vez de eso, redactó mentalmente una breve carta al primer ministro y ministro de Defensa Ben Gurión. Después la descartó y le pidió a una pequeña soldado que vigilase un momento sus pertenencias. Entonces volvió a acercarse al quiosco, se tomó otro vaso de gaseosa y compró dos rosquillas, una para él, para el camino, y otra para la soldado que estaba vigilando sus cosas.

Shmuel Ash dejó Jerusalén a las tres de la tarde en un autobús de la compañía Eged en dirección a Beersheva. Hacía unos meses había oído hablar de una nueva ciudad que se estaba construyendo en el desierto al borde del cráter de Mitzpe Ramon. Nadie conocía esa nueva ciudad. Tenía pensado encontrar allí un sitio donde dejar su petate y su bastón y salir a buscar trabajo de vigilante nocturno en las obras, o de conserje en la escuela pública, o incluso de bibliotecario o de ayudante de bibliotecario en la biblioteca. Seguro que estaban levantando allí una pequeña biblioteca. No había ninguna población que no tuviese una biblioteca. O, si no, un centro cultural.

Cuando encontrara un rincón donde posar la cabeza, se pondría a redactar una carta a sus padres y otra a su hermana, e intentaría explicarles adónde lo llevaba la vida. Puede que escribiese unas líneas a Yardena y tal vez también al callejón Rabbi Elbaz. No tenía ni idea de lo que podía decirles, pero esperaba que, con el tiempo, en ese nuevo lugar descubriese qué había salido a buscar.

Mientras tanto, estaba sentado él solo al final del autobús, en medio de la última fila vacía. Llevaba el pesado petate apretado entre las piernas, porque no había conseguido de ninguna manera meterlo en el portaequipajes situado encima de los asientos. Solo había logrado meter allí

el bastón con la cabeza de zorro tallada, y encima había dejado la trenca y el gorro *shapka*, aunque sabía perfectamente que se los olvidaría allí cuando llegase el momento de apearse del autobús al final del trayecto.

El autobús dejó atrás las lúgubres casas de piedra del final de la calle Yafo, pasó por delante de la gasolinera situada a la salida de la ciudad y por la bifurcación hacia Givat Shaul y, un momento después, se dirigió hacia las montañas. Una ola de cálida alegría envolvió de repente a Shmuel. La imagen de las montañas peladas, los jóvenes bosques y el gran cielo que se extendía encima de todo aquello hicieron que sintiese como que por fin despertaba de un sueño demasiado largo. Como si hubiese pasado todo el último invierno en la celda de aislamiento de una prisión y ahora saliese en libertad. De hecho, no solo el último invierno y no solo la casa del callejón Rabbi Elbaz. Todos los años de estudio en Jerusalén, el campus, la biblioteca, la cafetería, las aulas, su antigua habitación en Tel Arza, Jesús a ojos de los judíos y Jesús a ojos de Judas, Yardená, que se comportaba con él siempre como si le hubiese tocado una graciosa y divertida mascota, pero algo ridícula y que creaba desorden a su alrededor, y Nesher Shereshevski, el aplicado hidrólogo que se había buscado, toda esa ciudad que se encoge siempre sobre sí misma como esperando un golpe en cualquier momento, esa Jerusalén con sus deprimentes bóvedas de piedra, con los mendigos ciegos y las viejas devotas consumidas que se pasan horas y horas sentadas sin moverse y secándose al sol sobre pequeños taburetes en la entrada de oscuros sótanos. Los hombres envueltos en los mantos de oración pasando casi a la carrera como sombras encorvadas, yendo y viniendo de callejuela en callejuela de camino a la penumbra de las sinagogas. El espeso humo del tabaco en los cafés de techo bajo llenos de estudiantes con jerséis gordos de cuello alto siempre arreglando el mundo y quitándose sin cesar la palabra de la boca. Los montones de basura y de trastos que llenan a rebosar los descampados entre los edificios de piedra. Las altas murallas de piedra que encierran monasterios e iglesias. La línea de barricadas, las alambradas de espino y los campos de minas que rodean por tres partes la Jerusalén israelí y la separan de la Jerusalén jordana. Las ráfagas de disparos por las noches. Esa ahogada desesperación siempre inmóvil y opresiva.

Le resultaba agradable abandonar Jerusalén y sentir que a cada instante se iba alejando de ella.

Por la ventanilla del autobús se veían las verdes laderas de las montañas. Era primavera y a los lados del camino habían brotado flores silvestres. Abierta de par en par, ancestral, indiferente, envuelta en una gran tranquilidad le parecía la tierra montañosa que se extendía fuera de la ciudad. Una pálida luna diurna flotaba encima entre jirones de nubes, sin abandonar la ventanilla del autobús. Pero qué haces tú aquí a estas horas, le preguntó Shmuel sorprendido. En la zona de Shaar Hagai, la carretera serpenteaba entre las colinas boscosas donde, doce años atrás, en primavera, Mija Wald estuvo desangrándose y agonizando solo entre las rocas, durante toda la noche, hasta que se desmayó y, al amanecer, murió abandonado y exangüe. Gracias a su muerte he recibido de regalo este invierno en su casa, en el seno de su familia, con su padre y con su mujer. Él ha sido quien me ha regalado este invierno. Que yo he desperdiciado. A pesar de que allí tenía tiempo libre y soledad en abundancia.

Junto al quiosco del desvío de Hartuv, el autobús hizo una parada de diez minutos. Shmuel se apeó para orinar y para comprar otra rosquilla, y volvió a tomarse un vaso de gaseosa. El aire era cálido y húmedo. Dos mariposas blancas se perseguían con movimientos de danza. Shmuel aspiró

una y otra vez aquellos olores de primavera, a pleno pulmón, con bocanadas tan profundas que le hicieron sentirse un poco mareado. Cuando regresó a su asiento, se percató de que nuevos pasajeros habían subido al autobús. Eran habitantes de los pueblos cercanos. Algunos llevaban ropa de trabajo y estaban bronceados, a pesar de que la primavera acababa de empezar hacía dos o tres días. Algunos llevaban herramientas de trabajo o cestas con aves vivas, huevos y quesos caseros. En la fila situada delante de él, dos mujeres jóvenes entablaron una animada y divertida conversación en un idioma que Shmuel no entendía. En la parte delantera del autobús se sentó un grupo de estudiantes o tal vez de cadetes del movimiento juvenil que volvían de una excursión. Los chicos y las chicas empezaron a cantar a voz en grito canciones de guerra y de hoguera. El conductor, un hombre regordete de mediana edad y vestido con ropa color caqui arrugada, también se puso a cantar. Con una mano sujetaba el volante y con la otra golpeaba al ritmo de la canción con el picabilletes sobre el cuadro de mandos que tenía delante. Por la ventanilla pasaban uno tras otro pueblos nuevos que se habían levantado después de la guerra. Eran pueblos blancos con tejados rojos, con cipreses jóvenes en los patios y con largas techumbres de cinc de establos y gallineros. Entre un pueblo y otro, hasta donde llegaba la vista, se extendían campos de árboles frutales, campos de trigo y de cebada y parcelas de alfalfa.

En el desvío de Qastina, el autobús volvió a hacer una parada de diez minutos. Subió y bajó gente, y también Shmuel se apeó y deambuló entre las dársenas polvorientas que apestaban a humo de tubo de escape. Por un instante le pareció que en aquellos lugares lo estaban esperando desde hacía tiempo, que incluso se hallaban sorprendidos por su demora y aguardaban a que se explicase o se disculpase. Compró en el quiosco un periódico, pero ni siquiera le echó un vistazo. En vez de mirar el periódico, alzó la vista para comprobar si la pálida luna seguía acompañándolo. Pensaba que esa luna pertenecía a Jerusalén y que lo lógico era que se quedase allí y dejara de seguirlo. Pero la luna seguía flotando entre los jirones de nubes, solo que estaba aún más pálida que antes. El conductor tocó el claxon para recoger a sus viajeros. Shmuel regresó a su sitio y no quitó ojo de los huertos ni de los campos de frutales que pasaban delante de él por la ventanilla y que se extendían hasta los pies de las montañas. Todo aquello lo alegró y todo aquello lo reconfortó. A ambos lados de la carretera había plantados eucaliptos que tenían una función militar, ocultar el movimiento de vehículos en las carreteras a los aviones enemigos. A medida que se alejaban hacia el sur, iba disminuyendo el número de pueblos nuevos, los pueblos de la región de Lakhish, y solo los vastos campos seguían extendiéndose a lo largo del camino hasta ser sustituidos poco a poco por pequeñas colinas peladas. También esas colinas estaban coloreadas de verde gracias a las lluvias del invierno, pero Shmuel sabía que era un verde efímero y que, en unas cuantas semanas, las colinas volverían a estar áridas y tostadas por el sol, y tan solo matorrales espinosos golpeados por los vientos del desierto seguirían agarrados a ellas con uñas y dientes.

Cuando el autobús llegó al atardecer a la estación de Beersheva, Shmuel dejó sobre el asiento el periódico que no había leído, se cargó el petate al hombro, recogió del portaequipajes el abrigo, el bastón y el gorro, compró un vaso de gaseosa, se lo bebió casi de un trago y fue a enterarse de cuándo y de dónde salía el autobús hacia la ciudad nueva construida al borde del cráter de Mitzpe Ramon. En la ventanilla de información le dijeron que el último autobús para Mitzpe Ramon ya había salido y que el próximo no saldría hasta el día siguiente a las seis de la mañana. Sabía que debía seguir preguntando algo más, pero no se le ocurrió qué preguntar. Por tanto, se fue de allí cojeando ligeramente, con el petate en el hombro izquierdo y el abrigo y el



bastón en la mano derecha, se alejó de la estación y deambuló un rato por aquella pequeña ciudad que apenas conocía. Al final de las calles nuevas se veían grandes extensiones de desierto. Colinas de arena bajas y planas sobre las que estaban diseminadas algunas tiendas negras de pastores beduinos.

Los pies lo llevaron de calle en calle, todas iguales, calles de viviendas horrendas, hileras e hileras de bloques uniformes, con el yeso descascarillado, edificios alargados como cajas de tres o cuatro plantas que se desgastaban en una noche. En los patios se amontonaban trastos metálicos y trozos de muebles viejos. En uno de esos patios había una higuera algo enferma, y Shmuel, al que le gustaban los higos, se detuvo un instante junto a ese árbol y buscó con los ojos dos o tres frutos tempranos. Que no tenía ni podía tener, porque ninguna higuera da frutos a comienzos de la primavera, antes de la fiesta de la Pascua. Shmuel arrancó una hoja de la higuera y prosiguió con su carga calle abajo, a paso lento. A lo largo de las aceras, delante de los edificios, se arrastraban caravanas de cubos de basura, la mayoría sin tapa. En la calle estrecha, unos niños pequeños perseguían a voz en grito a un gato naranja que huía de ellos y que fue tragado por el espacio negro situado bajo los pesados pilares de hormigón sobre los que se apoyaban esos bloques de viviendas. Cardos y maleza crecían en los descampados. Aquí y allá se veía chatarra retorcida y oxidada. La mayoría de las contraventanas estaban cerradas y en los portales de los edificios había viejas bicicletas y algunas sillitas de niño atadas con cadenas.

Por la ventana del segundo piso se asomó una mujer joven y guapa con un vestido veraniego de colores, tenía el cabello largo y alborotado, sacó medio cuerpo fuera, sus tersos pechos se aplastaron contra el alféizar de la ventana, y tendió una camisa mojada en la cuerda. Shmuel la miró desde abajo. Agradable, delicada, amable e incluso simpática le pareció aquella mujer. Decidió dirigirse a ella, pedirle perdón, pedirle consejo, ¿adónde podía ir?, ¿qué debía hacer? Pero, mientras estaba buscando las palabras apropiadas, la mujer terminó de tender la camisa, cerró la ventana y desapareció. Shmuel permaneció inmóvil en medio de la calle vacía. Se quitó el petate del hombro. Lo dejó sobre el asfalto polvoriento. Sobre el petate puso con cuidado el abrigo, y también el bastón y el gorro. Y se preguntó.

Para escribir este libro me ha ayudado mucho el libro de Avigdor Shinan (ed.), *Oto haish: Yehudim mesaprim al Yeshu* [*Ese hombre: judíos hablando de Jesús*], colección Yahadut kan vechshav [Judaísmo aquí y ahora] dirigida por Yochi Brandes, Tel Aviv, Yediot Haharonot-Sifre Hemed, 1999.

Asimismo, me ha ayudado el libro de S. Z. Zeitlin, *Yeshu hanotzri melech hayehudim* [*Jesús de Nazaret, rey de los judíos*], Jerusalén y Tel Aviv, 1958, y el libro de M. Goldstein, *Jesus in the Jewish Tradition*, Nueva York, 1950.



AMOS OZ (Jerusalén, Israel, 1939) nacido Amos Klausner, es un escritor, novelista y periodista israelí, considerado como uno de los más importantes escritores contemporáneos en hebreo. Es profesor de Literatura en la Universidad Ben-Gurión de Beer Sheba, en el Néguev y miembro de la Academia Europea de Ciencias y Artes. Fue uno de los fundadores del movimiento pacifista israelí Shalom Ajshav.

Es uno de los intelectuales más eminentes de la izquierda israelí y pronuncia sus opiniones contra los asentamientos israelíes en los territorios palestinos, tal como sus opiniones socialdemócratas y pacifistas en varios periódicos israelíes como Ha'aretz y Yedioth Ahronoth. Es un miembro del partido socialdemócrata pacifista Meretz.

Condenó algunas operaciones de las Fuerzas de Defensa Israelíes durante el Conflicto de la Franja de Gaza de 2008-2009 y las llamó crímenes de guerra.

Ha obtenido el Premio Israel de Literatura (1988); Premio Goethe de Literatura (2005) por su libro autobiográfico Una historia de amor y oscuridad; y ha sido candidato varios años consecutivos al Premio Nobel de Literatura.

## **Notas**

[1] Obra del escritor israelí S. Yizhar, publicada en 1958. (*N. de la T.*). <<

[2] Proverbios 10, 12. (*N. de la T.*). <<

[3] Cantar de los Cantares 8, 7. (*N. de la T.*) <<

[4] 2 Reyes 6, 27. (*N. de la T.*). <<



[5] Salmos 116, 11. (*N. de la T.*) <<

[6] Porque de no ser así, si se escribiese con la letra ayin y no con la letra álef, su apellido significaría «polilla». *(N. de la T.)*. <<

[7] Génesis 14, 19. (*N. de la T.*). <<

[8] Isaías 1, 3. (*N. de la T.*) <<

[9] Números 23, 9. (*N. de la T.*). <<

[10] 2 Reyes 4, 10. (*N. de la T.*). <<

[11] Proyecto iniciado tras la creación del Estado para perpetuar el legado artístico de los caídos en la guerra de la Independencia. *(N. de la T.)*. <<

[12] Referencia al Talmud, tratado Baba Batra 12b: «Desde el día que se destruyó el Templo, la profecía le ha sido dada a los necios». (*N. de la T.*) <<



[13] Referencia a Proverbios 27, 22. <<

[14] El sabio, el malvado, el simple y el que no sabe preguntar. (*N. de la T.*). <<

[15] Referencia a Proverbios 30, 18-19. <<

[16] Daniel 12, 12. (*N. de la T.*). <<

[17] Deuteronomio 21, 23. (*N. de la T.*) <<

[18] Mateo 10, 34. (*N. de la T.*) <<

[19] Mateo 10, 16. (*N. de la T.*) <<

[20] Lucas 19, 27. (*N. de la T.*). <<



[21] Amós 5, 19. (*N. de la T.*). <<

[22] Proverbios 10, 12. (*N. de la T.*) <<

[23] Proverbios 13, 12. (*N. de la T.*) <<

[24] Isaías 36, 16. (*N. de la T.*). <<

[25] Job 7, 2. (*N. de la T.*) <<

[26] *Eclesiastés 7, 26. (N. de la T.). <<*

[27] Proverbios 18, 22. (*N. de la T.*) <<

[28] Ester 1, 1. (*N. de la T.*) <<



[29] Isaías 2, 4. (*N. de la T.*). <<

[30] Salmos 72, 8. (*N. de la T.*) <<

[31] Mateo 6, 23. (*N. de la T.*) <<

[32] Mateo 26, 38. (*N. de la T.*). <<

[33] Mateo 8, 22. (*N. de la T.*) <<

[34] Mateo 5, 13. (*N. de la T.*) <<

[35] Salmos 84, 5. (*N. de la T.*) <<

[36] El título del poema «Profeta, huye» está tomado de Amós 7, 12. (*N. de la T.*). <<



[37] Alusión a Zacarías 10, 2. (*N. de la T.*) <<

[38] Jeremías 17, 9. (*N. de la T.*) <<

[39] Cantar de los Cantares 8, 6. (*N. de la T.*) <<

[40] Salmos 22, 7. (*N. de la T.*) <<

[41] Mateo 20, 28. (*N. de la T.*) <<

[42] Juan 13, 21. (*N. de la T.*). <<

[43] Lucas 22, 44. (*N. de la T.*). <<

[44] Mateo 26, 37-38. (*N. de la T.*). <<



[45] Mateo 26, 39. (*N. de la T.*). <<

[46] Cantar de los Cantares 3, 1. (*N. de la T.*) <<

[47] Isaías 53, 3. (*N. de la T.*). <<

[48] Alusión a Joel 2, 16. (*N. de la T.*). <<

[49] Palabras de la paracaidista Hana Senet, asesinada durante la Segunda Guerra Mundial. (*N. de la T.*). <<

[50] De un poema de Natan Alterman. (*N. de la T.*). <<

[51] Título de un artículo de Berl Katznelson, publicado en 1940. (*N. de la T.*) <<

[52] Alusión a Jeremías 14, 17. (*N. de la T.*) <<



[53] Salmos 105, 15. (*N. de la T.*). <<

[54] Éxodo 15, 10. (*N. de la T.*). <<

[55] Jeremías 17, 9. (*N. de la T.*) <<

[56] Salmos 103, 16. (*N. de la T.*) <<

[57] Referencia a Proverbios 30, 18-19. <<